



ANGELES
IBIRIKA
UN REFUGIO
EN KATMANDÚ

Lectulandia

Matthew jamás pensó que su exitosa carrera como jugador de béisbol se truncaría por decisión propia; que desaparecería de la faz de la tierra para embarcarse en una peligrosa aventura en el desconocido Nepal; que en la milenaria ciudad de Katmandú, entre tradiciones que ni entendería ni compartiría, encontraría el amor de su vida; que su plan inicial acabaría en desastre y se vería obligado a trazar un desesperado plan B, ni que con el paso del tiempo llegaría a creer que aquello no saldría bien. Sin embargo, siempre supo que llegaría hasta el final arriesgando su libertad, y hasta su vida, si era necesario, para conseguirlo. Pero en la vida, más aún en el país de un millón de dioses, todo ocurre en los momentos más inesperados y por las razones más insospechadas.

Lectulandia

Ángeles Ibirika

Un refugio en Katmandú

ePub r1.0
Titivillus 12.12.15

Título original: *Un refugio en Katmandú*

Ángeles Ibirika, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hija Irati, que lleva en las venas
y en el corazón la medicina solidaria
y el deseo de un mundo más justo.

*A quien amas, dale alas
para volar, raíces para volver
y motivos para quedarse.*

DALAI LAMA

*Cuando cambias la forma
en cómo miras las cosas, las
cosas que miras cambian.*

DALAI LAMA

Capítulo 1

Algo se había roto en el interior de su rodilla, y eso podía estropearlo todo. Era la misma maldita lesión que había sufrido en otras ocasiones. Pero intuía que ninguna había superado la gravedad de la que estaba a punto de dejarlo definitivamente fuera de juego.

—¡Le he dicho que estoy bien! —aseguró para que la enfermera dejara de insistir en examinarlo—. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Dejó caer hacia atrás la cabeza y se mantuvo inmóvil sobre la estrecha camilla. Resopló para soportar el dolor en el costado y se fijó en el techo, cubierto de manchas oscuras de humedad. Al descender la mirada por la desconchada pared pintada de un verde claro, se sintió doblemente estúpido. En un lugar así, en el que hasta las sábanas transparentaban por el uso, era más que probable que no tuvieran ni el más antiguo de los sistemas de rayos X. Sólo un tonto podía ir a accidentarse a Nepal, a la bulliciosa ciudad de Katmandú, y precisamente cuando menos podía permitírsele.

—Debería dejar que lo reconozca —aconsejó la enfermera en un simple inglés con marcado acento alemán.

—¡Sólo quiero irme de una maldita...!

La acción de tensar el cuerpo para erguirse volvió a dejarlo sin aire, y el dolor no le permitió moverse ni siquiera para regresar a la posición de reposo.

Ella se quedó callada, de nuevo con la vista clavada en las manchas rojas de la camiseta. Después le miró las magulladuras de la mejilla y el corte junto a la sien del que él aseguraba que había brotado toda aquella sangre.

—Lamento decir que no va a ser tan sencillo como cree.

Matthew se echó con lentitud hacia atrás y desahogó su frustración golpeando la cabeza contra la pared, una vez tras otra.

—Sólo necesito calmantes —insistió desde la oscuridad que le daban los párpados cerrados—. Y una rodillera, si es que la tienen.

—Necesita mucho más que eso. ¿No ve el lamentable estado en el que le han traído, con dificultad para respirar, cubierto de sangre que no sabemos de dónde...?

—Yo no pedí que lo hicieran. Deme los malditos calmantes y dejaré de molestarla.

—Entra en mis quehaceres diarios el cuidar tanto a personas amables como a bordes desabridos. —Le dedicó una sonrisa irónica.

Se giraba para marcharse cuando Matthew la retuvo sujetándola por la muñeca.

—¡No lo entiende! ¡No puedo esperar más! Debo irme ya. ¡Ahora!

Ella recuperó su mano y hundió las dos en los bolsillos mostrando indiferencia.

—Como usted quiera. Le traeré algo para el dolor.

Matthew resopló con alivio al quedarse solo. Al fin podría irse. Incluso con calmantes sería doloroso, lo sabía, pero más doloroso sería aún si lo encontraban allí. Si ya habían dado con él dos veces, bien podrían hacerlo una tercera. Y esta vez les resultaría más fácil, pues sólo tendrían que recorrerse los hospitales de la ciudad. Le habían golpeado fuerte los malnacidos, y hubieran seguido haciéndolo si no hubiera conseguido escapar. Lo tuvo claro cuando, en plena carrera, tuvo una fracción de segundo para elegir entre lanzarse al demencial tráfico o detenerse y dejar que volvieran a agarrarlo.

Volvió a abrir los ojos cuando oyó la voz de la enfermera.

—Es analgésico —le explicó mostrándole una jeringuilla desechable.

Matthew miró al techo para no ver cómo la aguja se le clavaba en el brazo. Era un tipo duro al que no le asustaba el dolor, pero al que los pinchazos o las heridas más simples podían marearlo. Toda una contradicción que llevaba años tratando de superar sin conseguirlo.

—Yo en su lugar esperaría un poco a que hiciera efecto —le aconsejó a la vez que frotaba con un algodón el pequeño punto rojo.

Trató de relajarse. El calmante estaba actuando con rapidez, y por momentos se sintió mejor. Notó que se le cerraban los párpados. Necesitaba descansar un poco antes de irse; recuperar fuerzas. Llevaba días huyendo, primero cuando por su imprudencia lo localizaron en Patan y frustraron sus planes, y después, inesperadamente y cuando no creía que fueran a dar con él, en Katmandú. Eso probaba que estaba en el lugar correcto.

Notó que se relajaba demasiado, y a pesar de la necesidad de dormir hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, y miró a la enfermera. Ella sonreía. Mostraba una sonrisa extraña, le pareció a él que victoriosa.

Y entonces entendió lo estúpido que había sido.

—Maldita... loca... —murmuró con dificultad a la vez que hacía esfuerzos por levantarse.

Pero fue inútil. Los únicos músculos que parecían responderle eran los que tenía doloridos y al tensarse le dejaban sin aire. La cabeza se le iba y los párpados comenzaron a pesarle como si fueran de hormigón armado.

—No me haga esto... No... —balbuceó mientras sentía que perdía la consciencia.

Estaba perdido. Temió que la próxima vez que abriera los ojos estuviese otra vez besando el suelo ante los rígidos zapatos de aquellos cabrones. O en la bodega de un avión, abandonando a la fuerza el país.

Tenía que abrir los ojos.

Tenía que luchar contra la oscuridad en la que se estaba hundiendo.

Tenía que hacer algo con rapidez...

... o estaría perdido.

No podía respirar. La presión en el cuello amenazaba con aplastarle la tráquea. No quedaba espacio por el que pudiera pasar el aire y tampoco el grito con el que se esforzaba en pedir ayuda.

Ayuda..., o clemencia.

Logró aferrarse a lo que le oprimía y tiró con fuerza sin conseguir que nada se moviera. Todo terminaba, y aun así peleó con el que creyó que era ya su último aliento. Un sonido fuerte resonó en su cabeza a la vez que por fin lograba gritar y abría los ojos. Y junto al duro esfuerzo de respirar con resuello llegó también la angustia de no entender dónde estaba ni con quién.

Jadeaba ruidosamente cuando de pronto notó la presión de una mano en el hombro.

—Tranquilo, sólo es una pesadilla.

—¿Cómo dice?

Miró alrededor descubriendo las mismas manchas de humedad con las que había soñado. Se encontraba en una estancia grande, de verdes y desconchadas paredes, con una puerta en cada extremo y un buen número de camastros separados unos de otros por gastadas cortinas blancas. O más bien grisáceas. A su izquierda tenía un ventanal por el que la luz del día penetraba desvergonzada, como casi hicieron las palomas que agitaron las alas junto a los cristales hasta asentarse en el marco de madera. Frente a él, al otro lado del pasillo, un anciano de piel morena y arrugada agitaba las manos y alzaba la voz en aquel idioma extraño, imaginó que protestando por el alboroto que probablemente había armado durante su pesadilla. A su derecha, la puerta abierta dejaba ver el ajetreo del pasillo, que le recordó al de las coloridas calles de aquella caótica ciudad.

—Digo que ha debido de ser otra pesadilla. Ha estado muy agitado.

Ni siquiera la oyó.

—¿Dónde estoy?

—Sigue en el hospital. En nuestra mejor suite —tampoco advirtió su tono de mofa—. Lo pasamos aquí en cuanto pudimos examinarlo y tratarle las lesiones que traía.

—¡No! Tengo que irme.

Lo gritó al tiempo que se incorporaba con decisión, pero un dolor punzante en el costado le detuvo. La enfermera endureció el tono.

—¡A dónde quiere ir en su estado! O se tranquiliza o me obligará a hacerlo yo, y de nuevo por la fuerza.

—No tengo nada grave, así que ni usted ni nadie me retendrá aquí.

—No sabe con quién está hablando —esbozó una sonrisa irónica—. Voy a comunicar a la doctora que se ha despertado. Lleva tiempo esperando a que lo haga.

Un minuto. Ése era el tiempo que él necesitaba para reunir fuerzas y levantarse. Era bueno soportando el dolor. Lo había aguantado otras veces, cuando los motivos

que tenía para hacerlo no eran tan importantes.

Tomó aire despacio al tiempo que intentaba poner en orden los recuerdos de los últimos días. El inesperado encuentro con los guardaespaldas en el callejón, los golpes. La alocada carrera... Se llevó las manos al rostro al revivir la caída contra el asfalto. Descubrió un profundo rasponazo en la mejilla y una ancha tira de esparadrapo junto a la sien. Ningún vendaje en la cabeza a pesar de que el impacto le hizo creer que se la había abierto. Se había arriesgado mucho al intentar cruzar por entre aquel caos circulatorio, pero al menos la presencia de quienes se acercaron a auxiliarle había alejado a los matones. Aunque no sabía por cuanto tiempo, ni siquiera si para entonces volvían a tenerlo localizado.

Miró de nuevo al anciano de enfrente, que seguía voceando y agitando los brazos, ahora casi con desesperación.

—Buenas tardes. No me han indicado su nombre.

La delicada voz femenina lo sacó de sus pensamientos. No la había oído llegar. Y tampoco a la enfermera, que regresaba cargada con dos bolsas de hielo, una de las cuales le colocó sobre la rodilla sin mediar palabra.

—Soy Matthew Gilmore.

Tras pronunciarlo pensó que su madre se sentiría orgullosa si supiera que estaba utilizando su apellido de soltera, aunque con un nombre inventado. Le dolía haberla dejado preocupada al decirle que durante unas semanas se aislaría en su apartamento de Manhattan para decidir qué quería hacer con su vida. Pero ése había sido un mal menor. La angustia la estaría matando si llegara a saber, o tan sólo a presentir, que en realidad su viaje lo había llevado a Nepal.

—Encantada, señor Gilmore. Mi nombre es Claudia, y soy la doctora que va a ocuparse de usted —le contó en un inglés de impecable acento.

—Me alegra verla. Tengo verdadera prisa por salir de aquí.

—Todos suelen tenerla. —Matthew volvió a rozarse la sien con los dedos, y la doctora señaló con la mirada a la enfermera—. Se le está pasando el efecto del analgésico. Katharina le pondrá otro. Ha estado todo un día semiinconsciente por efecto de los calmantes...

—¿Cómo ha dicho?

—Tuvimos que sedarlo porque no se dejaba auscultar. Y déjeme decirle que tiene...

—¿Todo un día? ¡Con qué derecho lo han hecho!

—No se enfade, señor Gilmore. Tan sólo le sedamos un poco para examinarlo; la medicación y su estado han hecho el resto. —Sacó una gasa del bolsillo y se la pasó por la frente perlada de sudor—. Tiene dos costillas rotas que debemos vigilar para asegurarnos de que no le comprimen el pecho ni los pulmones, algunas heridas de menor importancia y lo que parece rotura de los ligamentos cruzados de su rodilla izquierda. No disponíamos de una férula para inmovilizársela, pero lo hemos hecho con un vendaje que...

—¡No puede ser!

—Si no se altera, el dolor que le provocan las costillas rotas será más llevadero. No andamos sobrados de analgésicos.

—No entiende nada.

No entendía que los guardaespaldas podían estar buscándolo. Que incluso podían haberlo encontrado ya, mientras dormía. No entendía que tenía que desaparecer, permanecer oculto hasta que se convencieran de que ya estaba lejos. Esconderse y recuperarse para poder hacer lo que le había llevado a aquel país.

—Tiene razón, todavía no entiendo cómo se ha hecho todo esto.

—¡Qué importa cómo!

—Según las personas que le trajeron, le atropelló un coche.

—Una furgoneta. Iba mirando un mapa. Crucé la calle sin mirar...

—¿En Katmandú? —exclamó de pronto la enfermera, cuando le colocaba la otra bolsa de hielo sobre las costillas—. ¿En una ciudad con un tráfico caótico en el que hasta es difícil saber por qué lado se conduce?

Matthew contrajo la mandíbula. Su ánimo no estaba para soportar las ironías de aquella enfermera de tosco acento alemán.

—No presté la debida atención. Quise evitar que la furgoneta me pasara por encima y me lancé al suelo.

—Eso no explica la rotura de los ligamentos.

—No sé cómo ocurrió, doctora. Ya le he contado que iba corriendo y que todo fue muy rápido.

—¡No nos ha dicho que fuera corriendo, sino que iba despistado, mirando un mapa! —volvió a intervenir la enfermera.

Matthew se tomó unos segundos. No era fácil contar una mentira si no se tenía práctica. Sobre todo cuando se pretendía mezclar datos ciertos con otros del todo inciertos. Ignoró a la mordaz alemana mirando directamente a los ojos de la médica.

—De verdad, no recuerdo bien cómo sucedió todo.

—No se preocupe, señor Gilmore. Su desorientación es lógica. Le dejaremos descansar.

Observó su aspecto menudo, su melena corta, ondulada y de un claro color castaño, que llevaba recogida en una brevísima coleta. Sus gafas, de una montura marrón que recordaba al caramelo, igual que lo hacía el color de sus ojos, le conferían un curioso aire entre intelectual y despistado. De no haber sido por la tarjeta que llevaba en el lado izquierdo de su bata, en la que se podía leer con claridad «Dra. Claudia Urarte», hubiera dudado de que realmente fuera doctora y no una cándida maestra de primaria.

—¿Cuándo podré irme?

Ella metió las manos en los bolsillos de la bata y lo miró durante unos segundos con la calidez con la que una maestra hubiera mirado a un niño difícil.

—Pronto. En cuanto nos aseguremos de que las costillas rotas le dejan respirar

con normalidad y no suponen un peligro ni para los pulmones ni el corazón. Después no tendrá problemas con ellas, porque sanarán solas, y mientras lo hacen podrá controlar el dolor con analgésicos. Su rodilla sí le exigirá un reposo durante los primeros días. Y mucha rehabilitación, aunque para que vuelva a ser la misma debería viajar a su país y hacer que se la opere un buen especialista. —Frunció los labios en un gesto de frustración—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar? Queríamos localizar a algún familiar suyo aquí, pero no llevaba documentación encima. Debió de perderla en el accidente.

—He viajado solo.

—¿Y quién es Ramesh? No ha parado de nombrarlo en sueños.

Disimuló un sobresalto.

—No sé. No conozco a nadie que..., ¿qué nombre ha dicho?

—Ramesh.

Se preguntó qué habría podido decir y cuánto de todo ello había entendido la doctora. El maldito Ramesh no sólo había frustrado sus planes en la ciudad de Patan o le había enviado a sus guardaespaldas para «convencerlo» de que abandonara el país. Ahora también le aparecía en sueños para advertirle que no volviera a intentarlo porque jamás lo conseguiría.

—No. Definitivamente no conozco a ningún Ramesh.

—¿Y tiene a alguien a quien podamos avisar de que se encuentra aquí, y por suerte vivo?

—Me temo que no. Apenas llevaba un día en la ciudad. No me dio tiempo a hacer amigos. —Forzó media sonrisa—. Y ya le he dicho que vine solo.

—Si puedo ayudarle en algo más.

—¿Podría conseguirme un teléfono?

—Por supuesto. Imagino que querrá hacer una llamada a su país, con lo que será mejor que use el mío.

—Se lo agradezco.

Esta vez la sonrisa le asomó sin que necesitara forzarla.

Tomó el teléfono móvil y esperó a que la doctora se apartara, a que cerrara las cortinas para tener algo más de intimidad, aunque no tanta como para perderla de vista. Respiró muy despacio antes de marcar el número, seguro ya de que estaba lo bastante lejos como para no oírle o entender lo que decía. Y aguardó con ansiedad a que descolgaran.

—Detenlo todo. No lo he conseguido. No he podido hacerlo y voy a tener que cuidarme durante un tiempo.

Alzó la mirada al techo al sentir la preocupación al otro lado. Pero sólo durante unos segundos para después volver su atención a la puerta de entrada. La vio sonriendo junto a otro paciente, pero también mirándolo a él con disimulado interés.

Bajó un poco más la voz.

—Tranquila. Estoy bien. De verdad que estoy bien. No puedo decirte dónde, pero

te juro que estoy bien. Voy a tener que esconderme... ¡No, no sé por cuánto tiempo!

Se presionó con los dedos los párpados cerrados mientras escuchaba consejos a los que ya no prestaba atención. Se los había oído todos durante semanas, después de que le contara sus planes y le pidiera ayuda.

—Olvídalo, porque no voy a regresar. Lamentablemente, todo eso ya acabó para mí. No voy a irme sin lo que he venido a buscar. Así que necesito que le hagas creer que he vuelto a casa. Querrá asegurarse de que no sigo aquí. Por favor, encárgate de que no le quede ninguna duda.

Todo cambió de pronto.

Sintió un frío paralizador al ver llegar a aquel chico de tez y cabello oscuros, con pantalones flojos y camisa amplia y un corto chaleco marrón. No aparentaba más de diecinueve o veinte años, igual que el joven taxista que lo llevó engañado al encuentro con los matones. Se dijo que no era cuestión de desconfiar de todo el que tuviera la misma aproximada edad y apariencia, pero el chico, de rostro risueño y amigable, le provocaba toda la sospecha que no sintió con el otro. Lo pensó mientras lo veía recorrer el pasillo mirando hacia los lados, claramente buscando a alguien en las camas.

—Tengo que colgar. Volveré a llamarte en cuanto me sea posible.

La suerte quiso que apareciera la doctor Jekyll antes de que el muchacho llegara a la altura de su cama, y que tras entrecruzar unas palabras en nepalí lo condujera de nuevo hacia la salida.

Cerró los ojos y masculló una maldición. Haber pasado más de un día dormido lo había dejado en clara desventaja, cuando ni siquiera sabía qué había pasado allí durante todo aquel tiempo. Y, ahora, la llegada de aquel chico añadía más preocupación. Le hacía sentir que allí no estaba a salvo.

Capítulo 2

—¿Qué le parece el extranjero?

Claudia apartó los informes médicos de sus pacientes y miró a la enfermera. Ésta le dejó un pequeño vaso con té en la mesa. Se lo agradeció con una sonrisa.

—Lo veo nervioso. Pero es natural. Está en un país que no es el suyo, rodeado de pobreza, y en un hospital sin los medios a los que cualquier occidental está acostumbrado. En su situación no debe de resultar muy tranquilizador.

—Puede que tenga razón, pero además es un hombre extraño. Su comportamiento no es muy normal. Se pasa el tiempo vigilando la entrada.

Dio un pequeño sorbo a su té. Demasiado caliente, y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Es posible que sea muy observador.

—Esa mirada no es de ser un simple observador. Se lo digo yo. —Abrió con desmesura los ojos—. Además, hace un rato lo he visto hablando por un teléfono en actitud sospechosa.

Claudia rió.

—Lo exageras todo. Hablaba por un teléfono que yo le he dejado, y no he visto nada sospechoso en su actitud.

—¡Pero si todo el tiempo susurraba y miraba de un lado a otro!

—Que hablara en susurros es bastante lógico si era una conversación personal, más aún si no quería molestar al resto de los pacientes.

—Sus conversaciones serían privadas aunque las gritara, porque sus vecinos de cama no hablan inglés. Y tampoco es que aquí reine el silencio, con el viejo quejica que tiene delante de...

—¡Katharina!

—Lo siento, doctora, sus protestas me ponen de los nervios. Pero, volviendo al misterioso gringo, ni siquiera el accidente que dice que sufrió parece veraz.

La doctora frunció ligeramente el ceño.

—Admito que eso está algo confuso, pero ahora mismo lo que más me preocupa es que tendrá que irse cuando su rodilla siga necesitando algún reposo.

—¿Sabe lo que le digo? —Cruzó los brazos, satisfecha—. Que mejor.

—¡Katharina, por Dios!

—Lo digo como lo siento, doctora. La rodilla de ese hombre no es nuestro problema. Puede regresar a su país a que se la operen. Y si me permite que le dé un consejo, no se fíe. Estoy convencida de que es uno de esos tíos raros de los que es mejor cuidarse. No sabemos en qué puede estar metido.

Claudia tomó el vaso de té entre ambas manos. El vidrio había perdido un poco de calor. Se lo llevó consigo al recostarse en el respaldo de la silla. Su gesto era sereno, sonriente y casi divertido.

—Está bien. Si con eso conseguimos que estés más relajada, no me fiaré.

Katharina alzó con comicidad una ceja.

—¿Cuándo ha desconfiado usted de alguien? Las dos sabemos que no vale para eso. Mejor deje que yo me ocupe de él mientras esté ingresado.

—¿Eso te gustaría? —La enfermera asintió—. De acuerdo, pero de todos modos tendré que supervisarlos. No olvides que él es mi paciente y mi responsabilidad.

La tranquilidad le duró unos pocos segundos. Katharina había sembrado dudas y preguntas que germinaron con sus primeros pensamientos cuando se quedó a solas. Y a partir de entonces observó cuanto pudo al americano, casi sin ser consciente de que lo hacía. Comenzó a verlo siempre en estado de alerta, sin relajarse ni mientras comía. Si a lo que él hacía podía llamarse comer. Porque reparó en que jugueteaba con el cuenco sin probar apenas bocado. Lo vio levantarse de la cama para comprobar la estabilidad de su rodilla y apretar los puños con frustración ante los resultados. O tal vez con mera impotencia. Y percibió también el gesto con el que se le desencajaba el rostro cada vez que el anciano las llamaba a gritos. Le resultó un hombre extraño, sí, aunque eso más que desconfianza le provocó una serena curiosidad.

Aquella mañana de lluvia ligera no despertó porque no había conseguido conciliar el sueño. Demasiados recuerdos, que persistían cuando el bullicio volvía a llenarlo todo. En los días que llevaba en aquel país había comprobado que con los primeros vestigios de luz y los primeros trinos de pájaros despertaba también la ajetreada vida urbana. Las mujeres recorrían las calles con sus cántaros para llenarlos de agua. Hombres, mujeres y niños se lavaban en las orillas del río sagrado Bagmati o en las elaboradas fuentes públicas construidas un nivel por debajo del suelo y repartidas por la ciudad. Los mercados se llenaban de puestos de flores, de verduras, de coloridas especias o de los cacharros más inverosímiles; los comercios abrían sus puertas y el tráfico volvía a dar aquella sensación de caos que lo llenaba todo de polución y de ruido.

Tras largos minutos de mirar obstinadamente la entrada, cerró con cansancio los ojos y permitió que sus nostalgias lo llevaran a hasta un lejano y caluroso verano, cuando Sharon y él se zambullían en el lago Carnegie, a las afueras de Princeton y frente a la casa del abuelo. Solían jugar a ver quién aguantaba más tiempo debajo de aquel agua clara con reflejos verdes en la que penetraban los rayos de sol, haciéndola parecer mágica. Permanecían sumergidos mirándose de frente. Él contaba las burbujitas de aire que ella dejaba escapar por los orificios de la nariz. Había comprobado que comenzaba a ponerse morada cuando ya había soltado alrededor de veinte pequeñas pompas, y que con dos o tres más tendría los pulmones

completamente vacíos. Ese lento proceso marcaba el ritmo en el que él debía ir liberando aire si quería ganarle. Y siempre quería. Sharon, tan pequeña como espabilada, solía decirle que antes acabaría ahogado que saliendo primero. Y, a pesar de que nunca lo reconoció en voz alta, estaba seguro de que así sería. Quería con locura a Sharon, pero no le gustaba perder. Seguía sin gustarle perder. Nunca lo había hecho y nunca lo haría.

Estaba acostumbrado a las victorias. Era un ganador nato. Un triunfador que había logrado llegar tan alto como sus sueños, que había aparecido en la prensa con cierta periodicidad y había ocupado muchas portadas. Un ganador que había caído en ocasiones y que en todas se había levantado. Y ésta no iba a ser la excepción. Lo pensaba hasta en las noches difíciles, lo que en los últimos meses eran prácticamente todas. Más aún desde que había llegado a Nepal, y de un modo más angustioso desde que había tenido el maldito «accidente» que lo inmovilizaba. Durante el día todo era más fácil. Resultaba relativamente sencillo encontrar algo en lo que centrar su atención mientras se mantenía alerta y memorizaba las caras de los que llegaban cada día a visitar a los enfermos, y así descubrir con rapidez si aparecía alguien distinto. Un sudor gélido le recorría el cuerpo cuando eso pasaba, consciente de que si llegaban buscándolo no podría hacer nada por escapar, ni siquiera por defenderse.

La cama de enfrente la seguía ocupando el mismo anciano que no le quitaba ojo de encima y que llamaba constantemente a las enfermeras. No soportaba sus continuas protestas. La doctora Jekyll y mister Hyde, como había optado por apodarar a Katharina por sus cambios constantes de humor, alzaba los ojos al techo, pidiendo paciencia, cada vez que oía su llamada. Sin embargo, la doctora Claudia reaccionaba de modo distinto. Lo había comprobado varias veces, generalmente ella era quien se encargaba de él con una sonrisa amable y con la calma que su compañera no tenía.

En los dos días que llevaba despierto, había comprobado que la jovencita de pelo negro y brillante como la seda, que visitaba a aquel anciano quejica, cada amanecer repetía el mismo ritual, pero él seguía sorprendiéndose. Llegaba cargada con una tinaja de agua y comenzaba con la ceremonia de lavarlo, primero la cara para seguir con los hombros, brazos y piernas, terminando siempre con los pies. Suponía que era agua del sagrado río Bagmati, altamente contaminado, pero en el que los hinduistas se bañaban cada día para purificarse. Le fascinaba el mimo y la dulzura con los que ella se humedecía las manos para pasarlas después por la piel arrugada del hombre, y la suavidad con la que después lo secaba con una tela inmaculadamente blanca. Siempre en total silencio, con respeto, no sabía si hacia la propia ceremonia o hacia el anciano. Después se iba para volver al cabo de un rato con tres niños pequeños que pasaban más tiempo observándolo a él que al viejo. Lo miraban hasta cuando les servían el *dal bath*, que no era otra cosa que un plato con arroz blanco y vegetales, y un cuenco con sopa de lentejas. Exactamente lo mismo que servían para el desayuno y para la cena.

Al principio apenas probó bocado, pero el hambre fue venciendo su resistencia.

No le seducía la idea de comer con la mano. El viejo debió de percibirlo, porque siempre le señalaba su mano derecha. Y él enseguida entendió que sólo podía utilizar ésa, pues días atrás ya había descubierto que la izquierda era considerada impura y que no se usaba ni siquiera para saludar o dar una simple palmadita en el hombro. Así que, imitando al viejo gruñón, al fin aprendió a juntar pequeños puñados de arroz mezclados con verduras y lentejas y a llevárselos a la boca con cuidado de no pringarse ni derramar nada.

Se acarició con lentitud su desarreglada barba de siete días. Pensaba que le venía bien, y no como consuelo por no tener a mano un espejo y una cuchilla para afeitarse. En verdad estaba seguro de que le cambiaba el aspecto, y eso podía ser bueno si llegaba a cruzarse con alguien que lo conociera. Había caído en ello por la mañana, cuando observaba cómo la jovencita recortaba la barba blanca del anciano. Entonces se había llevado las manos a su propio mentón, comprobando que tantos días sin afeitarse le habían poblado el rostro. Su pelo castaño tampoco debía de resultar llamativo. Recordaba bien que se veía más oscuro cuando estaba sucio. No brillaba. Lo que sí debía llamar la atención era su piel entre todas aquellas aceitunadas y tostadas por el sol. Así que, en realidad, a pesar de los cambios, seguía siendo difícil pasar inadvertido en aquel lugar en el que, al parecer, él era el único extranjero. O al menos el único de piel clara.

—Si se porta bien, le traeremos el *dal bhat*. Si protesta le castigaremos sin comer nada hasta la cena.

No necesitó mirarla para saber que era la voluble doctora Jekyll. Llegaba a la hora puntual de cada día para ayudarle con la extensión pasiva de la rodilla colocándole una toalla bajo el talón, para realizar los estiramientos de cuádriceps o para que tratara de apoyar los pies en el suelo descansando el peso del cuerpo en dos muletas, todo según lo fuera tolerando él. Y lo cierto era que el dolor seguía sin dejarle dar ni dos pasos.

—¿Por qué no me atiende ella?

Señaló con los ojos a Claudia, que cruzaba en aquel momento por el pasillo, vestida con su bata blanca y el estetoscopio colgado del cuello. Y también con la sonrisa que siempre llevaba en los labios.

—Porque está ocupada con otros pacientes.

—Bien. A partir de ahora prefiero esperar a que se desocupe.

—Bien —le imitó con gracia, apoyando las manos en las caderas—. Entonces, hoy se quedará sin comer, gringo desagradecido y maleducado.

—¡Katharina, por favor! —interrumpió la doctora con una mirada de desaprobación—. Continúa con otros pacientes, yo atenderé al señor Gilmore.

La enfermera obedeció al instante.

—Lo siento mucho. Estamos desbordados y a veces perdemos los nervios.

—No se preocupe. Lo entiendo.

—Los calmantes que le damos no terminan de quitarle el dolor, ¿verdad?

—*Malai* médico *chayio*! —gritó el anciano de la cama de enfrente.

Ella se disculpó con celeridad y se alejó a atenderlo con la misma dulzura de otras veces. Por el tono de su voz adivinó que trataba de tranquilizarlo, y también a la jovencita que lo acompañaba siempre.

—¿No le molestan sus continuas llamadas? —le preguntó a su regreso.

—¿Por qué iba a molestarte? No se encuentra bien, le duele y se angustia. —Lo observó de soslayo—. Otros, en cambio, preferirían morir antes que reconocer que sienten dolor.

—No es cierto.

Claudia apartó la sábana que le cubría de cintura para abajo, colocó una toalla bajo su talón y le pidió que tensara con cuidado los músculos del muslo.

—¿Cree que no veo cómo intenta caminar y la mueca tensa de padecimiento cuando el dolor no le permite dar dos pasos seguidos? Además, sé el tiempo que las costillas tardan en dejar de martirizar. A mí no puede engañarme.

Matthew rió relajado, sin dejar de seguir sus indicaciones.

—Vaya, doctora, oyéndola alguien podría creer que me vigila.

—Estoy al tanto de su proceso, como con todos mis pacientes.

—Sí. Siempre está pendiente de todos —dijo en voz baja, observando de nuevo el suave caer de la lluvia a través del cristal de la ventana. Cómo revestía de brillante humedad el verde musgo de los viejos tejados que alcanzaba a ver desde la cama.

La doctora retorció la toalla, se la pasó bajo el pie y dejó que él sujetara entre las manos los dos extremos. Observó con atención cómo él tiraba de ellos hasta elevar la pierna en dirección al techo. Siempre con la rodilla extendida.

—¿De dónde es, señor Gilmore?

—De Princeton, en Nueva Jersey —respondió, centrado en repetir el ejercicio.

—Yo pasé algunos años de mi vida en San Diego, California. Me encantaba Balboa Park, con sus decenas de interesantes museos, y también me gustaban su clima mediterráneo y el montón de maravillosas playas, o la zona victoriana de Gaslamp Quarter, a la que solíamos ir a divertirnos. Hice muchos amigos allí —continuó en tono afable—. Pero al regresar a mi país perdí el contacto con muchos de ellos.

Descansó la pierna en la cama para mirarla.

—¿No es usted americana? Por su acento hubiera jurado que era una compatriota.

—Soy española, pero en algo se deben de notar mis años en su país. ¿A qué universidad fue usted?

—A Princeton.

—Vaya. Que yo sepa, es una de las mejores. ¿Qué estudió? ¿Cuál es su profesión?

Se le escurrió un extremo de la toalla, trató de incorporarse para alcanzarla y de pronto las costillas parecieron clavársele en los pulmones. Retuvo el aliento.

—Lo siento, señor Gilmore. Debió dejar que yo hiciera eso.

Él resopló con lentitud, cansado de fingir que el dolor no le afectaba.

—¿Cuándo van a desaparecer los dolores? ¿Y cuándo voy a poder caminar de verdad?

—Las costillas duelen incluso más al cabo de una semana, luego irá desapareciendo poco a poco. Lo de caminar es otro asunto. Acaba de comenzar la rehabilitación pasiva. Paulatinamente los ejercicios irán siendo más intensos y participativos, podrá avanzar más pasos, primero con las muletas que le hemos traído, y después sin ellas... En realidad, todo va a depender de usted.

—Deje de tratarme de usted.

La doctora suspiró profundamente.

—Bien, Matthew. Debes entender que ésa no es una lesión sencilla. Te llevará unas dos semanas empezar a caminar sin muletas, y mucha rehabilitación para fortalecer los músculos, pero lo más urgente y racional sería operarte. —Acercó la silla a la cabecera y se sentó en el borde para tenerlo más cerca—. No son sólo los deportistas profesionales quienes deberían someterse a una operación para solucionar una rotura de ligamentos y poder seguir jugando. En pacientes jóvenes y activos también se aconseja intervenir.

—No es imprescindible.

—No, no lo es. Pero la evolución natural de una lesión como ésta lleva a una inestabilidad crónica de rodilla. La sentirá siempre insegura, le fallará muchas veces, tendrá episodios de hidroartrosis, le limitará muchas actividades en su vida diaria y, por supuesto, le impedirá las actividades deportivas.

—Ya no tengo edad para aficionarme a cosas nuevas.

—¡No consigo entenderle, señor Gilmore!

—Vuelves a tratarme de usted, y además enfadada.

—Por favor, piénselo de nuevo. Es muy probable que con el tiempo se arrepienta de haber tomado una mala decisión. Y tenga. —Del bolsillo de la bata sacó una servilleta enrollada en un brillante tenedor—. Le he conseguido uno. He notado que apenas come, y necesita hacerlo para reponer fuerzas.

—Te lo agradezco, pero me sentiría mal si lo aceptara. El anciano de enfrente no hace más que observarme, y si utilizo el tenedor quizás se sienta ofendido. Éste es su país y sus costumbres, no el mío.

—Pensé que no comía porque no tenía cubiertos.

—La verdad es que no he tenido mucho apetito últimamente.

—Pues debe comer.

—Está bien, doctora. No me regañe más. —Ella disimuló su sonrisa poniéndose en pie y llevando la silla a su lugar—. Me gustaría que me atendieras siempre tú. La verdad es que tu amiga me da miedo.

La risa, suave y clara, de Claudia cruzó al fin la frontera de los labios y por primera vez llegó a los oídos de Matthew.

—Es una buena chica.

—Es posible, pero tengo motivos para no fiarme. Podría volver a dormirme.

—Es una opción —bromeó Claudia—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si deja de tratarme de usted.

—No puedo evitarlo. Es usted mi paciente, señor Gilmore. —Él imitó un gesto de pena—. ¿A qué ha venido a Katmandú?

—A hacer turismo. ¿Qué otra cosa atrae aquí a la gente?

La miró hundir las manos en los bolsillos de la bata.

—Bueno, seguro que vienen con un millar de razones diferentes.

—No puedo imaginar otra que no sea pasar unas vacaciones.

—Éste es un lugar maravilloso.

Notó que lo decía molesta, tal vez porque su comentario le pareció despectivo. Aunque en el fondo no lo era. Le parecía un lugar increíble del que hubiera disfrutado de ser otra la situación. Una ciudad como sacada de un cuento. De un cuento medieval de princesas vestidas con saris de vistosas telas y palacios tallados en madera. Y templos. No podía dar muchos pasos sin encontrar alguno en cualquier plaza, o incluso encajado entre las paredes de humildes viviendas. Y en Patan el contraste con su cultura americana había sido aún mayor. Allí en algunos momentos le había costado asimilar que el vuelo desde Estados Unidos no hubiera sido un retroceso de cientos de años en el tiempo hacia un mundo suspendido entre el cielo y la tierra.

Iba a responderle cuando vio entrar a aquel joven de nuevo, indagador y con el mismo avispado gesto de mirar hacia las camas mientras avanzaba por el pasillo. Ni siquiera se percató de que la doctora se ponía en pie y se disculpaba. Él ya estaba alerta, centrado en observar los movimientos del chico. Sabía que le resultaría demasiado fácil identificarlo en cuanto lo viera. Lo descubrirían su piel pálida, sus ojos azules y su media melena castaña entre todas aquellas pieles aceitunadas y cabellos tan negros como su maldita suerte.

Intentó no mirarlo, no llamar su atención, pero esta vez el chico avanzaba sin que apareciera nadie para detenerlo. Y él estaba allí, al fondo, destacando como una maldita luciérnaga en la negrura de la noche.

De pronto sintió los sagaces ojos negros clavados en él. Lo había visto, y le había cambiado el gesto. Como si durante aquella fracción de segundo de indecisión en la que aminoró el paso lo hubiera reconocido. Y sólo podía reconocerlo si sabía quién era... O si lo había estado buscando.

Las enfermeras seguían sin aparecer y el chico continuaba acercándose, ahora directamente hacia él, con una leve e inquietante sonrisa en los labios.

Sus temores se habían hecho realidad. Lo habían localizado. Estaba perdido.

Y repentinamente la mirada del chico cambió de dirección, sus pies se detuvieron y su sonrisa se hizo amplia y luminosa.

Sólo entonces reparó en que la doctora no estaba a su lado. La vio frente al muchacho, uniendo las palmas de las manos junto al pecho y reclinando la cabeza,

imaginó que pronunciando aquel *namaste* con el que lo habían saludado tantas veces desde que pisó suelo nepalí. Después de algunas palabras, el chico se dirigió hacia la salida, y mientras lo hacía volvió la cabeza y lo observó con su extraña cara sonriente.

—Debo irme, señor Gilmore —dijo ella a su regreso—. Una enfermera vendrá a ayudarle a ponerse en pie los segundos que usted pueda aguantar. Pero piense en lo que le he dicho, por favor. Es usted demasiado joven como para limitarse para el resto de su vida.

—¿Quién es? —La vio fruncir el ceño ante la inesperada pregunta—. ¿Quién es el tipo con el que acabas de hablar?

—¡Ah, se refiere a Bhim! —exclamó con una sonrisa—. Es un buen chico que cada vez que debo desplazarme por la ciudad se olvida del resto de sus clientes y me hace de chófer.

La palabra «chófer» le martilleó el cerebro, y se preguntó si era casualidad que se tratara de otro taxista o llegaba con instrucciones de observar con disimulo, aprovechando que estaba allí para trasladar a la doctora a donde necesitara. El problema era que él no creía en las casualidades.

Durante los últimos minutos dejó de escucharla. Se sentía perdido, atado por firmes pero invisibles cadenas que sólo quienes le buscaban abrirían con facilidad. Porque, por mucho que la doctora repitiera que aquél era un joven del que cualquiera podría fiarse, él no podía permitirse el lujo de creerlo.

Capítulo 3

Había alcanzado su gran sueño. Había conseguido ser uno de los mejores bateadores de los Yankees de Nueva York. Su padre y su abuelo le habían metido el béisbol en la sangre llevándolo al campo desde que era un pequeño que no entendía por qué corría el bateador en otra dirección diferente a la que había impulsado la pelota, dejando que fuera otro el que la atrapara. Y toda aquella pasión le había empujado a luchar por ser el mejor del equipo de la universidad, Los Tigres de Princeton; a conseguir un fichaje con un equipo modesto de las Ligas Menores y a terminar siendo una de las estrellas de los poderosos Yankees. Llevaba siéndolo tres temporadas, y estaría disputando la cuarta si la vida no le hubiera puesto en la encrucijada de elegir entre lo mucho que tenía y lo que en conciencia sentía que debía hacer. Y había desaparecido, aunque nadie sabía que por decisión propia y para una buena parte de los años que le tuviera preparados la vida.

No le gustaba pensar en ello. Le hacía daño a pesar de que tomó la decisión tras analizar con exactitud cuáles serían las consecuencias. Pero no podía evitar los recuerdos desde el instante en el que, tumbado en aquella vieja cama de hospital, pensó que no podía seguir allí.

Se había mantenido en un continuo sobresalto después de que el joven taxista se marchara junto con la doctora. El temor con el que hasta entonces había vigilado la puerta de entrada, por si aquellos hombres llegaban buscándolo, se había convertido en casi certeza de que aparecerían para sacarlo de allí. Su única duda estuvo en cuánto tardarían en hacerlo.

Por eso pensó que tenía que desaparecer.

Trató de levantarse, de caminar, y hasta llegó a quitarse aquella especie de camisón de tela raída para ponerse como pudo los vaqueros y la camiseta. Pero apenas dio el primer paso el dolor le dobló, y se vio obligado a pedir ayuda mientras se mantenía inmóvil sobre su pierna sana. La doctora Jekyll le regañó como hubiera hecho a un pequeño malcriado mientras, ayudada por otra chica, lo tendía de nuevo en la cama.

—Es usted incorregible —le sermoneó con enfado a la vez que volvía a ponerle el viejo camisón—. Compadezco a la pobre señora Gilmore, eso suponiendo que alguna mujer tenga alguna vez la poca cabeza de convertirse en su esposa.

—Tengo que irme —murmuró con los ojos húmedos por el dolor y apretando los dientes.

—Créame que si de mí dependiera hasta le ayudaría a llegar a la calle —aseguró al tiempo que se marchaba llevándose bajo el brazo los vaqueros y la camiseta.

Sintió deseos de llamarla, de contarle lo que estaba ocurriendo y pedirle que le ayudara. Pero hubiera tenido que explicarle la verdad para que la insólita historia resultara creíble. Y no podía hacerlo.

Aquella misma tarde, su mal presagio se hizo realidad, cuando tras horas eternas de vigilar sin descanso los vio aparecer. Eran dos, altos y fornidos. Y los reconoció al instante. A los dos a un tiempo. Estaban entre los que le persiguieron en Patan. Entre los que le localizaron en Katmandú y le acorralaron en el callejón. Eran los mismos que le golpearon con saña, los que corrieron tras él mientras se abría paso a empujones entre viandantes y vendedores callejeros hasta que, entregándose a su única salvación, se arrojó al demencial tráfico para esquivarlos.

Maldijo la cara de buena persona de Bhim, y deseó que alguno de aquellos malnacidos se la partiera en lugar de darle las rupias que seguramente le habían prometido por el trabajo de entregarlo.

Los vio avanzar por el pasillo mirando hacia los lados, hacia cada una de las camas, como si no supieran con seguridad que lo encontrarían en la última, contra la pared, sin ninguna salida a la calle salvo la ventana.

Un sudor frío le recorrió la espalda mientras trataba de pensar con rapidez. Pero ellos se acercaban y él continuaba con la mente en blanco. Vacía y bloqueada como no recordaba haberla tenido nunca.

Inspiró hondo, acopió fuerzas y en el último momento rodó sobre sí mismo para dejarse caer de la cama. La rodilla impactó contra el suelo. Sin tiempo para recuperarse se arrastró hacia el ángulo ciego que ofrecía la cortina amontonada contra la pared. Encogió las piernas y se hizo un ovillo, cerrando los ojos para oírlos a la vez que soportaba el dolor.

Los pasos se detuvieron junto a él, tras la desgastada tela, y tuvo la seguridad de que, si no se alejaban pronto, acabarían oyendo su agitada respiración. Pero fue él quien les oyó murmurar en voz baja y en un acelerado nepalí *uha yaha hunu hunna*.

Uha yaha hunu hunna, repitió mentalmente tratando de memorizar las cuatro extrañas palabras, preguntándose con ansiedad qué se estaban diciendo. Si Bhim les había indicado cuál era su cama, entrarían. Entrarían y lo pillarían allí, encogido como el maldito cobarde que no era. Y entonces acabaría todo sin que hubiera siquiera comenzado.

Oyó sonido de pasos alejándose de nuevo por el pasillo, pero no se movió, por si tan sólo pretendían que se confiara y saliera. No iba a moverse. Incluso dudaba que pudiera hacerlo. Tenía la sensación de que el golpe contra el suelo le había partido la rodilla. Resopló despacio, tratando de serenarse.

Y esta vez sus oídos no percibieron las pisadas, más lentas y sigilosas, que se acercaban y traspasaban la frontera marcada por la cortina. Hasta que lo vio allí, inclinándose hacia él, y tuvo la seguridad de que esta vez sí estaba definitivamente perdido.

—*Ggwar!* —gritó el recién llegado a la vez que trataba de cogerlo por los brazos.

Matthew lo apartó con un forcejeo y se arrastró hasta pegarse de nuevo contra la pared. Contrajo la mandíbula para soportar el dolor que los movimientos le habían intensificado.

—*Ggwar!* —volvió a gritar con ímpetu Bhim.

Y entonces resonaron con claridad un barullo de voces y de pasos que se aproximaban con acelerada prisa.

—¡Por Dios bendito, ¿qué ha pasado aquí?! —exclamó la doctora Jekyll—. Conseguirá volvernos a todos locos.

Él suspiró con alivio ante las irónicas y enfadadas palabras con las que ella le reprendió cuando Bhim le explicó que lo había encontrado tirado en el suelo. Entonces sí dejó que el chico lo sujetara por un brazo, mientras la enfermera lo hacía por el otro, y lo condujeran a la cama.

—¡Bhim ver salir hombres malos! —contó nervioso—. Bhim entrar ver si doctora Claudia estar bien.

—Todo está bien. —Agrupó de nuevo los cojines bajo la rodilla lesionada.

—¿Seguro que doctora Claudia estar bien?

—Seguro —respondió con impaciencia—. Gracias por haber gritado reclamando nuestra ayuda. —Lo miró con un vago intento de sonrisa—. Gracias a ti todo está bien. Ya puedes irte tranquilo y dejarnos trabajar a nosotras.

El chico no volvió a rechistar. Se despidió con un educado *namaste* mientras Matthew cerraba con cansancio los ojos.

Las consecuencias de la caída fueron más dolor, más inflamación y de nuevo más hielo para controlarla. Cada vez que observaba la dolorosa hinchazón de su rodilla acababa pensando en el final de su brillante carrera. En que contra todo pronóstico no eran las temidas lesiones las que lo apartaban, sino algo mucho más importante, mucho más poderoso.

Inspiró hondo y trató de centrarse en otra cosa. Lo único que le dio un poco de ánimo fue pensar que estaba a salvo. Al menos de momento. El golpe sin duda había merecido la pena, cosa que nadie en aquel hospital podía pensar al ver su rodilla, salvo él mismo.

Repasó mentalmente todo lo que había pasado desde que sospechó de aquel chico hasta que tuvo al otro lado de la cortina a los matones. Algo no terminaba de cuadrarle. Y, por el modo en el que lo miraba la doctora, supo que a ella tampoco.

Claudia lo visitaba con más frecuencia desde que le había dicho que la prefería a ella en lugar de a la enfermera alemana, y a veces se quedaba un rato haciéndole compañía y hablándole de las maravillas de Nepal. Llegó a creer que lo hacía por aquel torpe comentario que él había dicho una vez sobre la ciudad y que a ella le pareció desdeñoso.

—No es que saberlo vaya a cambiar las cosas, pero me gustaría que me contara

cómo pasó —preguntó Claudia mientras aseguraba una bolsa con hielos sobre el vendaje de la rodilla—. ¿Cómo pudo caerse de la cama de esa forma?

—No lo sé. Desperté en el suelo.

La vio alzar ligeramente las cejas, mostrando incredulidad.

—Bhim lo encontró encogido en el rincón. ¿Eso también lo hizo dormido?

—Pensé que el golpe me había roto la rodilla, y necesitaba apoyarme para soportar el dolor. Sólo tenía la pared.

No le gustó su gesto. Le pareció que había advertido no sólo que mentía, sino también su alto grado de alteración. Y es que le estaba costando relajarse después del maldito incidente.

—Está bien. —Retrocedió para dejarlo a solas, segura ya de que él no tenía un buen día—. Espero que a partir de ahora se lo tome con más tranquilidad.

—Prometido, doctora.

Rió para sus adentros y cerró los ojos. Después de haberse visto irremediabilmente perdido, ahora tenía un poco de esperanza en que las cosas aún podían salir bien.

Seguía creyéndolo al amanecer del nuevo día, mientras observaba cómo los rayos de sol comenzaban a entrar bajos por la ventana, dibujando la sombra de los tejados de madera tras los que el astro rey comenzaba a desperezarse. Partículas de polvo suspendidas en el aire brillaban acariciadas por los débiles reflejos dorados. Y de pronto, cegado aún por el hermoso y lento despertar del día, le pareció verlo llegar. Le bastó con alzar la mano para llamar su atención. Advirtió que de inmediato le cambiaba el semblante.

—Quería agradecerte tu ayuda, y que avisaras a las enfermeras de mi caída —le dijo tras el ritual del saludo nepalí.

—¿Estar ya bien?

—Perfectamente, gracias. —Correspondió a la amplia sonrisa que le mostraba el chico—. He oído decir a la doctora que te gusta mucho el béisbol. Yo soy americano y también me apasiona el béisbol. Me llamo Matthew —añadió, tendiéndole la mano para saludarlo también a su manera.

—Mí ser Bhim. —Le zarandó el brazo, arriba y abajo, una vez tras otra y con emocionada velocidad—. Bhim gustar Yankees de Nueva York. ¿Quién gustar tú?

—Los Yankees de Nueva York —respondió con una lánguida sonrisa—. Para mí son los mejores de la Liga Americana, y también de las Grandes Ligas. ¿Sabes lo que son?

Se lo explicó. Le habló con entusiasmo mientras los ojos del chico se abrían hasta lo increíble. Le detalló la última temporada, cuando en la serie de campeonato derrotaron a sus grandes rivales, los Medias Rojas de Boston, en una dramática serie a siete partidos, en la que provocaron un vaciado de bancas en el tercer juego y terminaron la serie con un *home run*^[1] en la entrada once del séptimo juego.

Bhim rió a carcajadas cuando le explicó que vaciar las bancas significaba que

todos los jugadores, de los dos equipos al completo, saltaban al terreno de juego para participar en una pelea, o simplemente para defender a un compañero que estaba en desventaja en medio de alguna acalorada discusión sobre una jugada conflictiva. Y, apenas le hizo un par de comentarios más sobre béisbol, se centró en el motivo por el que le había llamado y le hizo la pregunta.

—¿Qué quiere decir *uha yaha hunu hunna*?

Bhim entrecerró los ojos con extrañeza y se lo hizo repetir más despacio.

—No estar aquí —soltó el chico de pronto, con la satisfacción de quien ha resuelto un enigma del que le habían enrevesado los datos—. Querer decir «no estar aquí».

Al quedarse solo, repitió mentalmente las palabras de Bhim. Si algo le aclaraban era que no le había delatado. Lo que le llevó a deducir que los tipos simplemente estaban inspeccionando hospitales y habían llegado al convencimiento de que tampoco estaba en éste, pequeño y en penoso estado. Y eso le concedía tiempo. Tiempo para mantenerse escondido hasta que creyeran que había abandonado la ciudad, tiempo para recuperarse y salir de nuevo a recorrer las calles.

Repasó una vez más el contenido del maletín médico para confirmar que no se dejaba nada, pero le resultaba difícil centrarse cuando cada frase pronunciada por la enfermera la llevaba a plantearse demasiadas cosas.

—Las inflamaciones están controladas y las costillas le permiten respirar casi con normalidad, Katharina. Así que tendrá que irse.

—Lo dice con pena, pero yo me alegro. Ya sabe que no me fío de él.

Cerró el maletín confiando en que todo lo importante estuviera dentro, y miró de nuevo a la enfermera.

—Deberías ser más compasiva. No puede caminar, no sabemos si va a estar bien, si tiene donde quedarse o si acabará viajando a su país.

—No me preocupa, y tampoco debería preocuparla a usted. No puede solucionar la vida de todo el mundo. Además, me sigue pareciendo peligroso.

Claudia emitió un profundo suspiro.

—Es un hombre extraño, es cierto. Pero no me parece peligroso...

—Pregúntele a su conductor mientras la lleva a Jagriti. Pregúntele a qué se refería cuando dijo que había visto entrar a dos hombres malos.

—¿Hombres malos? —Frunció el ceño—. ¿De qué estás hablando?

—De aquel percance con el americano. Ese chófer suyo llegó preocupado por usted, diciendo que había visto salir de aquí a dos hombres malos. ¿Casualidad que al entrar lo encontrara tendido en el suelo? Yo creo que no.

Ella quería creer que sí. Que había sido una simple coincidencia. Mejor aún, que el torpe inglés de Bhim había hecho que la enfermera entendiera algo que en realidad no dijo.

Después, mientras atravesaba la ciudad sentada en el mullido asiento del *rickshaw*, en dirección a Jagriti, seguía dándole vueltas a aquella frase. A aquella frase y al resto de cuantas le había dicho Katharina, y lo hacía mirando la estrecha espalda de Bhim, que se agitaba en la bicicleta al ritmo del pedaleo con el que arrastraba el cochecito, esquivando todo tipo de vehículos, perros y más de una vaca sagrada.

—Me han dicho que me has esperado entretenido con el americano. —El chico volteó la cabeza y sonrió—. ¿De qué habéis hablado?

—Béisbol. Americano saber mucho béisbol.

—Estoy segura de que eres tú el que le ha preguntado sobre eso. —Bhim respondió riendo nuevamente—. ¿Él no te ha preguntado nada?

—Uno sólo. Querer saber qué significar *uha yaha hunu hunna*.

—¿Te ha dicho por qué?

El chico negó con la cabeza, y Claudia se recostó en el respaldo de cuero, guardando silencio el resto del camino. Dio vueltas a por qué necesitó el americano que le tradujera aquella frase, dónde la había oído, a quién. Qué escondía y si Katharina tenía razón y podía enredarlas en algún problema.

Al llegar junto al puente que cruzaba el río Bagmati, Bhim detuvo el *rickshaw* y se apresuró a tomarle a ella el pesado maletín y ayudarla a descender.

—¿Recuerdas cuando encontraste al americano caído en el suelo?

—Encontrar asustado contra pared.

Inspiró hondo ante la nueva y desconcertante información.

—Katharina dice que viste salir a dos hombres.

—Hombres malos. *Dui* hombres malos —aclaró mostrándole dos dedos.

—¿Qué quieres decir con malos?

—Empujar gente cuando salir hospital. Llevar pistolas debajo de ropa.

Resopló despacio, mirando el inmenso mar de tejados construidos con pedazos de plásticos y viejas maderas.

—¿Pasar algo, doctora?

—No, Bhim. Todo está bien. Sólo era curiosidad. —Sonrió para reforzarlo—. Luego te veo.

El chico la despidió con un cariñoso *namaste*, y no subió al *rickshaw* hasta que la vio desaparecer entre las miserables chabolas de aquella poblada orilla del río.

Capítulo 4

Algo le decía que estaba a punto de abandonar el hospital. Sus costillas seguían provocándole dolor cuando pasaba muchas horas sin calmantes, pero ya podía respirar sin sentir que se le clavaban en los pulmones. También podía dar un buen número de pasos apoyado en las muletas. Y, además, notaba el sabor a despedida en las continuas alusiones de Katharina a su buen estado, y a la sonrisa con la que le venía diciendo «pronto le perderemos de vista». Ahora que estaba tranquilo en aquel lugar cochambroso al que comenzó detestando, tendría que ir a encerrarse en su habitación del hotel hasta que la rodilla le permitiera caminar con la normalidad y el vigor necesarios para sus planes. Sólo esperaba que Nicole hubiera puesto ya la maquinaria en marcha, y que a Ramesh no le quedara ninguna duda de que había vuelto a su país con el rabo entre las piernas y dispuesto a no regresar jamás.

Contempló el agitado aleteo con el que dos palomas se posaban ante la ventana. Una enfermera le había dicho que llegaban desde Durbar Square, que estaba a sólo unas pocas manzanas. Él mismo había visto allí bandadas enormes oscureciendo el cielo al sobrevolar los tejados de templos y palacios, o alfombrando el suelo en el que picoteaban los granos de trigo que esparcía para ellas la gente. Trató de recordar la distancia que aquello tenía con su hotel. Unos quince minutos para alguien que caminara con normalidad...

Un repentino estrépito le hizo mirar hacia la cama de enfrente. La joven de pelo lacio y negro había golpeado sin querer la tinaja. El barro se hizo añicos contra el suelo y el agua sagrada bañó las gastadas baldosas antes de que hubiera lavado al anciano. Éste montó en cólera y pronunció airadas palabras en nepalí mientras la chica se ocupaba en silencio de solucionar el desastre. Tuvo que mirar hacia otro lado para no intervenir. Aquello no iba con él, se repitió mientras apretaba los dientes. Y siguió conteniéndose cuando ella salió, con la cabeza aún baja, y también cuando regresó, un buen rato después, con un nuevo recipiente con agua. Esta vez de bronce. Volvió a observar con disimulo el mimo con el que lavó al anciano mientras éste cambiaba inesperadamente de actitud, hablándole con suavidad, y hubiera jurado que hasta con dulzura. Y por primera vez la vio sonreír, relajada, y unos minutos después salir bien erguida para ir a buscar a los más pequeños.

La mirada del viejo le hizo sentir más incómodo que nunca, pero se lo compensó con creces la primera e inesperada visita que recibió en aquel hospital.

—¿Cómo estar americano? —preguntó el chico, que llegaba con su pelo negro bien repeinado y el limpio y gastado chaleco marrón sobre la amplia camisa tostada.

—Mejorando. Gracias.

—Bhim alegrar mucho. —Se tocó la frente con el índice—. Bhim pensar toda noche que conocer cara americano.

—No lo creo. Es la primera vez que vengo a este país. Puede que mi aspecto te recuerde al de otros gringos que llevas en tu taxi. Porque eres taxista, ¿verdad?

—*Rickshaw*.

Así que transportaba clientes, pero no conduciendo un taxi, como había supuesto. Lo hacía con su *rickshaw* llevando a pasajeros de un lado a otro de la ciudad. Ya había comprobado que en aquellas calles saturadas por todo tipo de vehículos, y hasta por animales sagrados entorpeciendo la ya caótica circulación en la que apenas si se cumplían las escasas señales de tráfico existentes, un *rickshaw* resultaba más útil que cualquier otro medio de transporte, pues su maniobrabilidad permitía esquivar sin problema cualquier atasco.

—Debes de conocer bien la ciudad.

—Bhim llevar *dui* años recorriendo calles. —Levantó dos dedos para que le entendiera.

—Y además pedaleando. Debe de ser agotador. ¿Llevas siempre a la doctora?

El muchacho negó con la cabeza, lo que en aquel país suponía una afirmación.

—Doctora buena con Bhim. Bhim llevar siempre que ella necesitar.

—Parece buena persona.

—Ella ayudar toda gente pobre.

—Es la que abunda por aquí, ¿no? —Miró alrededor—. ¿Dónde está la zona rica? —El chico mostró desconcierto—. Debe de haber una parte de la ciudad de gente rica, de mansiones, palacios.

Bhim sonrió satisfecho.

—Plaza Durbar estar palacio niña Kumari, y también palacio real dinastía Shah.

Mathew inspiró hondo al tiempo que se pasaba las manos por el pelo. ¿Cómo podía hacerle entender que hablaba de zonas residenciales, de gente adinerada, y no de pequeñas diosas vivientes o familias reales? Iba a intentar explicárselo cuando le vio coger la silla y acercarla emocionado a la cabecera.

—Bhim jugar béisbol, ¿saber americano?

—Sí, puede decirse que no soy malo jugando. Pero llámame Matthew. ¿Dónde aprendiste tú a jugar?

—Bhim jugar toda vida.

Sonrió ante la evidente exageración.

—En mi país la mayoría de las universidades cuentan con un equipo de béisbol. De ellos suelen salir muchas de las grandes estrellas. Dave Winfield, por ejemplo, comenzó jugando como lanzador en la Universidad de Minnesota. Se le conocía como Papi Piernas Largas. Jugó brillantemente con los Yankees, y fue el primero en impulsar más de cien carreras en cinco temporadas consecutivas desde Joe DiMaggio. En el 2001, cuando llevaba unos años retirado, fue seleccionado para el Salón de la Fama...

—Bhim jugar con amigos, y ver partidos copa mundo.

Sin duda se refería al Clásico Mundial, que se disputaba en aquellos días y que duraría unas dos semanas. Dos semanas durante las que él debería estar disputando encuentros como lo que realmente era: uno de los mejores bateadores del mítico equipo de los Yankees. A pesar del orgullo que sentía de ser quien era, debía mantenerlo en secreto. Y así sería ya para siempre.

—Hay muy buenos jugadores en esa competición. Es emocionante.

El chico le contó que la veían en un local de comida newar, en el barrio de Thamel, y que a él y a sus amigos les gustaría que alguna vez los acompañara.

Le sorprendió la ingenuidad con la que le hizo la invitación. De algún modo, hablar con él de aquel deporte le hacía regresar a lo que era su vida. Porque podía haber personas tan apasionadas por el béisbol como él, pero ninguna podía serlo más. Su padre y su abuelo eran los culpables de que lo llevara fundido en la sangre.

—¿Quién mejor jugador de béisbol del mundo?

La pregunta interrumpió sus pensamientos y sonrió con nostalgia mientras los grandes ojos negros de Bhim aguardaban expectantes, como siempre que esperaba una respuesta.

—Cada persona a la que preguntes eso te responderá algo distinto —dijo en voz baja—. Para mí, el mejor jugador del mundo, y de la historia, siempre será Joe DiMaggio. Era conocido como Joltin Joe, *El Estremecedor*, por el temor que inspiraban sus batazos de línea por la parte izquierda del campo.

—¿Qué puesto hacer Joltin Joe?

Matthew alzó los brazos, se los puso bajo la cabeza y se quedó mirando al techo.

—Era exterior central. —Inspiró hondo—. Llevó a los Yankees de Nueva York a ganar diez series mundiales. Conectó trescientos sesenta y un cuadrangulares e impulsó mil quinientas treinta y siete carreras. Estableció una marca al batear imparable en cincuenta y seis juegos consecutivos durante la temporada de 1941 de las Ligas Mayores —contó de un tirón, como si su mente lo llevara grabado a fuego—. Eso último aún no ha sido superado por nadie.

—Joltin Joe —repitió con admiración—. Yo ver película *El orgullo de los Yankees* en televisión.

Sí. Lo había visto en la televisión. Porque en aquel país convivían con la edad media y el mundo avanzado que les llegaba a través de la pequeña pantalla o el cine en el que proyectaban películas nepalíes y de Bollywood, pero en ocasiones también grandes éxitos de Hollywood. Hasta en eso tenía sorprendentes contrastes que, aseguraba la doctora, eran parte de la magia de Nepal que la había llevado a quedarse allí para siempre.

A él «para siempre» le parecía demasiado tiempo. No había dado un para siempre ni siquiera a alguna de las mujeres con las que había estado, y le parecía increíble que alguien pudiera entregárselo a unos extraños.

Había bajado los párpados tratando de descansar del insomnio padecido durante la noche. No era tarea fácil, con el barullo de voces que le llenaban los oídos, y sonrió al recordar el profundo silencio que reinaba en los hospitales que había conocido hasta entonces. Abrió los ojos despacio, y de pronto lo encontró allí, junto a la cama, mirándolo con sus enormes ojos negros pintados con un trazo ancho del color del carbón.

Era la primera vez que veía de cerca a aquel niño, a pesar de que cada mañana, sin faltar una, llegaba a visitar al paciente más lastimero del hospital.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —le preguntó con amabilidad a pesar de saber que no le entendería.

El pequeño, de rostro redondo y expresivo, continuó observándolo absorto, con los brazos hacia atrás y sus pequeñas manos enlazadas en la espalda.

De pronto llegó con apresuramiento ella, la jovencita de pelo negro, tan brillante como la seda. Y en la cercanía descubrió que bajo sus espesas pestañas se escondían unos hermosos y hechizantes ojos verdes.

—*Maaph garnuhos*^[2] —se disculpó azorada y sin atreverse a mirarlo, y cogiendo al chiquillo de la mano se lo llevó hacia la cama de enfrente, reuniéndolo con las dos niñas, la mayor de las cuales no alcanzaría los cuatro años.

Algo le dijo en nepalí el enfermo, con gesto inflexible, y la chica bajó con sumisión la cabeza y clavó los ojos en las gastadas baldosas del suelo.

Le apuró verla recibir lo que le pareció una breve pero rotunda reprimenda porque hubiera dejado que el niño se le acercara. De haber sabido cómo comunicarse con ellos, les hubiera dicho que no tenía importancia, que el chaval no le había molestado. Pero no se hubieran entendido, así que se obligó a contenerse para no empeorar la situación. Unos minutos después, la joven caminaba hacia la salida, afligida aún, cuidando de que los tres pequeños no se soltaran de su precioso sari rojo al que se aferraban cerrando con fuerza los dedos, mientras el anciano los miraba marchar con gesto adusto.

No pudo quitársela de la cabeza durante todo el día. La había mirado muchas veces, en especial durante el ritual de lavar al anciano, aunque siempre con prudencia porque no sabía hasta qué punto la mirada de un hombre podía llegar a ofenderla a ella, incluso al viejo enfermo que continuaba observándolo con el mismo descarado interés de la primera vez. Tenía la exótica y serena belleza de las mujeres nepalís, que tanto le habían fascinado desde el instante en el que descendió del avión, en el aeropuerto de Tribhuvan. Y, aunque ninguno de los días le pareció verla especialmente alegre, la tristeza en la que se sumió tras la fría reprimenda del anciano se le había quedado a él clavada muy hondo, tal vez porque indirectamente se sentía responsable.

Seguía pensando en ella cuando la doctora apareció por la tarde para comprobar su estado y despedirse hasta el día siguiente.

—Esta mañana, después de que te fueras, se me ha acercado el niño pequeño que viene a visitar a «Don me estoy muriendo». Me he fijado en que lleva los ojos pintados de negro, y he visto eso también en otros niños, en la calle.

—Se los pintan con una sustancia llamada «kohl», y lo hacen para evitar el mal de ojo y como protección contra las infecciones.

—¿Y eso funciona?

—¿Se lo está preguntando a alguien que utiliza la ciencia médica para curar? —ironizó risueña.

Él sonrió, aceptando con buen humor el sutil vapuleo.

—¿Y qué significa la marca en la frente? La jovencita que trae a esos niños cada día lleva pintado una especie de punto rojo.

—Se llama «tika», o «bindi», y la hacen con una mezcla de polvo de gena roja con agua y arroz. La llevan las mujeres casadas. Ella lo está. —El gesto de sorpresa de Matthew le hizo gracia—. Con frecuencia las mujeres que provienen de familias pobres se casan muy jóvenes. Es por la dote, que se sigue pagando a pesar de que ya está prohibida por ley.

—Así que pagan para que se las lleven —dijo con acritud.

—Podría verse así, ya que una vez casadas pierden el derecho a la herencia familiar. Con el enlace cambian de familia; pasan a pertenecer a la del marido. Pero en realidad pagan para casarlas, y muchas veces venden lo poco que tienen para conseguirlo. El señor Mahat —señaló con un gesto al anciano de la cama de enfrente— hubiera exigido mucho más dinero si se la hubieran dado en matrimonio ahora, o dentro de unos años, del que recibió cuando era una niña. Cuanto más pequeñas son, más reducidas son también las dotes.

Matthew entrecerró los párpados y miró con asombro al anciano.

—¿Es su marido?

—Sí. Él es su marido, y los pequeños que la acompañan son sus hijos.

—Pero... ¡Pero si ese tipo tiene ochenta años! Pensé que sería su padre.

—Tiene setenta y ocho —corrigió—. Ésta es una cultura muy diferente a la suya o a la mía. No trate de entenderla porque no lo conseguirá.

—¡No fastidies! Esa chica debería estar divirtiéndose con amigas, tonteando con chicos.

—Tiene razón. Eso es lo que ocurriría en países como el suyo o el mío, pero en este todo es diferente. —Se acercó, despacio, y una vez más ocupó la silla para hablarle de cerca—. Ella tiene toda la vida por delante y él es un viejo muy enfermo. No tardará en quedarse viuda, y créame que cuando eso ocurra será cuando le lleguen los verdaderos problemas. Aquí, cuando un hombre muere se culpa a la esposa porque se supone que no lo ha cuidado bien. Ella pasa a pertenecer a la casta más baja; se convierte en una intocable que atrae a la mala suerte a pesar de que la ley intente acabar con esta tradición de siglos. —Entrecruzó los dedos y apoyó las manos juntas en el borde de la cama—. Nadie le alquilará una habitación, nadie le dará un

trabajo decente. Pasará el resto de su vida explotada por la familia del marido, de la que será una propiedad más, o en la calle, arrastrando con ella a sus hijos, vendiendo verduras, flores o frutos secos por unas míseras rupias que no le alcanzarán para vivir.

Matthew volvió los ojos hacia la ventana, pensativo, sacando sus propias conclusiones.

—Imagino que nadie hace nada por ellas.

—Se equivoca. Hay mucha gente trabajando para mejorarles la vida. Como una amiga mía que tiene, muy cerca de aquí, una casa de acogida para niños de la calle. También ayuda a mujeres como la que a usted le ha impactado. Les dan clases de inglés...

—¿Inglés? ¿Por qué querrían esas mujeres saber inglés?

—El conocimiento del inglés las ayuda a tratar con los muchos turistas que invaden cada día la ciudad. Eso y las diferentes formas de ganarse la vida para las que se las prepara, las habitaciones que se les alquilan, los utensilios básicos que se les ayuda a comprar, la escolarización de sus hijos y la sanidad que ellas jamás podrían pagarse. Como imagino que ya sabe, hay muchas formas de ayudar.

Las había, sin duda, y ella y su amiga habían elegido la más directa, la que exigía renunciar a una vida establecida para vivir otra de incomodidades.

—Esto que cuentas me parece muy bonito, muy altruista y todo eso, pero sobre el papel. No entiendo que en la vida real alguien pueda abandonarlo todo por ayudar a personas a las que no conoce.

—¿Así que usted nunca se implicaría en algo así, no cambiaría de vida por nadie?

Matthew inspiró hondo y volvió la mirada a los tejados que se dibujaban tras el cristal de la ventana. No había esperado una pregunta como aquélla, a la que no podía permitirse el lujo de responder.

—No creo que mi respuesta fuera a ser la que esperas.

—Bueno, en realidad no pienso que alguien como usted vaya a ser como yo.

Él aguantó la sonrisa sin volverse.

—Así que ya has decidido que tú eres la buena y yo el malo. Eso está bien.

—Si le he dado esa impresión, lo siento. Tan sólo me refería a que somos diferentes.

—Eso es más que evidente, así que quedas perdonada.

—¡Oh, gracias! —bromeó ella—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Espero que no traiga segunda intención, para que me resulte fácil contestarla.

La miró, mostrando al fin la sonrisa que le provocaba cada una de sus palabras.

—¿Qué va a hacer cuando salga de aquí? ¿Tiene donde quedarse?

—Te agradezco la preocupación, pero no hay problema. Estoy alojado en un hotel en el que creerán que me he muerto, aunque seguramente acabaré descubriendo que ni siquiera me han echado de menos. Dejé el letrero de «no molesten» colgado de la puerta.

Claudia rió con suavidad.

—Me alegra saberlo. Aún tardará en caminar con normalidad, necesita algo de reposo y continuar con ejercicios que fortifiquen la musculatura que gobierna la rodilla. Las costillas le van a doler mucho todavía, y necesitará calmantes. Pero ya ha superado los días críticos, y al estar mejor nos vemos obligados a darle el alta. Como ya habrá comprobado, no andamos sobrados de camas. Así que al fin ha llegado el momento que tanto deseaba cuando lo trajeron.

—Vaya. Ahora que me había acostumbrado a que me observara el anciano de la cama de enfrente, a comer con la mano y hasta a los frecuentes cambios de humor de su enfermera, tengo que irme.

—Me gustaría que no fuera así, pero no hay más remedio. —Unió las manos en el regazo—. Lo mejor que podría hacer es regresar a su país y comenzar con la rehabilitación, aunque lo más aconsejable sería pasar antes por una cirugía. De todos modos, y como presiento que no va a hacer caso a mis consejos, debería pasar ya a los nuevos ejercicios que le explicará la enfermera antes de que se vaya.

—Lo haré. Seguro que son fáciles —comentó, en lugar de decir que los conocía, que le eran más que familiares.

—Ojalá se lo sigan pareciendo cuando los conozca. De todos modos, podrá llevarse una de las muletas. Y si todavía va a seguir por aquí unos días, no dude en venir para que le echemos un vistazo.

Le estrechó la mano que ella le tendió para despedirse. La encontró suave, cálida. Tierna como la mirada que le dedicaban sus grandes ojos marrones desde el otro lado del cristal de las gafas.

—Ha sido un placer, doctora. Gracias por tus charlas. Has hecho que me sintiera menos extraño, y hasta un poco en casa.

Claudia recuperó con lentitud la mano, y sonrió a la vez que se levantaba.

—Cuídese.

Capítulo 5

Dejó la vieja muleta a un lado y se sentó en la cama para ponerse y atarse las zapatillas. Esa misma mañana, una enfermera le había explicado qué ejercicios debían sustituir a los que había estado haciendo hasta entonces. Le había dado las gracias, aunque le resultó evidente que conocía de rehabilitación menos de lo que él mismo sabía por propia experiencia.

Miró al anciano de la cama del otro lado del pasillo. En aquel momento hablaba a sus pequeños hijos mientras la esposa cuidaba de que no se movieran ni armaran alboroto. Una vez más llevaba la mirada baja, haciendo más visible aún la llamativa línea roja pintada en la cabeza, siguiendo la natural raya del cabello. La llamaban «sindoor», y se la pintaban las mujeres casadas como símbolo de amor al marido y para que éste tuviera una larga vida. Curiosamente, era el novio quien realizaba la primera aplicación de *sindoor* a la novia, en el momento más esperado y emocionante de la ceremonia de boda.

Desde el instante en el que conoció la procedencia y el sentido de ese tinte con el que la chica marcaba su pelo negro, tan rojo como el punto que llevaba en la frente y que intensificaba su belleza, la miraba de otro modo; con más pena. Seguramente la habían casado siendo una niña pequeña con un hombre al que vio por primera vez durante el ritual de matrimonio. La habrían vestido de princesa, habrían hecho una fiesta en su honor y ella la habría disfrutado fascinada sin saber el significado de todo aquello.

Dejó de mirarla cuando sus ojos se encontraron de pronto con los del anciano y comprendió que no estaba siendo tan discreto como pretendía. Entonces se apresuró a atarse las zapatillas, se colgó la mochila al hombro y apoyándose en la muleta salió de allí para evitarse problemas a sí mismo, pero sobre todo para no provocárselos involuntariamente a ella.

Sintió sobre la piel el cálido sol de últimos de marzo, y durante unos segundos cerró los párpados y se dejó acariciar por sus rayos. Después de tantos días viéndolo tan sólo a través de la ventana, le gustó recibir su calor seco y reconfortante.

Inspiró hondo y miró alrededor, cargando el peso del cuerpo en su pierna sana. Frente a él, una mujer joven vendía guirnaldas de coloridas flores que exponía extendidas en el suelo y, junto a ella, un barbero afeitaba a un hombre sentado en una alfombrilla de esparto mientras otros dos esperaban a que les llegara el turno. Seguía sorprendiéndole el bullicio y la vida de los que estaban llenas las calles. Eran la seña de identidad de la ciudad de Katmandú por encima de los ruidos, el caos circulatorio o la polución.

Una escalera colocada contra un poste de madera llamó su atención. En lo más alto, un chico joven manipulaba el amasijo de cientos de cables que partían en todas las direcciones. No entendía cómo aquellos endeble maderos podían mantener el peso de tan exagerado acopio de hilos ni cómo podía distinguir el trabajador cuáles eran los que debía tocar. Menos aún comprendía la decisión con la que introducía los dedos en aquel enredo, aparentemente sin temor a electrocutarse. Mirando el recorrido mediante el que los cables conducían la electricidad a hogares y comercios, le resultó sencillo entender los continuos y largos cortes de luz que había sufrido desde su llegada. Lo sorprendente resultaba que funcionara alguna vez, y que los hoteles y hospitales no tuvieran que hacer uso de sus generadores durante las veinticuatro horas del día.

Llegó a su hotel, en la cercana zona de Thamel, en un *rickshaw* al que le había costado subir con la muleta y sin doblar la rodilla. Descender tampoco fue fácil a pesar de la ayuda del joven conductor. Pero estaba contento, imaginando la larga ducha de agua caliente que iba a darse antes de ponerse ropa limpia.

Pero todo cambió en cuanto hizo girar la llave y tiró de la manilla de la que continuaba colgado el letrero de «no molesten».

La manta y las sábanas estaban por el suelo, entremezcladas con trozos de espuma del interior del colchón que alguien había rajado de arriba abajo y de un lado a otro. Sin duda buscando algo que nunca había estado allí.

Cojeó hasta el armario, sospechosamente cerrado cuando el resto de los muebles estaban volcados en el suelo.

Contuvo la respiración y abrió con lentitud...

—¡Malditos hijos de puta! —gritó al encontrar descerrajada la pequeña caja fuerte, en la que ya sólo estaba su pasaporte y el dinero.

Golpeó el armario con los puños cerrados sin notar cómo iba lastimándose los nudillos.

Estaba perdido.

No habían tocado sus pertenencias. Pero sin aquellos documentos todo estaba perdido. Y no conocía a nadie allí que pudiera falsificarle otros iguales.

Inspiró hondo y espiró despacio tratando de calmarse mientras recorría con los ojos las camisetas que recordaba haber dejado plegadas en uno de los cajones. Pendían de las perchas, todas rasgadas a la altura del pecho por algún arma cortante.

Y eso suponía claramente una advertencia.

Tenía que salir de allí. Tenía que esconderse, y no podía hacerlo en Thamel. No podía hacerlo en ningún lugar en el que pudiera esperarse encontrar a un extranjero.

Y él sólo era capaz de pensar en uno que le parecía seguro.

—Y si le digo que necesito quedarme aquí, ¿dejaría que lo hiciera?

La mujer no respondió al momento, tal y como Matthew hubiera deseado. La

indecisión y la desconfianza se le veían en los ojos, en los gestos, en el tiempo que se tomaba en analizarlo antes de responder.

—Lo primero, deja de tratarme de usted aunque te lleve veinte o veinticinco años. Y lo segundo, no es por ti. No te conozco, y debemos tener cuidado con quiénes metemos en una casa en la que sólo hay niños pequeños y mujeres.

—Lo entiendo.

La vio azorarse, apartarse nerviosa el cabello y hundir la cucharilla en el interior del pequeño vaso de cristal, removiendo el té negro con lentitud, pensativa. Él se llevó el suyo a los labios sin dejar de observarla.

—¿Estás seguro de que Claudia te dijo que vinieras?

—No estaría aquí si no me lo hubiera pedido —mintió buscándole la mirada—. ¿Cuál es el problema?

Lo había recibido bien, y tras las primeras palabras le había invitado a que dejara los zapatos junto a la puerta y entrara, ayudándole a manejarse por el pasillo con la muleta igual que antes le había ayudado junto con Bhim a subir las escaleras. Incluso le había servido un té de bienvenida en aquella pequeña estancia con el suelo cubierto de mullidas alfombras y un buen número de cojines de colores apoyados en las paredes. Todo había ido perfecto, como él necesitaba que fuera. Había funcionado la pequeña mentira de que era amigo de Claudia, aunque dudaba que lo hubiera hecho de no haberlo visto llegar acompañado por Bhim.

Había tardado demasiado en encontrar al único que podía indicarle dónde estaba aquella dichosa casa de acogida de la que ni siquiera sabía el nombre. Fue relativamente sencillo dar con el local de comida newar en el que le contó que se reunía con los amigos para ver los partidos de béisbol, y una suerte que aquél fuera el día en el que se jugaba la final del Clásico Mundial, que marcaría el inicio de las Grandes Ligas. Lo malo resultó ver pasar las horas tomando una cerveza local, caliente y floja, sin que el chico apareciera por ningún lado. Seis horas tardó en hacerlo, pues al parecer había apurado hasta el extremo el instante de dejar de dar servicio con su *rickshaw*. Una mísera rupia podía marcar la diferencia entre comer un día o pasar hambre hasta el siguiente. Emitían las primeras imágenes de la final entre las selecciones de Puerto Rico y República Dominicana cuando, negándose a mirar al televisor, le confesó que estaba allí porque necesitaba su ayuda. Y, para su sorpresa, Bhim olvidó aquel deporte que le apasionaba y se ofreció a llevarlo a donde quisiera. Lo que finalmente resultó estar a tan sólo dos calles del hospital.

—Comprende mi extrañeza, muchacho —se disculpó tan incómoda como cuando él le mostró su intención de quedarse—. Jamás hemos tenido cooperantes masculinos en esta casa.

—No veo cuál podría ser la diferencia entre un hombre o una mujer a la hora de dar clases de inglés.

—No la ves porque no hay ninguna que pueda explicarte en un minuto.

La sonrisa regresó tímidamente a los labios de la mujer, y Matthew se apresuró a

aprovecharla mostrándole la suya, la que destinaba a conseguir lo que se negaba a dar por perdido.

—Puedo quedarme todo el tiempo que sea necesario para entenderlo, Ruth.

Pronunció su nombre con la seguridad de quien lo ha oído muchas veces, cuando en realidad era Bhim quien se lo había revelado hacía unos minutos.

—¿Por qué no vuelves mañana? Imagino que ya sabes que ella pasa por aquí casi todas las noches. Le hablaré de esto.

Matthew se movió inquieto sobre la esponjosa alfombra. Apuró hasta el fondo su té y dejó el vaso en la bandeja, junto a la pequeña tetera y el azucarero.

—Bueno, en realidad yo quería darle la sorpresa...

Se detuvo al ver el recelo en el rostro de la mujer.

—¿Dónde la conociste?

—En el hospital. —Rozó la muleta con los dedos—. Fui su paciente durante unos cuantos días.

Ella alzó los ojos sin levantar la cabeza, y lo observó a través de las pestañas.

—¿Qué haces en Nepal?

—Turismo, como todos. —Señaló con la mirada la mochila, en el suelo y a su lado—. Aún me quedaré por aquí unas semanas, y puedo ser útil. Imagino que no andáis sobrados de ayuda.

—Nunca andamos sobrados de nada. Pero insisto en que no te conozco.

—Claudia me conoce. ¿No basta con su recomendación?

—Debería bastar, sí —reconoció mientras seguía removiendo descuidadamente el té, y de pronto un pequeño golpe seco la detuvo. Sonrió y miró por encima de él—. Pero no te preocupes, porque lo vamos a resolver en este momento.

De pronto le faltó aire. Tomó del suelo la muleta, y apoyándose en ella y en la pared consiguió levantarse con lentitud, calculando en esos últimos segundos qué decir para salir del aprieto.

El «te esperábamos» que Ruth pronunció cariñosa no obtuvo respuesta. La doctora sólo tenía ojos para él; ojos grandes y sorprendidos por encontrarlo allí cuando sin duda había dado por hecho que ya estaba lejos. Y al verla separar los labios, temió que para decir algo que dejaría al descubierto su mentira, no vio otra salida que arriesgarlo todo a una sola y peligrosa carta.

—Te he hecho caso; aquí estoy, dispuesto a trabajar con vosotras —dijo tontamente mientras le mostraba su mejor sonrisa.

Notó que tras las gafas arrugaba levemente el ceño, sin duda tratando de entender qué le estaba diciendo, o tal vez hasta de recordar si en algún momento ella le propuso algo parecido.

—Pero... Pero yo no...

Él interrumpió con rapidez su balbuceo.

—Ayudaré en lo que sea, además de con las clases de inglés. Aunque pueda parecerlo, no soy un inválido.

Claudia tragó saliva, incapaz de reaccionar ni para apartar los ojos de los suyos.

—Pero... ¿pero no dijimos que lo hablaríamos?

—No he podido esperar. Quería comenzar cuanto antes.

Ruth los observaba en silencio, tratando de adivinar qué significaban las sonrisas y miradas seductoras de él y el azoramiento de ella. Conocía bien a su amiga, y tan sólo la había visto actuar tan torpemente cuando estaba ante un chico que le gustaba; que le gustaba mucho. Y lo confirmó cuando la vio empujar con el índice el centro de las gafas y después apartarse nerviosamente el inexistente flequillo.

—De todos modos, debiste esperar a que yo hablara antes con mi amiga.

La notó cortante, enfadada tras el fingido gesto amable.

—Me pudo la impaciencia.

—No tiene importancia —interrumpió Ruth—. Sólo necesitaba saber que lo conoces y lo apruebas. Y eso me ha quedado más que claro.

Claudia se fijó en la mano con la que el americano se aferraba a la muleta, y la preocupación y el aturdimiento ya no le dejaron ver la segunda intención en las palabras de su amiga. Matthew tuvo bastante con el alivio de saber que, al menos de momento, ella no iba a descubrirle, que se quedaba, que había encontrado un buen escondite en el que recuperarse antes de llevar a cabo su plan.

Capítulo 6

La oscuridad no era total esa noche. La luna creciente, prendida de un cielo despejado, doraba las azoteas de las casas y los tejados de madera de los numerosos templos y palacios. Las pocas y mortecinas luces que medio iluminaban las calles se apreciaban desde lo alto como pequeñas luciérnagas diseminadas hasta el infinito. Le gustaba terminar así cada día, recostada en los cojines de la azotea, disfrutando de la paz de la ciudad adormecida a sus pies y de la conversación de su amiga Ruth. Nada podía compararse con aquellos momentos, salvo las sonrisas con las que hombres, mujeres y niños le pagaban para que les quitara los dolores o que les diera una solución a sus males. Sin duda, las noches al aire libre tomando un delicioso té negro eran la forma perfecta de acabar tanto la mejor como la peor de las jornadas.

—Es guapo —exclamó Ruth conteniendo la sonrisa.

—¿Quién es guapo?

—Tu americano. Es muy guapo. Lástima que no pueda subir un rato aquí. Hubiera disfrutado con las vistas.

Lo dijo al verla medio echada sobre los cojines, con la larga falda azul remangada hasta los muslos y con la pequeña Maya dormida en su regazo. Pero ella no captó la ironía.

—Ya le has oído; está agotado, lo que es normal en sus condiciones. Necesita descansar, y además ya es muy tarde.

Sí. Ya era tarde hasta para que entrara en su habitación y le pidiera explicaciones por la mentira en la que con tanta desfachatez la había implicado. Ya era tarde porque su amiga Ruth, pero sobre todo la pequeña Maya, la habían acaparado por completo.

Que Maya apareciera por la casa era siempre una alegría. La pequeña no tendría más de nueve o diez años, de los que probablemente la mitad los habría pasado en la calle. La vieron por primera vez una mañana, durmiendo en el interior de una caja de cartón por la que asomaba un pequeño pie descalzo. Se acercaron a mirar con miedo, y se encontraron con unos grandes ojos negros en un rostro menudo de facciones tiernas. Su pelo, liso y oscuro como el carbón, estaba adornado por un ancho lazo rojo atado con una lazada en lo más alto de la cabeza.

—¿Qué tal los niños hoy?

Lo preguntó mientras acariciaba con suavidad los cabellos de Maya. Le enternecía verla tan pequeña, tan indefensa y a la vez tan decidida a seguir viviendo en su mundo de las calles.

—Todos han hecho los deberes sin ayuda, han cenado como señoritas y caballeros y se han ido a dormir sin protestar. Y Maya te ha esperado, como siempre

que aparece por aquí y tú llegas tarde. ¿Recuerdas su carita de felicidad cuando le compramos el primer vestido nuevo?

Claudia dejó con cuidado el vaso vacío en la mesita baja, en la que danzaban las llamas de dos gruesas velas encendidas. Y mientras miraba los ojitos cerrados de Maya, volvió a verlos en su memoria abiertos como dos universos cuajados de estrellas.

—Yo creo que le gustó más el lazo azul con motitas amarillas.

Le gustaban los lazos, los coleteros de colores; cualquier cosa bonita que pudiera ponerse en su melena negra. Pero ni siquiera prometiéndole que le comprarían uno diferente cada día lograron retenerla. Cuatro días aguantó en la casa, con horarios para comer, para bañarse y para ir a dormir. Ella, al igual que otros niños, se había acostumbrado a la libertad de la calle, y lo que ellos les ofrecían lo vivían con gratitud, pero también como un encierro. Se forzaron a recordar aquello que tuvieron tan presente cuando llegaron a Katmandú para quedarse. Y era que la ayuda se ofrecía con humildad, sin juzgar nada, sin pretender alterar nada. Por eso aceptaron que Maya viviera a su manera y que apareciera por allí cuando quisiera comer o necesitara un vestido nuevo o un lazo de colores para el pelo. Aunque en el fondo siempre esperaban que un día llegara para quedarse y dejarse cuidar.

Claudia suspiró hondo y miró de nuevo al frente. La colina en la que se asentaba la *stupa* de Swayambhunath —o Templo de los Monos, como la llamaban los extranjeros— destacaba sobre el mar liso y en calma de los tejados de la ciudad. La luz de la luna se reflejaba en cada uno de los trece anillos de la torre dorada que representan las trece fases del conocimiento en el sendero de la iluminación. Una iluminación que a veces hubiera deseado poseer para saber cómo hacer las cosas en aquel país al que amaba tanto como desconocía. Porque, como le dijo una anciana de la casta dalit —llamados también «intocables» ante la creencia de que atraían la mala suerte— cubierta de profundas arrugas a la que había aliviado los efectos de una leishmaniasis cutánea, ni aun viviendo cien años llegaría a conocer la complejidad de un país en el que convivían en total armonía las razas y religiones de un millón de dioses.

—¿Va a quedarse mucho tiempo tu amigo americano?

Inspiró y espiró el aire despacio. Esa noche ni siquiera tener entre sus brazos a la pequeña o contemplar la impresionante silueta de Swayambhunath sobre la colina lograban relajarla.

—No estoy segura. Se lo está pensando.

Sonó a verdad, cuando no tenía ni idea de lo que aquel hombre pensaba o qué le había llevado hasta allí ni para qué. Y a pesar de esa inseguridad, le había abierto las puertas de Rainbow House.

Se sentía confundida. El modo en el que había llegado le indicaba que era un tipo raro. Sobre todo si a ese último comportamiento añadía otros que también había tenido mientras estuvo ingresado. O el suceso que Bhim le contó sobre los «hombres

malos». Además, había dejado el hospital por la mañana sin apenas marcas que recordaran el accidente, y había llegado a Rainbow antes de la noche con los nudillos destrozados. ¡Qué había hecho para lastimárselos de aquel modo! Suspiró mirando el sosegado gesto con el que Maya dormía. Tal vez había sido demasiado confiada, tal vez debió escuchar con más atención a Katharina cuando le aseguraba que no era prudente fiarse del americano.

No pensó que su primer día en aquella casa sería así, pero debió imaginarlo en cuanto la vio, tan llamativa, pintada de amarillo y con las ventanas de un azul intenso, y a la que todos llamaban Rainbow House.

Ruth le presentó a todos los que formaban aquella gran familia, uno a uno, comenzando por las mujeres, mientras los niños lo miraban con curiosidad y cuchicheaban entre ellos. Y no porque no estuvieran acostumbrados a la llegada de voluntarios, sino porque, como bien dijo Ruth, hasta entonces todos cuantos habían pasado por allí fueron mujeres. Como mujeres eran, también, las que se ocupaban de la casa.

Nirmala, a la que no calculó más de cuarenta años, simpática y rolliza, era la encargada de alimentarlos a todos de modo barato y saludable. De él dijo, después de analizarlo con detenimiento, que estaba muy delgado, pero que con su comida en pocos días recuperaría tanta fuerza que no tardaría en regalar la muleta porque no la necesitaría. Chandra le pareció un poco más joven. Ella era la que mantenía la casa limpia y en orden, aunque aclaró que los niños eran tan organizados que le facilitaban mucho su trabajo. Y él todo lo entendió gracias a Ruth, que le fue traduciendo cuanto le decían. Nada tuvo que traducirle de la joven Aishwarya, que no pronunció palabra y además evitó mirarlo de modo directo. Ella llegaba cada día a la casa para ocuparse de la ropa: lavarla, plancharla, coser algún botón desprendido o remendar la que se rompía. Le pareció hermosa, vestida con aquel simple sari verde carente de adornos. Unos pequeños aretes dorados en el lóbulo de sus orejas eran el único signo visible de coquetería. Aunque empezaba a entender que allí nada era casual, y que unos simples pendientes o unas pulseras señalaban la pertenencia a una etnia determinada, a una casta.

—Espero que tengas buena memoria para los nombres, muchacho, porque ahora voy a presentarte a lo más bonito de esta casa.

Sumaban un total de doce niños, con nombres tan difíciles de retener como Brahma, Parvati o Hari. Todos simpáticos y despiertos que se lanzaron a rodearle haciéndole preguntas que no entendió, salvo las de unos pocos que se las hicieron en inglés. Una de las pequeñas llamó especialmente su atención, la que no se apartó de él para ocupar su lugar en la mesa cuando lo ordenó Ruth, la que lo miró con sus enormes ojos verdes, que destacaban en su carita morena, a la vez que le daba la mano. O más bien se la acariciaba con sus pequeños y delgados dedos. Y le sonreía.

Debía de tener unos ocho años, como su Amanda. Con sus mismos ojos verdes y su misma sonrisa dulce.

—Se llama Savitri. En la mitología hindú, Savitri es la hija del dios del sol.

—Un nombre precioso para una niña preciosa. Me recuerda a mi sobrina.

—Entonces debes de tener una sobrina guapísima —opinó Ruth, contemplándoles las manos enlazadas—. Le has debido de parecer tan desamparado con tu cojera que quiere ayudarte a llegar a la mesa.

Y así fue. La pequeña comenzó a tirar de su brazo con suavidad, y él se dejó conducir hasta su asiento. Para entonces, el resto de los niños estaban expectantes, aguardando ante los tazones de leche caliente de yak que Nirmala les iba sirviendo.

Ruth se sentó a su lado.

—Claudia está a punto de llegar. El tiempo que no dedica a sus enfermos lo pasa aquí, ayudando. Y procura no perderse ni cenas ni desayunos. Menos aún uno tan especial como éste.

—¿Qué tiene este de especial?

Ella sonrió con misterio, y cuando parecía que iba a satisfacerle la curiosidad los niños aplaudieron felices, claramente celebrando algo.

Siguió la dirección de los ojos infantiles y miró a su espalda.

La puerta del comedor se había abierto, y Claudia entraba llevando algo grasiento envuelto en papel de periódico que rápidamente entregó a Nirmala. Después se sentó en el único espacio libre que quedaba en la mesa, frente a él y a Ruth.

—Es *sel-roti*, un pan dulce de arroz —le comentó cuando Nirmala comenzó a repartir aquella especie de rosquillas grandes—. Dura varios días, aunque está mejor recién hecho. Nunca falta en fiestas religiosas y celebraciones familiares.

Advirtió frialdad en su voz a pesar de que sonreía.

—¿Y qué celebráis hoy?

—Tu llegada.

Fue Ruth quien le amplió aquella breve información.

—Siempre celebramos así el primer desayuno de los voluntarios. Es casi una tradición, y a los niños les encanta.

Así que era eso. Traía aquel pan dulce para celebrar su llegada porque nadie hubiera entendido que no lo hiciera, no porque lo sintiera de verdad.

No supo qué decir, y agradeció que Ruth siguiera hablando, aunque fuera con aquella pregunta.

—¿Has hecho alguna otra vez voluntariado, o esto lo haces sólo por estar cerca de Claudia?

—Ésta es mi primera vez. Espero que me guste la experiencia.

—Ten cuidado, muchacho, porque esto engancha. Míralos. —Los tres volvieron la vista hacia los niños, que disfrutaban del pan de arroz como si fuera el mejor de los manjares—. Lo que ellos te dan no lo podrías comprar en ninguna parte del mundo.

Matthew cogió entre los dedos su *sel-roti* y recorrió con los ojos la mesa. No

podía valer mucho aquella masa frita en aceite y, sin embargo, Claudia los había contado con precisión. Había exactamente uno para cada uno.

—A Matthew no le va mucho esto de la cooperación —intervino Claudia, notó él que con disimulado enojo—. Podemos decir que está aquí por mero accidente.

—¿Lo dices por lo de su pierna? —bromeó Ruth, y se volvió a mirar a Matthew—. ¿A qué te dedicas?

No se había preparado para eso, sin duda porque no pensó que en algún momento tanto Ruth como Claudia querrían saber algo sobre el hombre al que habían dado cobijo. La curiosidad más razonable de todas: a qué se dedicaba. Reaccionó con rapidez, contándoles que se ocupaba del restaurante que su padre tenía en Princeton, lo que no era del todo mentira.

Había trabajado en aquel negocio familiar cada noche durante años, hasta que fichó con su primer equipo de las Ligas Menores. Ahora que su padre estaba mayor y necesitaba más ayuda, tampoco tenía tiempo para hacerlo. Aunque el anciano supo rentabilizarlo cuando comenzó a destacar tras su fichaje con los Yankees. Cubrió las paredes del local con fotos suyas bateando, en plena carrera o alcanzando una pelota en el aire como si fuera un pájaro. Y también camisetas, guantes y pelotas firmadas por él, o incluso el bate con el que consiguió el *home run* que dio la victoria a su equipo en el último partido de las Grandes Ligas de la pasada temporada. Toda aquella reunión de objetos, más la posibilidad de encontrarse allí con el idolatrado jugador, llenaban cada día y cada noche el restaurante, lo que generaba dinero suficiente para pagar a camareros que hicieran el trabajo duro mientras él se dedicaba a visitar a los comensales que, a falta del famoso hijo, se consolaban fotografiándose con el padre.

—¡Así que sabes cocinar! —exclamó emocionada Ruth.

—Bueno, eso no. Mi trabajo consiste en llevar las cuentas y servir las mesas. Sólo me acerco a la cocina para asegurarme de que los pedidos salen a tiempo.

Se alegró al ver que el desayuno no se alargaba demasiado. Los niños más mayores tenían que ir al colegio, y supuso que Claudia ya andaba tarde para su turno en el hospital. Pero en eso último se equivocaba. Ella se levantó a la vez que lo hacían los primeros niños, pero fue para rodear la mesa y acercarse a él.

—Te acompaño a tu cuarto. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Enseguida comprendió que lo de acompañarlo había sido una simple manera de hablar, porque lejos de ayudarlo dejó que él marchara delante, trastabillando con la muleta por el estrecho pasillo.

—¿Por qué me pusiste en una situación tan difícil ayer? —preguntó sin preámbulos nada más entrar en el cuarto.

—Lo siento, pero necesitaba quedarme —reconoció a la vez que se sentaba en el borde de la cama, casi dejándose caer.

—¿Y no se te ocurrió ser sincero, buscarme en el hospital y contarme tu problema, cualquiera que sea?

La observó de soslayo para comprobar si su gesto iba en consonancia con su enfadado tono de voz. No pudo estar seguro.

—¿De verdad quieres sinceridad?

—Sí, por favor.

—Lo cierto es que no creí que te enterases tan pronto. Me dijiste que tu amiga dirigía una casa de acogida, no que tú la acompañaras. —Sonrió al tiempo que volvía a mirarla, esta vez sin ningún disimulo, y la vio murmurar entre dientes algo que no llegó a entender.

—¿Por qué tanto empeño en quedarte en Rainbow?

—¿Sueles preguntar esto a todos los que llegan como voluntarios, o sus motivos no son relevantes?

—No suelen aparecer con mentiras. Ni con los nudillos destrozados.

Él escondió las manos en los bolsillos y alzó ligeramente los hombros.

—Necesitaba un lugar donde quedarme.

—¿Y tu habitación en el hotel?

—No me servía. Da igual por qué. Creo que lo importante es que puedo ayudar.

—El porqué importa. Siempre importa. Y hasta que no conozca las razones por las que has hecho esto no me quedaré tranquila. Te lo aseguro. Me has mentido y me has manipulado, y a mí no me gustan ni las mentiras ni las manipulaciones. Soy directa, y siempre espero que los demás también lo sean conmigo.

—Me parece perfecto. Creo que nos llevaremos bien.

Sonrió conciliador a la vez que ella se encajaba las gafas empujándolas enérgicamente con el índice y hacía el gesto de apartarse un invisible flequillo.

—¡Puede que esto sea un juego para ti, pero te aseguro que para mí es muy serio! Te estoy dando la oportunidad de explicarte, pero si insistes en responderme idioteces seré yo quien cuente la verdad a Ruth mientras tú te largas con tus mentiras a otra parte.

Le impactó su firmeza, y ante aquellos ojos fríos clavados en los suyos tuvo claro que sólo contaba con unos segundos para resultar convincente.

—¡Vale, de acuerdo! ¿Quieres la verdad? La verdad es que me dieron una paliza y se llevaron todo mi dinero. —Ella ni siquiera parpadeó, sin duda esperando la verdad completa. Él resopló—. Entré en un local a tomarme una cerveza, y en una mesa apartada había unos tipos jugándose dinero en una partida de póquer. Me pareció que no dominaban el juego como lo hago yo, y vi la ocasión de ganar una pasta. Pero me equivoqué. Fueron ellos quienes me limpiaron a mí. Al primer descuido agarré todo el dinero que estaba sobre la mesa y salí corriendo. Pero me alcanzaron. Ellos se llevaron el botín y yo me quedé con los golpes.

—Así que no te atropelló una furgoneta.

Lo dijo con ironía, haciéndole ver que nunca se había tragado aquella historia.

—No pensé que lo hubieras creído.

Tampoco observó que Claudia había reparado en su reloj de muñeca, medio

cubierto por la manga de su camisa. De haberlo hecho, hubiera inventado con rapidez un motivo por el que quienes le robaron su dinero no se llevaran un objeto infinitamente más valioso.

—Y sigo sin creerlo. ¿El motivo que te ha traído aquí es que te has quedado sin dinero?

—No es eso. En las condiciones en las que estoy... —Rozó con los dedos la muleta—. Simplemente, vine porque necesitaba ayuda.

—No la has pedido en ningún momento.

Durante unos segundos sólo la miró con fijeza.

—No pensé que fuera necesario pedírsela a alguien como tú o como tu amiga, que estáis acostumbradas a ayudar, seguramente sin preguntar nunca nada porque veis la necesidad en los ojos de la gente. Pero puedes estar tranquila; recogeré mis cosas y me iré.

Trató de levantarse, pero la muleta se le escurrió de las manos y fue a parar al suelo. Se inclinaba para cogerla cuando Claudia dejó escapar un suspiro.

—Está bien. Voy a permitir que te quedes mientras resuelves tu problema, sea el que sea. Sólo espero no tener que arrepentirme.

Capítulo 7

La difícil e inevitable conversación con la doctora le había dejado algo bueno; y era la casi certeza de que podría quedarse allí por un tiempo, siempre que fuera cuidadoso y no lo estropeará. Tan sólo tenía que ser uno más mientras aguardaba a que el dolor de las costillas bajara de intensidad, y sobre todo que los ejercicios le fortalecieran los músculos de la pierna y recuperara estabilidad en la rodilla para poder caminar sin la muleta. Dar clases de inglés a unas mujeres que parecían no entenderle, y hacer las labores sencillas que le pedía Ruth, como arreglar una ventana que no encajaba o desatascarle un desagüe. Aunque la mayor parte del tiempo descansaba, ejercitaba los músculos de la pierna o se entretenía dibujando con los niños, y por las noches enseñándoles a hacer sombras en la pared utilizando únicamente las manos y la luz de las velas. Para algo tenían que servir aquellas jornadas sin electricidad además de para que los chavales forzaran la vista para terminar sus tareas del colegio.

A la pequeña Savitri le gustaba sentarse en su regazo, lo mismo para dibujar que para imitarlo con sus pequeñas manitas y formar siluetas en la pared. Ella hablaba mucho, y aunque él no le entendía ni media palabra, sí que captaba la ilusión en sus ojos, la felicidad cuando conseguía ver en la pared un pájaro volando, una jirafa o un elefante. Y entendía también su risa. Y sus miradas. Y la ternura con la que le tomaba de la mano cada vez que lo veía levantarse. La realidad era que se comunicaban. En una ocasión él le hizo entender que necesitaba un cuaderno y algo para escribir, y ella tardó tan sólo unos minutos en aparecer con unos folios arrancados de alguna libreta y medio lapicero bien afilado.

Necesitaba trazar un plan, utilizar el tiempo de recuperación en hacer algo que le facilitara el camino hasta Ramesh cuando volviera a ponerse en marcha.

Había pasado varios días recorriendo la ciudad en busca de burdeles y lugares de juego lo bastante exclusivos como para que pudiera frecuentarlos Ramesh. Encontró unos cuantos antes de que su cuerpo de seguridad lo descubriera y, a juzgar por lo que había ocurrido en su habitación del hotel, comenzaran a seguirlo. Necesitaba recordarlos todos; los que estaban dentro de los gustos de Ramesh y los vulgares a los que no se asomaría ni aunque en ellos se concentraran todas las bellezas occidentales que había en Nepal.

Utilizó el lado izquierdo de una de las hojas que le había conseguido Savitri para anotar los nombres de los peores locales que recordaba, el lugar exacto en el que volver a encontrarlos o al menos la zona en la que creía haberlos visto. El derecho lo fueron ocupando los más selectos, y que por el momento debía evitar.

Cuando no conseguía recordar nada que mereciera la pena apuntar, trazaba recorridos, y hasta los horarios más propicios para acudir a cada sitio, tumbado en su pequeña cama de aquella casa que respondía con exactitud al nombre que estaba escrito con colores en el letrero colgado en la fachada, justo encima de la puerta. Él ocupaba una habitación azul cuyo mayor lujo era un pequeño escritorio con una silla; el resto de los colores del arco iris estaba repartido por toda la vivienda, la más alegre y divertida que había visto nunca. Y también la más sencilla, con lo estrictamente básico y sin lujos, expuesta a los habituales apagones de dieciséis horas diarias que sobrellevaban con naturalidad y con velas que al consumirse iban perfumando el aire. Aunque lo peor era la falta de agua corriente.

En Rainbow House la tenían, pero en poca cantidad y con frecuentes y prolongados cortes. Esa mañana se había interrumpido el escuálido chorro cuando él estaba en la ducha, cubierto aún de jabón, y había tenido que usar el agua de uno de los cubos para aclararse. Entonces entendió por qué las numerosas fuentes públicas en las que niños y mujeres llenaban recipientes o lavaban la ropa eran también los lugares en los que siempre se encontraba a alguien lavándose.

Sin duda sería mil veces más cómoda cualquier habitación de hotel, con sus generadores y depósitos que garantizaban tanto el agua caliente como la electricidad, aunque en sus circunstancias también menos segura. La tranquilidad con la que se estaba recuperando mientras pensaba en cómo llegar a Ramesh compensaba con creces hasta la mayor de las incomodidades.

¡Patan! ¡Por qué tuvo que fastidiarla en Patan, cuando allí todo estaba de su parte! La dirección exacta, los horarios, la oportunidad. El factor sorpresa.

Maldijo en voz alta, se puso en pie y cojeó hasta alcanzar la ventana. Comenzaba a atardecer. El cielo enrojecía en el horizonte, tras las montañas. Y allí abajo, en el campo de tierra en el que muchas veces veía jugar a los niños del barrio, localizó de pronto a Bhim junto con un grupo de chicos. Jugaban al béisbol con una estaca que hacía de bate y, al parecer, una sola pelota, porque varias veces detuvieron el juego para dedicarse a buscarla tras un bateo fuerte. Observó el empeño y la ilusión que ponían en cada entrada, especialmente Bhim, que tenía cierto estilo bateando y una endiablada rapidez en las carreras a pesar de las sandalias abiertas que llevaba en los pies.

El rudimentario campo estaba solitario y a oscuras cuando él dejó de mirarlo y de recordar campos llenos de hinchas jaleando buenos bateos y veloces carreras.

Llamaron a la puerta. Cojeó de nuevo hasta la cama y se sentó antes de invitar a que entrara quien fuera que estaba esperando. Como si no supiera con seguridad quién era.

—¿Vienes a torturarme otra vez con los ejercicios? —bromeó en cuanto vio asomar a Claudia.

—Así es, como cada día. Pero además hoy traigo algunas cosas que creo que necesitas.

Las dejó en la mesilla de noche, nombrándolas según iba colocándolas, una al lado de la otra.

—Navaja de afeitar, jabón para que hagas espuma, y un móvil. Es de tarjeta, con dinero suficiente para llamar a tu país.

—¿Cómo voy a agradecerte esto?

—Llamando a tu familia para que no se preocupen, y no fallándome.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Puedes tener la seguridad de que no te fallaré.

—En eso confío. —Suspiró, y apartó la mirada—. ¿Sabes usar la cuchilla? Si quieres puedo afeitarte yo. Lo he hecho más de una vez en el hospital.

Resultaba tentador eso de relajarse y cerrar los ojos mientras una mujer le afeitaba con un utensilio tan rudimentario. Se pasó la mano por el mentón. Sin duda aquello estaba espesando, estaba tomando cuerpo. Últimamente al mirarse en el espejo le costaba reconocerse.

—Te lo agradezco, pero creo que bastará con arreglarla un poco. ¿Podrías conseguirme unas tijeras?

—Eso está hecho. —Arrastró un poco la silla y se sentó frente a él—. He visto a Bhim. Va cada día al hospital a preguntarme por ti.

—Es un buen chico, y te adora.

Advirtió que se le iluminaba la cara.

—Y yo lo adoro a él. Cuando lo conocí pedaleaba descalzo. Le habían robado las sandalias mientras dormitaba en su *rickshaw*, y no quería gastar en otras el poco dinero que tenía ahorrado. Ese mismo día volví a verlo comprando unos momos para unos niños hambrientos de la calle.

—Así que él sí es como tú.

—No. Él es mucho mejor que cualquiera de las personas que tú o yo conoceremos nunca, te lo aseguro.

Matthew se echó hacia adelante, apoyando los antebrazos en su rodilla sana, y la miró de cerca.

—¿Por qué no me sorprende?

Claudia sonrió, se empujó las gafas con el índice y pareció retirarse un invisible flequillo, como ya la había visto hacer otras veces.

—Le gustaría venir a verte, pero no se atreve. No quiere molestar.

—No lo haría. Al contrario. ¡Si aquí estoy rodeado de mujeres y de niños!

Los dos rieron a un tiempo. Después vendrían los duros ejercicios. Los mismos que hacía en solitario cuantas veces podía porque le urgía recuperarse. Pero reconocía que resultaba agradable practicarlos con ella una vez al día.

—¿Cómo está mi rubia favorita?

Fueron sus primeras palabras en cuanto notó que descolgaban el teléfono.

—¡Gracias a Dios que eres tú! ¿Qué está pasando? ¿Cómo estás? ¿Corres peligro?

—Tranquila, Nicole. Todo va bien. Estoy en un buen sitio, dejando pasar el tiempo hasta que me crean lejos. —Oyó un soplo de alivio—. ¿Han tratado de localizarme allí?

—Sí, lo han hecho. Está más que comprobado que las llamadas procedían de Nepal.

—¿Crees que les quedan dudas de que he abandonado el país?

—Sabes mejor que nadie lo que la agencia central de inteligencia se ha perdido conmigo —rió a pesar de la tensión—. Están seguros de que vuelves a estar en Estados Unidos, recuperándote de un largo y difícil viaje.

—Perfecto. Eso me dará un poco de tiempo. Gracias otra vez, Nicole.

—Hay algo que... Lo siento mucho, pero no he podido seguir engañando a tus padres. Eso de que estabas en tu apartamento de Manhattan decidiendo qué querías hacer con tu vida duró poco. Después fui inventando cosas para tranquilizarlos, pero al final tuve que decirles la verdad. Saben lo que estás haciendo.

Matthew resopló.

—Estaba seguro de que acabaría ocurriendo si no lo conseguía en Patan y esto se alargaba. Por favor, no los dejes; estarán muy preocupados y...

—No te inquietes por eso. Los llamo cada día para saber cómo están y para asegurarles que tú estás bien. Pero ahora soy yo la que necesita oírte decir o me moriré de angustia.

—Todo está bien. Sólo que he fallado en mi gran oportunidad y ahora tendré que buscarme otra. Sólo eso.

Flexionó con lentitud la rodilla. La notaba mejor. Más fuerte y menos inestable. No quería decirle que había reaparecido su vieja lesión, y tampoco que le habían robado los documentos. Se creía capaz de conseguir que le falsificaran otros allí, en Katmandú. Sólo si llegaba a agotar todos sus recursos para conseguirlos le pediría ayuda. No quería preocuparla, porque entonces ella volvería a rogarle que lo dejara todo y volviera a casa.

Oyó las risas de los niños en el pasillo. Se dejó caer de espaldas sobre la cama y miró al techo.

—¿Te he despertado?

—Hace dos horas que estoy levantada. Me pillas en la cocina, sentada ante una taza gigante de café y contemplando cómo despierta la orilla del río Hudson. Desde que te has embarcado en esta locura duermo poco y mal. No veo el día en el que me llares diciéndome que todo ha acabado y que estás a salvo.

—Eso tardará en ocurrir un poco más de lo que había previsto, Nicole. Pero llegará. Puedes estar segura.

La oyó suspirar de nuevo.

—Cuídate mucho.

—Por supuesto. Ya sabes que siempre lo hago.

Se quedó inmóvil después de colgar, mirando al techo y preguntándose qué hubiera hecho de no haberla tenido a ella. En quién hubiera confiado para que le ayudara en algo tan importante, tan descabellado a los ojos de cualquiera que no fuera él. O que no fuera la buena de Nicole.

—¿Bhim poder pasar?

La voz procedía del otro lado de la puerta. Se incorporó con rapidez, y durante unos segundos se quedó sin habla, aguantando el dolor que todavía le provocaban las malditas costillas rotas.

—Adelante, Bhim —pronunció cuando pudo hacerlo.

El chico asomó la cabeza con timidez.

—Venir ver cómo estar amigo Matthew.

—Cada día mejor. Pero, pasa. Ponte cómodo.

Le señaló la cama, pero el chico se sentó frente a él, en el suelo.

—¿Matthew saber que República Dominicana ganar *copa mundo*?

—No. No lo sabía. Pero los dominicanos son grandes peloteros. ¿Cuándo te aficionaste tú al béisbol?

—Siempre béisbol. Cuando ser pequeño jugar monjes monasterio.

—¿Jugabas con monjes?

Bhim le contó, en aquel básico inglés y con su gracioso acento, que lo abandonaron de niño en un monasterio budista, y que los monjes nunca se pusieron de acuerdo en la edad exacta que él tenía entonces, pero que siempre le aseguraron que debía de andar entre los dos y los tres años.

—Nunca he visto un monasterio por dentro. Debe de ser impresionante.

—Monjes rezar mucho. Pero comida bueno todos días.

Le aseguró que tuvo una buena vida con ellos, rodeado de gigantescas imágenes de buda y oyendo mantras durante los abundantes procesos de meditación, pero que, llegados a los que podían ser sus dieciocho, decidió salir al mundo en lugar de tomar los hábitos, ver chicas y algún día casarse con una que fuera guapa.

A partir de aquella tarde, las visitas de Bhim se hicieron tan habituales que Ruth se estaba acostumbrando a esperarlo con alguna labor que Matthew no podía hacer por el estado de sus costillas y de su pierna. Y mientras el chico trabajaba, él le hacía compañía, siempre hablando de béisbol y de jugadas míticas. La pequeña Savitri solía acercarse a observarlos. Y era lógico. Ella misma se había erigido en su enfermera particular. Una menuda enfermera de mirada dulce y de preciosa sonrisa que sin ningún esfuerzo se le estaba instalando en el corazón.

Capítulo 8

—Acompáñame. Quiero enseñarte algo muy especial.

Las palabras de Claudia despertaron su curiosidad. Qué podía enseñarle ella en aquella casa que no hubiera visto ya, como no fuera el despacho de Ruth, al que le había echado un breve vistazo desde el pasillo la vez que lo encontró con la puerta abierta. Pero a aquello de ningún modo podía llamársele «especial». Y la siguió interesado por la casa hasta que la vio detenerse ante las escaleras que conducían a la azotea.

—¿Te atreves?

Demasiado estrechas. Demasiado empinadas. Demasiado largas.

Se acarició la barba con la mano libre, haciendo cálculos.

—Tendría que subir sin la muleta.

—¡Así que no te atreves!

Le agradó oírla reír, aunque fuera con aquella suavidad que la hacía casi imperceptible.

—¿Me estás desafiando?

—No. Sólo te estoy invitando a ver algo que no olvidarás nunca.

—¡Quién podría resistirse ante eso!

Le entregó la muleta. Sólo ella sabía si iba a necesitarla una vez que estuviera arriba. Dedujo que no cuando vio que la apoyaba contra la pared y se apartaba para dejarle el paso libre.

—Tú primero. Te sujetaré si pierdes pie y te caes.

—Te aplastaré si caigo.

Lo advirtió a la vez que comenzaba a ascender. Paso a paso. Flexionando con cuidado la pierna para no lastimarse. Asegurándose en cada peldaño de que la rodilla permanecía estable. Y todo ello sabiendo que Claudia iba detrás, velando por él, convencida de que con su cuerpo menudo podría sujetar su metro ochenta y tres de estatura y sus setenta y cinco kilos de peso.

Inspiró hondo al llegar arriba y abrir la puerta que daba a la azotea, no tanto por haber llegado sano y salvo como por el magnífico espectáculo que se abría ante él. Era noche de luna llena, y su resplandor se derramaba por el inacabable mar de tejados de la ciudad, destacando los redondeados y los puntiagudos de pagodas y palacios. Y, sobre sus cabezas, otro océano inmenso, este plagado de las estrellas más grandes y brillantes que había visto nunca.

—Increíble. Es como si todas las constelaciones del universo se hubieran reunido aquí esta noche.

—Para contemplar la belleza del valle, es cierto. Pero no sólo hoy; aquí todas las noches son así de hermosas.

Matthew meció la cabeza con asombro.

—Tenías razón. Ésta es una de esas pequeñas grandes cosas que no se olvidan nunca.

—Vamos, siéntate, que te ayudo.

Miró hacia donde le señalaba, y entonces reparó hasta qué punto era especial aquella azotea, iluminada, además de por el resplandor de la luna, por las llamas temblorosas de gruesas velas encendidas. Estaban en el interior de tulipas de cristal para que ni la más leve brisa alcanzara a apagarlas. Una pequeña mesita extremadamente baja y cojines de colores en el suelo o apoyados en el pretil que los separaba del vacío eran todo el mobiliario. Y tientos con frondosas y coloridas flores que, entremezclando su olor con el que producía el consumir de las velas, daban a todo aquello un aire relajante y evocador.

Aceptó su mano y con la otra se sujetó en el murete para descender despacio hasta sentarse en uno de los cojines y apoyar en otro la espalda.

—Así que éste es el lugar mágico en el que os reunís todas las noches.

—¿Crees en la magia?

—Bueno. —Cabeceó cómicamente—. Hace unos días te hubiera dicho rotundamente que no, pero a este paso acabaré creyendo que existe.

—Existe, sí, y normalmente está en los lugares más inesperados.

—Por eso subís siempre.

—Nos reconforta de los problemas de la jornada, nos llena de energía...

—¡Ya está aquí el delicioso té recién hecho! —gritó Ruth, y miró a Matthew tan sorprendida de encontrarlo allí como él de no haberla oído llegar—. ¡Qué bien que Claudia te haya convencido para que nos acompañes! Hoy tenemos una noche hermosa.

Dejó la bandeja sobre la mesita, y antes de que comenzara a servir aquel brebaje dorado, Matthew se fijó en que allí había tres vasos de cristal.

—No creas que soy adivina, muchacho. Llevo varias noches trayendo un vaso vacío para ti. Sabía que en cualquier momento lo íbamos a necesitar. —Le sirvió a él primero—. Cuando llegué a esta ciudad, me llamó la atención que en cualquier casa a la que iba me recibieran con un vaso de té. Pero terminé acostumbrándome. Ahora somos nosotras quienes acogemos a nuestros invitados con un humeante vasito. A veces con dos o tres. Reconocerás que reconforta.

Saboreó con placer el primer sorbo.

—Reconozco que hace mucho más que eso. Gracias por llevármelo cada noche a mi habitación.

—No me des las gracias por eso, muchacho. Mi labor aquí es hacer que todos se sientan bien.

—Pues conmigo lo has conseguido. No podría estar mejor.

—Seguro que podrías estar mejor, pero te agradezco el cumplido, igual que te agradezco que te esfuerces en dar las clases. Me parece que no es lo tuyo.

—Vaya, ¿tan mal se me da que ya se han quejado?

—Nunca lo harían, pero me basta con ver sus caras cuando les pregunto cómo les va.

Matthew miró a Claudia de reojo. La suave brisa de la noche le revolvía el pelo mientras, recostada sobre dos grandes cojines naranjas, con las piernas recogidas y una larga falda azul de la que tiró hasta cubrirse los tobillos, sonreía por el inofensivo comentario de su amiga a la vez que sus grandes ojos marrones se entrecerraban y rasgaban hasta asemejarse a los de las hermosas mujeres orientales.

Él también rió.

—Lo siento, está claro que la docencia no es lo mío.

—No te preocupes. En unos meses tendremos una voluntaria acostumbrada a dar clases. Viene de Irlanda, como la anterior.

—Me alegro, sobre todo por ellas.

—El conocimiento del inglés las ayudará como ha ayudado a otras antes de que ellas llegaran aquí, pero ya están aprendiendo a ganarse la vida. Aishwarya, por ejemplo, de momento saca un dinero ocupándose de lavar la ropa, plancharla y remendar lo que se rompe. Pero, además, como se le da bien la costura, le hemos comprado una máquina de coser con la que está empezando a confeccionar ropas por encargo. Mañana la acompañaré a comprar seda fucsia. Una que sea muy especial, porque si la señora que se lo ha pedido queda satisfecha, hará correr la voz entre sus amigas. Aunque si queda descontenta, también lo hará.

—No te inquietes por eso, Ruth. Nadie podría hacérselo más delicadamente que Aishwarya —comentó Claudia con satisfacción después de su largo silencio.

—¿Es una chica muy callada o sólo cuando yo estoy presente?

La doctora dio un sorbo a su té antes de mirarlo.

—Ambas cosas. La vida le ha enseñado a ser silenciosa, a no destacar. Cuando a una niña la casan con un adulto dominante e incomprensivo, tiene una vida más soportable si no causa problemas.

—¿Eso le ocurrió a ella?

—Creemos que sí. Nos contó que la casaron de niña, y que en menos de un año se quedó viuda. Por lo poco que hablaba del resto de su pasado, presentimos que ha sido extremadamente duro y que sólo quiere olvidarlo.

—Es terrible. ¿Todas las mujeres a las que doy clases han pasado por cosas así?

—Algunas han tenido matrimonios muy felices. Los problemas les llegaron al quedarse viudas.

Ruth le contó que las mujeres que llevaban las labores de la casa eran viudas necesitadas porque no tenía sentido preocuparse por ayudarlas a labrarse un futuro y luego dar trabajo a otros que lo precisaran menos. Normalmente contrataban viudas con hijos, aunque a veces se permitían alguna excepción, como recientemente

hicieron con Aishwarya.

—Nos enamoró su dulzura. Pero además estábamos hartas de ver cómo la rondaba ese hombre asqueroso —dijo Ruth arrugando la nariz.

Fue Claudia quien le aclaró que al tratarse de una viuda joven y hermosa, un proxeneta del barrio había intentado captarla en más de una ocasión. Al parecer lo hacía con delicadeza, como un perfecto seductor, ofreciéndole regalos caros, halagándola y prometiéndole que si aceptaba se acabarían sus penalidades y tendría una vida de reina. Y aunque la chica lo rechazaba y lo rehuía una y otra vez, no siempre le era posible evitar que la abordara en la calle y le hablara con ese ademán cautivador con el que volvía a prometerle la luna.

Y a pesar de todo lo que contaban, él las veía felices, sonriendo siempre. Tal vez era aquel país extraño, aquella vida que consumían sin prisas. O la absoluta seguridad que todos tenían de que el verdadero valor estaba siempre dentro de uno, y jamás en sus posesiones mundanas, entre las que incluían el propio cuerpo.

—¿Reconoces alguna constelación? —le preguntó Claudia al descubrirlo mirando con ensimismamiento el cielo, que lucía como terciopelo negro sembrado de temblorosos diamantes.

Matthew sonrió ante la repentina llegada de recuerdos.

—Siempre me resistí a ser *boy scout* a pesar de la insistencia de mi padre, así que ni siquiera reconocería la Estrella Polar. Lo máximo que sé es que está cerca de la Osa Mayor. ¿O tal vez era de la Menor? No lo recuerdo, pero da igual, porque tampoco podría señalar el punto de ninguna de ellas.

—Puede que estén al lado de los pequeños ositos.

Así que la prudente y desconfiada doctora sabía bromear, se dijo al tiempo que se frotaba la barbilla simulando concentrarse.

—O de la niña de los ricitos de oro, ¿no?

Ruth estalló en risas mientras ellos dos se analizaban de soslayo. Hasta que la oyeron gritar cuando el contenido del vaso se le derramó sobre su blusa blanca.

Capítulo 9

Siempre le sorprendía el silencio que guardaban los niños mientras hacían sus tareas escolares, sobre todo cuando lo comparaba con la algarabía que solían armar un rato antes, cuando merendaban tras llegar del colegio. Desde un principio pensó que era la cariñosa rectitud de Ruth la que lo conseguía. Pero esa tarde comprobó que estaba equivocado. Porque, aunque en esa ocasión Ruth no estaba en la casa, hasta el salón no les llegaba ni una voz, ni siquiera el leve sonido de una risa.

—Son formales —comentó a Claudia mientras la pequeña Savitri coloreaba dibujos en su cuaderno, tumbada sobre la alfombra. Ella acostumbraba a terminar con rapidez sus tareas, tal vez por aquella costumbre que había adquirido de estar cerca de él siempre que le era posible.

—Sí. Son formales. Y es todo mérito de Ruth. No les ha enseñado a obedecer, sino a ser responsables y a valorar que cada cosa nueva que aprenden les pertenece ya para siempre.

—Buen método. Algún día se lo agradecerán.

—Sin ninguna duda.

Estaban distraídos, y la niña fue la primera en reparar en ellas. Levantó la cabeza del cuaderno y saludó con aquel efusivo *aamaa* Ruth con el que todos los niños la llamaban. Aishwarya llegaba con ella, pero pasó de largo en silencio para ir a encerrarse en el cuarto de costura.

—¡No vais a creer lo que ha pasado! —exclamó emocionada Ruth—. Hemos ido al bazar de Indra Chowk. Nos ha atendido el dependiente de siempre, pero de pronto ha aparecido un hombre al que no conocíamos, bellísimo, como un protagonista de las películas de Bollywood, y ha dicho que él seguía atendiendo a «las señoritas». —Pestañeó rápida y teatralmente al tiempo que sonreía coqueta.

—¡Y te has enamorado! —bromeó Claudia.

Antes de responder se sentó en el suelo, y sonrió al ver a Savitri una vez más pegada al americano.

—Pues no. Él se ha enamorado. Tiene unos fascinantes ojos verdes que no apartó de los de nuestra Aishwarya ni un segundo. Mientras ella bajaba los suyos, por supuesto —aclaró risueña.

—Por eso ha entrado sin decir nada.

—Sí, pero de camino aquí no ha dejado de hablar de lo guapo y educado que era.

—Todo un logro en ella —opinó Claudia—. ¿Comprasteis la seda fucsia para el sari?

—Lo mejor de todo es que no la hemos traído.

—¿Cómo que lo mejor?

—El guapísimo dependiente dijo que no tenía lo que le pedíamos, pero que lo conseguiría en unos días. Yo creo que en verdad lo hizo para volver a verla.

—Entonces ella no querrá volver y tendréis que cambiar de bazar.

—¿Por qué no iba a querer, sólo porque un hombre guapo está interesado en ella?

—¿Cuál es el problema? —intervino Matthew—. ¿Que es viuda?

Claudia asintió.

—Para una viuda no es fácil rehacer su vida. Pero además Aishwarya rehúye a los hombres. No debe de tener demasiados motivos para fiarse de ellos.

—He visto temor en sus ojos cuando tuvo claro el interés del dependiente por ella —les contó Ruth—. No ese terror frío que le hemos notado cuando descubre la presencia del sucio tratante de mujeres. —Miró directamente a Claudia—. Pero igualmente era temor, como si pensara que el tal Rajiv pretende de ella lo mismo que ese proxeneta, aunque él lo quiera para sí mismo y el proxeneta para compartirlo con otros hombres a cambio de dinero.

—Han debido de hacerle mucho daño para que desconfíe así —comentó impresionado Matthew.

Claudia dejó el vaso en la mesa y volvió a recostarse en los cojines.

—Sin ninguna duda.

Comenzaron a escucharse las voces de los niños. Al parecer, las tareas escolares estaban llegando a su fin. Y en el salón reinó un profundo mutismo en el que destacaba el sonido que provocaban los lápices de colores de Savitri deslizándose por el papel. Un mutismo en el que los tres se preguntaron por qué penalidades había pasado aquella niña indefensa, casada con un hombre adulto y extraño, hasta convertirse en la mujer de bellísimos ojos tristes que era. Aunque también creyó notar él, en la expresión de las chicas, una chispa de ilusionada esperanza en que la apenada vida de Aishwarya volviera a brillar.

Le agradó sentir la suavidad de los dedos de Claudia en su piel, deslizándose a lo largo de aquel músculo del muslo que, según le explicaba, iba a fortalecer con el nuevo ejercicio que debía incorporar a los que ya venía haciendo. La miró allí, acuclillada a sus pies, y sonrió al pensar en que se lo hubiera perdido de haberle contado que conocía a la perfección ese músculo que sujetaba la rodilla, igual que conocía cómo ejercitarlo o que llevaba días haciéndolo.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —preguntó alzando la cabeza.

—Más que parecerme gracioso, me gusta que te preocupes por mí.

Claudia se empujó las gafas con el índice y se rozó de aquella rara manera la frente a la vez que se ponía en pie.

—Anda, pon en práctica lo que te acabo de explicar. Quiero ver cómo lo ejecutas.

Dio un paso atrás para mirarlo.

—A la orden, doctora. No imaginas cómo me excita recibir órdenes de una mujer. Ella sonrió, le pareció a él que cohibida.

—Déjate de tonterías; quiero ver cómo lo ejecutas.

Matthew soltó una carcajada.

—Vale. Reconozco que bromeaba, pero también que lo de las órdenes de una mujer tiene su punto.

—¿Vas a hablarme ahora de tu agitada vida sexual?

—Sí, si después me hablas tú de la tuya.

—Definitivamente, hoy estás tonto. Y muévete, porque sigo esperando a ver cómo lo haces.

—A la orden, doctora —repitió con el mismo desenfado.

Durante unos minutos ejecutó a la perfección el «desconocido» ejercicio, y ella le felicitó por la rapidez con la que los asimilaba todos. Él aseguró que el mérito estaba únicamente en lo bien que lo explicaba la profesora.

Se sentaba en la cama, dando por finalizada la rehabilitación de aquella noche, cuando un desacostumbrado intercambio de alteradas voces los hizo detenerse y mirarse a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

Ella continuó inmóvil, escuchando.

—Son Ruth y Aishwarya. Han llegado hace un rato de comprar las telas en el bazar en el que trabaja ese hombre. Rajiv, parece que se llama. No imaginas lo que le costó convencerla para que no fueran a comprarlas a otro sitio.

—Pero ¿discuten?

—Yo no diría tanto. Aishwarya recrimina a Ruth que la haya alabado en la tienda diciendo que era capaz de hacer saris dignos de una diosa.

—Es lógico que no le guste, con lo tímida que es. —El intercambio de frases en nepalí no cesaba—. ¿Seguro que no están discutiendo? ¿Qué se dicen ahora?

Claudia alzó una mano para indicarle que callara, y prestó atención hasta que el silencio volvió a llenarlo todo.

—Ruth le ha dicho que puede estar tranquila, que aunque la haya elogiado delante de Rajiv, él ha visto por sí mismo lo que ella vale y está interesado en lo que lleva en su interior. Aishwarya le ha advertido que no siguiera por ahí, y no ha habido más palabras. Imagino que se ha encerrado en el cuarto de costura, a cortar los nuevos saris.

—Tal vez no le guste ese tipo.

—Le gusta, te lo aseguro. Finge que no le interesa, pero no puede evitar que se le iluminen los ojos cuando hablamos de él en su presencia. Y es que ha asumido la viudedad como un estigma, por lo que no cree tener derecho a enamorarse ni a rehacer su vida. Y por si eso no fuera suficiente, desconfía de los hombres.

—Es injusto. Alguien debería poder... —Comprimió la mandíbula—. ¿Nunca te has sentido inútil?

Claudia arrastró la silla que habían usado para realizar algunos ejercicios y la colocó de nuevo frente al escritorio.

—Más de lo que imaginas. Pero el problema de Aishwarya sólo puede solucionarlo ella misma por mucho que nosotras estemos dispuestas a ayudarla. —Le miró desde allí. Le pareció que estaba sexy, sentado en la cama en bóxer y camiseta y con aquel gesto de frustración—. Al final va a resultar que sí te gusta ayudar.

—Para eso vine a esta casa, ¿no?

—Viniste a esta casa porque necesitabas un sitio en el que quedarte, y mentiste a Ruth diciéndole que lo hacías para ayudar. Además, creí entenderte que esto a lo que llamaste «altruismo» no va contigo.

—Tal vez nunca había tenido que hacerlo y ahora que estoy aquí las cosas han cambiado. ¿No te fías de mi buena intención?

Movió de nuevo la silla hasta dejarla en la posición adecuada, bien pegada al escritorio para que no ocupara demasiado espacio en la reducida habitación. Después se volvió hacia la puerta.

—Puede que sí, pero la enfermera Katharina siempre me aconseja que sea más desconfiada. Es posible que tenga razón.

—¡Espera! —Estiró el brazo para alcanzar su pantalón. Sus costillas protestaron—. ¿Me ayudas?

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero subir a la azotea.

—¿Ahora? Aunque ya haya anochecido todavía es pronto para eso.

Sonrió, sin saber que lo hacía de aquel modo que a ella la ponía nerviosa.

—Lo sé, pero me encanta estar allí. Me relaja. Podemos charlar mientras esperamos a que Ruth suba con el té. No hay sitio mejor para eso, ¿verdad?

Comenzaba a gustarle aquella casa. La azotea tenía algo especial por las noches, cuando el inmenso espacio de cielo que cubría el gran valle de Katmandú se cuajaba con más estrellas de las que había visto a lo largo de toda su vida. Y también más brillantes. Como si aquel pedazo de tierra estuviera más cerca del firmamento que ningún otro lugar del mundo. Tal vez por eso sus habitantes se preocupaban tanto de su espiritualidad, de su karma.

El canto de las chicharras solía comenzar con la caída del sol, cuando la temperatura descendía algunos grados y todo se salpicaba de destellos de luz reflejados en las partículas de polvo suspendidas en el aire. Una sinfonía que se alargaba durante toda la noche como el mejor de los conciertos de los míticos Rolling Stones. Eran los inolvidables días de verano en la casa del abuelo, a la orilla del lago Carnegie, con Sharon, su hermana pequeña, y con John, el mayor. Nunca necesitaron más amigos, aunque muchas veces jugaban con los que tenían en las pocas casas que había en aquel extremo del lago. Pero no existía mejor grupo que el que formaban

ellos tres entonces y del que formaron parte durante muchos años.

A medida que fueron haciéndose mayores, las chicas comenzaron a tener importancia durante aquellos días cálidos, pero siempre sin interferir en la perfecta complicidad que mantenían ellos tres, en convivencia con el abuelo. Su hermano mayor fue quien dibujó aquella imagen en su cabeza, aquella excitante sensación de que las chicas estaban más guapas en verano, cuando el sol les doraba la piel y el calor las hacía brillar mediante pequeñas perlas de sudor. Los únicos momentos en los que se alejaban de Sharon eran los que dedicaban a hablar de chicas. Unos años después lo hacían para estar con ellas. John porque se estaba haciendo mayor. Él porque la adoración que sentía por su hermano lo llevó a descubrir con precocidad la emoción de lo prohibido, el tormento de desear a una chica y el placer de poseerla al caer la noche, rodeados de los cantos de las chicharras. Después, a las preguntas de su hermana sobre dónde habían estado, él solía responder con vaguedad, con una enorme sonrisa que no conseguía ocultar mientras su hermano lo miraba con aire cómplice y le guiñaba un ojo.

Pero aquellos años ya no volverían. La vida, en su inexorable paso, lento a veces, pero fugaz la mayor parte del tiempo, se había cobrado su tributo, dejándolo huérfano de lo que más admiraba y quería. De lo que nunca pensó que llegaría a añorar con tanta crudeza.

Llevaba perdido en recuerdos desde la tarde del día anterior, cuando se sentó junto a Ruth mientras ella cambiaba la tierra de los tiestos de la azotea. Aquella mujer tenía la habilidad de hacerlo hablar durante horas, reconoció, a la vez que se frotaba los ojos con cansancio y entraba en el cuarto de baño tras una noche de insomnio. Aunque siempre era ella quien terminaba contando las cosas verdaderamente importantes. Mientras retiraba la tierra con las manos protegidas por guantes de goma, le había contado que se casó con veintidós años, y que poco después perdió a su marido en un atraco que ambos sufrieron una noche, mientras caminaban hacia el metro. No pudo superarlo. Y tras salir de una larga depresión decidió viajar a un país que en nada le recordara al suyo. Así acabó en Nepal, que aseguraba que había sido la bendición, la cura para su mente y su alma.

Él, una vez más, le había hablado de sus mejores recuerdos. Aquellos que esa mañana, después de otra larga noche de insomnio, regresaban una y otra vez a su mente.

Le contó que al abuelo le gustaba sentarse al atardecer en el porche y fumar su pipa mientras contemplaba caer el sol. Ellos preferían sumergirse en el lago para ver cómo se filtraban los últimos rayos sembrando de destellos aquellas aguas, verdes y transparentes, que siempre abandonaban con los labios amoratados y la piel arrugada. Después llegaba la cena. Las mejores eran cuando entre todos sacaban la mesa al frescor del porche y la disfrutaban escuchando el sonido de las chicharras y viendo el vuelo brillante de las luciérnagas. Eran aún más perfectas cuando tenían el pastel de carne que años atrás solía cocinar la abuela. Pero había algo todavía mejor. Y era

cuando inesperadamente llegaban sus padres y pasaban con ellos unos días. Daba igual si era jugando a hacer carreras a nado en el lago o recorriendo el bosque observando a las ardillas o cenando pescado con judías porque su madre nunca dejaba que cocinara el abuelo. La perfección era que estaban todos juntos, como la familia inseparable que entonces pensaba que siempre serían. Lo que no le dijo fue que entonces no había secretos ni mentiras. Que entonces sí que podían compartirlo todo, contárselo todo.

Ruth le estimulaba los recuerdos con su conversación, y la pequeña Savitri lo hacía sin que le entendiera ni una palabra. Recuerdos agradables de una infancia feliz en la que ni había problemas ni parecía que los fuera a haber nunca.

Aquella tarde la azotea se convirtió en una divertida fiesta en cuanto los niños terminaron sus tareas, cosa que esa vez todos hicieron con una rapidez increíble. Y es que la ocasión lo merecía. Celebraban el quinto cumpleaños de Hari, el miembro más pequeño de la casa. Claudia había comprado dulces, Ruth había hecho junto con Nirmala una tarta y sándwiches al estilo occidental, y él se encargó de decorarlo todo con las guirnaldas de papel de colores que los niños habían confeccionado durante días. Hasta la animación fue un éxito, con Ruth y Claudia cantando canciones infantiles nepalíes que todos bailaron recorriendo la azotea cogidos de las manos. En las dos ocasiones en las que él se animó a dar unos pocos pasos al son de las voces de las chicas, encontró la mano de Savitri enlazada a la suya, y su carita levantada y sonriéndole.

No supo por qué lo hizo. No fue algo que hubiera preparado. Pero cuando creyó notar que la fiesta comenzaba a perder fuelle se puso en pie y pidió que todos le atendieran. De pronto doce pares de ojos infantiles lo miraron con expectación. Sonrió al ver sorpresa en los de Claudia. Y sin pensárselo dos veces les hizo aquel viejo truco de magia con el que había desconcertado más de una noche y en más de una fiesta. Extendió los brazos, mostró las manos vacías y al acercar la izquierda a la oreja del cumpleañosero, hizo que le apareciera entre los dedos una moneda. Se escucharon exclamaciones de asombro, y de pronto todos levantaron su mano gritando algo que entendió gracias a quienes lo dijeron en inglés.

—A mí. A mí. ¡Házmelo a mí!

Pero no tenía en los bolsillos monedas para todos. Aunque sí más trucos sencillos que resultaban vistosos. Como coger un dulce, encerrarlo con claridad en una mano y, como por arte de verdadera magia, hacerlo aparecer en la otra. Terminó con el obligado regalo para el pequeño que cumplía años. Y lo hizo allí, ante sus inocentes y asombrados ojos, doblando cuidadosamente un folio, un pliegue tras otro, hasta convertirlo en un elefante de larga trompa. Fue tal el revuelo que se armó entre los críos que tuvo que prometerles que les enseñaría a hacerlo. También Bhim le sacó una promesa, un rato después, cuando estaban sentados en un tranquilo extremo de la azotea, comiendo un sándwich y hablando de béisbol. Aunque el chico estuvo más interesado en la magia, especialmente en cómo hacer aparecer la moneda como de la

nada. Allí se le acercó Savitri, con su preciosa sonrisa en la cara y una hoja de papel en la mano. No necesitó saber el significado de sus palabras para entenderla. La sentó en su regazo y, mientras continuaba hablando con Bhim sobre grandes bateadores, fue doblando la hoja para ella hasta que la convirtió en una flor de cinco pétalos. La sonrisa se le hizo tan enorme a la niña que le ocupaba toda la carita, de oreja a oreja, y corrió, probablemente a enseñarla.

Fue una tarde diferente, especial y agotadora. Sobre todo para los niños, que al anochecer descendieron la escalera por delante de Ruth, listos para asearse y meterse en la cama, extenuados pero felices. Él se quedó en la azotea, en compañía de Claudia, sentados junto a las velas que alguien, en algún momento, había encendido.

—No imaginaba que se te dieran bien los trucos de magia o la papiroflexia. Me ha encantado la flor.

—Hay muchas cosas que se me dan bien, pero creo que tú sólo conoces las que precisamente no domino.

—Eso podemos arreglarlo si me lo cuentas.

Él rió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Resultará más interesante si las descubres poco a poco.

El viento les llevó el sonido de un claxon aislado en la lejanía, y también un ligero olor a humo de leña quemada. Él recordó el bullicio con el que poco antes los niños habían llenado aquel silencio.

—Tampoco sabía que te gustaban los niños.

—Si te soy sincero, hace unos meses ni siquiera me había planteado la posibilidad de tener un solo niño cerca de mí.

—Cuesta creerlo viendo cómo te has manejado esta tarde con una docena.

—No digo que no me gusten. Pero sí que son una responsabilidad que no estaba hecha para mí.

Claudia se recostó contra la pared, recogió las piernas y se las cubrió hasta el suelo con la falda.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Porque he tenido una vida poco apropiada para compartirla con un niño.

La vio hacer aquel desconcertante gesto de empujarse las gafas y apartarse un inexistente flequillo.

—Ya veo. Eres un «vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver».

Matthew soltó una carcajada. La seria y profesional doctora no dejaba de sorprenderlo.

—Algo así. No había fiesta a la que no acudiera ni mujer que se me resistiera durante mucho tiempo. Pero eso ya es pasado.

—No sabía que ese mal tuviera cura. —Los dos rieron esta vez—. ¿Qué te hizo cambiar?

—La vida, que transforma tus planes sin pedirte permiso. —Volvió la cabeza para mirarla—. ¿Y tú, doctora? Seguro que no siempre te has escondido tras esas gafas ni

dedicabas tu vida a esto. ¿Cómo era la anterior vida de Claudia?

Ella negó con la cabeza, imitando a la perfección el gesto con el que él le negó otra respuesta hacía unos minutos.

—Resultará más interesante si lo descubres poco a poco.

Matthew dejó escapar una risa breve.

—Aunque no lo creas, acabas de revelarme un lado que desconocía de ti. Y puedo decir que me gusta.

—¡Espera a que descubras lo demás! —bromeó con un exagerado gesto de vanidad.

Y Matthew, contemplando cómo a medida que se oscurecía el cielo se iban multiplicando las estrellas, dudó de que nada de lo que ella pudiera descubrirle fuera a resultar tan sorprendente como lo que estaba escondiendo él.

Capítulo 10

El dolor de las costillas le iba desapareciendo poco a poco, tal y como le advirtió Claudia que ocurriría. Ya apenas si necesitaba analgésicos, aunque al parecer aún transcurrirían semanas antes de que sanaran totalmente. Además, estaba fortaleciendo los músculos conductores de la rodilla, y eso le estaba dando estabilidad. Llevaba días comprobándolo durante los ejercicios, y también en los paseos que daba por la casa, ya sin muleta. Estaba deseoso de salir de allí. De comprobar en la calle hasta dónde resistía su rodilla, de ejercitarla caminando por la ciudad hasta que ésta le pidiera descanso, y comenzar de nuevo una vez que se recobrara. Había comentado con Claudia su intención, y ésta le propuso que comenzara acompañándola a la mañana siguiente al mercado.

—Bhim puede acercarnos un poco, y si llevas la muleta...

—Si voy contigo lo haré a pie y sin muleta. No creo que acostumbres a ir y venir a la carrera, ¿no?

Se lo había dicho en tono de broma, aunque en realidad hubiera preferido salir solo. Pero en aquel momento no encontró una buena disculpa con la que justificarse. Ni siquiera cuando la vio aceptar, sonriente y a la vez escéptica.

Claudia llegó al amanecer, como habían acordado. Por suerte, él se había levantado hacía un buen rato, porque cortarse el pelo con las tijeras que ella le consiguió para que se cuidara la barba le había llevado más tiempo del que en principio supuso. No el simple hecho de cortárselo, sino el de ir eliminando puntas hasta que dejó de parecer que se lo había pelado un esquilador de animales. Había resoplado al ver el resultado final en el espejo. Sin ninguna duda, con aquel pelo de apenas dos centímetros había perdido el atractivo que siempre le dio su famosa media melena. La barba, sin embargo, no la veía mal del todo desde que la mantenía arreglada.

La esperó en la calle, junto al portal, y le divirtió contemplar su reacción, y cómo durante los primeros segundos sólo pudo mirarlo con los ojos como platos y la boca entreabierta.

—Tu pelo... —había balbuceado—. ¿Por qué has hecho eso? No... No pareces el mismo que llegó al hospital hace dos semanas.

Sonrió satisfecho.

—Me parece que no te gusta el cambio.

—Sí... No... Bueno, no sé. Creo que la sorpresa no me deja pensar.

Matthew se pasó las manos por la cabeza. Le agradó la sensación de poco cabello pero limpio.

—No entraba en mis planes cortármelo hasta que no fuera un anciano lleno de canas, pero no aguantaba más. Aquí me resultaba imposible mantenerlo en condiciones.

Ella tardó en reaccionar, y lo hizo bromeando para ocultar su emocionada confusión. No entendía por qué se había cortado un pelo que al parecer adoraba, si su tiempo allí tenía los días contados. Odiaba hacerse ilusiones, pero no podía evitar preguntarse si finalmente se quedaría; si se quedaría por un tiempo largo.

—Tranquilo, volverá a crecerte antes de que las primeras canas aparezcan.

—¡Presentía que eras una chica lista!

Rieron, y a él le pareció que ella lo hacía nerviosa. Mirándola mientras se alejaban de la casa, llegó a la conclusión de que tenía su lado bueno eso de salir acompañado de una mujer a comprar en el mercado. Añadía posibilidades a pasar desapercibido si llegaba a cruzarse con alguien que lo conociera. Y con esa frágil tranquilidad se internó con ella por una estrecha calle de destartaladas casas de ladrillos de terracota con ventanas y miradores esmeradamente tallados que sin duda habían conocido tiempos mejores, igual que el resto de la ciudad.

Pero después de varias semanas de forzado aislamiento entre el hospital y la casa de acogida, y a pesar de su ansiedad por recuperar su actividad, verse entre tanta gente extraña le alteró un poco. No recordaba que fuera tan difícil controlar todo lo que ocurría en torno a él. Y Matthew necesitaba hacerlo, aunque creyera que habían dejado de buscarlo. Por eso oteaba alrededor, alerta porque a medida que se alejaban de la zona más humilde se iban encontrando con más abundancia de tráfico y transeúntes, aunque no con más turistas occidentales.

Al final de una larga calleja en la que innumerables artículos de bronce y latón, saris de colores o cestas de esparto colgaban fuera de las tiendas cubriendo las fachadas, decenas de pequeñas banderas de colores, prendidas de cordeles de un lado de otro de la calle, ondearon al viento sobre sus cabezas. Si aquéllas eran banderas de oración, tal y como tenía entendido, significaba que estaban ante un templo budista. Pero lo único que él vio al internarse en la plaza en la que finalizaba la calle fue un mercado, formado en su gran mayoría por mujeres que mostraban sus mercancías de flores, de frutos secos, de verduras. Y gente. Mucha gente buscando algo que comprar o, simplemente, sentados en alguna esquina, aparentemente sin otra cosa que hacer que mirar cómo el mundo se movía a su alrededor. Y en un lugar así, atestado de bulliciosa animación y de *rickshaws* y motos que circulaban como si el dueño de la calzada fuera a ser quien llegara primero, resultaba igual de sencillo observar mientras se pasaba desapercibido que tener la maldita mala suerte de ser encontrado.

—¿Esto es Asan Tole? —preguntó al descubrir los pequeños templos de los que estaba sembrada la plaza y otro, más grande y de tres pisos, frente a una de las numerosas calles que la atravesaban.

Ella asintió sin mirarlo, con lo que él se guardó los pensamientos para sí mientras ojeaba alrededor con disimulo. Había oído hablar de aquel lugar de moda en la época

hippie de los años sesenta, cuando americanos y jóvenes de todo el mundo buscaron en él la iluminación espiritual, la libertad y el amor. Y también que fue entonces cuando Cat Stevens, en sus años de mayor rebeldía, escribió su canción «Katmandu» en una casa de té de aquel lugar que todavía resultaba exótico, medieval.

Matthew inspiró hondo, llenándose de una oleada de diferentes olores, algunos inidentificables, otros de flores y aromáticas especias, y también del incienso del que hablaban los que habían vivido allí sus míticas experiencias de los sesenta. Pero él no consiguió relajarse.

—¿No te agobia tanta actividad?

—Me resulta estimulante. Es uno de los atractivos de Katmandú. Además, ¿tú no vienes de una gran ciudad?

—Es diferente.

—Lo dices porque tienes prejuicios.

—Ni hablar. —Logró sonreír—. Esas estupideces nunca han ido conmigo.

—Me alegra saberlo —dijo antes de detenerse ante una jovencita que exponía sus verduras perfectamente alineadas en el suelo, sobre un plástico azul, como si de un cuadro cromático se tratara.

También él se detuvo, apoyando el peso del cuerpo en su pierna sana. Miró hacia los lados, entre todo aquel gentío que vendía, compraba o que simplemente se acercaba para orar a los templos.

—¿Te encuentras bien?

Debió de notarlo nervioso.

—Perfectamente.

—¿Por qué los hombres os sentís siempre en la obligación de haceros los duros?

—El resto de los hombres no sé. Yo no me hago el duro. De momento no me molesta.

Le dedicó una mirada directa y media sonrisa, y ella se volvió de nuevo hacia el puesto, le pareció a él que nerviosa y haciendo aquel gesto extraño con las gafas y en la frente. Le oyó pedir algo en nepalí a la joven, y ésta colocó un buen número de tomates en una antigua balanza romana de dos platos, levantándola hábilmente con una sola mano desde el centro de la cruz.

Cada vez estaba más convencido de que no había, en todo Katmandú, un lugar mejor en el que ocultarse mientras ponía a punto su plan. En una casa de naturaleza benéfica, en el centro de un barrio pobre en el que raramente aparecía algún despistado turista, se sentía seguro. El lugar perfecto al que regresar después de cada tensa y peligrosa búsqueda por la ciudad. Sobre todo después de estar en aquellos estercoleros de su lista y que había evitado hasta entonces como a la peste. Porque había algo que tenía la misma vital importancia que encontrar a Ramesh, y era conseguir que alguien le volviera a falsificar los documentos que le sustrajeron de la

habitación. Sin ellos, todo cuanto fuera a hacer sería inútil. Y también necesitaba algo que le diera seguridad cada vez que salía de Rainbow House, porque su cambio de aspecto le parecía acertado, pero no suficiente.

Llevaba ya días entrando en ese tipo de sitios tan poco seguros como poco recomendables. Sabía que en ellos podría encontrar lo que buscaba, pero también que nadie allí iba a facilitárselo al primer desconocido que lo pidiera. Por suerte había algo que a él sí se le daba condenadamente bien, y era saber, desde las primeras palabras y miradas, qué acabaría consiguiendo y de qué manera de una mujer.

Y una de esas noches creyó dar con la que buscaba.

Fue en un prostíbulo pequeño y maloliente, al final de una calleja oscura en la que un fornido nepalí custodiaba la puerta. Entró ayudado de una luz escasa que a pesar de todo dejaba apreciar las mesas junto a las paredes y a mujeres con poca ropa bebiendo con clientes. Algunas ofreciéndoles sus pechos desnudos como regalo añadido por el precio de la copa, y a otra vio que sin ningún pudor llevaba su mano a los genitales del hombre para convencerlo de que después de pagarle las bebidas subiera con ella al dormitorio y le pagara también un rato de sexo.

Mientras se acercaba a la barra comprobó la seguridad. Además del matón que cuidaba la entrada en la calle, había otros dos, de espaldas corpulentas, vigilando uno la barra y otro las mesas. Trató de rebajar su grado de tensión y pidió un whisky. Otro para la chica que de pronto se sentó a su lado. Los pocos segundos que tardaron en servirle se le hicieron eternos, con los dedos de la mujer acariciándole con provocación la nuca. Había tanteado a muchas durante las últimas noches, pero no terminaba de acostumbrarse a los manoseos. Y en cuanto tuvo en su poder el vaso bebió el contenido de un trago y pidió a la camarera que le sirviera otro, a pesar de que le supo a alcohol sucio de quemar. El segundo directamente a matarratas. De todos los antros que llevaba recorridos desde que estaba allí, ninguno le pareció tan deprimente. Y había comprobado que en la misma medida que descendía la clase de aquellos locales, ascendía el riesgo, tal vez porque quien más o quien menos andaba malviviendo con negocios marginales o conocía a tipos que lo hacían, aunque fuera sin saberlo. Presentía que en un lugar así, que además rezumaba miseria y necesidad, unos pocos dólares podían hacer cantar a un muerto. Más aún a cualquiera de aquellas mujeres que prestaban sus cuerpos a los caprichos de cualquier perverso a cambio de unas míseras rupias. Pero antes tenía que ganarse su confianza.

—¿Hablas inglés? —preguntó a la chica.

Ella le acercó cuanto pudo el rostro. El aliento le olía a alcohol. El pelo y la piel a sexo y a humo de cigarro barato.

—Hablo lo que tú quieras, mi amor. Tú sólo tienes que pedir y yo te lo concederé.

Se expresaba en un perfecto y fluido inglés, y al mirarla mejor advirtió que no tenía rasgos orientales. Podía haber sido el tipo de mujer que le gustaba a Ramesh si aquél fuera un burdel de más clase en lugar de un sucio y desvencijado antro.

—Puede parecer una frase hecha, pero ¿qué hace una chica como tú en un sitio

como éste?

—Llegué a Nepal tras el amor de un hombre. Pero todo se fue a la mierda. Ahora hago lo mismo que tú, machote. Buscar amor libre y sexo del bueno —contó a la vez que le llevaba una mano atrevida a la entrepierna. Él la apartó con suavidad.

—No me gusta hacerlo en la primera cita —sonrió seductor—. Soy un romántico.

La chica rió a carcajadas, pero él notó que le gustaba el gesto. Dudaba mucho que recordara la última vez que un hombre se tomó ni siquiera unos segundos para seducirla antes de meterse entre sus piernas.

—Escúchame, príncipe. Yo cobro por mi tiempo, haya sexo o no.

—El sólo hecho de hablar contigo y de mirarte ya vale lo que sea que quieras cobrarme.

Y entonces lo supo. La disimulada satisfacción que notó en la mujer le dijo que la había encontrado. Que le sería relativamente fácil ganarse su confianza, y hasta su devoción, y además sin que necesitara acostarse con ella.

Pidió otras dos copas al camarero, estas del champaña más caro que tuviera la casa, no tanto para seducirla como para evitar tener que tragar más de aquel alcohol infecto.

No sabía qué le estaba pasando. Ni dónde había dejado su dignidad de doctora para acercarse a tratar de verlo dando clases, aunque sólo fuera por el espacio que dejaba la puerta entreabierta. Se había sentido identificada con Savitri al verla allí, sentada en el suelo y pegada su menuda espalda contra el marco. Le había enternecido, y se inclinó para ponerse a su altura y acariciarle el rostro.

—¿Qué haces aquí, cariño? ¿Le esperas todos los días?

—Sí. Cuando termina me lee el cuento.

Reparó en el desgastado libro que tenía en su pequeño regazo, y se quedó asombrada. Pensó en la misma enorme dificultad que debía de tener para Matthew leer en un idioma que le era desconocido como para la pequeña entender lo que decía. Aunque ella llevaba ventaja, porque aquella historia se la habían leído ya tantas veces como ella lo había hecho en solitario, con lo que no le cabía ninguna duda de que se la sabía de memoria.

—¿Y esa muñeca? ¿De dónde ha salido?

Savitri se abrazó a la colorida muñeca de trapo sonriendo dichosa.

—Me la regaló ayer.

—Estupendo —dijo acariciándole una vez más la cara.

Y se puso en pie para mirar de nuevo y con discreción hacia el interior de la clase. Estaba guapo, detrás de la mesa, tratando de explicar a sus alumnas algo sobre los artículos. No vio entre ellas a Aishwarya, pero no llegó a preguntarse por qué. Su mente estaba demasiado ocupada imaginándolo entrando a un bazar para elegir una pequeña muñeca de trapo para Savitri. Y en su ensimismamiento ni siquiera percibió

la llegada de Ruth.

—¡Qué bien que te encuentro en casa! Hay novedades maravillosas. La señora ha quedado encantada con el sari, y quiere que Aishwarya le haga dos más, uno para la boda de su hijo mayor.

—Sí que es una gran noticia. Pero ¿dónde está ella?

—Esta vez la señora quería elegir personalmente las telas. Así que he aprovechado la ocasión y las he dejado en la tienda, mirando sedas con Rajiv de los ojos verdes. —Ella misma rió por el nombre que acababa de darle—. Si supieras la disculpa que he inventado para dejarla allí, no la creerías. Pero es que a esta chica hay que darle siempre un empujoncito.

La risa poco consistente de Claudia y su rostro pensativo la alarmaron.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te conozco, niña. —Miró a Savitri, después hacia el espacio entreabierto de la puerta—. ¡Así que es por él! ¡Desde luego, qué relación más rara tenéis! En mis tiempos los novios eran otra cosa.

—¡Sólo estaba haciendo compañía a Savitri! —aclaró, y salió directa hacia la cocina.

Estaba preocupada, porque si antes le atraía su simpatía y le intrigaba su misterio, verlo allí un día tras otro, siendo tan encantador con los niños, la estaba llevando a enamorarse de él como una tonta. Sabía que eso acabaría rompiéndole el corazón. Porque él estaba lo bastante restablecido como para irse y a pesar de todo seguía estando allí, era cierto, pero eso no tenía por qué significar que fuera a quedarse para siempre.

Encontraba a Claudia seria aquella mañana. Medio distante. La estrecha calle que desembocaba en Asan Tole, atestada de tiendas que exponían sus mercancías en el exterior, la recorrieron sin pronunciar una palabra. Como dos desconocidos. O más bien como una pareja de novios que, enfadados, caminaban despacio uno al lado del otro.

—Hoy estás muy callada. ¿Te ocurre algo?

—No.

—Vale. Haré como que te creo.

Hundió las manos en los bolsillos y la miró de soslayo, preguntándose qué problemas encontraría en aquel momento en su cabecita si fuera capaz de atravesarla y entrar. Poco podía imaginar que el problema era él. O más bien ella, porque era consciente de que se estaba enamorando y no quería hacerlo.

—Lo que necesitamos hoy está allí —dijo de pronto, le pareció a él que obligándose a hablar sin ganas—, junto al templo de Annapurna, que por si no lo sabes está dedicado a la diosa de la abundancia.

—No tenía ni idea. Gracias por hacerme de guía personal.

Ella amagó una sonrisa.

—Me ha dicho Ruth que ayer cruzaste al otro lado del río Bishnumati y que caminaste hasta Swayambhunath.

—Comienzo a familiarizarme con la ciudad. Pero tranquila. La rodilla se está portando bien, y cada día me permite caminar más lejos sin que se resienta.

Según se acercaban, cruzando la plaza, él admiró los colgantes dorados que pendían de cada uno de los tejados de las tres plantas de la pagoda, hasta que se fijó en algo más interesante: en los fieles, que se tocaban la frente con una moneda antes de arrojarla hacia el interior y tocar una campana, dedujo que como ofrenda. Entonces pensó que «abundancia» era el título perfecto para una diosa a la que desde que asomaban las primeras luces, y posiblemente hasta el anochecer, rodeaban mercancías tan dispares como alimentos, telas, máscaras y marionetas o guirnaldas del intenso color naranja de las caléndulas.

Y de tipos extraños.

Porque, en su celo por controlar cada nuevo rostro que aparecía a su alrededor, de pronto se fijó en un hombre de tez muy morena que, apoyado en el costado de un pequeño templo que le recordó a una garita militar, fumaba un cigarro con el ademán prepotente de quien sabe que domina toda la plaza. Le llamó la atención el modo en el que mantenía erguida la cabeza, con desafío y mirando con fijeza a los ojos de todos cuantos pasaban por su lado.

—Deja de mirarlo, por Dios —pidió Claudia en voz baja.

—¿Quién es?

—Nadie que nos interese. Es uno de esos personajes repugnantes que venden drogas, armas e incluso mujeres. Es mejor mantenerse lejos de él.

—¿Y cómo lo sabes?

—Desafortunadamente, conozco a personas que se han topado con él y con otros de su misma calaña. Precisamente a éste lo veo a menudo, siempre rondando a los más pobres y marginados de esta sociedad injusta, intentando aprovecharse de su necesidad extrema.

—¿Por qué no denuncias?

—¿Pero tú en qué mundo vives?

En uno en el que las personas no pagan sus problemas con los demás, pensó decirle durante un segundo. Pero la notó preocupada, vulnerable, y prefirió fingir que no había oído su último comentario.

La doctora reinició el camino, y él la siguió, pendiente de que dejara de mirarlo de reojo, seguramente comprobando su reacción. Y sólo cuando ella mantuvo la cabeza al frente volteó él la suya para contemplar al extraño. A punto estuvo de arrollarla cuando ella se detuvo junto a una mujer entrada en carnes que, sentada en un pequeño banco de mimbre y frente a una estufa de gas, freía en abundante y burbujeante aceite unas grandes rosquillas en una especie de olla profunda de hierro

forjado, llamada «*karahi*» y con apariencia de wok.

Se saludaron con el habitual *namaste*, aunque con un matiz y unas sonrisas en los que él notó cierta familiaridad. Y, mientras las oía hablar en aquel idioma imposible de entender, se dio cuenta de que al fin iba a ver cómo se hacían los famosos *swl-roti* que gustaban tanto a los niños. Observó con atención la habilidad con la que la mujer cogía porciones de masa con la mano derecha, de un cuenco apoyado en el suelo, y la echaba sobre el aceite hirviendo formando entre el burbujeo un anillo perfecto. La masa se fue hinchando y elevando mientras ella la desplazaba por la superficie con el dorso de una cuchara. Una vez que estuvo dorada por un lado, la volteó para que lo hiciera por el contrario, y cuando éste tomó un color marrón rojizo y una textura crujiente, introdujo un largo palillo de madera, las enganchó a todas por el centro y las colgó al aire sobre el *karahi* para que soltaran el exceso de aceite. Después envolvió como una docena en un cucurucho de papel de periódico y se la dio a Claudia, que le pagó con unas rupias.

—¿Qué se celebra hoy?

Lo preguntó mirando al grupo de hombres que llegaban de frente. Se relajó al no encontrar familiaridad en ningún rostro.

—Que Aishwarya tiene nuevas clientas.

—Eso es genial. Ahora entiendo menos aún que estés tan seria.

—En realidad no tengo un buen día.

Se quedó en silencio, y en el mismo silencio caminaron por aquellas calles que habían resistido el embate de los siglos a pesar de su apariencia endeble, como si estuvieran a punto de derruirse y convertirse en polvo. Cuando alcanzaron la calle que llevaba directamente a Rainbow House, Claudia le preguntó que si se le había resentido la rodilla. Al responderle que no, ella le entregó el envoltorio con el pan dulce y se despidió diciendo que no podría acompañarlo, que llegaba tarde al hospital y que él, que al parecer ya conocía bien la ciudad, no se perdería si lo dejaba solo.

Se quedó parado en la esquina, mirándola marchar, pequeña, frágil en apariencia, con un pantalón de fina tela verde cubriéndole las piernas y una casaca larga que le daban aspecto de mujer nepalí. Y se preguntó cuánto de occidental quedaría en ella después de los años que llevaba entregada a aquella gente.

No había desayunado con ellos a pesar de que celebraron el último logro de Aishwarya. Tampoco había pasado por la habitación de Matthew, como hacía cada día, pues últimamente estar a solas con él en su dormitorio, ayudándole a ejercitar su pierna desnuda, le turbaba. Igual que le turbaba ahora caminar a su lado en medio de la noche de Katmandú porque había insistido en acompañarla a casa. Y eso a pesar de que en la azotea ella había estado silenciosa, interviniendo sólo con algunos monosílabos en la conversación que mantuvieron él y Ruth.

El corazón se le aceleraba con sólo oír sus pasos acompañando a los suyos. Y

trató de pensar en otra cosa. En que las escasas y dispersas bombillas que pretendían alumbrar la noche de Katmandú daban a las calles un color macilento, suave y armonioso que invitaba a caminar con lentitud, sin prisa por llegar al destino. Aunque ese placer lo había descubierto a lo largo de los cinco años que llevaba viviendo en aquella bulliciosa ciudad. Antes, cuando era una simple estudiante de medicina y pasaba allí los veranos como voluntaria, procuraba que la oscuridad no la encontrara en la calle. Y cuando no podía evitarlo aceleraba el paso, encogida como si eso fuera a impedir que nada a su alrededor la tocara, y llegaba a casa con un estremecimiento recorriéndole aún la espalda. Ahora era una mujer más experimentada, y también más valiente. Sabía ser precavida a la vez que disfrutaba de las pequeñas cosas como esta de pasear al anochecer.

No quería mirarlo. Las dos ocasiones en las que lo había hecho, al salir de Rainbow House y cuando lo creyó abstraído con el pequeño templo dorado de Raktakali junto al que dormía un perro callejero, se había encontrado con sus ojos y él había sonreído de aquel modo natural, como a medias y ladeando el arqueo de los labios.

Y ese gesto, que venía haciendo con frecuencia, comenzaba a ponerla nerviosa.

Recordó la conversación que sólo hacía unas horas había mantenido con Ruth. Ella la conocía bien, y había reparado en que el americano le gustaba antes incluso de que lo hubiera advertido con claridad ella misma. De ahí todo lo que le contó sobre lo cariñoso que era con los niños o la paciencia con la que trataba de dar sus torpes clases de inglés a las mujeres, que seguían sin entenderlo. O la celeridad con la que aceptaba arreglar cualquier cosa que se estropeará en la casa aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo. La mayoría de aquellos detalles los había observado por sí misma. Porque era cierto que el siempre dispuesto americano tenía constantemente una sonrisa para los niños y palabras amables para las mujeres. Pero sabía que la celestina Ruth se las contó para alabarle el gusto de haberse enamorado de aquel hombre. Sólo una de sus observaciones le llamó la atención, a pesar de que seguramente carecía de importancia. Y es que pasaba buena parte de las noches fuera de la casa. Pudo haber imaginado decenas de motivos distintos, pero tan sólo una pregunta le ocupó la mente. ¿Por qué?

—¿Qué encuentras aquí? —preguntó él de pronto, mirando alrededor—. ¿Llegaste para probar la experiencia y te quedaste por esa extraña sensación de vivir suspendido en el tiempo, o fue por la gente?

—Reconozco que todo influye. Este país me enamoró desde la primera vez.

Le sorprendió la corta y templada risa con la que él dejó claro lo que pensaba.

—¿Qué te enamoró? ¿El tráfico insufrible, la contaminación y el polvo que no dejan respirar, el olor a humedad, la suciedad de las calles...?

Sonrió mientras él fue enumerando el sinfín de inconvenientes y a ella se le llenaba el pensamiento de cientos de cosas buenas.

—Es lo que tiene la pobreza extrema. Y a pesar de todo eso, aquí siempre hay

sonrisas, celebraciones, personas que te dan hasta lo que no tienen. Éste es un país bellísimo con gente bellísima, pero con enormes desigualdades sociales. ¿Sabías que tienen tres médicos por cada cien mil habitantes, y que fuera del valle de Katmandú tan sólo uno por cada cien mil?

—Todos sabemos que el mundo no es justo, y ni tú ni tu amiga vais a cambiar eso.

—Pecaríamos de soberbia si lo creyéramos. No podemos cambiar el mundo, es cierto, pero sí podemos cambiar el mundo de una persona.

El silencio se rompió de improviso y los dos volvieron la cabeza a un tiempo. Un *rickshaw* solitario, que llevaba a una pareja de extranjeros, pasó por su lado dejando en el aire el sonido del pedaleo y el del chirriar de unas ruedas mal engrasadas.

—En los años que llevas viviendo aquí, ¿has cambiado el mundo de mucha gente?

Ella meció con levedad la cabeza.

—Quiero creer que sí.

—¿No existe nada por lo que dejarías todo esto?

—Esto es mi vida, y no lo cambiaría por nada ni por nadie.

Él hundió las manos en los bolsillos de los vaqueros y respiró hondo.

—Supongo que hay que estar hecho de un barro diferente para vivir así.

—No lo veas como algo altruista. No lo es. Llegas aquí convencida de que vas a ayudar, pero cuando un niño de éstos te abraza riendo y te dice que te quiere, ya no sabes quién está ayudando a quién.

Lo vio fruncir el ceño, como poniendo en entredicho lo que escuchaba, y quedarse después en silencio, pensativo y taciturno mientras avanzaban por la solitaria calleja y cruzaban ante una pequeña *stupa* custodiada por las fachadas de dos edificios newar de ladrillos rojos y miradores de madera tallada.

Poco tardaron, a pesar de sus pasos lentos y en silencio, en llegar a otra construida con terracota, en la que un nido de viejos cables eléctricos destacaba sujeto rudamente bajo una ventana.

—Tienes la central eléctrica en casa —bromeó él cuando tuvo claro que estaban al final del trayecto.

Estuvo a punto de cometer el error de invitarlo a que subiera a tomar el último té para que le descansara la rodilla antes de regresar a casa, pero por suerte él volvió a mirarla con aquella sonrisa ladeada que le hizo cambiar el ofrecimiento por un simple «hasta mañana».

Controló un suspiro a la vez que le volvía la espalda. Quería detener aquel sentimiento que crecía con velocidad dentro de sí. Quería verlo de nuevo como al americano misterioso que le agradaba, pero que sólo le provocaba intriga. Quería evitar volverse loca por él. Pero le bastaba con mirarlo, incluso con sentir su presencia mientras ella casi corría a esconderse en el portal, para estar segura de que ya era tarde para eso.

Capítulo 11

Le había alegrado saber que aquella mañana no habría paseo hasta el mercado con Claudia. No entendió bien si porque no necesitaban comprar nada para la casa o porque estaba ocupada. Aunque también era posible que volviera a tener un mal día. El motivo era lo de menos, cuando lo realmente importante estaba en que eso favorecía su decisión de ir hasta Asan Tole solo, sin testigos incómodos que limitaran sus movimientos ni frustraran su propósito.

Se pasó la mano por la cabeza al internarse en la plaza. Había vuelto a recortarse el pelo, empeñado en que para nada recordara al que había llevado durante más de una década. De nuevo encontró el mítico lugar saturado de coloridos puestos, de vendedores, compradores, fieles que llegaban a aquella temprana hora para hacer sus pujas a los dioses, y curiosos que se acomodaban en cualquier parte para dejar pasar las horas. Y entonces pensó que necesitaría mil pares de ojos para controlarlo todo y reconocer a quien buscaba.

Caminaba por entre aquella diversidad de mercancías cuando le pareció verlo por entre unas coloridas guirnaldas de caléndulas colgadas en uno de los puestos, y se lanzó como un loco entre transeúntes y tenderetes volcando en la carrera la cesta cargada de coles que un viejo vendedor exponía en lo alto de su bicicleta. Siempre en dirección al pequeño templo que le seguía recordando a una garita militar y junto al que también lo vio por primera vez, fumando otro cigarro. Entonces, Claudia le había advertido que se trataba de alguien repugnante del que era mejor mantenerse apartado. Pero él necesitaba acercarse. Y mientras lo hacía vio con frustración que el tipo comenzaba a mezclarse entre el gentío.

Aceleró la carrera abriéndose paso a empujones y sin ningún miramiento. Pero al alcanzar el templo no encontró ni rastro de él. Lo había perdido.

Recorrió con prisa la plaza. También cada una de las calles que la atravesaban sin aceras ni semáforos que ordenaran el tráfico. Todo sin fijarse ya en si llamaba la atención o en si alguien de rostro reconocible se le acercaba. Sólo centrado en encontrarlo. Hasta que comprendió el sinsentido de su búsqueda.

Tras el decepcionante fracaso de la mañana, al atardecer regresó a Asan Tole esperando tener más suerte. Que lo hubiera visto por segunda vez en el mismo lugar podía significar que aquélla era su zona de trabajo. O al menos una de ellas. Y esa idea le llevó a recorrer una y otra vez la concurrida plaza buscándolo entre otros rostros desconocidos. Todo con el mismo desesperante resultado. Aunque eso no evitó que persistiera hasta que la oscuridad llegó y los vendedores recogieron sus mercancías y abandonaron el lugar. Los miró retirarse a la vez que se preguntaba si se

había equivocado de hombre o si realmente era él y se escabulló al advertir que lo había estado vigilando y que se le acercaba.

Su suerte mejoró por la noche, y con ella también su humor. Todo gracias a la mujer del burdel, a la que sus muchas invitaciones y su caballerosidad, sobre todo a la hora de pagarle generosamente cada encuentro, la tenían rendida.

—Hoy te noto triste —le había dicho ella en medio de un largo y obscuro beso con sabor a champaña, sentados ante una de las mesas del rincón oscuro.

—Sólo preocupado. Llevo días buscando algo que no encuentro.

—¿Puedo ayudarte?

Sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No te preocupes.

Ella abandonó el sofá y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. Ronroneó cuando Matthew la arrimó más a su cuerpo, ignorando que sólo pretendía proteger de su peso la rodilla.

—Deja que yo decida cuándo debo preocuparme y cuándo no, príncipe. ¿Qué necesitas?

Le sonrió, seductor.

—¿Además de a ti?

—A mí ya me tienes, y bien cerca —siseó junto a sus labios.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No perdería este precioso tiempo preguntándotelo si no fuera así.

Matthew inspiró hondo, como si en verdad le costara decírselo.

—Necesito encontrar a un falsificador de documentos oficiales.

Ella se inmovilizó durante unos segundos. Su rostro perdió color a pesar del maquillaje.

—Yo no sé nada de eso, príncipe. No puedo ayudarte.

—Ya, pero seguro que conoces a alguien que a su vez conoce a alguien que...

—No quiero meterme en líos.

Advirtió que se apartaba, y la retuvo a la vez que le acariciaba con lentitud y sensualidad la espalda.

—¿En qué líos te puedes meter por hacer un par de preguntas? Porque sabes a quiénes hacérselas, ¿verdad?

—Ése no es el problema...

Él se arrimó hasta casi rozarle el rostro con el suyo.

—El problema va a ser cuando yo me presente aquí noche tras noche hasta que me lo digas.

La chica negó con la cabeza.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Probablemente, preciosa, pero necesito esa información, y sé que tú puedes conseguírmela.

Se miraron a los ojos desde aquella corta distancia. Matthew aguardando a que

dijera que sí, ella convencida ya de que él era un peligro que no desaparecería si no era llevándose cualquier dato que le sirviera.

—Conseguiré lo que me pides, pero tienes que darme tiempo.

—Gracias. Sabía que podía contar con...

Ella lo calló colocándole dos dedos en los labios al tiempo que se ponía en pie.

—Ahora deberías irte. Y no te des prisa en volver.

Capítulo 12

Matthew apoyó la espalda contra el muro y estiró las piernas sobre el terrazo rojizo de la azotea. Se sentía bien, tranquilo ante la casi certeza de que la mujer del burdel le conseguiría la información que necesitaba. Todo le parecía perfecto. La parpadeante luz de las velas, los tres vasos vacíos en la mesa mientras en el paladar persistía aún el sabor del té que los llenaba hacía unos minutos, la conversación con Claudia a solas mientras aguardaban el regreso de Ruth.

—Nadie que viaje a Nepal regresa a casa siendo el mismo que era. No importa cuánto se resista a cambiar —la oyó insistir.

—Al final tendré que darte la razón. —Cruzó un pie sobre el otro—. ¿Cuánto te resististe tú?

—Yo vine muy dispuesta.

—¿Por qué? ¿No te gustaba tu vida?

Claudia meció la cabeza.

—Es una larga historia, y ya se hace tarde.

—¡Venga ya! —Se apartó de la pared y se colocó frente a ella—. Yo te he contado que cuando todavía no tenía carné de conducir, le cogí el coche a mi hermano y ni siquiera llegué a sacarlo del garaje porque no calculé bien la anchura de la puerta, y que para pagar el arreglo tuve que trabajar todo un verano disfrazado de «pollito feliz» frente al asador de pollos de mi barrio.

La oyó reír con la misma fresca espontaneidad de hacía un rato, cuando él le había contado aquella historia. La risa volvió a humedecerle los ojos.

—¡Eso es una tontada!

—Lo es. Por eso nada que vayas a contarme puede ser peor.

Ella se secó las lágrimas, encogió las piernas y se las rodeó con los brazos.

—De acuerdo. —Inspiró hondo—. Creía que mi vida era perfecta, pero resultó que no lo era tanto como yo pensaba.

—Vale, te engañaron y te rompieron el corazón. Por eso ahora te escondes detrás de tu bata blanca y esas gafas.

—¡Y si te dijera que nada tuvo que ver con el amor!

La miraba de frente a los ojos cuando le respondió lento y pausado.

—No te creería.

Claudia simuló asombro alzando las cejas.

—¿Es que ahora vas a descubrirme tu asombrosa capacidad para conocer la vida de las personas con sólo observar su apariencia?

—En realidad sólo se me da bien con las mujeres.

—¡Oh, Dios! Eso ha sonado presuntuoso y patético.

La repentina llegada de Ruth con la tetera llena de nuevo interrumpió la conversación, y Matthew le susurró por lo bajo que encontrarían el momento de continuarla.

—Un buen lugar para las confidencias, ¿eh? Si queréis seguir, dejo aquí el té y vuelvo a irme.

—Ni se te ocurra —amenazó sonriendo aún Claudia—. Nos estaba pareciendo que tardabas mucho; te echábamos de menos.

—Eso no me lo trago ni aunque me lo recubráis con mantequilla. —Rió mientras se sentaba frente a ellos—. Se te ve muy contento, muchacho. Y me alegro.

Él asintió con la cabeza.

—Deben de ser los aires de esta casa.

—En esta casa hay algo más aparte del aire que te sienta bien, y los dos lo sabemos. Además, por supuesto, de la magia de esta antiquísima ciudad.

—La amas.

—La amo, sí. Aunque, ¿sabes lo que hice cuando llegué aquí hace más de veinte años? Llorar. Llorar durante días. Me resultaba tranquilizador poder llorar tan lejos de casa sabiendo que nadie me regañaría por mi prolongada tristeza ni me abrazaría diciéndome que la vida es así y que debía luchar para reponerme. Al tercer día dejé de llorar durante un rato, salí a la calle y... encontré otro mundo. No he vuelto a sentir ganas de llorar desde entonces. ¡Cómo podría hacerlo viendo a personas que no tienen absolutamente nada y a pesar de eso sonrían siempre!

—Vaya. No sé qué decir.

—No digas nada, muchacho, y toma el té antes de que se te enfríe. Habéis estado esperando mucho tiempo a este tercer vaso, ¿no?

—Esperándote a ti, Ruth, no al té.

—Bebe tú también, pequeña mentirosa.

La obedecieron, aunque no les resultó fácil hacerlo con las sonrisas que no conseguían desdibujar. El aire estaba fresco, y Claudia dejó su vaso vacío en la bandeja y se hizo un ovillo contra los cojines apoyados en el muro.

—¡Qué hermosa se ve Swayambhunath iluminada! ¿Te gustó, Matthew?

—Sí... Está bien. —Miró hacia el oeste, donde todo el complejo destacaba dorado y espléndido sobre la oscura silueta de la colina.

—¿Que está bien? ¡Pero si es impresionante! Te deja sin habla. Y sin aliento si lo asciendes por esas inacabables y empinadas escaleras. —Rió por lo bajo—. Seguro que tú las subiste porque no encontraste el trencito que te lleva hasta la cima. ¿Cuántos descansos tuviste que hacer?

—Ninguno. Subí en el trencito.

La sonrisa poco convencida de Matthew interrumpió la carcajada en la que había estallado Claudia.

—Estás bromeando, ¿no?

Él le notó perplejidad en los ojos.

—No... O sí... ¡No sé, Claudia, ¿acaso es esto un examen?!

—Era una broma que pensé que entenderías, pero no lo has hecho porque no has estado en Swayambhunath, ¿verdad?

—No lo tengo claro. Aquí todo tiene nombres difíciles e imposibles de recordar.

—¿Cruzaste al otro lado del río, caminaste hasta Swayambhunath y regresaste sin verlo? ¿Qué clase de turismo haces tú?

—El que me permite mi lesión, doctora.

Se miraron en silencio. Era cierto que él había caminado hasta aquel sitio, sí, pero con la atención puesta en encontrar los peores antros y burdeles de la ciudad, con lo que no tuvo ojos ni para templos ni para *stupas*, por muy espectaculares que éstas fueran. Y a esa de nombre impronunciable ni siquiera la había visto.

Ruth intervino con naturalidad y presteza.

—Nadie que visite esta ciudad puede dejarla sin haber visto Swayambhunath. Y tu rodilla está mucho mejor ahora, ¿no, muchacho? —Se volvió sin esperar a su respuesta—. Tendrás que solucionar esto, Claudia. Seguro que no podría encontrar una guía mejor.

—Claro, Ruth —respondió con descuido.

Y es que la confusión reinaba ya en su mente. Pensaba que hasta el más despistado turista llegaba a Katmandú deseando visitar Swayambhunath, o Templo de los Monos, como se le conocía vulgarmente. Y él había estado en sus alrededores y no lo había visto. Eso la llevó a recordar sus primeros días en el hospital, sus rarezas, la suspicacia de Katharina en todo lo concerniente a él. Seguía sin creer que fuera un hombre peligroso, pero también seguía sin saber qué hacía en Katmandú, y sobre todo en qué pasaba las horas cuando no estaba en la casa.

Claudia había llegado a Rainbow House a media tarde, después de una jornada agotadora en la que no pudo detenerse ni siquiera para comer. Un cuenco de *dal bhat* por la mañana, justo antes de salir con Bhim hacia Jagriti, era cuanto se había metido en el cuerpo durante todo el día. Pero había quedado en mostrar a Matthew una de las millones de cosas hermosas que tenía Katmandú, y además en un horario en el que se ahorraría cuatrocientas rupias; las doscientas que cada uno debería pagar por acceder al complejo religioso de Swayambhunath siendo extranjeros. Y, sobre todo, quería pasar unas horas con él a solas para descubrir qué hacía realmente en aquel país.

De rato en rato miraba con disimulo la ropa gastada por el uso con la que lo vio aparecer para la salida. Le contó que había pedido a Bhim que le consiguiera aquellos pantalones flojos de color caqui y la amplia camisa carente ya de su original blancura. Se rió al verlo con aquel aspecto de nepalí de piel descolorida, pero en realidad lo vio guapo. Su nuevo atuendo hubiera resultado perfecto de haber accedido a sustituir sus viejas deportivas por unas sandalias abiertas cuando ella se lo sugirió al ver desde el

rickshaw una tienda que las exponía en la entrada. Pero él defendió con jocosa terquedad su cómodo calzado occidental. Aunque había algo que desentonaba con aquella ropa pobre mucho más de lo que lo hacían sus zapatillas, y era el carísimo reloj que asomaba bajo la manga deshilachada.

Después de un largo y, a pesar de todo, tranquilo recorrido entre el desordenado tráfico, Bhim los dejó junto a la falda de la montaña en tan buen momento que dos turistas con aspecto de extremo cansancio le pidieron que los acercara a Thamel, con lo que no desaprovechó el viaje de vuelta. Ella lo despidió como pocas veces hacía, alzando la mano a la manera occidental, y después recorrió la corta distancia hasta la entrada a la colina entre un colorido mar de vendedores de baratijas, flores y velas para ofrendar a las divinidades entre los que destacaba, precisamente por su insignificancia, una mujer dalit que era como una sombra.

Se acercó a ella, que, sentada y encogida en el suelo, se cubría el cabello y el cuerpo con una raída manta gris que ensombrecía y medio ocultaba su rostro moreno. Tan sólo su mano izquierda, la que la sociedad consideraba tan impura como a ella misma, asomaba con la palma abierta hacia el cielo pidiendo limosna. La misma manta que por las noches serviría para protegerla del frío y por el día de las miradas, estaba anudada en un extremo formando un pequeño hatillo en el que seguramente cabían todas sus pertenencias.

Los segundos que ella se tomó para darle unas rupias y hablarle en nepalí, Matthew aguardó oteando con atención hacia los lados y observando los rostros de cada vendedor y cada hombre que se detenía en aquella concurrida zona.

—¿Qué le has dicho? —preguntó tras cruzar la entrada.

—Le he hablado de Rainbow. Le he asegurado que podemos ayudarla a mejorar su vida.

—¿Es así como funciona esto? ¿Vais encontrando personas necesitadas por las calles?

—A veces. Sobre todo al principio. Ahora ya nos conocen en el barrio, y son ellas quienes acuden a nosotras. Ya sabes, no podemos cambiar el mundo. —Ante el tono burlón él asintió con un gesto gracioso—. Por eso intentamos cambiar un poco lo que tenemos más cerca.

—Eso está bien. Mejor marcate una pequeña meta a la que puedas llegar que una inalcanzable que te haga sentir frustrado toda tu vida.

Estuvo de acuerdo con él a pesar de parecerle que hablaba con ironía.

Ascendieron sin prisa los trescientos sesenta y cinco escalones, concediéndose frecuentes paradas para que él no forzara demasiado la rodilla, que dedicaron a observar los graciosos movimientos con los que los monos invadían la escalera o saltaban con agilidad a los abundantes árboles de la cima boscosa. Él prestaba más atención al devenir de la gente que subía o bajaba del templo, cruzando por su lado.

De pronto ella le señaló a una joven hembra de macaco, con su cría firmemente agarrada a la espalda, que acababa de arrancar un *swl-roti* de la mano de un turista y

se lo llevaba con rapidez hacia una gruesa rama alta.

—Son unos desvergonzados ladronzuelos, pero son tiernos.

Matthew asintió mientras miraba cómo, una vez a salvo, el pequeño soltaba el pelaje de su madre y aguardaba expectante a que ésta dividiera el delicioso pan de arroz y le entregara su parte.

—Lo tienen demasiado a mano como para resistirse a la tentación.

—¡Oh, no puedo creer que los estés disculpando! —exclamó riendo Claudia—. Me gustaría ver cómo cualquiera de ellos te roba el bocadillo, la cámara de fotos o cualquier cosa que lleves en las manos sin que pudieras hacer nada para recuperarla.

—El único culpable sería yo por haber expuesto mis cosas a su vista, incitándolos a que se las llevaran.

Durante unos segundos lo observó sonreír de aquel modo entre cándido y canalla que la ponía nerviosa, pero por más que trató de escrutar en él no logró averiguar si hablaba en serio.

—¿Te he dicho ya cuánto me desconciertas a veces? —comentó nerviosa mientras reanudaba el ascenso con la vista clavada en lo más alto, donde asomaba la torre dorada de la gran *stupa*.

Resopló al pisar el último peldaño y detenerse antes de alcanzar la explanada de la cima, ante al enorme *dije* dorado custodiado por dos amenazantes leones de piedra, y miró a Matthew. Sabía lo que impresionaba verse allí por primera vez, frente a la *stupa* más antigua del mundo, con los enormes ojos de Buda pintados en cada uno de los lados del cuadrángulo, vigilando los cuatro puntos cardinales. Y sobre él, la aguja dorada que se apreciaba desde todo Katmandú, con los trece anillos de las fases del conocimiento. Resonaba en el ambiente el místico mantra «Om mani padme hum», a cuyo compás parecían mecerse los cientos de banderas sujetas a cordeles, además del leve viento encargado de dispersar por el mundo las plegarias escritas en ellas.

Viendo la emoción que reflejaba su mirada, recordó la que ella misma sintió al verse allí por primera vez, asfixiada por el esfuerzo del ascenso, inmóvil mientras los colores rojos del amanecer daban a la dorada *stupa* un brillo incandescente, como si estuviera ardiendo por dentro y a punto de comenzar a fundirse como delicada cera.

—¿Qué hacen? —preguntó interesado Matthew.

Ella miró al grupo de monjes que, vestidos con túnicas de un intenso color granate, circunvalaban la *stupa*.

—Si te fijas bien, verás que los fieles dan una serie de vueltas alrededor, en el sentido de las agujas del reloj, y van haciendo girar los molinillos de oración tibetanos que rodean toda la base de la cúpula, para que sus plegarias se eleven al cielo. Después posan la frente en la base del gran *dije* dorado, que es el arma divina de Indra, del que cuentan que fue realizado por Vishvákarma, el artesano y arquitecto de los dioses.

—Parece un juego divertido.

—No creo que más que el de ir contando las cuentas de un rosario cuando reza un

católico —opinó riendo—. Aquí, cada mañana, antes de amanecer, suben a orar en perfecta armonía hindúes, budistas vajrayāna del norte de Nepal y del Tíbet, y budistas newars, aunque estos últimos circunvalan la *stupa* en dirección contraria.

Mientras en el mismo aire en el que seguía sonando el mantra se intensificaba el olor a incienso, recorrieron el recinto sembrado de *chaityas*, templos, pequeños santuarios y estatuas de divinidades diversas, como Shiva, y hasta encendieron dos pequeñas velas de oración entre los cientos que ya resplandecían en pequeñas copas doradas, en el interior del templo Dongak Choling Gomba. Hasta que, cansados de deambular como turistas, pero imitando a los fieles creyentes, despidieron los últimos rayos de sol que se escondían por el horizonte, junto al pequeño muro de ladrillo rojo desde donde se divisaba la hermosa ciudad de Katmandú. Tras ellos, sobre el tejado todavía caliente del pequeño templo de Hārītī, tres pequeños macacos buscaban con precisión entre el pelaje de otro, que tumbado e inmóvil dejaba que le fueran liberando de los minúsculos e incómodos piojillos. Él había elegido aquel lugar apartado, y ella se preguntó por qué mientras se medio apoyaba en la barra metálica, que le quedaba a la altura del pecho, e inspiraba despacio.

—¿Voy a tener que preguntarlo, o mejor espero a que quieras explicarme por qué me hiciste creer que conocías esto, si no era verdad?

—Me equivoqué. Eso es todo.

Ella se apartó el pelo de la cara y tragó saliva.

—¿Puedo preguntar qué haces cuando sales de Rainbow House?

Matthew apoyó los antebrazos en la barra de metal.

—Paseo. Paseo durante horas, y cuando la rodilla no me aguanta más, me siento y miro cómo se mueve el mundo a mi alrededor. —Inspiró y exhaló con fuerza—. A veces necesito estar solo y pensar.

Lo observó de soslayo. No alcanzaba a imaginar qué penas podía llevar él dentro para comportarse de aquella manera. Por qué a veces se le veía chispeante y simpático y otras, en cambio, nostálgico y misterioso.

—¿De qué huyes?

—No huyo. Precisamente vine aquí para plantarle cara a la vida. A mi nueva vida.

Durante unos segundos, los dos miraron en silencio la inmensidad de la ciudad a sus pies, que ocupaba el centro del valle. Claudia preguntándose qué tipo de carga o de culpa arrastraba él, que lo llevaba a aquellos imprevisibles y seguramente agotadores altibajos.

—Al parecer, Swayambhunath significa «algo que se hizo solo» —explicó de pronto ella—. La leyenda cuenta que Manjushri, un monje tibetano discípulo de Buda, llegó aquí cuando todo esto era un gran lago en cuyo centro había crecido una flor de loto de la que manaba una luz mágica. —Lo miró para no perderse su expresión—. El monje alzó su espada de la sabiduría para abrir un paso entre las montañas, drenando así toda el agua y dejando a la vista el fértil valle. Entonces fundó la ciudad de Katmandú con la flor y construyó la *stupa* con la llama. Después

se rapó la cabeza, y sus cabellos se convirtieron en los árboles que pueblan esta colina, y los piojos en los monos.

—¿Es que aquí todo tiene un motivo mágico o proviene de dioses o divinidades?

—La verdad es que sí. Existen tantas historias, leyendas y creencias religiosas que toda una vida no te bastaría para escucharlas todas.

Matthew se quedó pensativo, y durante unos segundos volvió la cabeza para mirar en la distancia los vigilantes y gastados leones, la blanca cúpula de la *stupa* que se encalaba una vez al año, las cimas de las pequeñas *chaityas* de piedra en las que apenas se adivinaban los colores en los que antaño fueron pintadas.

—Debió de ser espectacular.

—¿Te refieres a Swayambhunath?

—Sí, Swayam... Toda esta colina de los monos, desde los pequeños templos y figuras que hay en la entrada y en el ascenso hasta la cima, en la que hay tantas construcciones que a ratos sientes mareo y te cuesta caminar entre ellas. Pero también la ciudad. Todo debió de ser espectacular antes de que el tiempo, la suciedad y la dejadez de los humanos lo degradaran todo.

—¿Por qué eres siempre tan negativo? —exclamó casi con enfado—. Todo Nepal es fantástico, es mágico, te traslada en el tiempo con sólo mirarlo. Está lleno de luz, de vida, de sensaciones de paz y espiritualidad que flotan en el aire y te envuelven para después poseerte. Aquí ni cien pares de ojos bastarían para captar todo lo que la mente querría grabarse a cada paso. Si este país hubiera surgido de la fantasiosa mente de un escritor, como la Tierra Media nació de la de Tolkien, seguramente no sería ni tan exuberante ni tan misterioso.

Al terminar casi se avergonzó del apasionamiento que había puesto en su defensa.

—Ése es el problema —puntualizó él—. Porque así, como está, sigue siendo fascinante. Probablemente, el país más espectacular e impresionante del mundo. Pero también el más sucio y con la ciudad más contaminada y caótica.

Claudia miró hacia el valle, extrañamente dorado por efecto de los últimos rayos de sol.

—Lo es más nuestra vecina la India.

—¿Por qué te enfadas conmigo? —preguntó con aquella tierna sonrisa ladeada—. Todo lo fascinante que tienen esta colina o esta ciudad debe de ser como millones de veces menos de lo que fue antes de que comenzara a degenerarse. Seguramente también tú lo has pensado muchas veces.

Apoyó los brazos en la barandilla y se inclinó para reposar sobre ellos el mentón. Las altas montañas que rodeaban el valle hacían que fuera sencillo imaginarlo cubierto de agua antes de que la espada de Manjushri abriera en ellas un profundo corte. Le resultaba fácil imaginar eso, y también el esplendor que todo aquello debió de tener cuando fue construido, hacía ya más de dos mil quinientos años.

—Amo este país y esta ciudad llena de gente maravillosa.

—Lo entiendo —le oyó decir en tono suave.

Y cometió el error de mirarlo, porque le vio sonreír de nuevo de aquella manera dulce, casi ingenua. Y ella misma sonrió nerviosa.

—¿Por qué haces eso? —exclamó a la vez que se empujaba las gafas y se apartaba el imaginario flequillo.

—¿Qué cosa? —preguntó frunciendo graciosamente el ceño.

—¡Sonreír de ese modo!

Él meció la cabeza, mostrándose atónito.

—Lo siento. No me había dado cuenta de que me reía. Si he dado la sensación de que...

—¡Estás volviendo a hacerlo!

Él rió en alto, y el sonido claro y ligero de su felicidad se mezcló con el del místico mantra que seguía llenando el aire, rozó las banderas de oración y se elevó junto a las plegarias hacia el cielo.

—Lo siento —repitió mientras ella aún imaginaba su risa alzándose y llevándose consigo también la esencia de los colores de cada bandera—. Sonríó sin ser consciente de que lo hago. Si he dado la sensación de que me reía de ti o de lo que decías, lo siento.

Lo observó de soslayo, plenamente consciente de que cada vez lo hacía con más frecuencia, que cada vez ocupaba él más espacio en su pensamiento, que cada minuto que pasaba era un minuto más que deseaba tenerlo cerca aun sabiendo que él no la miraba de la misma forma.

—Los colores tienen significados diferentes. —Señaló con los ojos las banderas que, dejadas al capricho del viento, dibujaban su sombra bailarina por todo el complejo—. El azul es el espacio, el blanco el agua, el rojo el fuego, el verde es el aire y el viento, y el amarillo la tierra. Ahora las ves nuevas, pero con el tiempo el sol, el viento y la lluvia las desgastarán para recordarnos que todo lo terreno es efímero. Y todas ellas, deshilachadas o no, serán renovadas con el Nuevo Año tibetano, que coincide con la luna nueva de febrero.

Notó que Matthew la miraba en silencio el tiempo que duró su explicación, y que siguió haciéndolo después durante largos segundos. O tal vez fueron minutos, o incluso horas. Porque ella no le devolvió la mirada. Sabía que, si mientras se veía en sus ojos azules él volvía a sonreírle de aquel modo, se sentiría nerviosa y vulnerable y volvería a cometer otra torpeza.

Descendieron los trescientos sesenta y cinco escalones cuando apuntaba ya el anochecer. Y es que cuando en el montículo sagrado dominaban las sombras, los turistas y los fieles se iban y los monjes budistas que habitaban los templos de la cima dormían, y los monos eran los dueños absolutos de toda aquella riqueza que un día creó para ellos un monje tibetano discípulo de un dios.

Sobre ello hablaron de vuelta a casa, acomodados en el *rickshaw* mientras Bhim pedaleaba, silbando en las cuestas abajo la lenta melodía de un mantra. Acercándose ya a la casa de Claudia, ésta le pidió que pasaran de largo para dejar primero a

Matthew en Rainbow House. Lo justificó diciendo que necesitaba ser la última en quedarse en el *rickshaw* con él, pues quería pedirle un favor.

Capítulo 13

A partir de aquella visita a Swayambhunath, Bhim parecía estar en todas partes. Surgía como de la nada, siempre dispuesto a acompañarlo y sin preguntar siquiera a dónde. Por suerte, el muchacho era demasiado noble e inocente, con lo que a Matthew le resultaba sencillo despistarlo cuando necesitaba hacerlo. Cosa que no ocurría mucho porque estaba dándole a la mujer del prostíbulo el tiempo que le había pedido.

Sentado en un montículo de piedras del descampado, miró el potente bateo de Bhim. Ese día había recorrido con él algunas de las zonas pobres de la ciudad. Barrios de gente humilde, como el 18 en el que estaba la casa de acogida. Según Claudia, era en sitios así donde se movía el tipo poco recomendable que mercadeaba con drogas, armas y mujeres. Él y seguramente también otros de su misma calaña, pero por desgracia ninguno llevaba colgado un cartel anunciando sus servicios.

—¿Venir tomar cerveza nosotros?

Miró a Bhim. El juego había acabado sin que él se hubiera dado cuenta. Y es que había ido dejando de prestar atención a partir de los dos primeros lanzamientos.

—Gracias, pero voy a cenar con Ruth o pensará que ya no vivo en esa casa y sacará mis pertenencias a la calle.

Bhim rió mientras sus amigos lo llamaban a voces. Matthew se levantó, sacudió la parte trasera de su pantalón y juntos siguieron a los chicos, que en su camino a por la ansiada cerveza fresca cruzarían frente a Rainbow House.

—¿Mañana venir?

—Lo intentaré.

El muchacho se adelantó un poco para mirarle a la cara.

—¿También venir ver jugar?

—Por supuesto, Bhim. También os veré jugar.

Se detuvieron ante el colorido letrero de la casa. Bhim juntó las palmas de las manos y reclinó la cabeza para despedirse con un *namaste*. Matthew le imitaba cuando a ambos les sorprendió la llegada de la médica.

—¿Buen partido esta tarde, Bhim?

—Bueno partido, doctora. Si querer que Bhim contar qué hacer hoy el...

—¡Mejor otro día! —le interrumpió con rapidez—. Mañana, mientras me llevas a Jagriti.

Bhim asintió con una sonrisa misteriosa mientras sus amigos volvían a llamarlo a voces. Se despidió de ella con otro *namaste* y echó a correr agitando con sus piernas flacas los holgados pantalones.

—¡Es tan inocente!

Pero el pensamiento de Matthew ya estaba en otra cosa.

—¿Qué es Jagriti?

—Una zona enorme que no aparece en los folletos turísticos. Está sembrada de chabolas, a la orilla del río Bagmati. Voy allí varios días a la semana.

—¿Puedo acompañarte?

—Voy a atender durante horas a personas enfermas. Te aburrirías esperándome, además de que aquello no te gustaría en absoluto.

—No estaba pensando en divertirme, sino en conocer un poco más de esta ciudad, y eso debería incluir tanto lo bueno como lo malo. ¿No te parece?

Ella sonrió, creyó apreciar que satisfecha.

—De acuerdo. Pero luego no me digas que no te lo advertí.

Nada de cuanto le habían explicado Claudia o Bhim, de camino a Jagriti, le preparó para el impacto. Cientos, o más bien miles de chabolas construidas con tablas, cartones y plásticos viejos se asentaban a la orilla del río Bagmati, sagrado y sucio, convertido a lo largo de los siglos en estercolero y foco de infecciones. Montones de basura por todas partes provocaban un olor nauseabundo que a punto estuvo de hacerlo vomitar a cada rato.

—¿No te pones mascarilla para venir aquí?

—Ellos viven aquí y no la usan. No voy a ofenderlos usándola yo. Bastante los ofende ya la sociedad.

Le explicó que eran dalits; intocables que cargaban con aquel estigma desde el nacimiento sin ninguna opción de mejorar como no fuera en su siguiente vida, pues sólo se les permitía ocuparse de los oficios más bajos como recoger la basura, limpiar calles y letrinas o la incineración de cadáveres. Y tampoco se les dejaba contraer matrimonio con alguien de una casta más alta. Y aunque el gobierno había promulgado leyes que prohibían esas costumbres de siglos, la discriminatoria jerarquía de las castas estaba tan arraigada en la sociedad que seguía tan vigente como si nunca se hubiera suprimido.

—Hay personas en el gobierno, incluso entre ellos algún dalit, que luchan por cambiar las leyes. Pero ése será un proceso largo, larguísimo. Y mientras tanto gentes como éstas tienen que vivir.

La siguió por el laberinto de estrechas callejas que daban paso entre chabolas, la mayor parte del tiempo sin respirar para no acabar echando el estómago por la boca. En cada pequeño espacio abierto por el que cruzaban veía niños jugando y riendo, tan limpios y alegres como los que había visto en cualquier otra calle de la ciudad. Sorprendía la suciedad extrema del país con la esmerada limpieza de sus gentes, que aun sin agua corriente en sus casas no pasaban ni un solo día sin bañarse o lavar la ropa. Y eso le impresionaba aún más que la propia e insoportable pobreza.

No necesitó que nadie le dijera que habían llegado. Lo supo al ver a toda aquella gente esperando frente a una chabola construida con viejas tablas de desechos y en el tejado un pedazo agujereado de uralita y un plástico azul sujeto con piedras para que no se lo llevara el aire. Todos a un tiempo saludaron con un risueño *namaste*, inclinando la cabeza ante la doctora.

Y entonces lo vio. Cuando todavía no se había repuesto del impacto ni había comenzado a buscarlo. Fumaba un cigarro y conversaba con otros dos hombres a la sombra de un gran árbol junto al río. Claudia ya entraba en lo que imaginó que era el dispensario médico, y él debía ir detrás.

La siguió a su pesar, y al cruzar aquel umbral ruinoso se encontró en un espacio pequeño y agobiante, con dos viejos taburetes y una ajada tabla puesta encima de cuatro torres de ladrillos que hacían de patas.

—Cualquier otra cosa desaparecería —se justificó Claudia al tiempo que abría su maletín—. Aquí hay muy buena gente, pero los ladrones llegan a todas partes. Sobre todo cuando hay necesidad.

Comenzaron a pasar los pacientes de uno en uno, y Claudia a hablarles en nepalí con cariñosa y cercana tranquilidad, como si no tuviera una centena de ellos esperando en la calle. Pero eso era bueno para él. Sólo tendría que inventar una disculpa para salir. Mientras tanto fue ayudando a la doctora cada vez que ésta le pedía que le alcanzara una gasa, un desinfectante o una jeringuilla y un tubo para sacar y guardar sangre para un análisis.

—¿Qué es eso? —preguntó tratando de que su cara no mostrara el asco que le provocaba mirarlo ni las ganas que tenía de largarse.

Ella continuó examinando la gruesa costra en forma de aparatoso cráter en el muslo del anciano.

—Es leishmaniasis. Viven en una zona insalubre y antihigiénica, entre basura y roedores, a la orilla del río en el que al amanecer y al anochecer abundan las moscas que transmiten esta y otras enfermedades. Llevan toda su vida sin ir a un médico porque no pueden pagárselo. Basta con echar un vistazo alrededor para entender por qué la gente, especialmente los niños y los ancianos, enferman casi de continuo.

El hombre gimió de dolor cuando ella separó con cuidado una muestra de costra, pensó Matthew que para analizarla en el hospital, y casi al instante pronunció un suave *maaph garnus* mirándola a ella, lo que le indicó que se disculpaba por su queja.

Mientras, Claudia seguía sonriente, amable, tan profesional y atenta como si estuviera en la lujosa consulta de un hospital de Nueva York atendiendo a pacientes que después le pagarían una escandalosa cifra por su eficiente trabajo. La diferencia era que aquella gente le pagaría con una sonrisa, y que ella se iría con otra tan agradecida como extenuada y dormiría durante toda la noche con la conciencia tranquila. Y mientras la veía enfrascada en curar feas lesiones de piel, toses ásperas o dolores de pecho o de vientre, no le pareció tan pequeña e insignificante.

—Ha parido esta noche —le explicó en inglés mientras comprobaba los reflejos

de un recién nacido—. Llevo meses insistiéndole en que cuando sintiera las primeras contracciones fuera al hospital.

—¿Por eso te has enfadado con ella?

Se refería a la jovencísima madre que había entrado llevando al bebé en brazos, pues había advertido el maternal tono de enfado con el que le habló nada más verla.

—Por eso y porque ha venido caminando hasta aquí desde la zona de Gauri Marg en lugar de dejar que yo me acercara a verla a su casa, que es donde deberían estar ahora ella y el bebé, entre sábanas limpias.

Calculó que tendría unos quince años, y recordó lo que había oído contar sobre los matrimonios y las dotes en las familias más humildes. Y ella era una jovencita de la casta más baja, más pobre y más castigada de todo Nepal.

Vio que la doctora extendía una sábana limpia sobre la camilla para que la chica se tumbara.

—¿Te importa salir un momento?

—Sí, claro. Esperaré fuera.

Finalmente no había necesitado inventar una disculpa, y confió en que la suerte siguiera acompañándole aquella mañana.

Salió desbocado, nervioso, deseando dejar toda la inmundicia atrás y esperando que el tipo no hubiera desaparecido. Y apenas puso un pie en aquella tierra polvorienta maldijo al comprobar, desde la distancia, que nadie estaba ya a la sombra del árbol.

Lo había perdido.

Pasó con rapidez junto a la interminable hilera de enfermos y avanzó por entre chabolas hasta llegar al río, en cuyas aguas media docena de búfalos abrevaban al cuidado de dos chavales. Otros niños pequeños saltaban a la cuerda mientras, junto a la entrada de una de las viejas y endeblés casas, un grupo de hombres jugaban a las cartas sobre una alfombra de esparto extendida en el suelo. Él estaba allí, mirándolos apostar menudas y redondeadas piedras sin ningún valor.

Se secó el sudor de las manos frotándolas en la gastada tela del pantalón y tomó una gran bocanada de aire. Una segunda inspiración acabó de atemperarle los nervios, y caminó hasta detenerse frente a él con la seguridad de quien está acostumbrado a tratar con todo tipo de gente.

—Quiero comprar algo que usted puede venderme.

Nunca había pronunciado aquella sencilla frase con tan desesperada necesidad de que le entendieran y le dijeran que sí.

—*Maile bujhina*^[3].

Le molestó que ni siquiera lo mirara, pero lo disimuló mientras las manos volvían a sudarle.

—Estoy seguro de que conoce mi idioma. Le he visto hablar con turistas.

—*Maile bujhina*.

—Sólo quiero comprar. Le pagaré en dólares y...

—¡Fuera, gringo! —pronunció con voz baja y amenazadora.

De pronto reparó en que los niños seguían saltando a la cuerda y los hombres jugando a las cartas sin que lo hubieran mirado ni una sola vez. Ni siquiera por el rabillo del ojo. Sin duda era la ley de la supervivencia, esa de ignorar cualquier cosa que no fuera con uno mismo. Si no miras no ves, y si no ves y no escuchas no supones una amenaza para nadie. Lo que significaba que nadie pestañearía si el tipo se enfurecía, sacaba un arma y le encajaba una bala entre los ojos.

Y aun sabiéndolo insistió.

—Le pagaré lo que me pida.

—¡¿Gringo sordo?! —se volvió hacia él con desafío—. Fuera si no querer convertir en comida de ratas.

Matthew alzó las manos para aplacarlo.

—Está bien, tío. No te pongas nervioso. Ya me largo. —Retrocedió dos pasos cortos—. Sólo quería comprar un arma. Sólo eso.

—Equivocarte de hombre. ¡No molestar más, gringo!

No terminó de creerlo, pero se alejó porque el tipo también podía estar diciendo la verdad. Se había dirigido a él con demasiada confianza, cuando realmente sólo contaba con el comentario poco preciso de la doctora. Y nada le aseguraba que ella no estuviera equivocada. Menos aún que el hombre no estuviera hablando en serio y aquello terminara mal.

Unas viejas cajas de listones de madera, lejos de la larga hilera de pacientes, le sirvieron para sentarse. No volvió a entrar en la chabola. Prefirió recuperar la calma y pensar en sus problemas allí, rodeado de aquella miseria que convivía con la basura. Además, seguramente la doctora estaría atendiendo a algún enfermo con lupus o con leishmaniasis o con aparatosa tos contagiosa.

No entendía cómo podía tratar un día tras otro con aquellas apestosas enfermedades por simple y llana vocación, por puro altruismo. Para él el altruismo siempre habían sido cosas como visitar un hospital de niños con graves enfermedades, llevarles una camiseta de los Yankees o una pelota firmada, sacarse fotos con ellos y hacerles pasar un día inolvidable. Y ahora, viendo lo que hacía Claudia o miles de personas como ella, sentía vergüenza. Lo primero que haría si regresaba a Estados Unidos y entraba en el restaurante de su padre, contando con que volviera a pisarlo alguna vez, sería quitar de las paredes los recortes de prensa con fotos de aquellas visitas a hospitales, encabezadas con grandes titulares que lo mostraban como a un héroe solidario.

Él nunca había sido un héroe, pensó mientras aumentaban los pacientes que aguardaban turno. Él era un gran bateador y un buen exterior izquierdo; la estrella de los Yankees. Y ya no le quedaba ni eso. Hasta la colección de mujeres que siempre tenía alrededor, dispuestas a alegrarle las noches o incluso a decir que sí si les ofrecía matrimonio, desaparecerían a la vez que lo hacían su popularidad y su fama.

Apoyó los codos en las rodillas y hundió los dedos en el cabello. Le costaba

soportar aquel olor nauseabundo. Allí faltaban aquellas lamparitas de barro en las que se prendían cabos de algodón con mantequilla rancia de yak, como había visto arder en cada pequeño templo o altar repartidos por la ciudad y que, junto con el aroma a flores y a incienso, enmascaraban otros olores menos saludables y perfumaban el aire. Era allí donde él tendría que estar, buscando a quien le pudiera vender un arma, se decía cuando de pronto notó que algo tiraba de sus pantalones haciéndole levantar la mirada.

Era una pequeña de ojos redondos y negros, tan limpia y preciosa como el resto de las niñas que había visto en otras zonas de aquella urbe en la que, según le habían dicho, todas las niñas eran consideradas princesas.

Trató de recordar qué llevaba en los bolsillos que pudiera darle, cuando ella le señaló algo en dirección al río.

De nuevo, aquel hombre, ahora mirándole retador, no sabía si presionándole para que se fuera o esperando que se acercara porque había cambiado de opinión. Y cuando tras largos segundos de duda lo vio dirigirse hacia donde parecían amontonarse las chabolas, no lo pensó.

Le costó seguirlo por aquel laberinto de callejas estrechas y retorcidas en las que continuamente lo perdía de vista. En cada nuevo recodo, el estómago se le contraía recordando el callejón al que lo condujo el taxista para entregárselo a los matones. Porque ahora era él quien estaba metiéndose en una estrecha y maloliente ratonera de la que cabía la posibilidad de que ya no saliera vivo.

Volvió a perderlo de vista y aceleró el paso. Nada. Tan sólo paredes de endeble madera empapadas de humedad por la cercanía del río. Pasillos cada vez más putrefactos y estrechos. Pero ya era tarde para retroceder. Además, no quería hacerlo. Necesitaba un arma. Necesitaba alcanzar a aquel tipo. Y comenzó a correr todo lo que le permitieron su rodilla y la angostura de la calle.

De pronto, un golpe en el pecho le cortó la carrera y un violento tirón lo introdujo en una choza oscura y maloliente. Sin tiempo a que sus ojos se hicieran a la escasa luz, notó que le sujetaban por los brazos y que una patada seca en el lado interno de cada pie le separaba las piernas.

—¿Qué buscar, gringo?

Sintió en la cara el roce de su apestoso aliento. Al fin lo había alcanzado. O lo habían cazado a él, que venía a ser lo mismo.

—Necesito una pistola. Sólo eso.

—¿Por qué venir a Sujan? ¿Quién decir que Sujan vender armas?

—No lo recuerdo. Alguien, hace unas semanas.

El gesto del tipo se tensó y los que lo sujetaban reaccionaron tirando de él con más fuerza, uno hacia cada lado.

—¿Quién hablar?

Tragó con dificultad.

—Un taxista. Un chico de unos diecinueve o veinte años. No me dijo su nombre.

Lo juro.

Le vio pensar interminables segundos durante los que se sintió perdido.

—Nadie engañar a Suján. Doctora venir siempre a Jagriti. Si gringo engañar, ella pagar.

En un instante el miedo se le convirtió en rabia.

—¡Me importa una mierda la doctora! ¡Acabo de conocerla! Además, ¿cómo podría engañarte? Sólo quiero comprarte un arma. Tú vendes, yo compro, es así de fácil.

A un gesto del tipo, los dos que lo sujetaban dejaron de hacerlo. Uno de ellos le empujó hasta hacerle tropezar con una mesa mientras el otro encendía una bombilla que colgaba del techo.

El débil resplandor le obligó a cerrar un instante los ojos. Al abrirlos una vieja pistola destacaba sobre la madera. No estaba allí antes, y dio por hecho que era para él. Pero un enérgico golpe en el brazo detuvo el movimiento que iniciaba para cogerla. Resopló ante el dolor que le atravesaba el hueso.

—Primero dólares.

—No los llevo encima. Puedo traerlos mañana.

—Mañana —repitió el tipo, como si aceptara.

Y en el instante en el que Matthew se apartaba de la mesa le sujetó con fuerza la muñeca izquierda y la levantó en el aire.

Intentó tragar saliva sin conseguirlo. El miedo le paralizaba y le reseca la boca. Porque esta vez la rapidez de sus piernas no iba a ayudarle a escapar de aquella choza, y menos aún a salir de aquel laberinto de calles sin que le dieran alcance o le interceptaran en el rincón más inesperado.

Tenía que pensar...

Pensar...

Hasta que siguiendo la mirada del tipo se fijó en el brillo de su reloj, que asomaba bajo el puño de la camisa.

—Cambiar pistola por reloj.

Le miró desconcertado. ¿Cómo podía saber que era valioso si apenas lo había visto? O tal vez sí. Tal vez se había fijado en él mientras hablaban en la calle. O hasta era posible que en Asan Tole. Lo que sin duda no sabía aquel tipo era que además del enorme valor económico tenía otro que lo superaba todo.

—No, el reloj no —balbuceó mientras recordaba la emoción de entrar en una lujosa joyería de la Quinta Avenida y comprarse un reloj sin que le preocupara cuántos ceros contuviera el precio, porque su cuenta, casi siempre en números rojos, rebosaba tras su contrato con los Yankees. Su primer gran sueldo; su primera excentricidad de hombre rico. La prueba palpable de que podía conseguir cualquier cosa que se atreviera a soñar.

—Reloj. Reloj o nada.

—Pero ¿estás loco o qué? ¡Con esto podría pagarme diez mil pistolas como ésa!

Dólares. Te daré los que tú digas que vale.

La cínica sonrisa del tal Sujan le indicó que había metido la pata. Que era él quien imponía las condiciones y que los demás, simplemente, las aceptaban.

—No reloj, no trato. —Empuñó el arma y le puso el cañón en la frente. Rió cuando Matthew cerró los ojos—. Si gringo volver a buscar arma, Sujan convertir en comida ratas.

—¡Espera! ¡Espera, espera...! —pidió cuando los dos tipos lo sacaban ya a empujones—. Tú ganas. ¡Tú ganas, maldita sea! El reloj.

El reloj que había esperado conservar durante toda su vida a cambio de un arma que en Estados Unidos cualquiera podía conseguir por unos miserables dólares.

Se notaba temblar cuando salió de allí, encajándose la pistola entre la cintura del pantalón y la espalda tras haber puesto el seguro. Las callejas se habían vuelto más estrechas, más agónicas e interminables y con más recodos. Y le pareció que tardó una eternidad en alcanzar el claro junto al río. Los niños que jugaban a la cuerda corrían ahora a atraparse, envueltos en risas. Los hombres repartían cartas para una nueva partida y cuchicheaban entre sí mirándolo con disimulo. Lo sabían. Tenía la sensación de que ellos y todos cuantos aparecieron a su paso sabían qué había hecho encerrado en una chabola con el tal Sujan y sus hombres, y que llevaba la pistola pegada a la espalda.

Con ese mismo temor regresó apresuradamente al lugar en el que había dejado a Claudia, esperando que siguiera atendiendo enfermos y no hubiera notado su ausencia. Necesitaba rebajar su nivel de excitación antes de que ella volviera a mirarlo de cerca.

No supo cuánto tiempo esperó a que la larga hilera de enfermos desapareciera, ni las veces que se rozó con los dedos la pálida huella que el reloj había dejado en su muñeca desnuda. Sólo tuvo claro, en cuanto la vio aparecer cargando con su maletín, que debía justificarse.

—No pude volver a entrar. No entiendo cómo soportas estar rodeada de tantas enfermedades contagiosas, de tantas... —Inspiró hondo y se pasó las manos por el pelo—. Lo siento. Esto no se ha hecho para mí.

—Te lo advertí.

Matthew intentó sonreír sin conseguirlo.

—Tú eres médico cirujano. ¿Por qué haces todo esto?

—Por el mismo motivo por el que fui tu médico en el hospital. No hay especialistas para todo, y un médico no especializado es mejor que nada. Aquí todos nos ocupamos de lo que haga falta.

La notó cansada, y sin pedir permiso le quitó el pesado maletín de la mano para llevarlo hasta la carretera asfaltada donde habían quedado con Bhim. Tenía prisa por abandonar aquel lugar.

A ratos, las callejas se estrechaban de tal manera que debían caminar uno detrás del otro, y a veces hasta rozando con los hombros las paredes poco firmes. Él siempre

detrás con miedo a dejar de verla un instante y que desapareciera en aquel sinfín de casuchas entre las que le resultaría imposible encontrarla.

Miró su discreta melena castaña recogida flojamente con una estrecha goma negra, y la imaginó haciendo aquel recorrido sola, dos o incluso tres veces por semana, sin que pareciera preocuparle que cualquier desconocido caminara de pronto a su espalda y la metiera de un empujón en una de las chabolas. Se preguntó si sabía qué clase de gente vivía allí, entre los pobres y honrados dalits a los que ella ayudaba.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

La oyó reír y la imaginó achinando los ojos.

—¿Es un piropo o un reproche?

—Las dos cosas. Si fueras mi hermana me sentiría orgulloso de ti, pero te agarraría de las orejas y te metería en un avión para llevarte a casa.

—Me alegro de no ser tu hermana, entonces —dijo con un toque amargo que él no captó, demasiado ocupado en que el arma no le abultara bajo la ropa.

—¿No tienes hermanos?

El sendero se hizo más amplio a medida que se acercaban a la carretera, y volvieron a caminar uno al lado del otro. Ella lo miró con expresión de mofa.

—Sí, uno, mayor que yo. Y no preguntes por qué no me agarra de las orejas y me mete en un avión rumbo a España. Soy mayor de edad y ésta es mi vida, la que quiero vivir.

Sonrió como respuesta al tiempo que volvía a contener la respiración ante el fuerte y repulsivo olor a rata muerta y podrida. Una vez más se tocó con disimulo la espalda, asegurándose de que el arma no se había movido, y se reafirmó en que si hubiera sido su hermana, o incluso su chica de turno, se la hubiese cargado al hombro y no la hubiera soltado hasta tenerla de nuevo en casa.

Capítulo 14

Advirtió que los párpados de la pequeña Savitri comenzaban a cerrarse a pesar de los esfuerzos que hacía para mantenerse despierta. Y continuó leyendo. La había arropado hasta el cuello, y le había borrado con los dedos los surcos de lágrimas de las mejillas.

No le resultaba fácil pronunciar aquellas palabras imposibles, menos aún hacerlo a la luz de una pequeña vela, con Savitri suspirando cada poco por la congoja y con las demás niñas durmiendo donde no alcanzaba la parpadeante claridad, en sus camas y literas. Y tampoco se lo ponía fácil el nudo que le atenazaba la garganta desde que la vio llorar con desesperación abrazada a su hermana mayor.

Y aun así lo hizo. Volvió a leerle aquel cuento; las últimas páginas más despacio porque llegó a pensar que la pequeña se resistiría al agotamiento y continuaría despierta cuando se acabara el libro. Pero finalmente venció el cansancio.

Cuando estuvo seguro de que había entrado en un sueño profundo, le arregló las mantas, le susurró «felices sueños» y oscureció la habitación con un leve soplo a la vela. Y entonces advirtió que otra temblorosa llama le aguardaba en el pasillo.

—Creí que te habías ido.

Claudia tragó saliva azorada. No quería que notara que seguía allí porque no había conseguido despegar los ojos de la enternecedora estampa que formaban la llorosa Savitri, él leyéndole el cuento en susurros y la vela encendida que los mantenía en una apacible isla de luz en medio de la oscuridad del cuarto.

—Me he quedado para decirte que Ruth nos espera en la azotea. —La emoción hacía que le bailara la voz—. ¿Subimos a tomarnos un té rapidito antes de ir a dormir?

Asintió sin palabras para no despertar a los niños. Y con el mismo sigilo ascendieron la escalera, uno detrás del otro.

—Pobrecilla —dijo ella al llegar arriba—. No quería que nadie le leyera el cuento. Sólo tú.

—Es tan pequeña, tan frágil.

Era tarde, y se notaba en el silencio total en el que estaba sumergida la ciudad. Y en el aire, que les llegaba más penetrante y frío que otras noches. Pero la buena de Ruth se había ocupado de todo mientras ellos estaban abajo, dedicados a tranquilizar a la niña.

—Estaba segura de que apareceríais así, con esa poca ropa —les reprendió con cariño—. Andad y echaros por encima las mantas.

Se refería a dos viejas y desgastadas mantas tejidas con lanas de colores que ella

había dejado sobre los cojines.

No necesitaron que lo ordenara más veces. Sentían frío, tal vez más por el mal cuerpo que les había dejado el desgarrado disgusto de Savitri que por la verdadera temperatura de aquella hora de la noche.

—¿Se ha quedado más tranquila?

—Ha tardado, pero al fin se ha dormido. Estaba agotada —le contó Matthew—. Yo no sabía que tenía una hermana.

—No lo sabías porque no entiendes su idioma, muchacho. De otro modo te hubieras enterado de que habla constantemente de ella.

—Así que se pasa la vida esperándola. —Cabeceó con pesar—. ¿No podéis dejar que esa chica se quede aquí, aunque sea mayor?

Claudia, que había apurado con rapidez su té, se cubrió con la manta hasta la nariz y se recostó en el muro.

—Lo haríamos, pero está casada, y su esposo no quiere saber nada de Savitri. Viene cuando puede, y te aseguro que al marcharse sufre más que la niña.

Matthewladeó la cabeza para mirarla.

—Porque debe obedecer ciegamente a su esposo, ¿no?

—Nadie puede venir aquí a juzgar sus costumbres, su cultura...

—Créeme que no es mi intención. Pero verlas juntas me ha provocado... No sé cómo explicarlo. Me trae recuerdos, buenos y malos. Me entristece.

Ruth los miraba en silencio, dejándolos hablar. Los notaba desbordados por otras emociones además de por las que les provocaba la niña. En su amiga veía con claridad que se preocupaba por él, que se contenía para no abrazarlo y darle consuelo. Al americano no lo conocía lo bastante como para ni siquiera intuir qué cosa, además de su evidente cariño por Savitri, le estaba afectando de aquella manera.

—Le has cogido cariño —musitó enternecida Claudia.

—¡Quién no lo haría!

—No es bueno implicarse demasiado. Ellas necesitan ayuda efectiva, no compasión.

—Lo que siento no es... —Inspiró hondo—. ¿Te he dicho que me recuerda a mi sobrina?

—Sí. Y entiendo que eso lo hace más duro, porque cuando ves sufrir a Savitri es un poco como si vieras sufrir a las dos.

Matthew se quedó repentinamente callado, y Ruth ya no fue capaz de resistirse.

—No te preocupes tanto, muchacho. Mañana estará mejor, como siempre que viene su hermana a verla.

Él le agradeció el intento con una sonrisa.

—Mi abuelo solía decir «mañana habrá pasado la tormenta y te sentirás aliviado, aunque las consecuencias no desaparecerán, y siempre sufrirás por ello, hasta que tu corazón se niegue a seguir recordando». —Tomó una bocanada de aire y miró al cielo—. En algo tenía razón, y es que todo queda. Savitri siempre recordará que se pasó la

infancia esperando a que su hermana apareciera por la puerta.

—Procuramos llenar con cariño el hueco que ella le deja —aseguró Claudia—. Con mucho cariño.

—La vida no debería ser tan dura para una niña.

Ella se abrazó por debajo de la manta y se inclinó hacia él.

—El disgusto de Savitri nos ha dejado sensibles —musitó bajito—. Creo que deberíamos irnos a dormir. Mañana será otro día.

Estuvo de acuerdo. Pero no porque necesitara descansar. Poco pensaba dormir aquella noche. El dolor de la pequeña y saber que pasaba los días esperando, y hasta probablemente soñando con que su hermana se la llevara un día con ella, le habían removido emociones demasiado dolorosas. Y sólo existía un modo de apaciguarlas.

Se aseguró de que llevaba el arma bien encajada en el cinto antes de entrar a la sombría calleja y pasar ante el matón que custodiaba la entrada. En el interior todo estaba como lo había dejado la última vez. Las mesas, las chicas con poca ropa, los clientes toqueteando la mercancía para ver si merecía el precio. Los guardias de seguridad controlándolo todo desde puntos estratégicos con inmejorable visibilidad. Hasta la mujer que buscaba estaba en el centro de la barra como si no se hubiera movido desde que la dejara unos días atrás. Pero esta vez acompañada por un cliente con el que no tardó en subir hacia las habitaciones.

Le tocó esperar, invitando a copas a la primera mujer que se le acercó para no despertar recelos bebiendo solo. Por suerte, el polvo resultó corto y enseguida los vio descender la escalera. Corto o seguramente barato, y por eso la chica abrevió cuanto pudo para pasar al siguiente.

No pareció alegrarse al comprobar que el siguiente era él. Y mientras él pedía dos copas trató de esquivarlo para dirigirse a un hombre mayor y sobrado de kilos.

La detuvo con rapidez, estrechándola por la cintura.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿No aparezco en unos días y ya dejo de ser tu príncipe?

—No quiero problemas. Si no has venido a follar será mejor que te largues.

No la soltó cuando ella trató de zafarse.

—No soy un problema, preciosa —le susurró al oído—. Sólo pretendo seducirte como a la hermosa mujer que eres.

—¡Pues fóllame de una vez y lárgate!

Notó su nerviosismo, el modo disimulado en el que controlaba a los vigilantes. No quiso arriesgarse a comprobar si también ellos la controlaban a ella. La atrajo hacia sí y bajó las manos para que, en todo caso, vieran que le manoseaba el trasero como un hombre cualquiera ansioso de sexo.

—Cuéntame qué ha pasado, preciosa.

Ella suspiró. Se le notaba alarma en los ojos, pero su sonrisa y sus gestos provocativos eran los mismos que la vio utilizar otras noches.

—Mi jefe se enteró de las preguntas que yo andaba haciendo a los clientes. Me recordó que soy una puta, cuál es el trabajo de una puta y qué me ocurriría si me volvía a pillar desobedeciendo.

Matthew maldijo por lo bajo.

—Lo siento. No pretendía crearte problemas.

—Si eso es verdad, lárgate y no vuelvas.

—Lo haré, pero antes dime lo que has averiguado.

Ella se arrimó más, le lamió el cuello y le mordisqueó la oreja.

—Nada —le susurró junto al oído—. Y tampoco hablé de ti cuando mi jefe quiso saber para quién preguntaba.

—Eso está bien. Pero hay algo que no te creo, preciosa. —Le tomó la cara entre las manos para que tuviera que mirarlo a los ojos—. Estoy seguro de que has averiguado algo, y quiero saber qué es. Me bastará con un nombre y una dirección.

Él no le dejó apartar el rostro.

—Sabía que no tenía que fiarme de ningún príncipe.

—Escucha, guapa. Llevo demasiados días esperando como para largarme ahora de vacío.

—Me vigilan, y eso no es bueno ni para ti ni para mí.

—¡Pues acabemos cuanto antes! —se forzó a suavizar el tono—. Dame lo que quiero y yo te pago lo que no conseguirías ni follando con todos los clientes del local durante meses. Vamos, no me gustaría tener que venir a pedírtelo una noche tras otra.

La velada amenaza de que insistiría surtió efecto. O tal vez fue el pequeño montón de dólares americanos que disimuladamente le colocó en la cintura mientras fingía manosearla por debajo de la ropa. La chica comprobó con los dedos el grosor del grupo de billetes a la vez que miraba hacia los lados. Y se atrevió a responder en voz muy baja mientras le daba la espalda para irse.

—Akash. Barrio tibetano.

La retuvo un instante. El rostro bien pegado a su cabello áspero que olía a degradación.

—Gracias, preciosa. Utilízalo para salir de este mundo. Mereces algo mejor.

La dejó marchar. Él se quedó junto a la barra, acabándose su copa, y a través del vidrio pudo ver que el matón hacía un gesto a la chica. Ésta se levantó de las piernas del hombre grueso, en las que ya se había sentado, y se le acercó con rapidez, encogida como si esperara una reprimenda. O tal vez que la llevara ante el propietario del local para que le contara si las preguntas que había estado haciendo a los clientes eran para aquel extranjero.

No esperó para ver el final de la historia. Salió de allí con paso firme, aparentando tranquilidad, y respiró aliviado al alejarse por la calleja. Oyó pasos a su espalda. Pasos que se apresuraban cuando él lo hacía y que aminoraban cuando se retrasaba intencionadamente. Sólo le quedaba correr... O enfrentarse.

Lo hizo en el primer callejón que encontró a su izquierda. Se internó con rapidez

y se ocultó tras una de las columnas de madera que sostenían una balconada. Empuñó la pistola y le quitó el seguro. Y se quedó escuchando el sonido de pasos aproximándose en la oscuridad. Cada vez más cerca. Hasta que sujetando la pistola con ambas manos salió de su escondite y encañonó a quien ya tenía enfrente.

En tan sólo una fracción de segundo la escasa luz de la calleja medio iluminó el rostro de Bhim y él ocultó con rapidez el arma.

—Casi matar de susto —exclamó el chico llevándose la mano al pecho.

Su sonrisa indicó a Matthew que no había llegado a ver la pistola. Y la dejó escondida de nuevo bajo la cazadora. Aunque le siguieron temblando las manos como si lo siguiera encañonando.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

El chico se rascó la cabeza, balbuceó un par de veces. Sólo palabras dichas a medias. Y finalmente extendió los brazos con frustración y los dejó caer a lo largo del cuerpo.

—Bhim no mentir a americano. Bhim seguir porque doctora Claudia querer saber qué hacer cuando salir por ciudad. Bhim ver y después contar.

Matthew resopló para relajar la tensión. Algo de desconfianza debía de sentir ella, y había tomado medidas. No la culpaba. En su situación, él hubiera sido bastante más receloso, y además la hubiera vigilado personalmente.

Palmeó con afecto el estrecho hombro de Bhim.

—No pasa nada, amigo. Aunque, ¿puedo pedirte que no le cuentes esto? Sentiría vergüenza si se enterara de que he estado ahí dentro. No podría volver a mirarla a la cara y tendría que irme.

La franca sonrisa de Bhim le transmitió lo que había esperado. Que no diría nada de lo que había visto. Que no le traicionaría ni entonces ni probablemente nunca. Porque, por alguna extraña razón que no conseguía entender, el chico le habría brindado su lealtad, y para aquel honrado dalit «lealtad» y «amistad» eran palabras sagradas.

Creyó que ya estaba todo hecho al recibir la información, pero cuando vio la dimensión del barrio y las numerosas casas que rodeaban, o más bien encerraban, la *stupa* de Boudhanath, fue consciente de que no tenía nada. Tan sólo un nombre que seguramente era muy común en aquella comunidad de tibetanos que, huyendo de las acciones militares del ejército chino que seguía ocupando el Tíbet, habían emigrado a Nepal, y concretamente a la ciudad de Katmandú. Ni siquiera un apellido o una simple profesión que le facilitaran la búsqueda. Simplemente un nombre y una etnia: Akash, hombre tibetano.

Aun así comenzó a recorrer aquellas casas de cuidado aspecto, como recién pintadas en diferentes colores, preguntando a quienes hablaban su idioma y también a los que no le entendían ni una palabra. No fue hasta media tarde, mientras recorría, ya

casi con desgana, la caótica carretera Buddha, cuando se convenció de que estaba buscando al tibetano de la forma equivocada. Necesitaba datos más precisos si quería que le dieran respuestas. Pero no era sencillo, menos aún aconsejable, preguntar abiertamente por un falsificador de documentos ni regresar al burdel para que la chica le completara la información. Más aún cuando no sabía ni el suelo que iba pisando o si sus preguntas podían llevarle, más que a encontrar, a que lo encontraran a él.

El camino de vuelta lo hizo con un ánimo muy distinto al que le acompañó a la ida. Al final, los días que había esperado para conseguir aquellos datos iban a ser días perdidos. A no ser que se atreviera a pedir ayuda para salvar aquel inesperado escollo.

Alcanzaba ya a ver la colorida fachada de Rainbow cuando las voces y las risas de un grupo de niños captaron su atención. Eran una constante en aquella ciudad. En cualquier punto, en cualquier amplia plaza o sombría calleja, siempre había niños jugando, algún *rickshaw* y, por supuesto, templos o altares en los que los fieles hacían ofrendas. O «pujas», como había dicho Ruth que se llamaban esos ofrecimientos a los dioses.

No les calculó más de siete u ocho años cuando los vio de cerca, sentados en un lateral del terreno, con sus pequeñas espaldas apoyadas en la pared de terracota de una vieja y destartalada casa sin cristales en las ventanas. Compartían una bolsa de plástico. Primero vio, al que parecía ser el líder, arrimársela a la cara, introducir en ella la nariz y cerrar los ojos e inspirar mientras los demás esperaban ansiosos a que les llegara el turno.

No consiguió dormir aquella noche. La imagen le había impactado demasiado, tal vez por inesperada a pesar de que era fácil entender que la miseria y la soledad de los niños de la calle les llevaría, muchas veces, a buscar sus sueños imposibles en el interior de una bolsa de plástico.

Capítulo 15

—¿Qué hace ahí? —preguntó Claudia arrimada a la ventana.

Había pasado uno de aquellos días infernales, de largas operaciones a vida o muerte después de haber estado durante toda la noche atendiendo urgencias. Horas y horas de vigilia y estrés de los que se recuperaría con una cena temprana y una noche de sueño. El agotamiento se le notaba en los ojos, en la voz. Las veces en las que sus esfuerzos habían sido inútiles se le notaban también en el alma. Porque las horas de trabajo interminable no importaban, y que a veces no fuera a dormir a casa en dos días tampoco. Importaban tan sólo los resultados, y los de esa jornada eterna no habían sido todo lo buenos que había esperado.

Ruth no necesitó acercarse a la ventana al oír su pregunta. Ni siquiera se molestó en levantar la vista del montón de facturas para mirarla a ella.

—Lo mismo de los últimos atardeceres. Verlos jugar al béisbol. Y eso es lo más cerca de la casa que últimamente se le puede ver durante casi todo el día.

Claudia no se movió. Desde allí tenía una buena visión del perfil de Matthew, atento al juego.

—¿Tú crees que le gusta ayudar aquí?

—¿No van las cosas bien con él?

La pregunta le hizo sonreír allí, pegada al cristal, contemplando lo guapo que estaba con aquellas ropas claras y flojas en las que desaparecían los bien trabajados músculos que era evidente que tenía.

—¡Qué tonterías preguntas! —exclamó con suavidad, pero enojada consigo misma—. Es aquí donde deber ir bien. ¿Da clases, hace los trabajos que le pides, cumple con sus tareas? —Ruth asintió a pesar de que acababa de repetirle que apenas paraba por la casa—. Pues entonces todo está bien con él.

—Estás irritable.

Se lo reprochó con una sonrisa comprensiva que ella ignoró a la vez que se apartaba de la ventana. No era irritación lo que sentía. O tal vez sí, pero en todo caso sería irritación consigo misma porque no dejaba de pensar en él. Ni de día ni de noche, ni dormida ni despierta. De todos los hombres que conocía en aquella ciudad, él debía de ser el único del que jamás debió enamorarse. El único que le destrozaría el corazón cuando decidiera marcharse para no volver.

—Sólo estoy cansada. Ya lo sabes.

—¿Y vas a viajar a Namrhun?

—Me vendrá bien. Aquello quita el estrés, y respirar aire puro me limpiará los pulmones del polvo y la polución de los últimos meses.

—¿Se lo has comentado al americano? ¿Le has dicho que te vas?

—¿Para qué? Seguramente se marche antes que yo.

—Será porque tú quieres —la oyó murmurar mientras la veía enfrascarse de nuevo en las facturas que los asfixiaban buscando el modo de comprar dos viejas cocinas de gas para las dos últimas familias que habían incluido en sus planes de mejora—. Porque él ni siquiera sabe a dónde irá después de esto. Demasiadas cosas que no le dejan dormir. Ha perdido su trabajo...

—¿A qué te refieres?

Ruth levantó la cabeza y abrió mucho los ojos, expresando sorpresa.

—¿No te lo ha contado?

Matthew no dio muestras de que la hubiera oído llegar hasta que ella se sentó en las piedras mal amontonadas y él se volvió, sorprendido y sonriente, y se movió un poco para que se pusiera más cómoda. Después retomó la atención en el partido y ella encontró la oportunidad de mirarlo con disimulo.

Casi podía entender sus extrañas actitudes, incluso aquella tensión con la que a veces parecía querer controlar todo cuanto pasaba a su alrededor. La conversación que acababa de mantener con Ruth no le había descubierto demasiado de él, salvo que le costaba dormir, que había perdido su trabajo, que no tenía claro hacia dónde le llevaría el destino y que algo muy grave de lo que no quería hablar había ocurrido en su familia. Pero además Bhim le había contado que, a pesar de seguirlo a todos lados, no veía más que a un chico normal que recorría la ciudad mirándolo todo como cualquier otro turista. Y todo eso la llevaba a temer que fuera ella la que a veces veía rarezas donde probablemente no existían. Porque era fácil entender que había acontecimientos dramáticos que te podían llevar a hacer las cosas más extrañas, pensó mientras observaba su hermoso perfil. Y la prueba más cercana era Ruth, que había llegado allí intentando recomponerse y había terminado haciendo de todo aquello su vida.

—Llevo tiempo preguntándome qué tipo de empresa te concedería el tiempo que te dé la gana para unas vacaciones como éstas, en las que no haces turismo y te pasas los días aquí, ayudando y sobre todo vagando por la ciudad. Te he imaginado con trabajos diferentes y descabellados, y ahora sé que no tienes ninguno.

No pudo ver que los labios de Matthew se curvaban en una media sonrisa, menos aún que por dentro celebraba no haberle dicho a Ruth el tipo de trabajo que había perdido, pues presentía que, de haberlo hecho, a esas alturas ella ya habría averiguado hasta dónde jugaba y su verdadero nombre. Pensaba que ésa sería una simpleza después de que enviara al chico a que le siguiera los pasos.

Durante unos segundos los dos miraron el gracioso modo en el que el bateador, un chico larguirucho y más alto que Bhim, sujetaba el bate esperando la llegada de la bola. El trallazo con el que la golpeó puso en pie a Matthew, que lo animó con un

potente silbido al ver que alcanzaba la tercera base casi al tiempo en que el exterior central del equipo contrario atrapaba la pelota.

—¡Así que de verdad te gusta el béisbol!

La miró extrañado a la vez que volvía a sentarse.

—¡Claro! ¿Por qué iba a mentir en eso?

—No lo sé. En realidad me has contado tan poco de ti.

Apareció su sosegada sonrisa, y ella bajó los ojos a la tierra a la vez que comenzaba a removerla con los pies.

—Eso tiene fácil solución, ¿no crees?

—La tiene, sí. —Lo miró, empujándose las gafas con el índice y pasándose después los dedos por la frente.

—Bueno, ya sabes que me he quedado sin trabajo —trató de bromear.

—Hablo en serio. Ni siquiera sé dónde vives.

Él se deslizó las manos por el pelo, apoyó los codos en las rodillas y miró al *pitcher*, que se concentraba para el tercer lanzamiento. Si conseguía un nuevo *strike* eliminaría al bateador del equipo de Bhim.

—Vivo a las afueras de Princeton, en una casa pequeña ante la que mi padre iza la bandera americana cada amanecer y la arría cada atardecer en honor a mi hermano, que murió en la guerra de Irak.

—Lo... siento, no tenía ni idea...

—Nunca debió alistarse —opinó con brusquedad, y resopló como si con ello despejara malos pensamientos.

De pronto se puso en pie para jalearse al bateador cuando éste golpeó aquella tercera pelota sacándola fuera de la zona de juego. Mientras el jugador daba la vuelta al cuadrante para anotarse una carrera, él volvió a sentarse. No quedaba rastro de tensión en su mandíbula y siguió hablando como si no se hubiera interrumpido.

—Fui a la universidad, pero no terminé mis estudios de económicas porque tenía demasiados pájaros en la cabeza, demasiados sueños dorados. Y también demasiadas chicas dispuestas siempre a distraerme.

—Y tú a ellas.

—Sí, supongo que sí. —Meció con lentitud la cabeza—. No estoy casado, no tengo hijos. Al menos que yo sepa. —Volvió a reír de aquel modo que la ponía nerviosa, y la miró fijamente a los ojos—. Soy un tío corriente de Princeton que se irá como ha venido, sin haberos creado ni un solo problema.

—Y espero que cuando lo hagas te lleves una opinión diferente.

—No entiendo a qué te refieres.

—A lo que me dijiste en Swayambhunath sobre esta ciudad. A que para entonces hayas aprendido a mirar más allá de la suciedad y de la pobreza. Sólo los simples se quedan en la superficie de las cosas. —Él sonrió, y ella le imitó al tiempo que se fijaba en Bhim—. Le encanta el béisbol.

—Y tiene buenas maneras. Sujeta bien el bate y golpea con precisión y fuerza. Y

además parece un demonio cuando corre.

—Desde que lo conozco viene diciendo que va a ahorrar para irse a América porque aquí siempre será un miserable dalit. Pero ¡qué podría ser allí, con su nula preparación!

—Tal vez un gran pelotero, como muchos latinoamericanos que fueron a probar fortuna y acabaron jugando en las Grandes Ligas.

—¡Ni se te ocurra decírselo! Bastantes sueños imposibles le llenan ya la cabeza como para que le metamos también ése.

Volvió a sentir sus ojos sobre ella, intensos, penetrantes, turbadores, que acentuaban el silencio.

—Observo que te preocupas mucho por él.

Tragó saliva a la vez que se llamaba tonta. No recordaba cuándo se había sentido así, tan agitada, tan vulnerable. Eso suponiendo que alguien, alguna vez, la hubiera hecho sentirse de aquella desconcertante manera.

—Es un gran chico, y aunque trato de poner la misma preocupación en todos, no siempre me es posible. ¡Hay tanto que hacer aquí!

—Lo entiendo. El otro día... —Se humedeció los labios como si dudara entre continuar o no—. El otro día vi a unos niños muy pequeños esnifando lo que me pareció pegamento. ¿Es que no tienen casa, no tienen familia?

Suspiró, satisfecha por que mostrara aquella inquietud por los más débiles.

—Ése es otro de los graves problemas que existen en este país, junto con el del robo de niñas que acaban vendidas en la India para la prostitución o el comercio de órganos. Las calles están llenas de niños como los que has visto, indefensos y a merced de cualquier peligro.

—¿Y nadie hace nada para evitarlo?

—En Rainbow tenemos dos chavales rescatados de la calle y rehabilitados del todo. Les gusta su nueva vida. Pero no es fácil. La mayoría se han acostumbrado a la libertad, y nunca sienten la necesidad de acudir a ninguna de las miles de organizaciones que operan en la ciudad para ayudarles.

—¿De qué viven?

—En zonas como Thamel encuentran todo cuanto necesitan. Saben que nunca van a faltarles botellas de agua vacías que tiran los turistas, o incluso los bolígrafos, caramelos y comida que les dan para limpiar sus pecados de la abundancia. Recogerán botellas durante las noches y las venderán por las mañanas, igual que venderán a los comercios la comida intacta. Con el dinero comprarán dextrina, con la que volverán a abstraerse de su vida miserable inspirando sueños de una bolsa de plástico.

—Esto consume, Claudia. Estoy seguro de que esto consume día a día el espíritu y las fuerzas.

—Sí, es cierto. Pero se recuperan con rapidez cuando ves una sonrisa; cuando sientes un abrazo; cuando visitas la humilde habitación alquilada de tres metros

cuadrados en la que viven una viuda y sus hijos a los que encontraste pidiendo limosna en la calle, o cuando ayudas a parir a una jovencita que no ha visitado jamás a un médico. Hay demasiadas cosas buenas que compensan las malas.

—Al parecer lo tienes muy claro.

—Tanto como que tú y yo estamos aquí; tú lejos de tu hogar, yo sin duda en el que ya siempre será el mío.

Esa noche no hubo reunión en la azotea. Él fue siendo consciente del agotamiento de Claudia durante la cena, en la que ella comió poco y suspiró mucho.

—¿Ha quedado contenta la dueña de los saris que ha confeccionado Aishwarya? —preguntó perezosamente a Ruth, y ésta se emocionó respondiendo.

—¡Más que contenta! Le han fascinado las delicadas puntadas de los dobladillos. Le ha prometido que la recomendará a sus amigas.

—Estupendo. Aishwarya estará feliz.

—Lo está. Y por más cosas que por los saris. —Sonrió misteriosa—. Cuando volvía de entregarlo y pasaba frente al bazar, Rajiv de los ojos verdes ha salido a saludarla muy respetuosamente. La ha invitado a tomar un té, pero ella lo ha rechazado diciendo que tenía mucha ropa que lavar.

—Imagino que habrá tomado a mal su invitación —opinó Claudia.

—Sorprendentemente, no. Dice que es un hombre, con lo que lógicamente querrá lo mismo que todos. Pero reconoce que no la mira como lo hace ese proxeneta que la ronda, sino con tanto respeto que no puede ofenderse. Lo cierto es que a mí desde el primer día me pareció un caballero.

A él Aishwarya le rehuía, pensó Matthew mientras Ruth continuaba hablando. Tenía la sensación de que no lo había mirado ni una sola vez, ni siquiera de soslayo. La única muestra de que sabía que él estaba allí era la rapidez con la que abandonaba las estancias a las que él entraba, si estaba sola.

Volvió a prestar atención al oír bromear a Ruth con que al día siguiente necesitarían volver al bazar para comprar más tela a Rajiv de los ojos verdes, y a Claudia recordándole que con Aishwarya era más prudente no intentar forzar las cosas, que lo dejara correr. Ruth prometió que así lo haría mientras sus ojos y su sonrisa indicaban todo lo contrario.

Aún no había anochecido cuando la doctora se despidió, negándose a que él la acompañara. No necesitaba un paseo, aseguró, sino llegar cuanto antes a casa y dormir de un tirón hasta el día siguiente.

Él ayudó a Ruth a recoger la mesa, silencioso e inquieto, mientras en el fuego comenzaba a hervir el agua para el té. El desafortunado robo de los papeles le estaba complicando demasiado las cosas. Debió haber previsto, como mínimo, que podría perderlos y haber mantenido escondido algún duplicado. O un contacto en ese país diferente y desconocido. Algo. Cualquier cosa que hubiera podido sacarlo del

problema.

—Pensé que la acompañarías a casa.

Volvió a la realidad a la vez que la miraba sorprendido.

—Ya la has oído. Estaba cansada y no quería paseos a la luz de la luna —bromeó con una sonrisa que ella no vio, ocupada en impregnar de jabón el estropajo de esparto.

—Ya sabes que a veces las mujeres decimos una cosa cuando en realidad estamos deseando la contraria. Nada la hubiera animado tanto esta noche como tu compañía. —Se volvió durante un segundo, sonriente y alzando con complicidad una ceja—. Seguro que hasta le hubiera desaparecido el cansancio.

El desconcierto lo paralizó mientras ella se centraba en jabonar los platos para aclararlos después con rapidez, antes de que el escuálido chorro de agua desapareciera. Tras un breve instante de indecisión, se volvió a recoger los vasos de la mesa preguntándose si lo que había entendido era cierto y Claudia estaba interesada en él. Y, si era así, por qué Ruth se lo decía con tanta claridad, como si estuviera dando por hecho que él lo sabía.

Se volvió a mirarla. En aquel momento tarareaba una animada y desconocida canción, probablemente nepalí.

—¿Desde cuándo conoces a Claudia?

—Nos conocimos aquí, hace dos años, cuando llevé al hospital a uno de los niños, que se había caído jugando al fútbol y se había roto un brazo.

—Se advierte mucha complicidad entre vosotras.

—Mucha, es cierto. Así que, si estás pensando en sonsacarme información sobre ella, sus antiguas parejas o algo parecido, podemos ir cambiando de tema. —Dejó sobre la repisa un plato chorreando agua—. ¿Qué tal si me hablas de tus novias?

Matthew cogió el paño y comenzó a secarlo. Le resultaba gracioso que mencionara lo de sonsacar, cuando era ella quien acababa de darle una información del todo insospechada.

—¿Cuánto tiempo hay que salir con una chica para que se la pueda considerar una novia?

La vio fruncir los labios y alzar las cejas en ademán pensativo.

—No sé. ¿Tal vez dos o tres meses?

—Entonces he tenido muchas chicas, pero ninguna novia.

—Así que sigues buscando a la mujer de tu vida.

Lo dijo con la misma sonrisa satisfecha y de nuevo cómplice, lo que le hizo pensar que otra vez estaba hablando de Claudia.

—Sí, puede que sea algo de eso —respondió con descuido.

Le había despertado la duda. Podía ser cierto. Existían las mismas posibilidades de que hubiera captado la verdadera intención en las palabras de Ruth como de que las hubiera malinterpretado. Lo único que sabía con certeza era que por primera vez había estado ocupado en otros asuntos, lo que bien podía haber provocado que los

síntomas hubieran estado todo el tiempo ante sus ojos sin que los hubiese llegado a reconocer.

Capítulo 16

«Cuando quieras mantener un secreto, no lo compartas con nadie. Ni con tu mejor amigo. Ni siquiera conmigo, porque todos tenemos un amigo fiel a quien antes o después terminaremos contándoselo», le dijo entonces su madre mientras él contemplaba atónito los titulares de aquel periódico en el que se aireaba su tórrida historia con su atractiva agente deportiva.

Aquello nunca debió salir de la habitación de hotel que compartieron no más de media docena de veces. Pero cometió el error de contárselo a un buen amigo. A uno solo. Y unos meses después, cuando los encuentros clandestinos ya habían terminado y sólo les unía una buena amistad y una inmejorable relación profesional, estalló el escándalo que a él no le perjudicó en absoluto y que a ella la llevó a divorciarse de un marido al que juró que seguía amando.

Su madre tenía razón, pero junto con el consejo tardío también debió advertirle que pasaría por momentos cruciales en los que confiar sería su única y desesperada alternativa. Una alternativa que no terminaba de gustarle, y no precisamente por falta de confianza. Porque no había entrado en sus planes implicar en todo aquello al bueno de Bhim. No estaba bien hacerlo, pero por más vueltas que le daba seguía sin encontrar ninguna otra salida.

Tenía razonablemente claro dónde encontrarlo. Sabía que desde el amanecer transportaba mercancías para mercados y tiendas, y que después se acercaba a la zona de Thamel a la caza de algún turista que quisiera recorrer la ciudad. Pasaría el tiempo allí, conversando con otros conductores sin perder de vista sus preciadas posesiones con las que se ganaban la vida mientras todos, hombres y *rickshaws*, ofrecían un colorido y exótico espectáculo que los extranjeros fotografiaban sin cesar.

Le invitó a una cerveza en el bar del hotel Manang, donde sabía que la servían bien fría y además nepalí, que le parecía mucho mejor que la tibetana. Y mientras se refrescaban en aquel cómodo espacio, de precios bajos para los extranjeros y prohibitivos para los nepalís, comenzó dando un rodeo para acabar siendo claro y directo.

—Entonces, ¿crees que puedes ayudarme? Sólo necesito saber por dónde se mueve, algo que me ayude a dar con él sin llamar la atención. En tu trabajo debes de tratar con mucha gente, además de conocer la ciudad como nadie.

—Bhim conocer bien ciudad y conocer gente, pero no saber si poder ayudar. Bhim no querer problemas. —Frunció el ceño, pensativo y clavando en Matthew los ojos—. ¿Para qué querer encontrar hombre?

Matthew se pasó las manos por el pelo con lentitud. El joven conductor era el

único en el que se atrevía a confiar. Le había demostrado que podía hacerlo, sobre todo al no contar a Claudia nada sobre sus correrías nocturnas.

—No tengo una respuesta sencilla para eso. Sólo puedo decirte que no estaría aquí, rogándote que me ayudaras, si no fuera realmente importante —explicó sin que el chico hubiera pestañeado ni una sola vez—. Por favor, Bhim.

Aún se contemplaron en silencio, hasta que tras unos segundos el chico parpadeó levemente.

—Tibetanos de Katmandú vivir todos Boudhanath y conocerse bien. Samdhong llegar desde Tíbet.

—No te entiendo. ¿De quién hablas?

—Samdhong ser primero amigo que Bhim encontrar Katmandú.

Matthew se relajó de pronto, porque el rostro sonriente de Bhim le indicó que algo comenzaba a ir bien.

El muchacho le contó que cuando dejó el monasterio budista se dirigió a la ciudad de Katmandú. Llegó con algunas rupias en el bolsillo, regalo de los caritativos monjes, y al conocer a Samdhong, el tibetano, que además era conductor de *rickshaw*, éste le aconsejó que las invirtiera en uno. Lo hizo, y juntos pasaron las horas cuando no conseguían trabajo, y se lo repartieron cuando hubo poco, lo que al principio ocurría la mayoría de las veces. Por eso durante mucho tiempo pasaron las noches en sus *rickshaws*, para cuidarlos y ahorrar el poco dinero que ganaban. Después, el tal Samdhong acabó casándose con una tibetana, y desde entonces había cambiado de oficio, pasando a regentar una colorida tienda de especias en el barrio de Boudhanath.

—Bhim empezar preguntar Samdhong.

Matthew asintió.

—De esto no debe enterarse nadie; ni siquiera Claudia.

—Bhim no decir nada nadie.

—Gracias amigo. Te debo una —dijo oprimiéndole con suavidad el hombro.

El gesto pareció agrandar al chico, que sonrió como lo hubiera hecho un chaval ante una tienda de dulces con permiso para elegir lo que quisiera.

—Bhim querer jugar béisbol con amigo americano.

—Te lo prometo.

Alzó en el aire el vaso de cerveza helada invitándole a que hiciera lo mismo con el suyo. Los cristales sonaron al entrecrocarse. Y mientras bebía lo observó por encima de la espuma y a través del vidrio. Acababa de pedirle que le ayudara a encontrar a un falsificador, y él quería que a cambio jugaran un partido en el descampado. Se preguntó cuántos chicos como él habría en aquella ciudad, cuántos en el país. Cuántos jóvenes con aquella bondad e inocencia podía haber en el mundo, y qué había hecho él para merecer la suerte de cruzarse con uno en su camino.

No hubo partido de béisbol aquella tarde, quiso creer que porque Bhim estaba

visitando a su amigo tibetano. Le había dejado claro que le urgía la información, y el chico siempre se había mostrado extremadamente servicial. Pero aun sabiéndolo estaba nervioso. Anduvo por la casa inquieto, esperando que apareciera para contarle lo que había averiguado, incluso cuando ya comenzaba a anochecer. En una de sus marchas inquietas desde su habitación, desde la que miraba el descampado, hasta el salón cuya ventana daba a la parte delantera de la casa, oyó voces y risas provenientes de la cocina. Normalmente a esas horas Nirmala había terminado ya su labor y se había ido a casa, y Ruth solía preparar el té para subirlo a la azotea.

Resignado a no saber nada de Bhim hasta el día siguiente, se acercó a la cocina y se detuvo ante la puerta abierta.

Como había supuesto, Ruth preparaba las hojas de té mientras esperaba a que hirviera el agua. Pero también estaba Claudia, sentada junto a la mesa en la que comían cuando no lo hacían con los niños en el comedor. Tenía sobre sus piernas a la pequeña Maya, que no dejaba de tocarle las gafas y el pelo y de sonreír.

Desde que las palabras de Ruth le sembraron la duda, había estado más pendiente de ella, tratando de encontrar gestos y actitudes que indicaran que estaba interesada en él, aunque deseando encontrarse con los que confirmaran todo lo contrario. Detalles sencillos que hasta quien no estuviera acostumbrado al contacto íntimo con mujeres podría identificar. Simplezas como la que hacía la pelirroja Pam, que se retorció mechones de pelo durante todo el tiempo que estaba ante él. O la escultural Nicole, que la pobre tartamudeaba cada vez que trataba de hablarle. Paradójicamente, después de aquella breve relación se lió con Tess, que reaccionaba parloteando aceleradamente y sin detenerse ni para recuperar aire.

Había comprobado que también Claudia se ponía nerviosa cuando ambos estaban demasiado cerca. Que aquel gesto de empujarse con el índice las gafas aunque las tuviera bien encajadas, y de apartarse de la frente cabellos que no tenía, lo hacía tan sólo ante él. Además de sonrojarse algunas veces y esquivar su mirada. O directamente bajar los ojos al suelo y remover con los pies la tierra, como hizo aquella tarde en el descampado. Por eso llevaba días tratando de no encontrarse con ella a solas, ya que mientras necesitara seguir en aquella casa, evitarla por completo sería imposible.

No hizo ruido alguno allí, parado junto a la puerta, y sin embargo las tres se volvieron a mirarlo a un tiempo. La niña, con sus ojos increíblemente negros y pintados con aquella sustancia a la que llamaban «kohl», lo analizó con minuciosidad, de arriba abajo. Claudia le dedicó una sonrisa.

—Ha cenado con el resto de los niños, y va a quedarse a dormir conmigo. Le he prometido que a cambio la llevaremos a la azotea y le enseñaremos los nombres de las estrellas.

No le pasó por alto el cariño y la felicidad con la que encerraba a la chiquilla entre sus brazos, como si no quisiera que se le escapara nunca.

—Creí que había quedado claro que no sabemos ni dónde está la Osa Mayor.

—Ya, pero seguro que Ruth y tú me ayudáis a improvisar. La causa lo merece.

Sin duda lo merecía, aseguró Ruth, para continuar aclarando que no tenía tanta imaginación como para ir poniendo nombres a todo trapo. Matthew, simplemente, sonrió aceptando el reto.

—¿Qué te ha dicho al oído cuando me ha visto llegar?

—Que eres simpático y que le gustas mucho.

Lo aclaró bajando los ojos a la vez que se encajaba las gafas con el índice.

—Dale las gracias de mi parte. Dile que también ella me gusta a mí, y que es una niña preciosa.

—Se lo diré —prometió evitando mirarlo—, pero puedes estar seguro de que lo sabe.

Volvieron a hablar las dos en aquel idioma de pronunciación suave, y él a contemplar con interés sus sonrisas y sus abrazos. Sonrisas y abrazos que continuaron prodigándose en la azotea mientras todos se afanaban en inventar nombres bonitos para las estrellas.

—Aquélla no estaba en el cielo anoche. —Señaló un minúsculo punto brillante—. Cuando alguien descubre una nueva estrella puede ponerle el nombre. ¿Qué te parece si la llamamos Maya?

La pequeña fue entreabriendo los labios con asombro a medida que Claudia le tradujo la inesperada propuesta de Matthew.

—*Ho, ho!* —exclamó al tiempo que lo celebraba aplaudiendo con sus pequeñas manos.

—Imagino que acabas de aprender otra palabra —musitó Claudia, con la mejilla pegada a la de Maya y sonriéndole a él.

Matthew le devolvió la sonrisa al tiempo que se arrellanaba inquieto entre los cojines. Había llegado a la desconcertante conclusión de que lo que hacía especiales aquellos momentos no era la terraza ni las estrellas, sino ella. Aunque no entendiera por qué. Tan sólo sabía que debía retroceder muchos años para encontrarse con una sensación de bienestar parecida: hasta el tiempo en el que John, Sharon y él descubrían juntos la vida en la creencia de que nunca se separarían.

—Es muy posible que yo acabe hablando nepalí antes de lograr enseñar a mis alumnas un poco de inglés.

Bautizaron a la estrella Maya con una improvisada ceremonia inventada que dejó encantada a la niña, pero también a Claudia, que lo miró de soslayo cada vez que creyó que él no lo advertiría, sin sospechar que a él ya no se le escapaba ni el detalle más simple.

Fue Bhim quien lo buscó la mañana del día siguiente, cuando regresaba con Claudia del mercado. Lo vio aparecer de forma tan repentina que tuvo la sensación de que había esperado a que la doctora se fuera y él caminara solo hacia Rainbow

House, dispuesto a mantener el secreto como le prometió que haría.

—¿Tu amigo tiene alguna información, algo?

Su ansiedad tuvo que seguir aguardando, pues Bhim le señaló un pequeño espacio abierto entre las casas, en el que un barbero recortaba el pelo a un hombre junto al grueso tronco de un árbol, y una joven con un precioso sari rojo con adornos dorados hacía una *puja* con flores, alimentos y velas en un pequeño altar con una imagen de bronce, supuso que de una de los cientos de diosas a las que se veneraban en todo el país.

El olor a la mecha untada con mantequilla y a incienso le llenó los pulmones cuando se sentaron en el estrecho muro de piedra que rodeaba la zona. Junto a él dejó las dos bolsas de plástico con coliflores y judías.

—Bueno, ¿qué te ha dicho?

—Amigo conocer hombre que Matthew buscar.

La sorpresa lo paralizó durante unos segundos.

—¡Hoy debe de ser mi día de suerte!

—*Ho*. —Negó con la cabeza, lo que suponía una afirmación—. Amigo oír hablar de Akash.

Bhim le explicó, con su básico pero comprensible inglés, que aquel barrio tibetano no siempre fue tan enorme ni había estado pegado al resto de la ciudad de Katmandú. Que a principios de los años sesenta lo fundaron los primeros que escaparon del Tíbet, a través del Himalaya, huyendo de la crueldad extrema del invasor chino, y que en aquellos difíciles tiempos allí se conocían y se ayudaban todos. Por eso todavía eran muchos los que sabían de Akash, el joven tibetano que aprendió a falsificar cualquier papel que le pidieran con tal de sobrevivir.

—Y si todos se conocen en Boudhanath, ¿por qué nadie supo decirme nada del dichoso Akash cuando pregunté?

Por primera vez vio ironía en la sonrisa de Bhim.

—Por *dui* cosas. —Levantó dos dedos—. Americano no hablar nepalí. Tibetanos de Boudhanath no fiarse de americano que preguntar mucho. Amigo decir a Bhim ellos nunca traicionar los suyos.

Matthew asintió con la cabeza.

—Entendido. Además da igual cómo llegue la información. El caso es que llegue. ¿Tienes su dirección, puedes llevarme a verlo?

—*Ho* —volvió a confirmar mientras sus movimientos parecían decir lo contrario.

Una hora después estaba ante el tal Akash, preguntándose por qué debía confiar en él. No le gustó su mirada inquisitiva ni su interés en preguntarle qué iba a hacer con los documentos. Pero ya había comprobado que eso de encontrar a un falsificador no era como elegir un mecánico en la guía telefónica. Desoyendo a su desconfianza le entregó nombre, apellidos... Datos todos importantes, esenciales si el tipo decidía traicionarlo. Y hasta una fotografía que vio desaparecer en un cajón junto a la hoja en la que lo escribió todo y que le aseguró que después quemaría. Le pagó la mitad de la

cantidad convenida. El resto lo liquidaría a la entrega del pasaporte y el visado. En veinticuatro horas. Veinticuatro horas insoportablemente largas en las que sabía que no dejaría de pensar que estaba en manos de un tipo que sólo le provocaba desconfianza.

Aquella tarde, las alteradas voces de Nirmala revolucionaron la casa cuando los niños hacían sus tareas escolares y él trataba de tranquilizarse en su dormitorio. No llevaba bien el hecho de depender de la honorabilidad de un falsificador, y además desconocido, y no quería que nadie en la casa advirtiera su complicado estado de ánimo. Hasta que de pronto las voces de la mujer cambiaron, convirtiéndose claramente en llamadas apresuradas. Y ya no pudo mantenerse al margen. Asustado, corrió hasta la cocina y entró a la vez que lo hacía Claudia. Los dos a un tiempo preguntaron con preocupación qué estaba ocurriendo. Ruth se apartó de la ventana, y allí siguió asomada la cocinera, concentrada exclusivamente en lo que pasaba en la calle.

—¡Es la policía!

Se le aceleró el corazón.

—¿Qué, dónde?! —preguntó alterado.

—Ahí abajo, muchacho. Vienen hacia aquí.

Matthew dio un paso atrás. De pronto no recordaba qué había hecho con la pistola al volver del barrio tibetano. Tenía que esconderla antes de que la policía entrara en la casa. Pero ¿dónde?

Ruth le palmeó con suavidad el hombro cuando se oyeron los primeros golpes en la puerta.

—Tranquilo, muchacho. Seguro que no es nada importante.

¿Y si lo era? ¿Y si al final el falsificador sólo era una tapadera para pillar a incautos como él? Resopló, mirando hacia los lados en busca de un buen lugar en el que ocultar la pistola. Y se topó con la mirada sorprendida de Claudia.

—¿Puedo dejarte solo?

—Sí, por supuesto.

Sonrió, poco o nada convencida, y desapareció tras los pasos de Ruth.

Él corrió a su cuarto en cuanto pudo hacerlo. Encontró la pistola en el fondo de la mochila, en realidad el único lugar en el que podía haberla dejado tras llegar de la calle. Se la encajó en la cintura del pantalón y la cubrió con la camisa antes de regresar a la cocina. Nirmala seguía con medio cuerpo asomado a la ventana, centrada en lo que supuso que sería una interesante novedad que ocurría en plena calle. Pensó que no se volvería a mirarlo ni aunque gritara que se estaba incendiando la casa. Y aun así se movió con sigilo. Nunca le pareció aquella cocina tan desnuda como entonces. Con tan pocos estantes, tan pocos utensilios, tan pocos lugares en los que esconder nada. Y acabó metiendo la pistola en el horno de la cocina de gas, que

se usaba tan sólo en ocasiones muy especiales para no desajustar la economía.

Después fue al salón, se sentó en un rincón entre cojines y esperó. Cualquier otra cosa hubiera carecido de sentido. La casa contaba con una única puerta de acceso, y tratar de escapar desde aquel primer piso en sus condiciones hubiera resultado tan inútil como estúpido. Lo único que podía hacer era esperar confiando en que no estuvieran allí por él, y en el peor de los casos rezar para que no encontraran el arma y ponerse en contacto con Nicole para que lo sacara del aprieto.

El tiempo se le hizo eterno hasta que le llegó la voz alterada de Ruth hablando en nepalí. Retuvo el aire en el interior de los pulmones al oír sonido de pasos dirigiéndose al salón. Pasos que parecían de una sola persona, descalzos y ligeros.

—Todo resuelto —exclamó Claudia.

No encontró fuerzas para levantarse. Ella se acercó y se sentó a su lado.

—Traían a uno de los niños. A Brahma. Le habían pillado intentando robar las pulseras a una turista. —Advirtió que él respiraba con alivio—. ¿Qué te ha pasado antes? Te he notado muy nervioso.

Matthew pensó que nada la convencería tanto como una verdad, aunque no fuera la verdad que le había pedido.

—No me gustan los uniformes. Creo que es desde que unos militares uniformados se presentaron en casa para comunicar a mis padres que mi hermano había muerto en Irak. Cuando alguien con uniforme llega a una casa, siempre es para dar malas noticias. —La oyó suspirar, imaginó que sin saber qué decir—. Pero esta vez no ha sido del todo malo, ¿no?

—Eso es cierto. Aunque nos hemos llevado un buen disgusto por mucho que él lo haya hecho con buena intención. El pobre dice que vio tan triste a Savitri el otro día que quería darle algo que la hiciera sonreír.

Matthew rió a la vez que se pasaba las manos por el pelo. Seguía costándole respirar.

—¡Cómo comprendo a ese chico!

—¡Calla! —Le empujó levemente con el hombro—. Será mejor que él no sepa eso que acabas de decir. Que su intención fuera buena no le quita gravedad a lo que ha hecho. Ruth está ahora con él, haciéndole entender la gravedad de su acción y explicándole que no puede volver a repetirse.

—Admiro vuestra fortaleza. Aquí os hace mucha falta, porque siempre están ocurriendo cosas, siempre aparecen problemas. —Meció de un lado a otro la cabeza—. Yo no tengo tu capacidad, Claudia. Está claro que no sirvo para esto.

A ella el corazón le dio un vuelco.

—¿Estás tratando de decirme que te vas?

—No hoy ni mañana, pero será pronto. Los dos sabíamos que esto era algo pasajero.

—Ya. Lo que ocurre es que me estaba acostumbrando a tenerte cerca.

También él se estaba acostumbrando a su compañía. Pero no iba a decírselo

porque no acababa de entender qué le estaba ocurriendo, qué encontraba en ella que le hacía sentir tan condenadamente bien y a la vez tan extraño.

Se le notaba el cansancio en el rostro cuando al día siguiente regresó a Boudhanath, mirando con inquietud alrededor y sospechando de todo el que cruzó con él la mirada. Y hasta de quienes no lo hacían, pero estaban inmóviles en cualquier esquina.

Nada más verlo le pareció que lo había estado esperando con impaciencia. Como si tuviera la misma prisa en quitárselo de encima que él tenía por hacerse con los documentos y desaparecer. Esta vez fue parco en palabras. No le hizo preguntas. Tan sólo tomó la otra mitad del pago y le advirtió que no volviera por allí. Que le había hecho el trabajo por corresponder a un amigo. Pero que no diera su nombre jamás a nadie, que se olvidara de él, que olvidara que lo había conocido. Cosa que pensaba hacer en cuanto saliera a la calle.

Al regresar a Rainbow House lo primero que hizo fue buscar un buen escondite para los papeles. No podía cometer el mismo error de sentirse seguro. Si aquellos tipos daban de nuevo con él y entraban en la casa, podrían llevarse lo que quisieran, pero esta vez no le quitarían lo más importante. En el pequeño despacho de Ruth había visto cajas apiladas contra la pared, en un rincón, aunque también había observado que sobre la mesa tenía un ordenador y no se había atrevido a encenderlo por temor a que lo pillaran ojeando en internet algo que no quería que ellas vieran. Esconder unos papeles en unas cajas, que al parecer nadie tocaba, era más sencillo, más rápido y sin duda más seguro.

Escogió la que estaba más abajo de una torre de tres. Apartó las dos que le estorbaban prestando atención a los sonidos, preparado para dejarlo todo si oía pasos acercándose. Levantó con cuidado la tapa y se encontró con gasas grandes empaquetadas en pequeñas cantidades. Las dejó todas en el suelo y rasgó uno de los plásticos, se guardó las gasas en el bolsillo del pantalón y en su lugar metió los documentos. Sin duda iba a abultar, pensó mientras colocaba el envoltorio en el fondo, y al cubrirlo con los demás apartó el que impedía que cerrara bien la tapa. Lo escondió con prisa en la mochila.

Después se encerró en su cuarto para poner orden en su cabeza.

Al fin volvía a tener los documentos, y también el arma con la que protegerse en sus salidas nocturnas si llegaba a ser necesario. Al fin había llegado el momento de recorrer el tipo de locales que había averiguado que frecuentaba Ramesh, localizarlo a la mayor rapidez y seguirlo con discreción hasta el domicilio fantasma del que nadie había conseguido aportarle datos.

El sonido de voces alteradas le desconcentró. No era habitual oír discusiones en aquella casa. Y mientras dudaba si salir para comprobar qué ocurría, oyó el sonido de la puerta al abrirse y volver a cerrarse. Y después silencio.

Abandonó el cuarto y recorrió con lentitud la casa. Era media mañana. Los niños estaban en el colegio y Nirmala no había comenzado aún a trastear en la cocina. Aishwarya sí que solía coser a aquella hora, y no se oía el sonido de la máquina. Allí dentro encontró a Ruth, parada en el medio del cuarto y mirando la pared que le quedaba enfrente.

—¿Qué ocurre? He escuchado voces y...

—Aishwarya. —Suspiró hondo y se dejó caer en la silla. Su mirada se dirigió esta vez a unas telas tiradas en el suelo—. Hemos estado en el bazar. Rajiv la ha invitado de nuevo, muy educadamente, a dar un paseo y tomarse un té esta tarde. Ella le ha agradecido la atención, pero ha vuelto a decirle que no.

—Me ha parecido oírla gritar.

Ruth negó con la cabeza.

—Creo que he sido yo quien ha levantado la voz cuando me ha dicho que aceptaría si no fuera una viuda. Ha reconocido que él le gusta, que sería bonito comprobar hasta dónde crecen los sentimientos de los dos, pero que no puede hacerlo porque es una viuda. —Volvió a suspirar con fuerza—. No he podido contenerme. Me he enojado y tal vez he gritado un poco. Entonces ella me ha pedido que respete su forma de pensar, ha tirado las telas y se ha marchado.

—Y tú no podrás evitar darle consejos —comentó con una sonrisa.

—¡Eso va en mis genes, muchacho!

Él reía cuando se agachó a recoger las telas, todas ellas sedas coloridas y delicadas, y las fue dejando junto a las que estaban en perfecto orden sobre la mesa. El envés de la última de ellas le llamó la atención. Probablemente era el primer corte de una pieza, o tal vez el último. Porque en un extremo, sujeto con flojos hilos dorados, destacaba un rectángulo de algodón blanco que llevaba impresas las características especiales del tejido, y el dibujo de una flor de loto. Un dibujo muy particular que, recordaba de pronto, él había visto más de una vez en asuntos relacionados con Ramesh. Una especie de escudo que solía mostrar con orgullo porque, según explicó en una ocasión, lo talló en madera un antepasado para convertirlo en el emblema de la familia.

—¿Qué significa este dibujo, Ruth?

—Es el distintivo del fabricante.

—¿Es de aquí, de Katmandú?

—Has adivinado, muchacho. Es una empresa que se fundó hace pocos años, y que en tan poco tiempo se ha convertido en la más solicitada en todos los bazares. Trabajan muy bien las sedas, con diseños espectaculares.

—¿Puedo quedármelo? Me gusta el dibujo.

—Por supuesto. Sólo es información que hace mucho que dejamos de necesitar. Si tiras de un extremo del hilo, se soltará sola. —Rió cuando él lo hizo—. La palabra que está escrita encima, en caligrafía hindi, significa Krishna, y es el nombre de la empresa.

Krishna. El nombre de la empresa, repitió mentalmente él mientras miraba el inconfundible dibujo. Así que Ramesh había dado un paso más en la tradición familiar de vendedores mayoristas, y se había convertido en fabricante para mercader con algo propio. No le extrañaba, conociendo como conocía su ambición. Y tampoco que en unos años se hubiera ganado un gran prestigio. Si algo reseñable tuvo siempre Ramesh, además de ser un malnacido, era su olfato para los negocios y su tesón para hacerlos rentables. Sonrió al guardar en el bolsillo el trozo de tela. Ramesh había cuidado su privacidad hasta el extremo de que ni en registros oficiales aparecían datos indispensables para dar con él. Se lo había puesto difícil. Pero, al final, el desmedido orgullo que siempre mostró de ser quien era iba a ser lo que acabaría llevándole hasta donde fuera que se escondía.

Capítulo 17

Una capota de cuero, marrón y bien lustrada, protegía su identidad a primera hora de la noche, cuando no habían terminado de derramarse las sombras. Estaba parado en la cuneta, junto a otros *rickshaws* y coches y frente a una valla alta tras la que, en un sucio edificio gris, se podía ver aquella palabra que significaba Krishna.

Le podía la impaciencia mientras miraba a Bhim hablar con los trabajadores que abandonaban la fábrica después de una jornada de catorce horas, deseando ser él quien estuviera haciendo las preguntas. Pero el idioma era un obstáculo infranqueable, además del riesgo que tenía que de pronto saliera del edificio alguien que pudiera reconocerlo. Aunque no tardaría en anochecer por completo y ya nadie podría distinguir a nadie, porque ni una triste farola, de aquellas de mortecina luz, había en toda la travesía.

Desde su refugio fue observando las caritas de agotamiento de las adolescentes y de las niñas sin juegos, y el modo en el que respondían abiertamente a Bhim. Y cuando ya daba por hecho que tanta conversación con personas distintas estaría dando su fruto, una significativa mirada del chico le advirtió que nada iba bien, que no estaba descubriendo lo que le había pedido.

Se palpó el arma pegada a la espalda. Resopló, recostándose en el mullido respaldo y cerró los ojos con cansancio hasta que el chirriar de la verja le disparó la alarma. Un coche negro abandonaba el recinto de la fábrica. Se aseguró de que la capota le resguardara de la tenue claridad que aún quedaba y miró a Bhim para que preguntara también por aquel vehículo.

Unos minutos después, el chico estaba de regreso, y en lugar de subirse a la bicicleta lo hizo a la parte de atrás, en el carro, compartiendo asiento y lona con Matthew.

—No ver nunca jefe.

—¿Cómo que no ven nunca al jefe? Ésta es su empresa, ¿no? Tendrá un despacho, un...

—No despacho aquí. Nadie saber dónde despacho.

Matthew se frotó el mentón con aire preocupado.

—¿Has visto salir a ese coche negro? ¿Has preguntado por él?

—Bhim preguntar. Ser capataz que vigilar trabajadores. Jefe no venir nunca.

—¿Estás seguro de eso?

—Estás seguro de eso —repitió asomando la cabeza por la capota para señalar a las últimas chicas con las que había hablado, que se alejaban ya por el camino polvoriento.

Matthew sonrió al escuchar su peor frase en inglés desde que lo conocía, y lo miró durante unos segundos. Le sorprendía su fidelidad, su discreción. Que lo ayudara cada vez que se lo pedía sin preguntar nunca nada. Como había hecho esa vez, averiguándole la dirección de la fábrica y llevándolo hasta allí pedaleando con esfuerzo por calles sembradas de baches, piedras y montículos de tierra.

—Discúlpame. Estoy un poco nervioso.

Bhim aseguró que le disculpaba, y con su siempre alegre sonrisa y su gracioso acento, le contó que el joven dueño de Krishna tenía el despacho en la fábrica al principio, cuando la inauguraron, pero cuando el negocio comenzó a prosperar contrató más personal y él no volvió a aparecer. Guardaba con extremado celo su intimidad y la de su esposa e hijos, a los que nadie recordaba haber visto en ninguna ocasión. Creían que por eso tenía las oficinas y el despacho en algún lugar de Katmandú del que nadie hablaba nunca. Algunos le habían dicho que era como si se escondiera de algo. Otros aseguraron que el dinero lo había vuelto excéntrico y precavido.

Matthew le escuchó pacientemente, aunque no era eso lo que había esperado averiguar. Ya descubrió en Patan que el tipo tenía más dinero y poder de los que nunca hubiera sospechado. Que le gustaban los burdeles, en especial los que ofrecían los servicios de mujeres occidentales. Y que se jugaba grandes cantidades de dinero en selectas partidas de póquer que organizaba en su casa, aunque a veces también le gustaba apostar en casas de juegos.

—¿Nada de cuanto te han contado nos serviría para dar con él?

—¿Servir familia? Chicas decir que familiar venir *dui* veces semana.

—¿Un familiar del dueño de todo esto?

Bhim afirmó, aunque de nuevo con el gesto de negar con la cabeza.

—Decir a Bhim que vivir en ciudad.

Matthew le hizo preguntas para asegurarse de que le había entendido bien. Y lo había hecho. Al parecer, aquel familiar del dueño de la empresa era un comerciante de tejidos de la ciudad de Katmandú, y en lugar de encargarse de la mercancía acudía él mismo a la fábrica para seleccionarla y llevársela al momento.

—Bueno. Sólo tenemos que turnarnos para hacer guardia aquí esperando a que aparezca...

—Todo día entero guardia —le interrumpió el chico.

Matthew rió, ya más relajado.

Al final, lo que habían averiguado era bueno. Tenía la sensación de que casi tan bueno como si hubiera dado directamente con Ramesh. Porque sabía la importancia que la familia poseía en aquel país, especialmente los del género masculino. Y tenía la casi certeza de que dar con uno que tuviera la misma sangre Shrestha sería la antesala a encontrar al otro.

No le había preocupado llevar, durante días, una pistola en el fondo de su mochila o pegada a la espalda. Y, sin embargo, desde que había ocultado el pasaporte y el visado falsos en el despacho de Ruth, estaba intranquilo, como si temiera que algo malo fuera a ocurrir en cualquier momento. Y cada vez que pasaba junto a aquel cuarto lanzaba una ojeada para asegurarse de que la caja siguiera allí y que nada se hubiera movido. Además, comenzaba a sentirse culpable por engañar a Ruth, porque ocultarle los motivos que lo mantenían en aquella ciudad era muy distinto a que escondiera en su casa documentos falsos que podrían implicarla en algo extremadamente grave. Pero no podía permitirse el lujo de elegir, pensaba mientras la acompañaba a llevar dos pesadas ollas exprés a unas casas cercanas del barrio.

La primera olla la dejaron en una habitación alquilada de unos tres por cuatro metros cuadrados, con el suelo cubierto por raídas alfombras, en la que había un infiernillo de queroseno y un camastro con mantas de colores sobre el que estaban sentadas dos niñas.

Mientras Ruth explicaba a la joven madre cómo utilizar la olla, y después le preguntaba cómo iba todo y si ella y sus hijas estaban bien, él observó las paredes de viejos ladrillos de terracota en las que estaban pegados numerosos carteles de diosas y recortes de periódicos y revistas, la bombilla que colgaba del techo y la estrecha ventana que daba a la calle. Un hogar del todo deprimente y, sin embargo, la mujer sonreía como si ya estuviera en un palacio y el nuevo utensilio de cocina acabara de convertirlo en el paraíso.

—Aclárame lo de la olla —le pidió cuando descendían las escaleras y alcanzaban el portal.

—Se cocina en menos tiempo y se ahorra, en este caso queroseno. Ellas no tienen dinero, así que se las financiamos para que después las paguen al ritmo que puedan. Comenzamos por lo más básico, que es un hogar, aunque sea pequeño y pobre, comida y un modo de ganarse la vida con dignidad. Están aprendiendo a llevar una familia por sí solas —añadió con orgullo.

—¿Esa mujer y sus dos hijas viven en ese cuartucho?

—Es lo que se puede conseguir al principio, pero después todo va mejorando. Antes vivían en la calle, pidiendo limosna a la entrada de la *stupa* de Kathesimbu, en la parte antigua de Thamel. Las dejaban pasar las noches en una obra a cambio de que vigilaran para que nadie entrara a robar material.

Volvió a percibir la alegría de la mujer al ver la cacerola, y trató de imaginar su rostro al dormir por primera vez en aquel cuarto en compañía de sus hijas.

—¿Las niñas van a la escuela?

—Son pequeñas aún. La mayor comenzará el próximo curso.

Mientras caminaban por la calleja en dirección a otra habitación alquilada donde dejarían la segunda olla, Ruth fue explicándole que visitaban periódicamente a las

viudas para comprobar si tenían alguna necesidad que ellas pudieran paliar, y para recordarles la importancia de sacar la basura, mantener limpia la casa o sanear la habitación y sacudir las alfombras en las que se sentaban a comer cada día. Costumbres esenciales para mantener apartados los piojos y las infecciones, especialmente de los niños.

—Cuando creo saber todo lo que hacéis por la gente, me sorprendéis con algo que desconozco, como estas visitas a domicilio —aseguró a la vez que controlaba todo cuanto se movía a su alrededor—. El trabajo nunca termina, ¿no?

—Claudia te respondería que faltan horas en el día y manos en el cuerpo para hacer todo lo que queda siempre pendiente. ¿Te ha contado que se va?

—¿De Nepal? ¿Regresa a su país?

La vio sonreír con satisfacción, como si estuviera deseando decírselo.

—Mucho más cerca, aunque de todos modos bastante lejos. Va a las montañas, donde sólo llegan los quebrantahuesos y de vez en cuando algún loco del *trekking*.

—¿Y qué va a hacer allí?

—Salvar vidas, por supuesto —dijo en tono de broma, pero mostrando que en verdad lo creía—. Viaja hasta Namrhung, una pequeña aldea. El doctor, que trabaja y vive allí de continuo, va programando las operaciones de sus pacientes, y Claudia acude cada tres o cuatro meses para hacerlas y ayudar en lo que pueda.

—¿Es un verdadero hospital?

—Es un centro médico bastante primario, en una casa de piedras y barro con un cuarto en el que hay dos camas y al que llaman con humor UVI, y otro pequeño que es la consulta, y que cuando Claudia está allí sirve también de quirófano. Pero al menos es un servicio médico que siempre está operativo. Allí acuden enfermos de toda la zona, y no es fácil. Algunos caminan durante días para llegar.

—¿A qué altitud está?

—A mucha. —Su alegre risa mostró que no tenía ni idea—. Hay unas vistas que te cortan el aliento. Aunque aquel aire puro te lo devuelve con rapidez.

La notó contenta, divertida, disfrutando de la conversación. Cambió de mano la pesada caja en la que llevaba la cacerola y apretó un poco el paso.

—Eso está bien.

En realidad estaba mejor que bien. Llevaba días evitando verla a solas, yendo con ella tan sólo al mercado por las mañanas, intentando no interrumpir la farsa de los ejercicios, y hasta inventando excusas para no acompañarla a casa cada noche. Que ella se alejara sin duda le facilitaría las cosas.

—Creo que te gustaría. Es otra parte de Nepal interesante de conocer.

Sonrió ante la descabellada insinuación, pero respondió con un gesto demasiado vago al adentrarse en una calleja más estrecha y sombría, con el suelo plagado de profundos baches y los numerosos cables eléctricos vencidos hasta casi rozar el suelo.

—¿Es aquí?

—La casa está mucho mejor que la propia calle, y la familia que vive en ella es

maravillosa. ¿Apostamos a que te gustan?

La vida diaria en aquella ciudad era caótica, ruidosa, estresante. Pero cuando llegaba la noche y contemplaba desde lo alto el interminable mar de azoteas, redondeadas *stupas* y tejados de madera de templos y palacios, se sumía en una calma imposible de describir con palabras. Había dejado de buscar a Ramesh en casinos y burdeles. No merecía la pena el riesgo, cuando el simple trabajo de vigilar la fábrica durante el día acabaría llevándolo hasta él.

Dejó el vaso de té en la bandeja, junto a las velas encendidas, y miró a Claudia, que sentada y con las piernas cruzadas al estilo indio bebía con lentitud del suyo.

—Cuando era niño, mi abuelo nos construyó una cabaña de madera en un árbol. Él vivía a las afueras de Princeton, a la orilla del lago Carnegie. Cuando no estaban nuestros padres, nos dejaba pasar allí la noche. Nos gustaba escuchar el canto de las chicharras y mirar las estrellas. Nunca queríamos dormir, nunca queríamos que llegara el amanecer. —Rió a la vez que mecía la cabeza—. Lo siento. Es que todo esto me trae a la mente lo que sentía durante aquellas calurosas noches de verano.

Ruth suspiró con nostalgia.

—Yo vivía en el campo, pero nadie me hizo nunca una cabaña en un árbol. Ni siquiera a ras de suelo. Aunque a veces me dejaban armar la tienda de campaña en el jardín hasta la medianoche. A partir de esa hora se suponía que llegaba el hombre del saco.

—¿Quién es el hombre del saco?

—Un invento de mayores para conseguir que los niños obedeciéramos sin rechistar. ¿Verdad, Claudia?

Ella asintió con la cabeza al tiempo que acababa su té y comenzaba a verter un poco más en el vaso.

—¿Sigues pasando los veranos junto al lago?

Esperó a que acabara de servirse y lo mirara.

—Mi abuelo murió hace muchos años, y cerramos su casa. Imagino que acabará vendiéndose, aunque lo cierto es que nunca me había parado a pensarlo.

—¿No eres de los que toman aprecio por las cosas? ¿De los que atesoran objetos queridos?

—Sólo algunos, y por motivos realmente especiales. Para recordar los veranos con mi abuelo no necesito ir a su casa o mirar la pipa que casi siempre llevaba en la boca.

Siguió la dirección de su mirada y reparó en que le observaba la muñeca desnuda.

—¿Qué ha pasado con tu reloj?

—He debido de perderlo —lo dijo medio sonriendo y mirándola a los ojos, y ella hizo aquel gesto de encajarse las gafas con el índice y apartarse de la frente algo que nadie más veía.

—Bajo a poner a hervir más té —dijo repentinamente Ruth—. Tardaré un buen rato.

Por primera vez, en todas las noches que llevaban subiendo juntos a la azotea, desapareció llevándose la tetera llena y dejando tras de sí un repentino silencio. Y aunque Matthew no pudo ni siquiera intuir sus motivos, Claudia estuvo segura de cuáles eran. Porque a solas le había hablado con tanta emoción del interés que «el americano» mostró por conocer las montañas que llegó a meterle la idea de que no le atraía tanto el viaje como hacerlo en su compañía. Y esa inesperada posibilidad la mantenía nerviosa.

—Yo tampoco les tomo apego a los objetos.

—Con tantas personas con las que repartes tu cariño, sería un poco difícil, ¿no?

Sonrió de aquel modo que la descolocaba, ladeando la curvatura de los labios.

—Más bien imposible. —Se arrellanó inquieta en los cojines y miró descuidadamente al cielo—. Ruth me ha dicho que te gustaría conocer la aldea de Namrhung.

El rostro de Matthew mostró desconcierto.

—Bueno. En realidad me sorprendió enterarme de que te ibas tan lejos y quise saber por qué, qué ibas a hacer allí.

—¿Te lo contó?

—Sí. Y me parece admirable. Y además que camines sola montaña arriba, cargando con medicamentos es...

—Lo cierto es que los llevan los porteadores.

—¿Cómo los sherpas con los montañeros?

Su pequeña broma la hizo reír y volverse a mirarlo.

—Es diferente. Habrás visto cientos de porteadores por la ciudad llevando cargas que muchas veces triplican el tamaño y hasta el peso del propio porteador. Son una tradición muy fuerte y extendida por todo Nepal.

Los había visto, sí, continuamente, y le había fascinado cómo una simple cuerda anudada a una ancha tira de tejido que se ponían en la frente les bastaba para transportar cargas imposibles, encorvados y usando los músculos del cuello para apoyar todo el peso en la espalda. Eran visibles sus caras de dolor, de fatiga, pero también de determinación interior a no darse nunca por vencidos a pesar de que cada agotador traslado les aportaría tan sólo unas míseras *paisas*.

—Aun así, me sigues pareciendo una pequeña caja de sorpresas.

Ella emitió una risa nerviosa y de nuevo apartó los ojos.

—No soy pequeña. Tú eres muy alto.

La suave luz de las velas le permitió ver su repentino sonrojo.

—¿Cuántos habitantes tiene ese poblado?

—Muy pocos, pero son miles si sumamos los de las pequeñas aldeas que están diseminadas por toda la cadena montañosa. Viven en condiciones precarias, así que lo menos que podemos hacer por ellos es darles una mínima asistencia médica.

Matthew se humedeció los labios y miró la puerta cerrada por la que Ruth había desaparecido, analizando su curioso estado de ánimo. Debería estar sintiéndose bien, tranquilo porque ya no tendría que preocuparse por evitar a Claudia. Y, sin embargo, sentía pena porque no volverían a compartir momentos como aquél ni volvería a verla achinar los ojos al reír o retirarse nerviosa el invisible flequillo.

—Pensaba hacerlo en dos o tres semanas, pero Ruth me está insistiendo para que lo haga ya. Mañana o pasado. Dice que me vendrá bien. —Inspiró hondo, con los ojos puestos en el cielo oscuro y cuajado de estrellas—. Puede que tenga razón.

—Sin duda. Además, allí te recibirán con los brazos abiertos.

Se quedó callado, esperando alguna reacción en su perfil inmóvil, y en apariencia ausente. Y de pronto la vio volverse hacia él, firme y sin sonrojo ya en las mejillas.

—¿Te gustaría ir conmigo?

Ni siquiera podía preguntarse si le gustaría hacerlo, cuando presentía que como mucho en un par de días encontraría a aquel familiar de Ramesh Shrestha, y que en cuanto lo hiciera lo precipitaría todo para largarse cuanto antes de aquel país.

—No sería demasiado juicioso por mi parte. Aún no sé ni cuánto tiempo voy a quedarme.

Le pareció ver decepción en sus ojos.

—Y tampoco qué vas a hacer con tu vida o dónde acabarás. Por eso pensé que te vendría bien pasar unos días allí, para aclararte un poco.

La vio inspirar con lentitud y volverse a mirar al horizonte, sonriendo con serenidad...

Serenidad.

Tal vez ésa era la palabra que describía lo que sentía allí cada noche, tomando un delicioso té negro y charlando con ella. Serenidad. Mar en calma. O tal vez la serenidad y la calma de una isla en un mar en plena tormenta.

Capítulo 18

Insistió en acompañarla a casa aquella noche, como si las dos anteriores no se las hubiera arreglado para no hacerlo. Había sentido la necesidad de despedirse a solas, o era posible que sólo de alargar un poco aquel último momento. La mañana siguiente, bien temprano, ella emprendería un largo viaje. Y no largo en distancia. La misma Claudia se lo explicó mientras caminaban despacio por las callejas mal iluminadas. Le dijo que allí las distancias no se medían ni en kilómetros ni en millas, sino en tiempo, porque no todos los caminos tenían las mismas dificultades. Y ella haría un trayecto que tardaría casi dos días en completar.

La iba a echar de menos. Ella conseguía, sin darse cuenta, que hasta los días en los que sentía que nada avanzaba y lo veía todo gris terminaran con algunas sonrisas y en calma. No volvería a verla y seguía sin saber por qué ejercía sobre él aquel poder tranquilizador. Podía ser esa calidez que desprendía cuando reía, cuando ayudaba, cuando hablaba de aquel lugar que era su vida o comentaba con la mayor de las simplezas lo que tanto le gustaba de ella. Había tenido suerte al encontrarla, porque de otro modo estaría pasando las noches maldiciendo cada nueva contrariedad y repasando una y otra vez sus planes en la habitación de cualquier hotel.

La despedida definitiva la hicieron ante su casa, bajo el enjambre de hilos eléctricos sujeto a la pared. Y nunca tuvo tan claro como en ese momento que ella se estaba medio enamorando de él. Fue precisamente entonces, cuando ni se ruborizó ni se encajó las gafas empujándolas con el índice ni se apartó el flequillo inexistente. Fue entonces, cuando creyó apreciar que la mujer fuerte y segura de sí misma que era tuvo claro que había llegado el final de algo que ya nunca podría comenzar.

Sonrió melancólica y le tendió la mano para que la estrechara.

—Espero que encuentres la paz que creo que buscas, ese destino que no tienes nada claro.

La oprimió con fuerza y no la soltó. A ella no pareció molestarle, porque no intentó recuperarla.

—Gracias. Seguro que tus buenos deseos ayudan a este americano que anda medio perdido.

Ella dejó escapar una risa alegre.

—Sé que los aires de Namrhung lo hubieran hecho mejor que mis buenos deseos, pero Katmandú también lo hará si de verdad aprendes a escucharla.

—Eso espero. —Inspiró y exhaló despacio, sin soltarle la mano y sin dejar de mirarla—. Me ha gustado conocerte y ver todo lo que haces aquí. El mundo necesita más gente como tú.

—¿Seguirás aquí cuando vuelva?

—No lo creo. Dos semanas son mucho tiempo hasta para un desempleado como yo.

La notó suspirar levemente, con disimulo.

—Entonces, tal vez deberías devolverme la mano ahora.

Rió, en apariencia relajada, aunque al momento lo desmintió el modo nervioso en el que colocó tras las orejas varios mechones que llevaba sueltos.

La observó de cerca. Tenía unos expresivos ojos marrones que le medio ocultaban las gafas, y que él no volvería a contemplar jamás.

Y ya ni pudo ni quiso contenerse.

La notó retener el aliento cuando le rozó el cabello con los dedos, y suspirar sutilmente cuando le quitó la goma que lo sujetaba. Se lo revolvió con ambas manos, dejando que algunos mechones traviesos le acariciaran el rostro, y le sonrió mientras le retiraba con lentitud las gafas. Volvió a mirarla, esta vez como si dispusiera de toda la eternidad para hacerlo.

Ella trató de reír, claramente turbada, pero sus labios sólo esbozaron una temblorosa sonrisa. Musitó algo ininteligible a la vez que le arrebataba las gafas. Se las puso con torpeza, encajándoselas con el índice y apartándose aquel flequillo fantasma.

—Sé que algo te ha ocurrido, Matthew. Algo que, de alguna manera, te ha traído hasta aquí. Incluso hasta Rainbow House. Espero que encuentres pronto lo que necesitas. O que se solucione ese problema que sé que tienes. —Suspiró con suavidad—. Cuídate mucho.

Le aseguró que lo haría, y volvió a darle las gracias por todo. Ella lo justificó diciendo que no tenía importancia, que lo hubiera hecho por cualquiera. Pero mientras lo decía le iba subiendo un adorable rubor a las mejillas. No era la mujer más espectacular que había conocido, ni siquiera la más bonita. Y, sin embargo, ya no pudo dejar de mirarla.

Fue un momento extraño en una noche extraña, más que por lo que se dijeron por cómo se sintió, desconcertado e incapaz de entender lo que estaba sintiendo. Igual que seguía estando por la mañana, sabiendo que ella estaría abandonando Katmandú mientras él se preparaba para ir al mercado, por primera vez sin ella.

No le agradaba aquella sensación de aturdimiento que estaba ralentizando sus siempre vitales acciones de cada mañana, se decía al tiempo que terminaba de arreglarse la barba.

Y de pronto cayó en la cuenta de que no lo había hecho. No había ido, como hacía cada día un par de veces, a echar una ojeada al despacho de Ruth.

Se acercó mientras se ponía aquella camisa floja que Aishwarya le había lavado el día anterior, aunque todavía no le hubiera dedicado más que algún tímido *namaste*. Olía bien. A limpio y a flores, como el resto de la ropa que ella colgaba en la azotea o en los tendales que había en la calle, junto a la fuente.

Y atravesó el pasillo abstraído en la agradable sensación que a veces, de forma inesperada, provocaban las cosas más sencillas.

Hasta que alcanzó el despacho y un frío glacial le convirtió en hielo hasta la última gota de sangre.

El rincón estaba vacío. Limpio como si nunca hubiera habido allí tres cajas, una de las cuales contenía, además de las gasas, documentos imprescindibles para sus planes.

Resopló porque le costaba respirar mientras recorría con los ojos el cuarto.

¡Claudia!

Claudia se había llevado las cajas a la maldita aldea.

Corrió a la cocina, donde, como cada mañana a esas horas, Ruth lo esperaba para desayunar. Y se detuvo junto al marco de la puerta, maldiciendo para sí el precioso tiempo que su raro estado de ánimo le había hecho perder.

—¿Claudia se ha acercado por aquí hoy?

No creyó que se le notara la agitación que le bullía por dentro. Pero él sí apreció el gesto de casi felicidad de Ruth, como si se alegrara de que estuviera preguntando por su amiga.

—Ha estado aquí hace como una hora, con Bhim, a recoger lo que tenía preparado para llevar a Namrhung. Han ido con cuidado para no despertar a nadie. Deberían haber hecho más ruido, ¿verdad?

—Sí —respondió sin terminar de entenderla—. Deberían haber hecho más ruido. ¿Dónde está esa terminal de autobuses? Necesito decirle algo antes de que se vaya.

—Dudo que llegues a tiempo —aseguró mientras se levantaba con prisa y buscaba un papel y un bolígrafo.

No había sentido la emoción de otras veces al llegar a la vieja estación y toparse con el habitual pero abrumador sonido de cláxones, gritos y chirriantes silbidos que acentuaban el insoportable caos. Tenía la esperanza de que se encontraría mejor en cuanto comenzara a dejar atrás la gran explanada de tierra repleta de autobuses, aparcados en apariencia sin ningún orden, y rodeada por numerosos vendedores de frutas y verduras o de comidas que preparaban al instante para que quien quisiera emprendiera el viaje con el estómago lleno. Aquélla era la «gran terminal» de autobuses de Katmandú que dejaba desconcertados y perdidos a los extranjeros, y esta vez también a ella.

Había adelantado el viaje ante la emocionante posibilidad de hacerlo con Matthew, y tras la decepción se había negado a cambiar otra vez los planes. Para qué, si finalmente aquel americano no estaba interesado en ella. La siempre certera Ruth se había equivocado esta vez, pero gracias a eso estaba a punto de poner distancia. Necesitaba olvidarlo, y Namrhung era un buen lugar para comenzar a hacerlo.

De nuevo distinguió, entre la ensordecedora sinfonía de sonidos que sobrevolaban

la explanada, los gritos que anunciaban el destino de uno de los autobuses.

—¡Bhaktapur, Bhaktapur, Bhaktapur...!

De eso se encargaban dos hombres por vehículo. Se colocaban junto a las puertas y elevaban la voz cuanto podían para que los pasajeros supieran a dónde dirigirse. Cuando el autobús estaba lleno, daban tres fuertes golpes en el lateral para que el conductor se pusiera en marcha. Porque allí la salida de cada autobús no obedecía a un horario establecido, sino al momento en el que no quedara ni una sola plaza que no estuviera ocupada por un viajero. Aunque eso de una plaza por viajero sonaba a cierta comodidad, cuando en realidad iban encajados como pequeñas sardinas en una lata porque el espacio entre asientos era extremadamente estrecho. En especial para hombres altos y de largas piernas. Como las de Matthew, pensó mientras recorría la explanada buscando su medio de transporte.

—¡Bhawati, Bhawati, Bhawati...!

Lo había localizado, aunque probablemente hubiera dado mil vueltas sin reparar en él de no haber sido por el despierto Bhim, acostumbrado a pillar las ocasiones al vuelo aun en las condiciones de mayor desventaja.

—Estupenda megafonía.

Dejó de respirar al oír aquella voz a su espalda. Y se volvió hacia él reteniendo todo el aire en los pulmones.

No podía creer que estuviera allí, jadeando fatigado mientras le sonreía de aquel modo que le robaba el sentido. Estaba claro que había corrido como un loco, esquivando en cada calle la vida que bullía desde que despertaron las primeras luces del alba.

—Creí que no llegaba. —Se humedeció los labios, reseco por la carrera, y resopló al ver que Bhim terminaba de meter las tres cajas en los bajos del autobús—. Lo he pensado mejor. Creo que me vendrá bien pasar unos días en ese poblado.

Se le desbocó el corazón.

—¿Así, de repente?

Tragó saliva al reparar en que estaba poniendo gesto de idiota enamorada.

—He tenido toda la noche para meditarlo —musitó mientras Bhim se les acercaba mostrando sorpresa.

—¿Venir despedir de doctora?

—No exactamente.

Fue Claudia quien le explicó con rapidez la nueva situación, encargándole que se la comunicara cuanto antes a Ruth. Nada más entenderlo se prestó a colocar la mochila en el portamaletas, junto a las cajas. Pero Matthew insistió en que prefería llevarla consigo, y aprovechó el momento para abrazarlo y pedirle al oído que encontrara al tipo de la fábrica. Lo último fue el emocionado abrazo con el que ella lo despidió, y que tuvieron que interrumpir ante los empujones de los pasajeros que se apresuraban a subir al vehículo.

Cuando estaban ya en sus asientos, o más bien encajados en el minúsculo espacio,

miró la estrechez en la que le quedaban a él las piernas, confirmando la imposibilidad de que pudiera moverlas lo más mínimo a no ser que las sacara al pasillo.

—¿No vas a protestar ni siquiera un poco?

—¿Para qué, si de todos modos no llegaremos vivos a nuestro destino? —Se echaban a reír cuando les sobresaltaron tres golpes en un lateral del autobús y de nuevo los gritos de ¡Bhawati, Bhawati!—. Creo que esto va a ser emocionante.

Emocionante y mágico, dos realidades que siempre estaban aseguradas en Nepal. Porque nada podía ser más mágico que recorrer kilómetros bordeando el río Trishuli rodeados por preciosos arrozales, maizales, montañas a un lado y laderas rebosantes de vegetación al otro y de pueblos como recién salidos de la Edad Media, aunque los baches de los que estaba acribillado el asfalto les llevaran a veces a rebotar en los poco mullidos asientos. Y, aunque compartían la misma magia, la emoción la vivían de forma diferente, pensaba ella, aunque a ratos quisiera creer lo contrario. Porque mientras él se inclinaba con aparente naturalidad para arrimarse a la ventanilla y preguntar sobre lo que pasaba ante sus ojos, ella se lo explicaba de cerca a la vez que notaba cómo cientos de libélulas eclosionaban en su estómago e iniciaban un suave revoloteo.

No debió haber escuchado a Ruth, o al menos debió hacerlo sin dejarse influenciar por la pasión con la que aseguró que lo que realmente le interesaba a «el americano» no era tanto el viaje como viajar con ella. Porque esa inesperada posibilidad estaba haciendo que llevara días fijándose más en él, esperando percibir cualquier gesto o palabra que demostrara que su amiga estaba en lo cierto. Y ahora, tras su repentino cambio de opinión, su necesidad de saber si ella le interesaba se volvía más poderosa.

—¡Fascinante! —exclamó con admiración Matthew.

Siguió la dirección de su mirada. Junto a la carretera se extendía un campo en el que se mecían al viento las últimas espigas doradas del trigo de invierno que recolectaban un grupo de mujeres ataviadas con coloridas prendas. Tras ellas, las montañas estaban escalonadas por diques que contenían agua estancada unos y verdes plantas de arroz otros. El reflejo en el agua inmóvil de las terrazas las hacía parecer pedacitos de cielo que habían caído a la tierra, cuando en realidad eran espejos en los que acostumbraba a mirarse diariamente el cielo.

—La magia de Nepal —murmuró como si no hablara para nadie.

Y es que no necesitaba hablar teniéndolo a él al lado, sintiendo el roce de su brazo en el suyo y su muslo apretado contra su temblorosa rodilla.

Pero, a medida que avanzaban, el cansancio fue derrotando a la expectación. Demasiadas horas encajados como piezas de puzle en un vehículo atestado de pasajeros que hacía frecuentes paradas en las que siempre subían algunos más, con equipaje, gallinas o cabras que se iban acomodando en los pasillos, y hasta en el techo, al aire libre. Por suerte, más de una vez se encontraron de frente con rebaños de cabras o algunas vacas sagradas. Y el tiempo que el conductor tardó en despejar el

paso ellos lo utilizaron para salir a estirar un poco las piernas. Hacia el mediodía se detuvieron durante casi una hora en un pequeño bar a la orilla de la carretera, donde les sirvieron *sekuwa*, que consistía en un asado de carne de búfalo que, a pesar de encontrarlo duro y correoso, lo devoraron como auténticos hambrientos.

—Dos días —comentó con cansancio Matthew cuando volvieron a ponerse en marcha.

Ella sonrió para corregirlo.

—Casi. Mañana al anochecer estaremos ya en Namrhung.

—¿Y cuántas veces al año dices que haces este viaje?

—Tres o cuatro.

Él lanzó un silbido de admiración a la vez que reposaba la nuca en el respaldo y cerraba los ojos.

—Definitivamente eres mi heroína.

Se notó ruborizarse, y agradeció que él no la estuviera mirando. No era una heroína, ni mucho menos. Pero por primera vez se permitió pecar de soberbia y se sintió contenta de que él la viera de aquella forma, que la admirara, porque tal vez así acabaría enamorándose de ella como un loco.

Inspiró hondo y lo imitó, cerrando los ojos con la felicidad bailándole en una radiante sonrisa. Trató de recordar cuándo se había sentido así, como una adolescente enamorada esperando ser correspondida. Apartando algunos momentos de sus locos años de juventud, no recordaba haber experimentado nunca algo tan intenso. Ni siquiera cuando creyó estar enamorada de Gordon y juntos planearon acabar con la injusticia de las riquezas mal repartidas del mundo.

Las últimas horas resultaron agotadoras, en especial para él, al que la falta de espacio y de movilidad le había entumecido los músculos. Y, aun así, tras advertir sus disimulados gestos de dolor al incorporarse y estirar brazos y piernas, lo vio descender del autobús con prisa y descargar las cajas como si le preocupara que fueran a desaparecer si tardaban en salir a buscarlas. Cuando se reunió con él lo encontró satisfecho, mirando con curiosidad hacia las cimas de las montañas. Y entre uno y otro vistazo, también a ella.

Miraba alrededor y no podía creerlo. No podía creer que hubiera sido tan estúpido como para acabar allí, en Bhawati, y sin ninguna esperanza ya de recuperar sus cosas durante la noche y regresar a Katmandú por la mañana, aprovechando el regreso del mismo autobús. Había llevado la mercancía hasta la habitación que Claudia le había indicado, y que después resultó ser la que ella utilizaría para dormir. No lo consideró un problema insalvable hasta que fracasó en su segundo intento de colarse en el cuarto. El primero terminó cuando se le adelantó una muchacha cargada con leños que encendió con desesperante parsimonia en el hueco de la pared, frente a la cama. El segundo lo detuvo al ver aparecer a Claudia, que extrañada por su tardanza le

preguntó que si tenía algún problema. Había agotado las disculpas para dejarla sola sin suscitar sospechas. Y como entrar en plena noche confiando en que tuviera un sueño profundo no le parecía una buena opción, sólo le quedaba subir a aquel maldito poblado para recuperar los documentos y volver a bajar. Que el camino fuera largo no significaba que él no pudiera hacerlo en solitario. El problema era que perdería cuatro días. Claudia le había comentado que el servicio de autobús desde Katmandú hasta aquel pueblo perdido se hacía tan sólo dos veces por semana, y lo que entonces le había resultado curioso de pronto suponía un desastre.

Miró hacia el fuego, que chisporroteaba sobre la piedra, ennegrecida durante años por la ardiente caricia de las llamas. Ni un simple infiernillo de queroseno había en aquella especie de hostel milenario. Tan sólo un hueco en la pared, similar al típico fuego bajo pero carente de chimenea para la salida de humos, en el que ardía la leña que requemaba sartenes y pucheros. Acuclillada frente a él, la mujer que los había recibido cocía al vapor, sobre una olla con abundante agua hirviendo, unos momos rellenos de espinacas. Él y Claudia la observaban sentados en el suelo para evitar el contacto con el humo, que sin medio de escape flotaba pegado al tiznado techo. En compensación, aquella vieja cocina de ladrillos en la que olía a las verduras frescas que se conservaban en cestas de esparto fue llenándose con el delicioso y prometedor aroma de los momos.

Y allí mismo, en el suelo y frente al fuego, la joven mesonera colocó un plato de aluminio grande, con una buena cantidad de momos cuidadosamente ordenados alrededor de un pequeño cuenco con *acchar*, una salsa de tomate picante. Después se despidió uniendo las palmas y haciendo una inclinación de cabeza, y se retiró a dormir.

—Es difícil imaginar esta vida hasta que no la experimentas —opinó él mientras cogía entre los dedos un momo y se lo acercaba para olerlo.

—Es cierto. Y entonces te das cuenta de lo poco que necesitamos para vivir, y de los millones de cosas que nos sobran.

—Que no sean imprescindibles no significa que nos sobren.

—¡Ah, no! ¿Y podrías explicarme para qué las necesitamos?

—Pues para... —Se detuvo durante un instante y de pronto se echó a reír.

—¿Lo ves? No encuentras razones.

—Las encuentro, y muchas. Pero pronunciadas aquí parecerían banalidades. En países como el tuyo o el mío nos hemos creado unas necesidades de las que ya no podemos escapar.

—Querer es poder.

—No siempre.

—No. No siempre. —Alargó el brazo hasta alcanzar un momo.

Matthew la observó de soslayo. Se había quedado silenciosa, dedicándose tan sólo a hundir en la salsa un extremo de aquella especie de ravioli grande, hecho con harina de cebada, y a llevárselo a la boca con lentitud, como si aquellas tres palabras

la hubieran llenado de recuerdos también a ella.

Compartió su silencio hasta que el plato se quedó vacío y ellos saciados. Entonces lo apartó a un lado y apoyó la espalda en la pared, estirando las piernas y cruzando sobre el pecho los brazos.

—Una noche, en la azotea, te pregunté que si no te gustaba tu vida antes de venir aquí. Llegó Ruth y ya no terminaste de contármelo. Te dije que encontraríamos otro momento para continuar con la conversación. ¿Te parece bien éste?

—Mañana madrugaremos para ponernos en camino.

—Yo no necesito muchas horas de sueño.

Ella suspiró, apoyó la espalda junto a la suya y volvió hacia él la cabeza. Pero ni un segundo le aguantó la mirada. La volvió hacia el fuego que tenía enfrente, y en lugar de empujarse con el índice las gafas se las quitó y se frotó con cansancio los párpados.

—Mi padre es un destacado cirujano plástico que dirige su propia clínica privada. Mi hermano sigue sus pasos. Se especializó en cirugía plástica y trabaja con él, aprendiendo las técnicas de la profesión y del negocio.

—¿Ése era el mundo que no te gustaba?

—La medicina no debería servir nunca para enriquecerse, sino para salvar vidas, para ayudar a quienes lo necesitan. Pero ellos no lo entienden así. Yo era la oveja negra de la familia que les decepcionó y truncó los planes.

—Querían otro cirujano plástico para completar el trío.

—Ése fue el primer pequeño contratiempo. La inquietud les asaltó cuando comencé a pasar mis vacaciones de verano aquí, como voluntaria. La decepción les estalló cuando me decidí por la sanidad pública. Y lo que ya consideraron una traición imperdonable fue cuando les hablé de que mis conocimientos serían más valiosos aquí, y no precisamente en una de las muchas clínicas privadas.

—¿Y cómo están tus relaciones con ellos ahora?

—Mejor. Yo voy a verlos en Navidad y ellos vienen en sus vacaciones, que no tienen fecha fija. Además, ya no intentan convencerme para que vuelva. —Cruzó los brazos sobre el pecho y siguió mirando al fuego—. Y tú, ¿cumpliste las expectativas de tu familia?

—En cierto modo sí. Pero esa bonanza suele terminar un día u otro. No puedes estar eternamente de acuerdo con tus padres. La diferencia está en que unos los decepcionan antes y otros lo hacemos después. Pero es lógico. No estamos aquí para vivir la vida de nadie, sino la nuestra; la que nosotros decidimos.

—Eso suena bien —musitó volviendo perezosamente la cabeza y alzando los ojos para mirarlo a través de las pestañas.

Él la contempló en silencio, y dudó durante unos segundos. Dudó si ceder a la repentina tentación de seducirla con la única finalidad de pasar la noche en su cama. En su cuarto. Aunque después se sintiera cobarde y sucio por haberla utilizado para hacerse con sus pertenencias mientras ella durmiera, agotada y por supuesto

satisfecha. Pero no fue esa certeza lo que lo mantuvo inmóvil, sino otra. Porque también cabía la posibilidad de que su intento la ofendiera y lo largara, alejándolo definitivamente de la maldita caja. La creía muy capaz de algo así por mucho que se estuviera colando por él.

—Deberíamos ir a descansar.

Ella bostezó, como si sus palabras le hubieran recordado que estaba muerta de cansancio.

—Tienes razón. En pocas horas estaremos camino de Namrhung.

Camino de Namrhung, donde sólo llegaban los quebrantahuesos y de vez en cuando algún loco del *trekking*... Y él, por haber cometido la torpeza de confiar en el peor de los escondites de todo Rainbow House.

Capítulo 19

No perdió de vista la mercancía durante el ascenso. En realidad, no lo hizo desde primera hora de la mañana, antes incluso de que hubiera amanecido y los porteadores la repartieran en tres montones. Les observó amarrarlos formando una sola unidad, y cuando les vio cubrirlos con viejas mantas grisáceas y comprendió que resultaría difícil distinguirlos entre sí, controló hasta que cada uno de los bultos acabó en las manos de un porteador. El que le interesaba fue a parar a las de la única mujer del grupo, que se lo trasladó a la espalda con suma facilidad, encorvándose y colocando la ancha tira de tejido sobre la frente, usando la fuerza del cuello para tensar la sogá que mantenía estable todo el conjunto.

Sabía que era innecesario tanto control, que bastaba con asegurarse de que la caja no quedara olvidada en el hostel, que viajaba con ellos. Pero aun así le inspiraba más tranquilidad saber que la tenía localizada.

La subida fue dura. Por fortuna, los músculos se le estaban fortaleciendo, y al no hacer ningún movimiento ni giro brusco, aquello supuso una intensa serie de ejercicios de rehabilitación. Aunque notó que Claudia estuvo pendiente de su rodilla durante casi todo el ascenso. Estaba seguro de que las paradas, exceptuando la que dedicaron a comer, las hicieron exclusivamente para evitar que la forzara en exceso.

Primero fue el valle, estrecho pero llano y generoso, que atravesaron bordeando el río, copioso y alborotado ante el inicio del deshielo de primavera. La cercanía de las paredes montañosas mantenía aprisionada a la bruma matinal, seca y que no humedecía la hierba ni las frondosas copas de los árboles. Claudia, que se había abrigado como si fueran al polo sur, con una gruesa y colorida chaqueta de lana y una especie de fular rojo enrollado al cuello, sonreía desde que habían abandonado el hostel. Incluso era probable que lo hiciera desde que abrió los ojos y abandonó la cama. Y él reconocía aquella expresión de tonta felicidad, y además era consciente de cuál era su origen.

—El frío desaparecerá en cuanto subamos un poco y avance el día, aunque en la montaña el tiempo siempre es más fresco que en el valle.

A cualquier cosa llamaba ella frío, pensó mientras caminaban tras los porteadores, y dio por hecho que los últimos años la habían acostumbrado a las siempre cálidas temperaturas de las llanuras de Nepal. Él se sentía bien simplemente con la cazadora, que apenas utilizó en el valle, aunque con la cremallera subida hasta el mentón. Le resultaba agradable encogerse bajo la ropa sabiendo que en las montañas ya estaría asomando el sol que les templaría de nuevo el cuerpo. Al menos hasta que llegara el frío de la noche.

El valle fue estrechándose hasta acabar en dos paredes de roca, casi verticales, entre las que discurría con apretura el río. Un sendero estrecho y con pronunciada pendiente, escalonado a tramos por grandes piedras, era el peligroso trayecto hacia la cima. Calculó la proporción de la carga de los portadores, y entonces entendió la minuciosidad con la que habían ido encajando la mercancía antes de amarrarla. Un poco más de anchura de la que permitía el camino hubiera hecho que el embalaje rozara la pared de roca y se balanceara, con el peligro de hacer caer carga y carguero por el precipicio.

—Saben lo que hacen —le aseguró Claudia al verlo medir con los ojos el espacio y compararlo con los bultos—. Viven en Namrhung. Hacen este camino dos veces al año para comprar las cosas de las que no pueden autoabastecerse.

—Seguro que ha habido caídas alguna vez.

—Más que alguna vez. —Los portadores comenzaron el ascenso—. Ve tras ellos. Yo te sigo.

Él rió, y al hacerlo notó que le hacía bien, que le relajaba.

—Ninguna mujer va a cuidar jamás de Bra... Matthew Gilmore. Por mucho que tú conozcas el camino y yo no, iré el último; puedes estar segura de que yo cuidaré de ti.

La alegre risa de Claudia se mezcló con el sonido de la corriente golpeándose y rompiéndose contra las rocas del cauce del río. Y a pesar del temor a que su caja saliera volando junto a la chica hasta sus frías y rápidas aguas, disfrutó mirando hacia abajo por el cortante rocoso y viendo cómo el valle se iba empequeñeciendo hasta convertirse en una delgada franja de tierra verde atravesada por un brillante hilo de agua. Mientras, ante él, el cielo se iba abriendo y cientos de montañas emergiendo a su alrededor y en la infinita distancia, sembrada de incontables picos nevados.

—Esto es muy verde para lo poco que he visto llover —comentó cuando se detuvieron a la sombra de un enorme pino, con el sol en lo más alto, para descansar y comer unos momos con relleno de pollo que les habían preparado en el hostel.

—Aquí llueve para todo el año durante la época del monzón, en los meses de junio a septiembre. —Señaló con un gesto a los portadores—. Antes me decían que están teniendo una tormenta cada dos o tres días, por la tarde o al anochecer.

—Perfecto para mantener la tierra verde.

—Sí, perfecto. Mejor que el monzón, que aunque es como sangre para las arterias de Nepal, indispensable para obtener buenas cosechas, provoca muchas inundaciones y corrimientos de tierras. Y eso siempre se traduce en muertos, en especial en las montañas. Tras el monzón solemos tener mucho trabajo, porque aparece el riesgo de las enfermedades que transmiten los insectos y las aguas estancadas, sobre todo en las zonas que carecen de sanidad.

—¿Cómo los entiendes?

—Son indígenas de la cordillera del Himalaya, de la etnia tamang. Yo hablo su lengua mucho peor de lo que Bhim habla inglés, pero con los años hemos terminado

entendiéndonos.

—Dices que son autosuficientes —comentó mirando la piel morena y curtida de los porteadores.

—Lo comprobarás por ti mismo. Cultivan la tierra, crían pollos, cabras, híbridos de yak y vaca...

—¿Yaks y vacas?

Claudia trató de explicarle que los yaks eran fuertes y resistentes, y que en estado salvaje vivían a cuatro y cinco mil metros de altitud y soportaban temperaturas de hasta cincuenta grados bajo cero en invierno, lo que los convertía en excelentes animales de carga y de silla, pero que daban poca leche y muy grasa, y que por eso los cruzaban con vacas. Cuando algunas de sus preguntas la obligaban a consultar con los porteadores, ellos respondían riendo. Como cuando les explicaron que el *dzo* era el macho híbrido entre una hembra vaca doméstica y un toro yak. Y a él no le molestaba. Entendía que preguntaba cosas que sin duda allí sabían hasta los niños más pequeños, y que debían pensar que algo tan básico debía de conocerlo todo el mundo.

—Así que ya lo sabes —concluyó divertida, sin que él supiera a ciencia cierta de qué reían los cuatro esta vez—. A medida que vayamos ascendiendo nos encontraremos con que las vacas tienen cada vez menos de vaca y más de yak.

—Interesante.

—Mucho. Ya verás lo mucho que te vas a asombrar cuando llegemos a la aldea.

Se quedó asombrado, sí, pero no sólo al descubrir las pequeñas casas de Namrhung como derramadas a lo largo de una ladera, junto al cortante de una montaña a la que se accedía por otro de aquellos estrechos puentes colgantes que pendían sobre el vacío, adornado por coloridas banderas de oración deshilachadas por la potencia desgarrada con la que las agitaba el viento. Se fue quedando asombrado también a lo largo del camino, cuando discurrían por bosques de pinos en los que destacaban gigantescos rododendros, magnolios o grandes arbustos de flor de Pascua que sólo había visto en floristerías en fechas navideñas, siempre en pequeñas macetas. Se había asombrado con cada inclinada pendiente convertida en escalonadas terrazas en las que se reflejaba el cielo. Con las grandes moles de tierra desplazada durante el último monzón. Con el endeble puente que cruzaron para salvar un profundo desfiladero, o después, con el «gahro», como lo había llamado la porteadora, tan largo que el balanceo provocaba más vértigo que la propia y descomunal altura a la que estaba suspendido. O con aquella pared de roca totalmente vertical que al parecer marcaba la mitad del trayecto. El sendero, esculpido cientos de años atrás en su roca viva, era tan estrecho que se hizo eterno por la dificultad y el peligro de tropezar y por la furia con la que azotaba el viento mientras los quebrantahuesos sobrevolaban buscando algún risco en el que posarse. Cuando sus pies pisaron por fin tierra, piedras y hierba fresca, el viejo porteador enjuto se detuvo para comentar algo a la doctora mientras ambos miraban el terreno sobre sus cabezas.

Al volver a ponerse en marcha, Claudia se acercó a él y le señaló amplias grietas en la unión de la roca y la masa de tierra fértil en la que crecían floridos arbustos.

—Dice que el pasado monzón dejó esta zona inestable, y que las lluvias de estas semanas la están minando por dentro. Que seguramente será lo primero que se desplome con las primeras lluvias del próximo monzón, dentro de unos meses.

—¿Quedarán aislados si cae o existe otro paso?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Ya están acostumbrados. Además, recuerda que no necesitan bajar más de dos o tres veces al año, con lo que esperar una o dos semanas hasta que lo despejen no es ningún drama.

El resto del camino hasta el poblado lo hizo memorizando con atención el recorrido, pero también asegurándose de recordar con exactitud el que iba dejando atrás. Su mente lo dividió en cuatro partes, como las distancias entre bases de un campo de béisbol. La primera base la había situado en lo alto de la montaña desde la que divisó los primeros picos nevados. La segunda a mitad del camino, en la gigantesca pared vertical. La tercera en el abierto bosque que terminaba en el desfiladero. Y la última en el puente cargado de banderas meciéndose al aire que hacía de puerta de entrada al poblado.

Era sencillo. Sólo tenía que comenzar el juego centrado en llegar a la tercera base y cantar *home run* al alcanzar la primera y regresar a la meta.

Capítulo 20

El doctor Gordon Tyler fue la primera persona que le presentaron al llegar a la aldea, tal vez porque era el único que hablaba su idioma, aunque con marcado acento británico. Había esperado encontrar a un hombre con cierta madurez, que en el mundo civilizado ya lo hubiera vivido todo y para el que recluírse en la paz de las montañas hubiera sido la opción elegida para la fase tranquila de su vida. Pero nada más lejos. Era joven, de la edad aproximada de Claudia, y además parecía estar interesado en ella. Porque tras la llegada sólo hablaba con Claudia o hablaba de Claudia, y al resto de los temas fue respondiendo con vaguedad y mirándola aunque sólo fuera de soslayo. Esa actitud, sumada a la de la doctora, le llevó a la conclusión de que ellos tenían algo, o lo habían tenido alguna vez. Aunque también le resultó evidente que no compartían ya los mismos sentimientos. Y no por el cariñoso y efusivo abrazo en el que los vio fundirse al encontrarse, sino por la casi imperceptible actitud esquivada de ella, que tal vez no hubiera captado de no ser su afición al sexo femenino un deporte que practicaba con más asiduidad, y hasta con más entrega, que el del béisbol. Aunque esta vez contaba con la información complementaria de que la doctora se estaba colgando de él.

Fue precisamente Gordon quien le hizo de anfitrión, enseñándole un poco de la aldea, ayudado por la luz que desprendía el cielo despejado y la de un candil confeccionado con una mecha untada con mantequilla de yak, mientras le contaba curiosidades sobre los tamang y le preguntaba detalles sobre cómo había encontrado a la acogedora y ruidosa Katmandú.

Aquel primer día se acostaron temprano para reponerse del largo viaje. Y él volvió a padecer el temido insomnio. El sencillo jergón de lana de oveja no supo retenerlo en aquel humilde cuarto que Jaman Singh y su familia le brindaron, junto al de Claudia. Y cuando hasta las propias montañas parecían dormidas, salió a respirar aire frío, casi gélido. No se alejó mucho. Se sentó en el muro de piedra que quedaba al final del pequeño rellano frente a la casa, y respiró hondo ante aquel espacio inmenso cuajado de millones de parpadeantes estrellas, más, muchas más de las que le habían acompañado desde el cielo de Katmandú, cuando cansado de dar vueltas en la cama subía a la azotea y se entretenía descubriendo el fugaz resplandor de esporádicas estrellas fugaces.

No la sintió llegar, a pesar del abrumador silencio que lo invadía todo.

—A mí siempre me ha inspirado esto —oyó que susurraba a su espalda muy bajo.

Se volvió hacia ella. Estaba encogida bajo una manta de lanas de colores, igual que la que le calentaba a él la cama, sobre la que también había encontrado unos

pantalones flojos, unas camisas y algunas otras prendas que cualquier hombre necesitaba, fuera de la raza que fuera. Miró después hacia donde brillaban las formas blanquecinas de los picos nevados, dando por hecho que lo había visto desde la ventana y se había envuelto con lo primero que encontró a mano para salir a buscarlo.

—Si ésta es la diferencia entre el cielo visto desde Katmandú a verlo desde aquí, me pregunto cómo será desde la misma cima del Himalaya. O del Everest.

Claudia se sentó a su lado y suspiró tan bajito como el tono en el que hablaban.

—Seguramente se podrá tocar con la punta de los dedos. —Él sonrió, seguro de que aquélla debía de ser la sensación—. ¡Así que tampoco consigues dormir aquí!

Su sonrisa se hizo más amplia al recordar a Ruth y su costumbre de contárselo todo a su buena amiga.

—La verdad es que llevo unos meses durmiendo poco.

—Pensaba que esto te ayudaría a descansar.

—No es tan fácil como cambiar de lugar y ya está. Tus pensamientos viajan contigo, y también tus problemas.

—Eso es cierto. Hay cosas de las que escapar es imposible. Te persiguen hasta que no te enfrentas a ellas y las solucionas. —La miró de soslayo, sorprendido por su tono, y la encontró pensativa—. Nunca te he preguntado nada, pero si al menos quisieras confiar en mí...

Continuó observándola en silencio. No pudo descifrar si era nostalgia o pena lo que vio en su rostro, pero cuando se encontró con sus ojos descubrió ternura, y aquella atracción que al parecer cada vez se esforzaba menos en disimular. Como si ya no le importara que él pudiera notarlo. O como si tanta cercanía le estuviera bajando la guardia sin que se diera cuenta.

Fue el frío intenso de la noche de la montaña el que los obligó a regresar a la casa y buscar calor cada uno en su cama y bajo sus mantas. Aunque de nuevo fueron pocas las horas que él consiguió conciliar el sueño. Ya estaba levantado y vestido de tamang cuando llegó Gordon, nada más amanecer, para enseñarle sin prisa la aldea.

Le agradó recorrer aquellas calles escalonadas a tan temprana hora, cuando la niebla que cubría los valles era tan densa que el poblado, y las montañas que lo rodeaban, parecían emerger de un mar de nubes sobre el que se podría caminar. Era como si no existiera más mundo debajo de aquella capa a la que al sol le costaría penetrar. Tan sólo ellos, los picos de las montañas y el cielo. La misma sensación de flotar entre nubes que tuvo al mirar por la ventana de la parte trasera de la consulta médica, cuando se la enseñó Gordon. Justo antes de entender que sacar sus cosas de allí no iba a ser tan sencillo como la noche anterior había pensado. Porque, para completar su maldita mala suerte de los últimos días, aquel lugar, pequeño pero cómodo y limpio en el que le costaba imaginar ni a Claudia ni a nadie realizando una operación de riesgo, era la única construcción de la aldea con cerrojo.

—Los medicamentos aquí son más valiosos que un cargamento de diamantes —le había dicho Gordon con relajado sentido del humor mientras giraba tres veces la llave

en la cerradura—. Ya estábamos necesitando algunos. La llegada de Claudia siempre es una bendición.

Daba igual, consideró de pronto mientras observaba cómo se la guardaba en el bolsillo. Encontraría el modo de recuperar sus cosas. Tenía tres días para conseguirlo y alcanzar a tiempo el autobús. Cuatro, si algo se le complicaba y no lograba hacerse con ellas hasta el último momento. Unos pocos días que podían resultarle eternos, pensó después, cuando fue evidente el brutal contraste de aquel sitio con la ciudad de Katmandú. El acelerado caos con el que se vivía entre ruidos, tráfico y polución ayudaba a que el tiempo pasara deprisa. Pero ahora, recorriendo calles en compañía del joven médico británico, observando la calma y serenidad de sus gentes, o a sus niños de caritas curtidas por el aire y el sol correteando entre gallinas y cabras, pensó que allí el tiempo transcurriría insoportablemente lento.

Cerca de una hora pasearon por aquellas calles que convertían la empinada ladera sembrada de casas en un cómodo y transitable poblado, tan limpio como el aire que se respiraba a aquella altura. Hasta que Gordon se detuvo junto a una mujer centenaria, vestida con vistosos colores, que medio agachada barría con un manojo de tiras de bambú el llano de tierra y guijarros frente a su casa. Ella dejó su quehacer en cuanto los vio, pero no pronunció palabra. Tan sólo lo miró, como si lo examinara. Como si le bastara con indagar en sus ojos para descubrir lo que cualquier mortal necesitaría preguntar. Gordon se la presentó como a la venerable y sabia anciana Shyam. Y ella, que ni un momento dejó de mirarlo, hizo algo extraño al despedirse. Sonrió, y al tiempo que le decía algo en su idioma tamang se llevó la mano derecha a la frente y después al costado izquierdo del pecho.

Se alejaron sin que Gordon le explicara nada, y él no preguntó. Dio por hecho que no sería lo último que le desconcertaría en aquel lugar en el que todo le era extraño.

—¡No me digas que no es una obra de arte!

Miró hacia la casa que con tanta admiración le señalaba. Era una obra de arte, sí. Todas lo eran, construidas con robustas paredes de piedra, tejados de tejas de madera y balcones y ventanas tallados con experimentada paciencia. Y frente a ellas, aquellas pequeñas explanadas, tan parecidas a las terrazas donde cultivaban el arroz.

—Confieso que esperaba encontrar chozas de barro y paja —contó con buen humor.

—Los tamang tienen su propio estilo arquitectónico, su propia lengua, sus propias costumbres y su propia religión.

—Aquí hay muchas razas y religiones, y todas conviven en armonía. En nuestros países civilizados no vivimos en fraternidad ni siquiera entre dos colores distintos de piel.

—Tenemos mucho que aprender de esta gente.

—Y también de las personas como vosotros, que dedicáis vuestra vida a ayudar a los más débiles.

—Somos médicos —señaló como si eso lo explicara todo—. El gobierno de

Nepal lleva años ofreciendo, por un puesto de médico en lugares como éste, sueldos diez veces mayores a los del sistema sanitario público en Katmandú. Pero ni médicos ni maestros quieren vivir tan lejos de la civilización. Prefieren destinos más cómodos.

—Es comprensible.

—Sí, lo es. Y también injusto.

—¿No viajas nunca a la civilización?

—¡Sí, claro que sí! Estoy formando a dos enfermeros; dos jóvenes con mucha vocación y ganas de aprender. A veces los dejo al cuidado de todo esto y bajo a Bhawati, en alguna ocasión incluso hasta Katmandú.

Matthew sonrió, sospechando que aquellas escapadas serían más bien pocas, y sin duda breves. No tenía aspecto de necesitar más de lo que encontraba allí, fuera lo que fuera. Su desparpajo y sociabilidad mostraban que no echaba nada de menos salvo, tal vez, a alguien con quien practicar de vez en cuando su idioma, porque hablaba sin parar en cuanto tenía ocasión.

Al quedarse solo, caminó por aquellos lugares que, como ya ocurrió en Patan o Katmandú, rebosaban actividad en cuanto despertaba el día: las mujeres yendo a la fuente de piedra a por agua, alimentando a los animales, saliendo a recoger leña para el fuego. Los hombres afilando hoces y cuchillos o poniendo a punto el arado. Las gallinas, pollos y cabras atravesando con tranquilidad las calles, cruzándose ante él y obligándole a zigzaguear con una sonrisa.

Miró en dirección a la casa, pero siguió descendiendo. Todavía tenía tiempo de echar un vistazo a la consulta y estudiar, sin la presencia de Gordon, si había algún modo de entrar allí a pesar del cerrojo.

Espantó a una gallina que cacareaba acercándose a sus pies y se detuvo en seco. Uno de los ayudantes de Gordon salía del dispensario llevando una botella grande de desinfectante y dejando tras de sí la puerta abierta.

No lo pensó. Se acercó sin perder un segundo, llamó varias veces sin que ninguna voz respondiera y supo que ese inesperado cúmulo de casualidades no se repetiría.

Resopló para relajarse al comprobar que la caja seguía estando en el mismo lugar, bajo una más pequeña y más blanca. Y no perdió el tiempo. Se apresuró a cambiarlas de orden. La de las gasas arriba, para que si alguien llegaba de improviso pudiera soltarla con rapidez sin que se notara.

Y cuando desencajaba la tapa y levantaba los primeros paquetes de gasas oyó su voz. Hablaba en aquel idioma extraño. Hablaba junto a la puerta.

Maldijo a la vez que volvía a encajar la tapa y miraba alrededor trazando en su mente una disculpa creíble. Necesitaba tener algo en las manos para disimular el repentino y estúpido temblor que le había provocado el sobresalto. Agarró una linterna de las baldas de los medicamentos y apretándola con fuerza se volvió hacia la puerta en el instante en el que ella entraba y lo miraba de arriba abajo.

—Te estaba buscando —dijo él sobre la marcha, sin pensar—. Me muero de hambre.

Claudia emitió una risa lenta, adormilada aún, y él pudo al fin respirar con alivio.

—He dejado a Kayla preparando el desayuno. Salía a buscaros y vi esto abierto. ¿Esperamos a Gordon?

—No hace falta. —Casi la empujó para que saliera—. Él estaba más muerto de hambre que yo y se ha ido a desayunar.

Cuando volvieron al hogar en el que los había acogido el joven Jaman Singh y su familia, encontraron a sus dos niñas terminando el desayuno para ir a la escuela en otra aldea, a una hora de camino. La noche anterior se las presentaron como a Meme y Meena, pero a la luz de las velas no pudo apreciar bien lo bonitas que eran, con su tez morena y curtida por el sol y el frío y sus ojos negros y rasgados. Aunque no tanto como Kayla, la jovencísima madre, pensó cuando la vio levantar la cabeza del fuego brindándole una simpática sonrisa a cambio de las palabras que no le hubiera entendido. Ella le recordaba a las valientes guerreras de la antigua Mongolia que había visto en el cine, con aquellos ropajes de colores, unos sobre otros, ajustados todos mediante otra vistosa tela enrollada a la cintura y a las caderas. Por el centro de su espalda, su largo y trenzado cabello negro emergía bajo el pañuelo rojo que le cubría la cabeza, anudado junto a la nuca.

Todo resultaba tan extraño. Estaba prisionero en el espacio más abierto y libre que había visto nunca, en la montaña más alta a la que jamás había ascendido, a los pies de la mítica cordillera del Himalaya, cuando debería estar jugándose el futuro, y hasta la libertad, en la vieja ciudad de Katmandú.

Capítulo 21

—¿Te estás divirtiendo?

Matthew sonrió al verla aparecer con aire de cansancio tras la larga operación. Él había vuelto a recorrer la aldea, desde las calles empedradas hasta las pocas que aún quedaban de tierra, y había comprobado que la ventana de la parte trasera de la consulta era pequeña, pero no lo bastante como para que se quedara atascado cuando entrara a por sus cosas. Todo saldría bien si conseguía forzarla, cosa que pensaba hacer aquella misma noche. Después se había sentado en el suelo, junto a jóvenes hombres tamang que afilaban los bordes de las hoces frotándolas contra los vértices de grandes piedras.

—Aquí todos son muy amables. He creído entender que comienzan a cosechar el maíz y que después le tocará al trigo.

—Ya están recolectando el maíz —aclaró sentándose a su lado, en el pequeño muro de piedra—. Después le tocará al trigo de invierno. Ésta es una época bonita. —Inspiró hondo, dejando vagar la mirada por los picos nevados que se dibujaban en el intenso azul del horizonte—. Has hecho bien en venir aquí, tan cerca del cielo es más fácil pensar con claridad, tomar buenas decisiones.

—¿La altitud no emborracha?

—Sólo a partir de los cuatro mil metros. —Durante un segundo sonrió a medias—. ¿Estás pensando en algo así para vivir?

—No lo sé, pero tampoco me preocupa en exceso. Sé que elegiré el sitio adecuado.

—Resulta curioso. Yo también llegué aquí buscando el sitio adecuado.

Se volvió a mirarla y se encontró con sus hermosos ojos clavados en los suyos, sin rubor, sin aquel gesto de encajarse las gafas con el índice, como si la posibilidad de que él estuviera eligiendo un sitio en el que pasar el resto de su vida le diera esperanzas.

—Pero yo no soy como tú. Ni como tu amigo el médico. Yo busco un lugar para mí, para mis planes. Y, créeme, Nepal sería el último del mundo en el que me plantearía quedarme.

—No importa dónde vayamos mientras encontremos lo que queremos —dijo tras un corto suspiro—. Tú quizás tengas que escuchar a tu corazón.

Matthew pensó de pronto en la anciana que Gordon le presentó el día anterior, y a la que había vuelto a ver, con la cabeza cubierta con uno de aquellos *topis* de lanas de colores. Había pasado por su lado sin detenerse, pero le había sonreído al tiempo que volvía a llevarse la mano derecha a la frente y después al costado izquierdo del pecho.

—Al parecer, para acertar sólo necesito conectar esto con esto —aseguró imitando el gesto de tocarse la mente y el corazón.

—Entiendo que has visto a la vieja Shyam —dijo con evidente cariño hacia la anciana.

—Por lo que veo no es la primera vez que envía estos mensajes cifrados.

—Es sabia. Por eso se ha dado cuenta de que estás aquí para tomar decisiones importantes, y ha entendido qué te hace falta. Dicen que tiene la facultad de leer las almas, en especial las atormentadas.

—¿Y tú lo crees?

—No lo sé. Pero siempre ha sabido leer la mía.

Permanecieron sentados largo rato, mirando los picos en el horizonte mientras ella le hablaba de la sabia Shyam, y de cómo jóvenes y ancianos le pedían consejo cuando se sentían enfermos de cualquier mal que no sintieran como físico. Y allí continuaban cuando, al atardecer, llegó, atravesando el puente, un grupo de mujeres y niñas cargando con enormes cestas tejidas con bambú, más grandes que ellas mismas, rebosando forraje que habían recogido para poner camas limpias al ganado. El rostro de Claudia resplandeció al verlas y escuchar sus voces llamándola.

—¡Espera un segundo! —pidió a la vez que se levantaba—. Esto ya es como una tradición.

No le dejó tiempo para reaccionar, menos aún para preguntar qué pasaba. Ella corrió al encuentro con las chicas, que la esperaban con regocijo, todas guardando una imaginaria línea de salida. Una de ellas soltó su cesta y ayudó a Claudia a cargársela a la espalda, colocándole la correa en la frente para que equilibrara el peso. Después pronunció lo que él supuso que era una cuenta hasta tres y todas salieron corriendo alborozadas. Las faldas largas de las chicas tamang no fueron desventaja ante los cómodos pantalones de la doctora, que no tardó en comenzar a perder terreno. No supo si fue la risa, que la dejó sin fuerzas, o el roce de su carga con la que llevaba quien la adelantaba en aquel momento, pero Claudia cayó de bruces. Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció bajo el alud de hierba que saltó precipitadamente de la cesta.

Se lanzaba a socorrerla cuando de nuevo la oyó reír mientras unas chicas se echaban sobre ella y se abrazaban como jugadores celebrando el *home run* de la victoria y otras alcanzaban lo que al parecer consideraban la meta.

De pronto reparó en que las contemplaba boquiabierto. Aquellas claras y frescas risas femeninas, sus ropas de colores y los enormes montones de hierba dorada por el sol convertían aquel instante al atardecer en una postal, como las infinitas que desde que había llegado a Nepal encontraba a cada segundo, mirara hacia donde mirara. Una postal exótica en la que destacaba una dulce mujer de piel clara a la que no podía dejar de mirar.

La luna se veía más grande desde aquella altura. Gigantesca. Pero la noche de maldita luna menguante no le estaba ayudando demasiado. Era cierto que allí hasta la oscuridad era diferente a la del valle. Como más luminosa, pero aun así resultaba difícil ver por dónde caminaba a pesar de que había memorizado el trayecto. Aunque una buena parte de la culpa estaba en su propia sensación de inestabilidad, de mareo.

Había disfrutado en el hogar de los tamang, tratando de quedarse con todas las sensaciones, con todos los olores y sabores de aquella casa humilde y añeja en la que desde su llegada sólo había visto sonrisas. Después de la cena había seguido sentado en el suelo junto a Jaman Singh, el patriarca, observando cómo la hermosa Kayla destilaba *raksi* en el centro de la cocina. Le había resultado curioso el sistema de fogones, en los que primero había cocinado el *dal bhat*. Un agujero en forma rectangular en el suelo contenía el fuego y las brasas, y en soportes de hierro se apoyaban ennegrecidas cazuelas y un *karahi*, dejando a salvo el resto del piso sobre el que todos caminaban descalzos.

—¿Lo has probado alguna vez? —preguntó a Claudia, que sentada junto a la pared jugaba con las niñas al parchís en un viejo tablero.

Ella lo miró sin levantar la cabeza, con una sonrisa prieta en los labios.

—Por supuesto. Sería un sacrilegio venir a Namrhung y no hacerlo.

Volvió la atención a las cazuelas puestas al fuego, aunque éstas más se parecían a jarras, apiladas unas sobre otras para que el *raksi*, que hervía en la del fondo, fuera ascendiendo. Gordon ya había llegado cuando Kayla consideró que aquel líquido ligeramente turbio de arroz y mijo estaba listo, y llenó tres tazas de barro, pasándole una a su esposo, otra al joven doctor y la última a él. Pensó en esperar a que terminara de enfriarse, pero al ver que tanto Jaman Singh como Gordon se lo llevaban a los labios, hizo lo mismo sin reparar en que Claudia había dejado de jugar y lo miraba mientras sujetaba con descuido el dado en su mano abierta.

El primer trago lo incendió por dentro. Tenía un sabor extraño, tan fuerte y abrasador como el vodka, aunque le recordaba más al sabor del sake.

Ante sus muecas, las risas de todos llenaron la cocina; también la de las niñas.

—Para la novena o décima taza te habrás acostumbrado a su sabor. Después pedirás más, ¿verdad, Gordon? —dijo Claudia enjugándose las lágrimas con los dedos.

—Creo recordar que a mí ya me gustó la octava.

El regusto ardiente no le permitió cambiar el gesto y sonreír.

—¿De verdad bebes tú esto? —preguntó con voz ronca.

Claudia se puso en pie, tomó la taza que le ofrecía Kayla y se la bebió de un trago largo.

—Te quedan nueve o diez tacitas hasta que le encuentres el punto. Pero no te preocupes por el mareo. Para la mañana se te habrá pasado.

Su risa desató la de toda la familia, aunque estuvo seguro de que lo hacían simplemente porque les resultaba contagiosa. Por supuesto exceptuando a Gordon, que reía con tantas ganas como la propia Claudia.

El resto del tiempo hasta que se acostaron las niñas y Jaman Singh, ella jugó al parchís lanzándole discretas miradas de soslayo cuando creía que nadie la veía; y él la veía siempre. Después los tres salieron a sentarse en el muro frente a la casa, abrigados con coloridas mantas de pelo de yak. Kayla les había sacado el cuenco de *raksi* para que soportaran mejor el frío intenso de la noche, ya que renunciaron a disfrutar del fuego que quedó encendido en la cocina cuando ella se retiró a dormir, mucho después de que lo hubieran hecho su marido y sus hijas. Ni el más cálido y confortable hogar igualaba a sentirse como suspendido sobre la ladera de una montaña contemplando la inmensidad de un firmamento cuajado de estrellas, aseguró Claudia. Él estuvo de acuerdo, aunque para sí mismo pensó que no hubiera sido lo mismo sin ella. Aquello le recordaba a las noches de verano que pasaba con John y Sharon, tumbados bajo una porción de cielo mucho más pequeña y con menos estrellas. Allí medio desnudos para soportar el calor, aquí encogidos bajo unas gruesas mantas de lana para que no los congelara el frío nocturno de las montañas.

Observó con disimulo a Claudia, que insistía en evitar las miradas tiernas que le dedicaba el enamorado Gordon. Estaba distinta desde que habían llegado allí. O más bien desde que juntos montaron en el autobús en aquella ruidosa estación de Katmandú. La veía más relajada, más sonriente y espontánea, abriéndose incluso a hablar de sus fracasos sentimentales después de que Gordon hubiera contado los suyos.

Y así descubrió que la delicada doctora había estado a punto de casarse, pero que se rompió el compromiso a falta de dos días para la ceremonia. Sin ninguna duda, ella era una caja de sorpresas. La había visto reír bromeando sobre el caos que supuso devolver los regalos de boda o regalar el vestido de novia a quien le sirviera y además no creyera en la mala suerte. Nunca imaginó que nadie pudiera bromear con algo así. Pero lo cierto era que su risa no le pareció forzada. Más bien intuyó que todo aquello pertenecía ya a un pasado que tenía del todo superado.

—El último. Para matar el frío de esta noche en la cama —aseguró Gordon llenando las tazas de nuevo.

Lo bebió aunque no lo creyó necesario, ya que Claudia y él no pasaron frío la noche anterior. Sus habitaciones estaban sobre el establo de los poderosos yaks, que eran como estufas desprendiendo un calor que ascendía y se pegaba al techo, filtrándose por las rendijas de las tablas.

De aquel dormitorio cálido con un ligero olor a ganado salió a medianoche, cuando todos dormían, dispuesto a recuperar sus cosas y a abandonar la aldea antes de que amaneciera y se hubiera levantado nadie.

Pasaba frente al cuarto de Claudia cuando algo le hizo detenerse y rozar con suavidad la madera. No volvería a verla, ni siquiera para despedirse. Y esa idea le

oprimía el pecho y le obligaba a tomar aire. Empujó con cuidado, consciente de que los vapores del *raksi* le entorpecían los movimientos. Y no podía permitirse el error de despertarla.

No entró. La miró desde allí para no correr más riesgos. Y una sensación extraña le inundó al verla tan dulce, tan serena. Hubiera dado cualquier cosa a cambio de un poco más de tiempo con ella. Unos días. Unas semanas, si su situación hubiera sido otra. Pero tenía que conformarse con la emoción que le provocaba verla allí, inalcanzable y tan turbadoramente hermosa. La tenue luz de aquella media luna se colaba por la ventana para derramarse sobre la manta de colores y la almohada. Sobre su rostro y su cabello revuelto. Sobre sus gafas, que brillaban en la repisa de piedra, junto al cabecero.

Era una preciosa última imagen la que se llevaba de ella y que, estaba seguro, recordaría siempre.

Se despidió sin palabras, cerró con cuidado y salió de la casa con sigilo.

Y a pesar de la inoportuna luna menguante y de su propio mareo, que le llevó a dar algún que otro traspié, después de algunos estúpidos extravíos acabó llegando a la consulta. Se detuvo a mirar la pared de piedra agradeciendo aquel frío intenso que le ayudaba a despejarse, porque únicamente sobrio daría con el modo de abrir la ventana e introducirse por ella.

—¿Tampoco tú puedes dormir?

Inspiró hondo antes de volverse.

En la oscuridad brilló el extremo candente de un cigarro. Y un olor característico, dulzón y seco, lo alcanzó de lleno. Gordon estaba allí, sentado junto a la puerta de una de las casas, justo frente a la consulta.

—Creí que un paseo me ayudaría.

—¿Problemas?

—Ninguno. Creo que el exceso de *raksi* me ha desvelado.

—¿Desvelarte? Yo diría que eso dormiría a un yak de novecientos kilos.

Se sentó junto a él, en el escalón, rechazando con un gesto la calada que le ofrecía de su pitillo de hierba.

—¿Y qué es lo que no te deja dormir a ti?

Se tomó su tiempo para inspirar hondo y expulsar el humo con expresión ausente.

—Recuerdos. Recuerdos. Recuerdos.

—Sí, también esos desvelan. —Se volvió a mirar a su espalda—. ¿Vives aquí?

—Al principio lo hacía con una familia. Son muy generosos, te dan hasta lo que no tienen. Pero un hombre necesita independizarse aunque viva en el techo del mundo. —Rió antes de inhalar de nuevo y expulsar despacio—. Todos comenzamos conviviendo con familias y terminamos haciéndolo solos.

—¿También Claudia?

—Ella tardó más en ocupar su propia casa. Fue a su vuelta de España.

—¿Se sintió obligada a ir por los deseos de su familia?

—Ni ella misma podría responderte a eso. Imagino que fue un poco por todo. Normalmente vas a un país como voluntario, te quedas unos años y de pronto un día necesitas volver a tus raíces. Te cuesta adaptarte de nuevo al «mundo civilizado», y aunque nunca lo consigues del todo, tienes una vida que parece normal. Porque con el tiempo vuelves a largarte, pero ya sólo durante unos meses. Formas una familia, con una pareja y unos hijos que te verán poco... Lo normal.

—Pero ella regresó para quedarse.

—A algunos les pasa. No consiguen acostumbrarse y sienten que allí se mueren un poco cada día. Claudia supo que perdería a su familia y se perdería a sí misma si no regresaba a Nepal. Incluso ellos lo advirtieron y le rogaron que volviera aquí cuanto antes. Éste es su mundo, su vida.

—Así que terminará compartiendo esa vida con un nepalí, puede que con un tamang, y teniendo preciosos críos de cara redonda y ojos rasgados —nada más decirlo se dio cuenta de que no le agradaba la idea.

—O con alguno de sus colegas médicos. —Inspiró el pitillo y se lo ofreció de nuevo, sujetándolo entre el índice y el pulgar—. Anda, te ayudará a dormir.

Esta vez Matthew lo aceptó y le dio una calada. La falta de costumbre de introducir humo en sus pulmones le hizo toser, pero en cuanto se recuperó volvió a inhalar, lenta y profundamente, tratando de fijar la mirada borrosa en las ventanas de la consulta médica.

Capítulo 22

No había dormido mucho, y aun así se despertó despejado por la mañana. Era cierto que necesitaba pocas horas de sueño, sobre todo cuando le daba por preguntarse si todo acabaría fracasando. Necesitaba que saliera bien, y no sólo para no pasar el resto de su vida en una cruda prisión nepalí.

—Ve poniéndolas aquí encima.

Siguió las instrucciones de Gordon, que al parecer tampoco necesitaba dormir muchas horas para despertarse descansado, o al menos para parecerlo. Estaban en la consulta, abriendo las cajas que contenían las vacunas contra el sarampión que comenzarían a administrar en menos de una hora. Claudia le había pedido que hiciera de enfermero, ordenando a los niños en fila y frotándoles el punto del pinchazo con un algodón empapado en desinfectante. Y, por supuesto, cuidando de que no se asustaran ante las jeringuillas. Justo él, que cuando se las clavaran intentaría mirar hacia otro lado para no marearse.

—¿Quién paga todo esto? —preguntó a la vez que dejaba las primeras dosis en la mesa.

—Una ONG muy pequeña y con pocos medios, pero con muchas ganas de trabajar y de crecer.

—Hay cosas que cuesta creer. Está claro que esta vida no es fácil, pero también que crea adicción. Basta con veros a Claudia o a ti para confirmarlo.

—Somos médicos —volvió a decir cuando era evidente que eso no explicaba nada.

Durante unos segundos se dedicó a sacar más dosis de las cajas y a ponerlas sobre la mesa, pensando en la soledad que debía de sentir allí Gordon, enamorado de una mujer a la que siempre tenía lejos y que además ya no le correspondía. Él no podría soportarlo; se volvería loco en un lugar así. Necesitaba civilización, consumismo, fiestas, mujeres.

—Hay mujeres muy guapas en la aldea. Algunas me recuerdan a las guerreras de la antigua Mongolia.

—No andas desencaminado. Dicen que su origen habría que buscarlo en Mongolia.

Sacó de la caja las últimas dosis y las dejó sobre la mesa para ordenarlas.

—Son realmente preciosas.

—Sí, mucho —reconoció con una satisfecha sonrisa.

—Si te quedas aquí para siempre, ¿crees que terminarás casándote con una?

La risa de Gordon sonó escandalosa.

—Para eso deberían hacerme hijo pródigo o algo parecido. Los tamang sólo se casan con tamang o con sherpas.

—¿Círculo cerrado?

—Más de lo que imaginas. Dentro de la etnia tamang hay unos ciento cincuenta subgrupos, todos unidos por diferentes cadenas *swagebhai*, que viene a significar hermanos y hermanas, y no se les permite casarse entre sí.

—¿Aunque realmente no sean hermanos?

—En su cultura lo son. Por ejemplo, los subgrupos *lo*, *glan* y *ghising*, son modelos *swagebhai*. Sólo con que las madres de un chico y una chica pertenezcan a cualquiera de estos tres subgrupos, ya se les considera hermanos de madre y no podrán casarse.

Meció la cabeza, incrédulo y desconcertado. Y Gordon continuó:

—Los tamang tienen tres formas de contraer matrimonio. Una es prometiendo a las parejas cuando ambos son niños pequeños y haciendo una fiesta de matrimonio. Otra, la más habitual, es cuando una pareja se enamora y él va a la casa de la chica a pedirla en matrimonio. Si no se lo conceden acostumbra a escaparse hasta que la familia acepta. La tercera es robando a la mujer deseada, aunque si durante tres días ella se niega a casarse es devuelta a la familia y todo se perdona.

—Entonces siempre podrás robarte una que te guste —propuso riendo.

Notó que Gordon había captado su indirecta, porque mostraba desafío en los ojos y un irónico arqueado en los labios.

—Si piensas quedarte mucho tiempo por aquí, tú también deberías ir eligiendo a cuál robar.

Y de pronto llegó ella, Claudia, con su pulcra bata blanca de médico, tan profesional que en poco recordaba a la desinhibida chica que la noche anterior los hizo reír con sus ocurrencias sobre una boda echada a perder, como si tras toda ruptura no hubiera siempre un poco o un mucho de drama.

—¿Quién va a robar a quién?

—Los dos nos vamos a robar cada uno a una chica tamang, las más bonitas —aseguró Gordon—. A lo mejor así nos permiten casarnos con ellas.

—¿Habéis bebido *raksi* en el desayuno o todavía os duran los efectos del de anoche?

Matthew buscó sus ojos hasta encontrarlos.

—Dicen que las penas de amor no saben nadar en alcohol y acaban ahogándose.

Aquella frase susurrada con lentitud la hizo sonreír a la vez que se encajaba las gafas con el índice.

—¿Por qué tengo la sensación de que tú no entiendes mucho de eso?

Iba a responderle. Iba a decirle que era cierto, que él no había tenido fracasos de amor importantes y a explicarle que tal vez fuera porque su hermano había sabido instruirle en eso de la seducción, o a que él se empeñó en ser un alumno aventajado, pero que aquello podía cambiar radicalmente al conocer a una mujer increíble en el

rincón más insospechado del mundo. Pero Gordon debió de percibir todo aquello como un tanteo, y lo cortó de cuajo al pedir a Claudia que trajera los paquetes de algodón y el desinfectante.

La observó abrir el pequeño cuarto trasero y miró hacia el interior. Allí seguía estando la caja que a él le interesaba, de momento a salvo. Porque en las baldas de los medicamentos había visto suficientes gasas para que no tuvieran que echar mano de las que ellos habían llevado desde Katmandú.

No supo por qué salió de la casa aquella noche, ni por qué sus pies le condujeron hacia la consulta o por qué se detuvo al oír las voces en lugar de dirigirse hacia ellas. Su primera intención fue marcharse, no molestar, pero cuando se volvía para regresar sobre sus pasos y acostarse de nuevo, oyó que pronunciaban su nombre. Y eso le obligó a prestar atención. Allí, frente a la casa de Binita Lama, al pie del viejo pino hasta donde no llegaba el reflejo de luz de la luna.

—No hace falta que me digas que no tienes nada con él. Lo sé —decía en aquel instante Gordon—. Pero también he visto cómo lo miras.

Estaba junto a su casa, sentado en los escalones en los que ya una vez compartió con él conversación y un cigarro con sabor a hierba. Le vio expulsar el humo del que ahora tenía entre los dedos y pasárselo después a Claudia.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —propuso ella antes de darle una calada.

—Porque quiero que tú me lo digas. Estás loca por él, ¿verdad?

—¿Y qué importa eso?

—Tal vez me guste torturarme. Llevaba tres meses esperando que vinieras, rezando para que volvieras a sentir algo por mí. Y llegas enamorada hasta los huesos de alguien que no te hace ni caso. ¿O sí? —preguntó volviéndose a mirarla—. Os veo hablar mucho, reír mucho, hacer muchas cosas juntos.

—Es un amigo.

—Un amigo ciego y necio si no ve lo que sientes por él y te deja escapar.

La risa de Claudia rasgó el silencio de la noche.

—¡No seas tonto! —exclamó empujándolo con el hombro.

—No quiero que te lées con él. Si lo haces te quedarás en Katmandú y olvidarás nuestros planes de crear aquí un pequeño hospital.

—No me conoces en absoluto si crees que un hombre podría hacerme olvidar algo así.

—Un hombre no, pero él no es cualquier hombre. Lo sé. Lo veo en tus ojos. Y si él no lo ve no te merece.

La oyó suspirar justo antes de que el extremo del cigarro se volviera de un rojo candente.

—Nadie dijo que esto del amor fuera fácil. Cupido dispara con una venda en los ojos y reparte mal las flechas.

Él estaba dolorosamente de acuerdo. Cupido disparaba con una maldita venda en los ojos y sin detenerse a pensar si el momento, el lugar o la situación eran los adecuados.

Se alejó despacio, sin hacer ruido, y mientras lo hacía oyó la risa de ella, clara y cristalina como el sonido del agua de las cascadas que abundaban en los rincones más insospechados de aquellas montañas.

Se mantuvo despierto hasta que la vio llegar, casi una hora más tarde, abrigada hasta la nariz con la manta de colores. Extrañamente, después tampoco consiguió dormir. Por primera vez le turbaba la idea de que una mujer, tan diferente a cuantas había tenido hasta entonces, estuviera colada por sus huesos y durmiera en el cuarto de al lado. Tal vez porque esa mujer diferente le provocaba emociones diferentes, sentimientos desconocidos que escapaban a su hasta entonces efectivo control.

La cascada era espectacular, tal y como Claudia le había asegurado. En lo más alto, el agua descendía entreteniéndose entre rocas medio cubiertas con una especie de enredadera verde, formando sinuosos senderos brillantes hasta que, de pronto, a unos cuatro metros del suelo caía en vertical rompiéndose en el remanso de aguas profundas que la mano del hombre había formado amontonando con destreza piedras en el cauce del río. Después volvía a transformarse en un riachuelo de aguas rápidas que chocaban contra las rocas, redondeándolas con su paso furioso. Allí la tierra, verde y húmeda, estaba revestida de hermosas y coloridas flores que no había visto jamás; ni siquiera entre las muchas y diversas que rodeaban la aldea.

—Hasta aquí venían las mujeres tamang a por agua antes de que recogieran la que fluye bajo la montaña encauzándola hacia la fuente de piedra. Un kilómetro no es mucho, cuando en algunos poblados tienen que caminar durante horas para conseguirla, pero aun así para ellas suponía un problema por los espíritus.

Matthew sonrió con asombro.

—¿Espíritus? Vaya, esto se pone interesante.

—Hazte el valiente si quieres, pero seguro que echarías a correr si nos encontráramos con alguno de regreso a la aldea.

—¿Vas a sorprenderme diciéndome que existen?

Ella rió mientras se arrimaba a la orilla.

—Los integrantes de algunas etnias solían arrojar por los barrancos los cadáveres de sus hijos muertos para que sus espíritus poblaran las colinas. Ellas creían ciegamente en que así era, con lo que hacían este recorrido con mucho miedo. Pero, por suerte, médicos como Gordon están haciendo tan buen trabajo con la salud en estos lugares remotos que en los últimos años ya a nadie se le ocurre abandonar a sus criaturas muertas, con lo que ningún espíritu recorre las colinas. —Se sentó en una roca y hundió los dedos de una mano en el agua helada—. Aunque ya no necesitan hacer el camino para recoger agua, pueden venir tranquilas a bañarse y a divertirse en

los días calurosos.

La imaginó allí en verano, bañándose y riendo con las mismas mujeres con las que se divertía corriendo con la carga de forraje para el ganado a la espalda. Imaginaba el verano allí muy especial; el verano muy especial y el invierno extremadamente crudo.

—¿Te establecerás aquí algún día para fundar el hospital, como quiere Gordon?

—Así que te lo ha contado. —Sonrió a la vez que se secaba las manos con la larga falda de colores—. Es algo que planeamos juntos hace una eternidad y que haremos antes de que termine el año. Los tamang que habitan esta extensa zona lo necesitan. Lo cierto es que hay tanta necesidad por todas partes que es imposible abarcarla toda, pero es infinitamente más fácil encontrar voluntarios para el valle que para las montañas.

Matthew se sentó a su lado y miró los pequeños y plateados pececillos que nadaban junto a las piedras del fondo. Se inclinó para sacar una, redondeada y pulida como un pequeño huevo gris con vetas blancas. Estaba tan gélida como aquella agua cristalina procedente del deshielo.

—No termino de entender qué hace que una mujer como tú decida dedicar su vida a todo esto.

—Yo tampoco —bromeó riendo—. Tal vez la necesidad de sentirse bien.

—Yo no dedico mi vida al prójimo y siempre me he sentido bien. —Se volvió a mirarla—. Mejor que bien, diría yo.

—Cada cual encuentra su camino, aunque a veces es el camino el que se atraviesa en el que creías que era el tuyo. Estudié medicina con la plena convicción de que la utilizaría para ayudar, para salvar vidas, todo ello en un hospital de mi entorno. Pero al venir aquí y ver la crudeza con la que nos necesitan, supe que éste era mi sitio, que para esto había estudiado.

—¿Crees que hubieras venido si te hubieras casado con aquel tipo?

—No lo sé. No tengo respuesta para eso, y te aseguro que me lo he planteado muchas veces.

Durante unos segundos, Matthew sólo giró entre los dedos la piedra ovalada, como si buscara algún defecto en su perfecta forma pulida por el correr del agua.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Prueba.

Lo dijo en un tono de cariñoso desafío.

—¿Quién rompió el compromiso a falta de dos días para la boda?

Creyó oírla suspirar al tiempo que la veía acomodarse en la roca y volverse a mirarlo, tal vez para mostrarle que aquél era un tema como cualquier otro.

—Él.

—Seguro que después se arrepintió mil veces.

—No sé si tantas. —Sonrió sin apartar los ojos—. Me escribió un *email*, cuando yo ya estaba viviendo aquí. Me decía que se había casado y que me echaba de menos.

Que había cometido un error al dejarme.

—¿Qué le respondiste?

—Nada. Pensé que no merecía ninguna respuesta. Entonces, idiota de mí, todavía estaba enamorada de él.

El aire le revolvía el pelo y le salpicaba con las minúsculas gotas de agua que la cascada pulverizaba en su caída, llenando el ambiente de humedad. Ella se pasó las manos para enjugarse la que le cubría la cara mientras él se preguntaba cómo podía tener alguien aquella apariencia frágil, dulce y especial, y a la vez poseer tanta fortaleza, tanta seguridad en sí misma.

—¿Y tú? —la oyó preguntar de pronto—. Nunca hablas de tus relaciones. ¿Cuándo fue la última vez que te enamoraste?

—Nunca —al decirlo recordó habérselo contado a Ruth, por lo tanto lo sabía también ella—. Jamás he dicho «te amo» a una chica, porque aunque me han gustado muchas, muchísimas, nunca me he sentido enamorado de ninguna. No he tenido suerte en eso del amor.

—Bueno. Llegará cuando tenga que llegar. Siempre llega por mucho que lo evites.

Sonrió, sorprendido por su agudeza. Porque no era exactamente que hubiera evitado enamorarse, pero cierto era que nunca puso nada de su parte para hacerlo, ni de adolescente ni después, cuando ya había visto en otros las complicaciones que conllevaba enamorarse. Así que, cada vez que una mujer había comenzado a gustarle demasiado cambiaba de mujer, se enganchaba a otra novedad. Y así había seguido sintiéndose libre. Ahora, y por primera vez en su vida, su resistencia no estaba siendo eficaz. No contaba con las mismas armas, ni siquiera con las mismas ganas de alejarse. Tal vez porque lo que le asustaba no era lo que estaba comenzando a sentir por ella, sino que estuviera ocurriendo cuando no podía permitírselo aunque quisiera.

—¿Tú dejas que las emociones gobiernen tu vida?

—No del todo. Por ponerte un ejemplo, fueron mis emociones y mis sentimientos los que me trajeron aquí. También fueron los que una vez me llevaron de nuevo a casa para no seguir angustiando a mis padres, en especial a mi madre, que siempre ha sido la mediadora en las desavenencias familiares. Pero allí sentía que me moría y tuve que regresar. Ahora escucho a mi cerebro aunque me rija por el corazón. Si alguna vez mi madre me necesita me tendrá, pero aquí, en Nepal. Porque si yo volviera allí acabaría siendo malo para las dos; nos destruiría a ambas. Puedo decir que ahora soy un cincuenta por ciento emociones y el otro cincuenta razonamiento.

Se quedó quieta, mirándolo, como si le pasara el turno de las confianzas. La encontró guapa. El aire de las montañas le había tostado la piel y le había aclarado el color caramelo de los ojos, que brillaban alegres a través del cristal transparente de sus gafas.

—No sé bien cómo definirme. —Resopló con suavidad y miró hacia lo alto de la cascada, favoreciendo que las minúsculas gotas le humedecieran el rostro—. Me

dejaba llevar por las emociones, por los deseos, por los impulsos. Pero huía de los compromisos.

—¿Miedo a comprometerte?

—¿Sinceramente? —Ella asintió—. No veía motivos para complicarme la vida. Mi libertad era más importante que ninguna otra cosa.

—¿Estás hablando en pasado o sólo me lo parece?

—Quién sabe —musitó con expresión de pronto lejana.

Claudia debió de presentir que algún recuerdo doloroso se le había colado en la mente, porque comenzó a contarle, en tono divertido, que su hermano calculaba tanto los compromisos que ya tenía firmado el contrato de trabajo con el hospital de su padre antes de terminar la carrera, que se comprometió con una chica del colegio con sólo trece años, que mucho después se casó con ella y que antes de hacerlo ya habían acordado cuántos hijos iban a tener y qué tipo de estudios les darían. Rió al comentar que tanto compromiso cumplido a pies juntillas le quitaba emoción a la vida. Matthew asintió con la cabeza al tiempo que pensaba en que el primer compromiso realmente serio que había asumido él, más que restar emoción a su vida, se la estaba multiplicando.

Capítulo 23

Aquella noche ella había llegado a casa agotada y hambrienta, y él sabía por qué. Gordon le había contado que había efectuado dos operaciones por la mañana y que no se había detenido a comer porque habían llegado a avisarles que en la aldea de Dhanche, a tres kilómetros montaña arriba, una chica primeriza estaba de parto y que el pequeño llegaba cruzado y no quería salir. Ella había ido a asistirle, acompañada de los dos enfermeros novatos mientras él se quedaba al cuidado de los postoperatorios. La había observado, sentada en el círculo que la familia había hecho en torno al fuego y las cacerolas, devorando su sopa de fideos con verduras como si no hubiera comido en siglos. Una vez terminada la cena, en lugar de retirarse a dormir, como seguramente le pedía el cuerpo, se fue al rincón a jugar con las niñas la partida al parchís de cada noche mientras él se quedaba en el otro extremo de la cocina, jugando solitarios con los viejos naipes de Jaman Singh.

Había barajado con lentitud, más centrado en observarla a ella que en colocar las cartas en el suelo. Las risas de las niñas habían llenado la cocina, como siempre. Las de Claudia sonaron tan extenuadas como la parpadeante luz que la iluminaba desde el candil y de las llamas que se extinguían ya en el hueco del fogón. Hasta que, tras los primeros bostezos de las pequeñas, ella se despidió de todos y las tomó en brazos para llevarlas a la cama. Poco más tardó el patriarca en retirarse a dormir mientras su esposa se demoraba cumpliendo con las últimas labores nocturnas. Debió de acabar extenuada, igual que cada noche, y aun así se tomó la molestia de echarle una manta sobre los hombros cuando finalmente se despidió con una sonrisa.

La casa quedó en completo silencio. Él se encogió bajo la gruesa lana, cerró los ojos y volvió a ver el hermoso rostro de Claudia, agotado y sonriente. La había estado esperando frente a la casa hasta que Gordon le habló del día duro que había tenido y de que aún tardaría en volver. También para él había sido un día difícil, en el que los pensamientos le habían mortificado. Y ya no sólo porque lo hubiera dejado todo en suspenso, sino porque mientras él seguía allí había alguien esperando a que hiciera su parte. Recordar eso le había angustiado hasta sentir asfixia en aquel lugar en el que podía respirar el aire más puro y limpio de cuantos sus pulmones habían recibido. Y allí la única persona que podía darle un poco de serenidad y hacerle sentir bien era ella. Le bastaba con su mera presencia, con sentirla al lado, con escuchar su voz o compartir sus silencios.

—¿Qué haces todavía levantado?

Sonrió al escucharla. Casi había perdido la esperanza de verla aparecer de nuevo aquella noche.

—Consulto el futuro —bromeó extendiendo las primeras cartas en el suelo—. Y a ti te imaginaba ya durmiendo.

—Las niñas no tenían sueño. Sólo querían que les contara cuentos. —Se sentó junto a él y miró con interés las cartas—. ¿Qué has dicho que ves ahí?

—El futuro. —Los dos rieron—. ¿Quieres que te lea el tuyo?

—Miedo me da decirte que sí. Mira cómo tiemblo.

Contempló la mano que ella le tendía fingiendo un exagerado temblor.

—Eso es frío. Por suerte aquí debajo hay sitio para dos. —Levantó un extremo de la manta y la cubrió con ella, arrimando sin remilgos su cuerpo al suyo. Creyó oírla suspirar—. ¿Mejor así? —le preguntó tan de cerca que temía que ella oyera cómo se le aceleraba el corazón.

—Mucho mejor —musitó sin moverse—. Ya estoy preparada para que me leas el futuro.

Él recogió las cartas del suelo, las entremezcló un poco y comenzó a extenderlas de nuevo, poco a poco, a la vez que improvisaba algo nuevo con cada una.

—Esta representa a un hombre joven. Médico. Extranjero. —Una carta más para completar la descripción—. Inglés. —La oyó reír y decidió avanzar—. Ésta es la carta más bonita de la baraja. Te representa a ti. —Fingió sorpresa al descubrir la siguiente del mazo—. Vaya. Ésta es la del amor. Este joven médico y tú...

—¡Un momento! —le interrumpió—. Creí que ibas a leerme el futuro, no el pasado.

Volvió a observarla. El tembloroso parpadeo de la vela se le reflejaba en el cristal de las gafas. Se las quitó con lentitud, sin dejar de mirarla, y las guardó en el bolsillo de su camisa de hombre tamang.

—¿Quieres evitar que distinga las cartas? —protestó ella.

Él advirtió que le temblaba la voz. Estaba hermosa, iluminada por aquel resplandor dorado.

—Puede que sí —murmuró, y haciendo a un lado la carta que representaba al joven médico, comenzó a sacar otras—. En tu futuro veo felicidad. Sonrisas. Un hombre...

—¿Médico inglés?

—Ni hablar. Hemos quedado en que eso era pasado. —Alzó los ojos sin moverse y la miró, esta vez a través de las pestañas—. ¿Por qué no americano?

—Sí. Por qué no. Ya estuve enamorada una vez de un americano.

Sintió celos.

—No debía de ser muy listo cuando te ha dejado escapar.

Ella inspiró hondo, y sujetando su extremo de la manta se cubrió hasta la barbilla.

—Jugaba al béisbol en el equipo de la universidad, Los Aztecas. Yo me hice animadora suplente sólo para verlo.

—¿Conseguiste salir con él?

Asintió a la vez que arrugaba graciosamente la nariz.

—Durante todo un curso, en el que no me perdí ni un solo partido, incluso muchos entrenamientos a pesar de que no me va eso del deporte. Resultó agotador.

Así que ella no sólo era diferente, sino también lo más opuesto a las chicas de su entorno, capaces de vender su alma al diablo a cambio de salir con un deportista reconocido. Encontraba probable que, de haber sabido ella a qué se dedicaba, no se hubiera enamorado como lo había hecho. Era lo que tenían las mentiras, o los simples silencios, que a veces lo complicaban todo y otras ayudaban a conseguir lo inimaginable.

—Demasiado béisbol.

—Más bien demasiado Jeremy, que era como se llamaba. Estaba inflado de vanidad. Cuando paseábamos estaba más pendiente de encontrar un escaparate en el que admirarse que de mí o mis palabras. —Rió con suavidad—. Al acabar nuestra relación me juré que no volvería a salir con ningún chico que fuera demasiado guapo.

—¿Y lo cumpliste?

Volvió a arrugar la nariz.

—Hay promesas que una chica no debería hacer nunca.

—Así que no lo cumpliste —dijo riendo, y se paralizó cuando ella recostó la mejilla en su hombro.

Cerró los ojos, conteniendo el deseo de besarla y permitiéndose, a cambio, rozarle el cabello con los labios. Pero el atormentado placer duró apenas unos segundos; hasta que ella se apartó, encogiéndose de nuevo bajo la manta, pero con el cuerpo aún arrimado al suyo.

—Es mejor no saber qué nos depara el futuro.

—¿De verdad no necesitas saberlo a veces?

—¿Saber, por ejemplo, si alguien a quien deseas va a besarte o no?

Él rió, sorprendido de que una mujer pudiera ponerlo nervioso con tanta y tan simple facilidad.

—No me refería a un futuro tan inmediato, pero de acuerdo. El ejemplo nos sirve. ¿No te gustaría saberlo?

Ella se humedeció los labios, hizo el gesto de encajarse las gafas que no tenía y se apartó el imaginario flequillo. Estaba nerviosa, y de pronto se echó a reír, con las mejillas enrojecidas a pesar del frío.

—Parecemos niños hablando de héroes con superpoderes especiales.

Se sonrieron mientras ella alzaba la manta y se cubría hasta la nariz. Le sorprendía su buen humor. Hacía una labor dura, difícil, y aun así siempre tenía una sonrisa en los labios, igual que cada nepalí. Y eso le admiraba y le seducía. Estar con ella siempre era algo grato. Tal vez por eso, cuando un rato después se retiraban a dormir y se despedía de ella ante su cuarto, sintió pena de que acabara allí la noche.

—Gracias por todo esto. —La miró detenerse y volverse hacia él—. Me ha gustado pasar media noche contigo.

Ella volvió a enrojecer, asintió con un gesto y le deseó felices sueños.

Cuando se quedó solo inspiró hondo. Tenía la sensación de que no había sabido expresarle con exactitud lo que aquella noche había significado para él. Que momentos como los que habían compartido casi compensaban el que Gordon y un pitillo de hierba le hubieran impedido hacerse con los documentos y marcharse.

Aquél fue un día interesante en muchos sentidos. Por la mañana, mientras Claudia y Gordon operaban en la consulta, él había ayudado a Jaman Singh a cortar a los yaks su pelo largo y lanoso que después las mujeres convertirían en hilos de colores con los que tejerían mantas y prendas de abrigo. Había puesto tanto cuidado en no provocar el más mínimo corte con aquel cuchillo curvo al primero de los yaks que antes de que él terminara Jaman Singh había pelado al resto. Le resultaron divertidos los gestos que utilizó para decirle que había sido lento por mostrarse demasiado cariñoso con el animal. Después, no sabía si para celebrar que habían acabado el trabajo, lo mal que lo había hecho o lo mucho que ambos se había reído, le condujo hasta la casa de Binita Lama. En la explanada, que calentaba el sol, el marido de ésta y el porteador enjuto que les había ayudado a subir la montaña afilaban con parsimonia sus cuchillos.

Allí pasaron el resto de la mañana, sentados en el suelo, ellos hablando sin parar en su idioma tamang y a ratos traduciéndole algo por medio de gestos. Pero tampoco le habría preocupado que no lo hicieran. Era una sensación rara, y hasta agradable, aquella de escuchar palabras de melodía extraña con la misma quietud con la que otras veces se paraba a oír el murmullo del viento o del agua de las cascadas. El país en el que el tiempo parecía haberse detenido en la Edad Media a veces lograba parar también el suyo; parar sus ansias de acelerarlo todo, sus preocupaciones y hasta su insoportable insomnio de los últimos meses. Y de eso el responsable era el lugar, pero también Claudia y su modo de ver cada segundo de la vida. O era posible que tan sólo el modo en el que desde hacía tiempo, y cada vez con mayor intensidad, él la veía a ella.

Como ese atardecer, en el que juntos esperaban junto al puente la llegada de las chicas con sus cargas de forraje. En esa ocasión, ella más que hablar le había sonsacado cosas a él. Cosas como que hacía muchos años que abandonó la casa de sus padres para buscarse la vida y cumplir sus sueños, que nunca había convivido con una mujer porque valoraba demasiado su libertad, que le gustaban más las motos que los coches, que su niña bonita era una Harley Davidson con la que había cruzado Arizona, Utah, Idaho y Montana, que se había bañado desnudo en el lago helado Kinbasket...

—¿Cuándo fue eso? —preguntó divertida.

—Hace dos años, cuando recorría Canadá con tres de mis mejores amigos. No pudimos resistirnos a tanta impresionante belleza y seguimos un camino de tierra que nos llevó casi hasta el borde del agua. Llevábamos un buen rato allí, sentados en

nuestras motos, contemplando aquellas inmensas montañas nevadas y los bosques de pinos que se reflejaban en la superficie inmóvil, cuando de pronto el loco de Scott comenzó a desnudarse. ¡Por lo menos estábamos a doscientos bajo cero! —exageró sin pudor—. Se nos congelaban hasta las pestañas, y a él estaba claro que también las ideas, porque insistió en que se bañaría allí pesara a quien pesara. Nos llamó niñatos cobardes mientras se zambullía. —Meció la cabeza al reír—. Esas palabras siempre nos llevaban a hacer locuras. También aquella vez. Nada más oírle nos desnudamos con rapidez y nos lanzamos al agua helada. No imaginas cómo gritábamos para aguantar aquel frío que parecía cortar la piel como cuchillos afilados.

—¿Y dices que el loco era Scott? —se mofó riendo.

—Imagino que es contagioso. ¿Qué locuras has hecho tú?

Claudia levantó los pies hasta el pequeño muro y se abrazó las rodillas. En el horizonte el sol comenzaba a esconderse tras las montañas.

—Si las he hecho, en aquel momento debieron de parecerme tan normales que ni las recuerdo.

Volvió la cabeza hacia ella y se quedó quieto, como si no pensara hacer otra cosa que mirar su hermoso perfil que doraba el sol hasta que ella le devolviera la mirada. Y cuando lo hizo sus ojos se quedaron frente a frente, más cerca de lo que habían estado nunca.

—Eso denota más locura que la mía —susurró en voz muy baja.

La notó tragar saliva y humedecerse los labios antes de preguntar:

—¿Y eso te parece malo?

—Más bien fantástico...

Y de pronto les llegaron los gritos divertidos de las muchachas tamang. Claudia volvió a tragar, con las mejillas arrojadas y los ojos tímidos mientras se apartaba de él y se ponía en pie. En aquel instante ellas, que terminaban de cruzar el puente llevando aquellas voluminosas cargas de forraje, volvieron a llamarla.

—¡Vamos! —le propuso Claudia, con la cara todavía encarnada—. Verás cómo te diviertes.

—Ni loco me meto yo en una carrera de mujeres.

Ella se inclinó para poner sus ojos a la altura de los suyos, y se le acercó cuanto le fue posible sin llegar a rozarlo.

—Niñato cobarde. —Él rió y ella volvió a decir—: Sólo un niñato cobarde no se atrevería a competir con unas indefensas mujeres.

La vio alejarse con la espalda recta y los hombros erguidos, meciendo con orgullo aquella larga falda de colores. No sabía ella lo que él disfrutaba viéndola correr con las demás chicas, lo mismo cuando alguna tropezaba y las que la seguían caían de bruces en la hierba que cuando todas llegaban sofocadas a la meta. Ni sabía que había madurado lo suficiente como para que las palabras «niñato cobarde» no le removieran nada por dentro. Lo que él no calculó fue que ella se volvería a mirarlo de soslayo de aquel modo, con aquella sonrisa traviesa. Lo que no pudo prever fue que reaccionaría

poniéndose en pie y yendo a buscarla dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera. Incluso una carrera con un grupo de mujeres que rieron mientras le ayudaban a cargar sobre su espalda el cesto de forraje, y que todavía seguían haciéndolo al dar la voz de salida.

No fue consciente de cómo acabó rodando por el suelo con ella. Si le falló la rodilla, si tropezó, si fue Claudia quien se le cruzó cuando la adelantaba. Sólo podía recordar el grito de ella al caer, su risa, su entrecortada respiración, su mirada desconcertada a pocos centímetros de la suya al tiempo que musitaba que había perdido las gafas. Y luego su carcajada nerviosa mientras él las buscaba entre el desorden de hierba y descubría que su piel olía a una suave mezcla de madera e incienso.

Capítulo 24

Llevaba cinco años viviendo en Nepal, apartando el corto intervalo en el que volvió a su país y que no le gustaba recordar. Allí la felicidad siempre había estado asegurada. Una felicidad serena, templada y dulce como las sonrisas de cada nepalí que se había cruzado en su vida. Y ahora, en su querido Namrhung, su felicidad serena se parecía más a la felicidad embelesada de una adolescente. Porque Matthew estaba allí, con ella, dedicándole más atención de la que le prestó en Katmandú, más miradas cómplices, más sonrisas ladeadas y seductoras. Lo que bien podía significar que su amiga tenía razón, y que había subido a la cima del mundo tan sólo para estar con ella. Y esa «casi certeza» la llevaba a sonreír de la mañana a la noche, y era posible que hasta en sueños.

—Mañana va a ser un gran día —le contó mientras desayunaban té y tortas de maíz, antes de salir hacia la consulta para la primera operación de la jornada—. La vieja Shyam cumple ciento diez años. Es la más anciana de la aldea y le harán una fiesta.

—¿Con tarta de cumpleaños y piñata? —bromeó divertido.

—Una fiesta alucinante que sólo saben hacer los indígenas tamang, con música, canciones y bailes que erizan la piel. Y al día siguiente comenzarán a separar el grano de maíz de las mazorcas.

Sonrió de aquel modo que a ella le aturdiría la razón, aunque un poco perdido, como si sus ojos estuvieran en ella pero su mente en otro sitio, no demasiado lejos.

—Muchas novedades.

—Aquí siempre las hay, pero ya te dije que hemos venido en una época bonita.

No volvió a verlo hasta el mediodía, y sólo para un rápido almuerzo. Pero eso no le preocupaba. Sabía que se mantenía entretenido, recorriendo las calles y conversando con sus habitantes por medio de gestos, jugando con ellos a las cartas o incluso consiguiendo que le dejaran afilar en la piedra alguno de aquellos típicos cuchillos nepalíes, llamados «kurkuris», que los hombres tamang portaban con orgullo en su cintura. También tonteaba y reía con las chicas jóvenes mientras éstas lavaban la ropa al límite de la aldea, en la fuente que vertía el agua fría y cristalina recogida en la caída de la montaña. Las tenía medio enamoradas con su piel clara, sus ojos azules o su altura excepcional y, sobre todo, con su especial sonrisa ladeada que ellas le habían descrito tan bien, siempre entre risas. Que si iba a casarse con él, le preguntaban nerviosas. Y aunque les respondía que no era su novio, no terminaban de creerlo. Y es que no conocía, en todo Nepal, a nadie más romántico que los hombres y mujeres tamang y sus canciones, que muchas veces hablaban de amor; de apuestas

galanes que llegaban para enamorar a las chicas y salvarlas de un matrimonio obligado que las hacía infelices. Y, de alguna manera, para ellas Matthew era el héroe de sus canciones, exótico y diferente a todos los hombres que conocían. Incluso a Gordon, que con su cabello negro y su tez curtida ya por el sol y el viento de las montañas cada vez se parecía más a uno de los suyos.

—¿Te has divertido? —volvió a preguntarle aquel atardecer, cuando de nuevo lo encontró contemplando el horizonte, cubierto esta vez de nubes altas y negras que parecían sujetarse en el apoyo de los puntiagudos picos nevados.

—Al parecer no tanto como tú —comentó mirándole con atención las pronunciadas ojeras.

Ella se sentó a su lado y resopló con cansancio.

—La verdad es que la última operación ha sido larga y dura. Gordon y sus dos aplicados enfermeros aseguraban al irse que hoy no les despertaría ni una manada de yaks salvajes desfilando bajo su cama. —Sonrió inclinando hacia uno y otro lado la cabeza para aliviar la rigidez del cuello—. Creo que a mí tampoco.

Matthew inspiró extrañamente satisfecho.

—He visto que aquí las mujeres lavan con una especie de... —titubeó, uniendo los dedos para explicar su forma.

—... cáscaras de nueces del árbol del jabón. También lo hace Aishwarya a pesar de que cuesta sacar la espuma si no se lava con agua caliente. Pero dicen que la ropa queda más suave y con mejor olor, además de que ayuda a repeler piojillos y bichos de éstos.

—¿Árbol del jabón? —dijo al evocar lo que le parecía olor a flores en la ropa lavada por Aishwarya.

—En realidad tiene uno de esos nombres imposibles de recordar y de pronunciar. Sólo sé que es gigantesco, que crece en las montañas del pie del Himalaya y que contiene saponina.

—Tendré que llevarle unas cuantas a mi madre, como soborno para que me perdone esta larga escapada.

Un sonido hueco y lejano los interrumpió. Claudia se puso en pie con rapidez.

—Se avecina tormenta. Tenemos que irnos si no queremos mojarnos.

Al tiempo que se levantaba él miró hacia el puente por el que cada atardecer aparecían las chicas con sus cargas imposibles.

—¿Hoy no han ido tus amigas a por hierba para el ganado?

—Sí, como todos los días. Pobrecitas. Volverán empapadas —comentó poniéndose en marcha—. ¡Venga, no te quedes ahí!

Casi corrió para alcanzarla.

—¿Por qué lo hacen siempre ellas?

—Ya lo has visto en Katmandú. En este país la mujer es quien carga con el trabajo y la responsabilidad del hogar. En las zonas rurales es aún peor. Se levantan las primeras y se acuestan las últimas. Ellas se ocupan de la casa, del cuidado de los

animales, de llevar leña para el fuego, el agua. A veces tienen que recorrer kilómetros para encontrar ríos o manantiales. Y todas son labores diarias. Por eso muchas veces se ven obligadas a echar mano de los hijos, que dejan de ir a la escuela para cuidar de los hermanos pequeños, para hacer la comida, limpiar la casa. A menudo para trabajar para otros en el campo, en el servicio doméstico, en fábricas de ladrillos. Lo que sea para ayudar a la familia. Es cuestión de pura supervivencia.

—Pienso que si repartieran más equitativamente el trabajo entre marido y mujer todo sería un poco más fácil.

—Son culturas milenarias difíciles de asimilar para los occidentales. Pero seguro que tampoco ellos entenderían las nuestras.

La inesperada caída de unas sólidas y desperdigadas gotas de lluvia los sorprendió a medio camino. Los dos miraron hacia las nubes, que sobre sus cabezas se cerraban revueltas y espesas, del color del acero recién forjado. Y un repentino estruendo que se dispersó por toda la cadena montañosa hizo temblar el suelo bajo sus pies.

—¡Dios, esto es un trueno, y no los que llevo escuchando yo toda la vida!

—¡Corre! —aconsejó ella a la vez que se levantaba la falda por encima de las rodillas.

Pero ya era tarde. Tres segundos necesitaron las dispersas gotas de agua para convertirse en un batallón bien nutrido que lo empapaba todo al primer contacto.

La corta carrera terminó cuando alcanzaron la primera de las casas, y apoyando las espaldas en la pared de piedra se quedaron inmóviles para que el estrecho alero les diera cobijo.

Observó de reojo la fascinación con la que él contemplaba la lluvia a su alrededor mientras en el horizonte unos pequeños picos aparecían todavía soleados de un tono rojizo. Lo vio enterrar los dedos entre su corto cabello empapado y revolvérselo para sacudir el agua. Y durante un instante le faltó aire al imaginar aquellos dedos hundiéndose en su propio pelo, descendiendo con intencionada lentitud hacia la sensibilidad de su nuca.

Se pegó más fuerte contra la pared y suspiró para controlar la turbadora conmoción que de pronto le alborotaba los sentidos.

—¿Crees que pasará pronto? —preguntó él.

—Espero que sí.

Su débil murmullo sonó a verdad.

Tan sólo tenían que moverse un poco, alcanzar la pared delantera y llamar a la puerta para que la amable familia que allí vivía los invitara a entrar, y esperar así a que escampara, cómodamente y tomando un delicioso té con leche de cabra o de yak. Pero eso significaría renunciar a aquel momento especial, íntimo e irrepetible arrimada a él.

Oteaba en dirección al puente, calculando si podría distinguir las coloridas prendas de las chicas a través de la espesa cortina de agua, cuando un rápido zigzag rasgó el cielo, extendiendo raíces como si con ellas pretendiera rozar cada cumbre.

Después un trueno, como un estallido de furia por no haberlo conseguido, hizo que ellos se apretaran más contra la pared.

—Me siento un privilegiado por estar viendo esto —murmuró Matthew contemplando cómo otro rayo se ramificaba en todas las direcciones, hacia todos los picos. Después miró a Claudia con expresión dulce y labios sonrientes y temblorosos por el agua fría que en unos segundos le había traspasado la ropa—. Gracias. El viaje hasta aquí ha merecido la pena.

—¡Pues todavía no has visto nada! —le aseguró nerviosa y tomándole la mano, que encontró tan mojada y fría como las suyas.

Le emocionó que no la retirara. Y cuando de pronto notó una delicada presión en sus dedos, alzó la cabeza para mirarlo y se encontró con sus ojos. Contuvo la respiración. Él bajaba el rostro hacia el suyo; hacia sus labios. O tal vez lo percibió así cuando era ella quien se acercaba a él con un movimiento leve, casi imperceptible que se quedó a medio camino cuando él le sonrió.

Y ya no pudo dejar de temblar.

En pocos segundos, la lluvia había formado charcos en los que otras gotas se estrellaban salpicándole los pies, helados como témpanos. Miró hacia abajo y vio que ambos estaban empapados hasta las rodillas por la poca protección que les brindaba la estrechura del alero de tejas de madera. Controló un escalofrío, aprovechando el movimiento para acortar disimuladamente la distancia con él.

Y mientras ella suspiraba bajito, deseando que aquel aluvión no terminara nunca, él seguía conteniendo sus ganas de besarla, de mirarla a los ojos y pedirle perdón por lo que estaba a punto de hacer. De confesarle que él pagaría su precio echándola de menos el resto de su vida.

Quería enfadarse, quería sentirse furiosa, indignada, pero la preocupación no le permitía hacerlo. Que Matthew hubiera desaparecido, precisamente aquella mañana, podía significar algo terrible. Por eso el pequeño grupo que había salido a buscarlo avanzaba en silencio, rumiando el mal presagio que ninguno quería ser el primero en pronunciar.

El estruendo que había recorrido las montañas cuando comenzaba a amanecer había despertado a toda la aldea, excepto a Matthew, que entonces ya había desaparecido, y con él todas sus cosas. Y eso sólo podía significar que estaba descendiendo hacia Bhawati. La posibilidad de que no lo hubiera conseguido le taladraba sin tregua el pensamiento, y sólo esperaba que hubiera llegado tarde al punto del derrumbe y que, ante la imposibilidad de continuar, estuviera ya de regreso.

Pero esa esperanza se esfumaba a medida que avanzaban sin encontrarlo y a ella se le iban confundiendo las ansias de llegar con el deseo de no hacerlo nunca. Porque prefería mil veces la angustia de no saber a la confirmación de que lo peor había ocurrido.

No entendía a Matthew. No entendía aquella fuga repentina. Si había querido irse le hubiera bastado con decirlo. Por eso, cuando todos se levantaron con el estruendo y él no apareció, corrió a la consulta antes de dar la voz de alarma para que salieran a buscarlo. No le sorprendió encontrarse con la ventana forzada. Le llegó de pronto la imagen de él sujetando aquella linterna y mirándola con lo que ahora sabía que era nerviosismo por haber sido cazado. Pero entonces no supo verlo. Aunque lo más frustrante había sido no ser capaz de descubrir qué se había llevado. Faltaba una de las tres linternas y también una de las brújulas. Pero no era tan ingenua como para creer que había entrado allí para robar esa insignificancia. Y aun sin encontrar explicación había colocado la ventana en su sitio para que nadie más notara lo ocurrido. Con la incertidumbre de dónde estaría o de si se encontraba bien, volvió a preguntarse quién era realmente, qué había ido a hacer allí, a qué se debían sus cambios de comportamiento.

Gordon la tomó de la mano bajo el gigantesco árbol de magnolias rosadas, junto al último recodo que los separaba del derrumbe. Y ella se la apretó con fuerza, pero tan sólo durante los primeros segundos. Después lo soltó y echó a correr tras los rápidos hombres tamang. Y cuando al fin se detuvieron ante la mole que impedía el paso a la pared vertical, y mientras ellos gritaban para hacerse oír bajo la gran masa de rocas, se dio cuenta de que por primera vez estaba musitando las palabras del mantra que tantas veces había oído orar a Aishwarya y al resto de las mujeres de la casa; que por primera vez estaba orando a un dios, o tal vez al millón de dioses que aseguraban que tenía aquel país. Orando para que él hubiera conseguido pasar antes de que la colina se precipitara sobre el sendero.

—No creo que lo haya conseguido.

—¡No digas eso! —rogó con ímpetu a Gordon—. Seguro que va camino de Bhawati.

—No ha tenido tiempo. Todos hemos oído el sonido cuando comenzaba a amanecer. Debería haber caminado durante la noche para atravesar esto antes del derrumbe.

—Tal vez lo haya hecho.

—¿Cómo? ¿Orientándose con un radar, como los murciélagos?

Ella tragó saliva, buscando una esperanza, por simple y absurda que pudiera parecer.

—Ayer le dejé una brújula y una linterna.

Lo oyó resoplar con desánimo.

—Ojalá tengas razón. Ojalá no lo encuentren ahí cuando retiren toda esa mole de rocas.

Volvió a mirarlas, con una presión en el pecho que le dificultaba respirar.

—¿Y si...?

—Sabes que eso es imposible, además de un suicidio. No puedes pedir a nadie que se ponga a mover piedras y rocas sin ninguna garantía de que él esté ahí, cuando

el derrumbe podría continuar y enterrarlos a todos. Debemos esperar, como siempre hemos hecho.

Lo sabía, pero no por ello dejaba de tener ganas de lanzarse a desescombrar hasta arrancarse las uñas.

—¡Eooooo! —insistían en gritar los tamang colocándose las manos junto a la boca para ampliar las voces.

Y también ella comenzó a chillar con desespero.

—¡Matthew! ¡Matthew!

Todos volvieron a aguzar los oídos esperando algún sonido, alguna respuesta. Un silencio trágico los envolvió de nuevo, interrumpido de pronto por el graznido de un quebrantahuesos que sobrevolaba la zona del desplome.

Claudia se encogió estremecida, y Gordon se apresuró a envolverla entre sus brazos.

—No te preocupes —le susurró al oído—. Olvida todas las tonterías que he dicho. Él no está ahí abajo. Seguro que no está ahí abajo —afirmó mirando con verdadera preocupación las toneladas de roca que sepultaban el camino.

Capítulo 25

El regreso fue lento y desolador, y ni Gordon ni el resto de los hombres que participaban en la búsqueda lograron animarla; ni siquiera cuando le apostaban todas sus cabras a que Matthew estaría llegando ya a Bhawati. A ratos pensaba en la vieja Shyam y en su fiesta de cumpleaños, en que ella no merecía que nada empañara ese gran día que, debido a su avanzada edad, otra vez celebraría como si fuera el último.

Anocheecía cuando cruzaban el puente suspendido en el aire que llevaba a la aldea, y hasta allí llegaron a recibirlos las chicas, con collares de flores y portando pequeñas antorchas encendidas que chisporroteaban al viento. No tenía ánimo para fiestas, pero ellas parecían tener la felicidad pintada en el rostro y la danza metida en el cuerpo. Los tomaron de las manos y entre risas los arrastraron hasta el centro del poblado, donde todos esperaban cantando y bailando en torno a una gran hoguera.

Sintió pena ante aquella algarabía que no podría disfrutar aunque se sentara con ellos frente al fuego y degustara su sabrosa comida mientras contemplaba sus exóticas danzas o sus vistosos atuendos de fiesta. Ni siquiera hubiera podido hacerlo de haber estado segura de que Matthew había logrado cruzar antes del derrumbe y que estaba ya en Bhawati. Porque entonces le hubiera invadido la tristeza, la decepción, la nostalgia de haberlo perdido a pesar de que ahora sabía que no había subido allí por ella, como en un principio la llevaron a creer los inocentes comentarios de Ruth, y después el modo en el que él se había comportado.

Y de pronto el círculo se abrió y apareció él, empujado por otro montón de chicas felices y ataviadas con sus mejores galas, que reían ante los rostros de sorpresa de todo el pequeño grupo que había salido a buscarlo.

Al tiempo que el resto del equipo respiraba con alivio y se lanzaba a abrazarlo, ella se quedó paralizada, sin saber cómo reaccionar, tratando de entender qué había pasado, dónde demonios había estado y por qué no se lo habían encontrado en el camino.

Se obligó a avanzar, despacio, sin dejar de mirar el modo en el que él aceptaba con agrado el efusivo abrazo de Gordon, y de escuchar las respuestas que daba a sus preguntas.

—Cuando encontré el camino cortado di un rodeo para sortear el derrumbe.

Gordon continuaba con la mano sobre su hombro, como si no pudiera creerse verlo allí.

—No hay forma de hacer eso en ese punto.

—Ahora lo sé, pero pensé que ascendiendo un poco podría... —Se interrumpió ligeramente al verla, parada de nuevo, mirándolo con fijeza—. Me perdí intentándolo.

Cuando vi que era imposible, no encontraba ya el sendero de vuelta. Utilicé la brújula, aunque me costó encontrar una zona que me resultara familiar. Los últimos kilómetros los hice ya por el camino.

—¿Por qué te marchabas? ¿Tan mal te tratamos aquí? —bromeó Gordon tratando de relajar la tensión.

—Me agobié.

Mientras ellos continuaban hablando, ella le observó el barro en la ropa, la evidencia de caídas, de golpes, de haberse arrastrado por terrenos difíciles. Pero no sentía pena. Esperó hasta que el último de los hombres del grupo se incorporó a la fiesta y quedaron ellos dos solos, frente a frente.

Durante unos instantes permanecieron inmóviles, mirándose fijamente a los ojos, midiéndose cada uno a su manera, sin acortar la distancia de apenas tres pasos que los separaba.

—Por lo que veo te ha venido bien —dijo mirando hacia la linterna que él llevaba en el abultado bolsillo de los vaqueros.

Lo vio apretar los labios, tenso, seguro ya de que ella lo había descubierto.

—Necesitaba...

—No me digas nada —le interrumpió dibujando una sonrisa para los demás y mostrándole a él la furia a través de sus ojos—. Ahora no. Pero ve pensando una buena disculpa para todo esto, porque en cuanto el camino se despeje y bajemos de aquí, te largas. Desaparece para siempre de mi vida. Aunque antes quiero saber por qué has entrado a escondidas en la consulta, por qué fuiste a Rainbow House con engaños y quiénes eran los hombres armados que llegaron al hospital buscándote.

No se quedó para ver su reacción. Hervía de rabia, de impotencia, y tenía que tranquilizarse para disfrutar de la cena, de las canciones y de los bailes hasta la medianoche. Cuando se sintió más tranquila, sentada en el suelo entre Kayla y Gordon, ojeó disimuladamente alrededor, y se dio cuenta de que Matthew había desaparecido, que ni siquiera se había acercado al grupo. Y se alegró de ello. Pensó que no tenía ningún derecho a participar de la algarabía y la hospitalidad de aquellas gentes a las que había despreciado con su marcha. Estaba mejor durmiendo, o curándose los golpes. O lo que él quisiera, pero lejos de la fiesta que había estado a punto de arruinar.

Aunque también ella hubiera estado mejor acostada, porque, a pesar de que puso todo su empeño en participar como la celebración merecía, ni su cuerpo ni su espíritu estuvieron ni durante un solo minuto para fiestas. No pudo dejar de preguntarse quién era realmente él, qué había ido a buscar a aquella aldea perdida junto a las cimas más altas del mundo.

La distancia que se abrió entre ellos aquella noche parecía del todo insalvable por la mañana. Claudia se sentó a su lado en el suelo de la cocina, supuso que para no

poner en una situación incómoda a Kayla mientras ésta terminaba de preparar el desayuno. Los dos la observaban en silencio, como si en verdad les interesara el proceso de remover las lentejas en una cacerola al fuego y servir dos raciones bien calientes. Cuando al fin les puso delante los platos con el *dal bhat*, pronunciando unas palabras extrañas, Claudia le respondió en el mismo idioma, él con una sonrisa agradecida.

—¿Cómo está tu rodilla? —preguntó de pronto la doctora, sin mirarlo, cuando Kayla apartaba del fuego el *karahi* y se levantaba para salir a por más leña.

Él se rozó la rodilla con la mano izquierda, recordando cómo se la había maltratado al resbalar por la tierra mojada y caer pendiente abajo hasta que pudo aferrarse a unos matorrales. Se había herido las manos, y los cortes le ardían al lavarse con aquella agua gélida de las montañas.

—Está bien. No se me ha resentido.

—Me alegro —respondió con sequedad, centrada ya en entremezclar un puñado de lentejas con el arroz y las verduras.

No advirtió que lo mirara con disimulo, como otras veces. Y por el modo en el que contraía la mandíbula dedujo que todavía seguía furiosa. Tras aquella pregunta, más profesional que de amiga preocupada, pasó a ignorarlo como si no existiera. En aquel momento hubiera jurado que seguiría enfadada hasta que abandonaran las montañas y se fueran cada uno por su lado.

Un rato después del tenso desayuno, antes de que todos en la aldea comenzaran a separar los granos de maíz de las mazorcas, la fuente de piedra se había llenado de mujeres y niñas con cestos cargados de ropas de colores. Las había visto desde un asentamiento más alto en la ladera, frente a unas estacas que a falta de muro de piedra señalaban el límite para evitar caídas. Le dio frío verlas llenar cubos, empapar las ropas y frotarlas, algunas golpeándolas con palos, otras con las propias manos o con los pies descalzos. Entre ellas destacaba la imagen claramente europea de Claudia a pesar de su falda larga de mujer tamang.

Dejó de mirarla cuando oyó pasos a su espalda. Y sonrió al ver llegar a Gordon.

—La has cabreado bien —había dicho el médico al detenerse a su lado y mirar en dirección a las mujeres.

—Es terca —fue mitad pregunta mitad afirmación mientras observaba cómo la amplia falda de Claudia chorreaba agua sobre sus pies descalzos. Los imaginó congelados.

—En realidad tiene mucho carácter, y sus cabreos suelen ser largos, sobre todo cuando tiene razones firmes para ello.

—No pensé que se preocuparía.

—¿Preocuparse, dices? Por poco se muere de la angustia. Lo único que la tranquilizaba un poco era que te hubiera dado la brújula y la linterna. ¡Como si eso sirviera de mucho!

Sí. Había vuelto a hacerlo. Había mentido por él, igual que le secundó en su

mentira cuando se presentó en Rainbow House tratando de engañar a Ruth. Esta vez lo había hecho después de comprobar que había forzado la ventana de la consulta y a pesar de estar al tanto del grave incidente del hospital. Lo había sabido durante todo aquel tiempo, y aun así había seguido estando ahí para él, le había tendido su mano. Sin duda era una mujer extraordinaria, pero demasiado confiada. Se preocupó al pensar que alguien pudiera aprovecharse de esa bondad para hacerle daño.

Hundió las manos en los bolsillos sin apartar los ojos de ella. En aquel momento escurría, ayudada por Kayla, una prenda roja sujetándola una por cada extremo y enroscándola con fuerza. Le llegaba el sonido de sus risas, más intensas cuanto más esfuerzo se veían obligadas a hacer para mantener prieto el retorcido de tela.

—¿Se ha enfadado contigo alguna vez?

—Alguna, sí. Bueno. En realidad unas cuantas. Dependiendo del motivo le ha durado un día o dos. —Meció la cabeza, mirándola—. Lo que tú has hecho puede que sea de dos. Pero pienso que debe de tener algo más, porque no logro entender tanto enfado.

Le pareció que Gordon se alegraba. Lo veía irónico, relajado y casi dichoso.

—¿La conociste en Katmandú?

—Sí. Cuando los dos éramos estudiantes de medicina. Fueron sus voces las que me hicieron fijarme en ella. Se había enfadado con un hombre que llevaba al hospital a su mujer embarazada, y que era apenas una niña de catorce años. Un médico intervino y ella se llevó una buena reprimenda y la amenaza de que si aquello se repetía la enviarían de vuelta a su país. —Dejó escapar una risa alegre pero melancólica—. Yo le calmé el enfado. Con los días terminó entendiendo que sólo podría ayudar si aceptaba esta cultura, aunque nunca llegara a entender algunas cosas. Años después, cuando los dos éramos ya médicos, volvimos a coincidir en Katmandú por pura casualidad.

—Y te enamoraste de ella.

Gordon se volvió hacia él, alzando las cejas y exagerando intencionadamente su gesto de sorpresa.

—¿Es tan evidente? —Volvió a reír, meciendo la cabeza—. Pero en algo te equivocas. Siempre he estado enamorado de ella; desde aquella primera vez en la que la oí gritar y la encontré cargada de comprensible furia.

Durante unos segundos, los dos permanecieron en silencio, observando la algarabía que formaban mujeres, niñas y agua helada.

—La vieja Shyam asegura que nadie debería ser jamás dueño de un espíritu libre —dijo al fin Gordon—, y que Claudia es un espíritu libre.

Hubiera preguntado a qué creía que se refería la anciana de no haber entendido que era un mensaje para él, directo y sin resquicio para equivocaciones. Se quedó callado hasta que el doctor se despidió diciendo que debía preparar la consulta para Claudia. Aquél fue el primero de los tres días que duró la labor de separar el grano de las panojas que tuvo a toda la aldea ocupada, pero las operaciones programadas no se

interrumpieron, y tampoco las inesperadas urgencias.

Un día tras otro, ella fue ignorándolo, hablando y riendo con los demás mientras a él le negaba hasta una mirada cuando pasaba por su lado, como si no existiera. Y él lo entendía. Lo había entendido aquella noche, en plena fiesta de cumpleaños de la anciana Shyam, cuando, orgullosa y ofendida, Claudia le decía que desapareciera de su vida en cuanto despejaran el derrumbe y dejaran la montaña. Había visto en sus ojos dolor, decepción. Casi el mismo dolor y la misma decepción que percibió años atrás en los de su padre cuando le contó que dejaba la universidad y se iba a probar fortuna con un equipo modesto de las Ligas Menores. John ya había abandonado sus estudios para alistarse en el ejército, y Sharon ni siquiera había llegado a pisar el Campus porque se enamoró del hombre que la quería sólo para sí. No le quedó a su padre otra opción que poner sus esperanzas en que él cumpliera su sueño de tener un graduado universitario entre sus hijos. Justo él, que de los tres siempre fue quien nunca siguió las reglas. Eso a menudo le había provocado discusiones con sus padres, como cuando decidió que no volvería a acompañarlos a la iglesia los domingos por la mañana, o cuando se negó a ponerse aquel rancio traje negro para el funeral del tío Bud. O cuando durante casi tres semanas se estuvo metiendo en la cama de la mejor amiga de su madre. Todo solía terminar en escándalo público en el barrio y en una bronca monumental en casa y él sintiéndose más fuerte y seguro de sí mismo. Que era el hijo rebelde, solía decir su padre. Y su madre lo disculpaba diciendo que era difícil crecer siendo el mediano de tres, sin los privilegios del hermano mayor ni las ventajas de ser el pequeño. Pero él siempre se había alegrado de que eso le había permitido crecer siendo quien deseaba ser. Y así seguía siendo, aunque las nuevas circunstancias le hubiesen llevado a cambiar por completo su particular modo de vida.

La decepción y la pena en los ojos de su padre no le hicieron recapacitar. Entonces era demasiado impulsivo y joven como para ver más allá de sus propios deseos. Encontrar aquella misma expresión en los de Claudia le había removido algo por dentro. Daba igual dónde o cómo terminara él sus días, porque estaba seguro de que a ella, que de haberla conocido en su mundo probablemente ni se hubiera detenido a mirarla, la recordaría siempre como a una de las personas más importantes que pasaron por su vida. Estaba a su lado en uno de los momentos sin duda más difíciles y trascendentales de toda su existencia, y a cambio él no había hecho otra cosa que mentirle. Mentirle sin pararse a pensar que eso podía llevarla a creer cosas que no eran ciertas.

Sin su compañía, los días se le volvieron eternos a pesar de que siempre había dónde mirar, qué aprender o cómo entretenerse. Poco más podía hacer, a pesar de sus ansias por concluir lo que había dejado en la ciudad a medias, cuando no tenía otro remedio que esperar a que despejaran el camino. Pasaba las mañanas sentado de espaldas a las montañas observando el laborioso trabajo de separar el grano de maíz de las panojas secas. Casi todo el pueblo estaba afanado en la misma labor, cada cual

frente a su casa y con su cosecha particular, más o menos abundante, para almacenar el grano que los alimentaría a lo largo del año y también el que serviría para la nueva siembra. Y en aquello sí que participaban tanto los hombres como las mujeres de la familia, sentados sobre una tela grande extendida en el suelo.

El sol, madrugador, ascendía con lentitud dorando los granos que saltaban al aire desde los sacos deshilachados llenos de mazorcas cuando los golpeaba el hombre con una estaca. Claudia y Kayla los recogían con rapidez, agrupándolos con el resto, que iban convirtiéndose en montones a los que el reflejo del sol daba apariencia de estar formados por infladas pepitas de oro. La increíble estampa le llenó los ojos, y a ratos no se atrevía a moverse por temor a que la perfecta composición se desordenara: cientos de trocitos de mazorca salpicando el aire y brillando transparentes por los rayos del sol, los propios granos saltando al golpear la estaca contra el fruto, las pieles morenas y curtidas, las ropas multicolores destacando sobre el tapiz dorado en el que se iba convirtiendo el suelo. Y tras ellos sus casas de piedra, las montañas nevadas y el azul intenso del cielo. Algo mágico que llevaba ocurriendo tres largos días que él había contemplado en diferentes puntos de la aldea, sorteando a su paso gallinas y cabras y haciendo nuevos amigos con los que sólo podía comunicarse por gestos. Porque a pesar de que había querido ayudar a Kayla y su familia, no había sido posible. Le había costado entenderlo, mientras Claudia persistía en su silencio y era Kayla quien, con dificultad, le hizo entender que si él golpeaba el saco de mazorcas no podía hacerlo su esposo, Jaman Singh, y que pelarlas o recoger los granos se consideraba labor de las mujeres. Como lavar la ropa con el agua fría del deshielo o cuidar y ordeñar a los animales. Ya la veía él, un día tras otro, ser la primera en levantarse y la última en acostarse, mucho después de aquellas cenas en familia, a la luz del fuego y de las velas, tras las que él jugaba con los viejos naipes mientras observaba cómo las niñas y Claudia se divertían con el parchís.

Una de las labores ociosas en las que ocupaba el tiempo cuando no encontraba nada que hacer era observar a las mujeres tamang manejar con habilidad sus rudimentarios telares reunidas ante la casa de cualquiera de ellas, acariciadas por el sol y por el aire. Siempre, y desde el primer día, bajo el atento escrutinio de la sabia Shyam. Le fascinaba ver la rapidez con la que cruzaban hilos de pelo de yak previamente teñidos con colores intensos. No hablaba apenas, salvo cuando alguna de las más jóvenes se manejaba un poco en inglés. Tan sólo miraba, tocaba algunos hilos tensos en el telar y sonreía para indicarles cuando algo le gustaba especialmente. O perdía la mirada por las montañas esperando el pasar del tiempo mientras escuchaba sus voces y el sonido rápido y monótono del telar. Como aquella mañana en la que sólo podía pensar en volver a Katmandú y en la angustia que le provocaba hacerlo mientras Claudia siguiera enfadada. No podía contarle toda la verdad, era cierto, pero sí que podía ser sincero. Aunque siempre le había parecido una mujer especial, de

pronto todo adquiriría una dimensión distinta. Ahora que la sentía distante y sabía la soledad que le provocaba perderla, entendía lo difícil y doloroso que iba a ser apartarse de ella para siempre.

Buscó la hora en su muñeca desnuda. Un gesto que hacía mecánicamente cada vez que recordaba que cada día que pasaba allí era un día más que le separaba de lo que había ido buscando. Y se agobiaba. Se desesperaba hasta que encontraba algo que de nuevo distrajera su atención.

La voz enronquecida de la anciana lo hizo esa vez, con palabras claramente dirigidas a él y que no entendió.

—Ella decirte que tú mirar mucho tiempo, pero que tiempo no ser importante — le tradujo una de las jovencitas.

—Aquí puede que no, pero en el lugar del que vengo lo es, y mucho.

La chica transmitió sus palabras a la anciana, que lo seguía mirando con sus claros ojos gastados por los años y la experiencia. Y volvió a hablar para él.

—Nosotros ser nuestro tiempo. Llevar dentro —comenzó a traducirle a la vez que se expresaba la anciana—. No necesitar aparato que decir hora, pero si tú necesitar, ella hacer regalo.

La sabia Shyam se levantó del suelo con dificultad y entró en la casa, encorvada y con andar lento, para salir al cabo de un rato con algo en la mano. Volvió a sentarse antes de entregárselo junto a una tranquilizadora y arrugada sonrisa.

La muchacha le fue traduciendo que era un reloj muy antiguo y especial que el abuelo de la anciana compró una vez a un chamán encantador de serpientes de la ciudad. Que ella no lo necesitaba porque ya era dueña de su tiempo. Pero que él sí, porque todavía no había aprendido a parar el suyo y a ser paciente para que las cosas llegaran cuando debían hacerlo, y nunca antes ni después. Y que aquel reloj le ayudaría a conseguirlo hasta que aprendiera.

Su sexto sentido le dijo que no debía rechazar el regalo si no quería ofenderla. Le dio las gracias y se lo puso en la muñeca, cubriendo la huella del que siempre lamentaría haber perdido.

Bastaba con echar un rápido vistazo al reloj para advertir su antigüedad, pero era un regalo. Y además funcionaba, con lo que de nuevo podría comprobar el transcurrir de las horas. Una agradable novedad que enseguida se convirtió en un inconveniente. Porque pasar a controlar el tiempo sólo contribuyó a confirmar lo que hasta entonces sólo había sido una sensación. Allí el tiempo se ralentizaba en días extremadamente largos y noches cortas. Pero a nadie salvo a él parecía preocuparle la lentitud con la que se sucedía todo. Tampoco a la venerable anciana Shyam, a la que veía cada vez que pasaba junto a su casa. Siempre la saludaba inclinando la cabeza con un respetuoso *namaste*. Ella, sin embargo, tan sólo lo miraba. Y él se preguntaba cuánto tiempo más necesitaría para analizarlo. Hasta aquella mañana en la que ella correspondió a su saludo con una cálida y arrugada sonrisa. Instintivamente él se miró el reloj, y comprobó sorprendido que acababa de detenerse. Rió al pensar que eso era

a lo que se refería la anciana cuando le habló de detener el tiempo. El arcaico reloj era un trasto inservible que sólo funcionaba cuando quería.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

La repentina llegada de Gordon interrumpió sus pensamientos, pero siguió inmóvil. Apoyada en aquel muro de piedra, mirando a Matthew, que junto a la casa enseñaba a las niñas un juego con piedrecitas blancas y negras que alineaban en el suelo. El día anterior les había enseñado a jugar al póquer. Al verlo mezclar la baraja con desastrosa torpeza comprendió que no era el experto jugador que le aseguró que era cuando le dijo que intentó desplumar en una partida a los que finalmente acabaron robándole a él. Estaba claro que tenía problemas que no deseaba confesarle.

Gordon se apoyó en el muro, a su lado, y le repitió la pregunta.

—¿Qué te está pasando, Claudia?

—No sé a qué te refieres.

—A él. —Señaló a Matthew con un gesto—. Nunca te habías enfadado así con nadie.

—Creo que tengo razones bien fundadas.

—Las tienes, pero no para todo esto. ¿Qué te ocurre con él? ¿Quién es en realidad y a qué ha venido?

—Es un cooperante más, ya lo sabes, Gordon. Un cooperante que me ha dado un susto de muerte que todavía no se me ha pasado. Sólo eso.

—Sólo eso —repitió él, mirando los gestos de las niñas riendo a carcajadas—. ¿Con quién te enfadarás cuando libren el camino y se vaya?

Le sonó a aviso de que no debía fiarse, aunque estaba claro que a Gordon le resultaba imposible ser neutral.

—Contigo o con cualquiera que se atreva a darme un susto como el que me dio él.

Gordon no rió la broma. Miraba a Matthew, que levantaba a la pequeña Meena hasta sus hombros y a Meme a la espalda, no sabía aún para qué.

—Todavía no me has dicho si estás enamorada de él. Me gustaría creer que al menos aún me queda algún derecho a saberlo. ¿O no?

Claudia dio la espalda a la casa y a Matthew y se sentó en el muro. Ya iba siendo hora de que tuviera una conversación sincera con Gordon. Que le contara que amaba al americano, y que lo amaba con todo su ser, pero sin la menor esperanza, porque él no había llegado allí para quedarse.

Capítulo 26

El tiempo, que para bien o para mal siempre lo transforma todo, fue destensando el gesto de Claudia cuando estaban cerca, y después descosiéndole la voz. Comenzó respondiendo con vaguedad a algunas de sus dudas, para de pronto un día ser ella quien le preguntara que si quería una taza de yogur de leche de búfala que iba a preparar con Kayla, y al siguiente acercarse a él cuando las niñas le enseñaban a hacer collares con estrechas tiras de cuero curtido de cabra en el que ensartaban preciosas semillas de colores. Siempre hablando poco, sin esbozar una sonrisa ni mirarle a los ojos. Era como si el enfadado resentimiento se le hubiera pasado pero la pena no.

Una noche, cuando Kayla se retiró a dormir y ellos dos se quedaron en la cocina aprovechando el calor del último leño, trató de arreglar las cosas sin ningún éxito.

—Tenemos que hablar, Claudia —dijo mientras ambos miraban danzar a las lenguas de fuego que consumían el madero—. En cualquier otra circunstancia me hubiera dedicado a pasar el tiempo hasta poder largarme, dándome igual lo que todos pensarais. Pero no puedo hacerlo contigo. —Ella negó con la cabeza—. Tienes razón, te debo una disculpa.

—Me debes mucho más que eso.

Se volvió a mirarla; el reflejo de las llamas parpadeaba en su perfil inmóvil.

—Me gustaría poder decirte que durante la noche desperté angustiado y sentí la necesidad de irme. Sería lo más fácil, pero no la verdad que mereces y que no puedo darte.

—Me entristece pensar que no seas el hombre que creí ver en Rainbow House.

—En eso no te he engañado...

Se detuvo al oírla respirar con impaciencia.

—Pero en todo lo demás sí, por lo que veo. Si tu verdad va a consistir en decirme que no puedes contarme la verdad, será mejor que olvidemos las explicaciones. Aunque si en algún momento decides ser sincero estaré dispuesta a escucharte. —Se puso en pie y se alisó con dedos nerviosos la falda—. Y sigo pensando que quiero que te largues en cuanto salgamos de aquí.

No volvió a intentar aclarar nada; no podía hacerlo sin ser sincero.

El trato con Gordon también cambió. Se le veía más tranquilo ante la frialdad de Claudia. Como si estuviera seguro de que ya no sería él quien acabaría quitándosela. Hablaba y actuaba con normalidad, aunque no perdía ocasión de lanzarle mensajes sobre lo inalcanzables que algunas mujeres podían ser para los simples mortales, pero a la vez que consideraba a Claudia inalcanzable actuaba como si él fuera su dueño. Y

eso le molestaba. Le provocaba dolorosas punzadas de celos. Y en uno de esos enconos mientras bebían *raksi* en la cocina y Claudia había ido a acostar a las niñas, él le pagó con parecida moneda.

—Conozco a muchos hombres que van presumiendo de las muchas mujeres que logran seducir. Son estúpidos, porque lo realmente difícil no es conseguir a una mujer ni a cien, sino enamorar a una y conservarla en ese estado para siempre.

Gordon vació de un trago su taza y volvió a servirse.

—¿Tú has conservado a alguna?

Su tono irónico le hizo sonreír.

—No, pero tampoco soy de los que se jacta de las que ha tenido.

La llegada de Claudia acabó con la extraña y tensa conversación. Se sentó junto a ellos y el fuego y cogió su taza de *raksi*. Pero no hubo confidencias ni risas, como en las noches en las que se habían reunido antes de que él intentara irse. Hubo numerosas frases cortas y abundantes silencios largos hasta que ella dejó escapar un bostezo y se retiró a dormir, ya que ni Gordon ni él quisieron marcharse para no dejarla a solas con el otro. Por suerte, ninguna otra noche apareció el joven médico por la casa, y él pudo disfrutar de la compañía silenciosa de Claudia hasta que el fuego y las velas se consumían.

Le gustaban esos ratos, a pesar de todo, y quería creer que a ella también, ya que eran los únicos que pasaban juntos. Durante el día, mientras ella estaba en la consulta tratando enfermos, él salía a recorrer el poblado en busca de cualquier cosa que le entretuviera. Siempre veía a la sabia Shyam junto a la puerta de su casa, como si allí se pasara la vida. Unas veces barriendo con el manojo de tiras de bambú, otras simplemente sentada o manejando con sorprendente habilidad el vetusto telar. Aquella mañana la vio tejiendo una manta de colores junto con otras mujeres. Y cuando unió las manos para saludarla como cada día, ella en lugar de quedarse mirándolo alzó una de las suyas para llamarlo. La jovencita que ya una vez le tradujo sus palabras sonrió mientras él se acercaba y la anciana le decía lo que esta vez debía traducirle.

—Ella decir que sólo dioses saber por qué hacer las cosas.

Matthew rió mientras se sentaba en el suelo, frente a ellas. El repetitivo sonido de los telares se enredaba con el del viento, que soplaba recio y con un ligero olor a flores.

—Dile que yo no creo en ningún tipo de dios.

El gesto de la anciana no varió ante la información que le daba la chica, tal vez porque había imaginado una respuesta parecida. Y con su tono bajo de voz rasgada por el cansancio de los años volvió a enviarle otro mensaje.

—Venerable Shyam saber que tú no creer dioses. Y preguntar si ya entender reloj. Él lo miró en su muñeca, rozando con los dedos el cristal de la esfera.

—Va bien, cuando no se para.

No advirtió el gesto divertido con el que la joven se lo transmitió a la anciana.

—Ella decir que reloj ser más sabio que americano pensar, que reloj pararse cuando reloj saber que tener que pararse.

Volvió a reír. Un reloj estropeado era siempre un reloj estropeado por mucho que alguien, ni siquiera una anciana centenaria, insistiera en presentarlo como algo mágico.

—Es un reloj interesante —aseguró con amabilidad para que no quedara duda de que seguía agradeciendo el regalo.

La anciana detuvo sus arrugadas manos en el telar y durante largos segundos lo miró a los ojos. Después habló con su habitual calma. Y cuando la muchacha le tradujo sus palabras él no supo qué pensar. Porque ella le aseguró que la esencia estaba en las personas, y que para conseguir algo importante no era necesario preparar tan sólo el camino, sino prepararse a uno mismo.

La miró paralizado, incrédulo, preguntándose qué era capaz de descubrir aquella mujer tan sólo con observar a alguien durante días. Porque estaba siendo certera. Y todo cuanto dijo, aunque en el fondo le parecieron cuentos de anciana centenaria rebuscando en su memoria, le hizo pensar que tal vez había estado equivocado. Trató de analizar todo cuanto había hecho en aquel país. En realidad había llegado con demasiada prisa, con demasiada ansiedad, centrado tan sólo en lograr su objetivo y desaparecer. Había elaborado un plan; un camino para llegar a lo que quería, como había dicho la anciana. Pero no se había preparado a sí mismo. Y su prisa en Patan lo había llevado a estropearlo todo. Claudia le había dicho que un lugar como Namrhung le ayudaría a pensar. Ahora de pronto le parecía que podía ser cierto. Y si además ponía en práctica las locas teorías de la sabia Shyam, todavía le quedaban días en los que prepararse para lo que iba a hacer cuando regresara a la ciudad.

Después de años subiendo a Namrhung y viendo tormentas como aquella que acababa de apaciguarse, le seguían fascinando. El estruendo que encontraba eco en las montañas, los rayos que surcaban el cielo para enredarse en los contornos de los picos, las trombas de agua imposibles de describir. Pero nada le cautivaba tanto como la calma que llegaba después, con el cielo reflejado en el brillo húmedo de las hojas y de los charcos, con la claridad con la que en el aire se dibujaba el arcoíris mientras le invadía el olor a tierra mojada. Sólo le faltaba compartirlas con él, como ocurrió con aquella primera tormenta, cuando la vieron refugiados bajo el estrecho alero de una casa tamang. También entonces se acercaron al borde de la ladera para disfrutar del sosiego que quedaba después. Aunque lo habían hecho de pie, junto al muro de piedra empapado de lluvia en el que ahora ella se sentaba sin que le importara acabar con el trasero calado. Acababa de admirar una de las últimas, tal vez incluso la última de las tormentas que se producirían estando en Namrhung, pues los días acababan y el camino ya estaba despejado. Se lo había dicho Jaman Singh, aunque ella se había guardado esa información por temor a que Matthew volviera a tener otro arrebato y se

fuera.

Un suave revoloteo le invadió el estómago antes incluso de oírlo llegar, y suspiró hondo al verlo sentarse a su lado y mirar al frente, silencioso y pensativo, tan diferente al hombre que vio por primera vez. Porque ya no era sólo su cabello corto o su barba. Ahora, el sol y el aire frío de la montaña le habían curtido tanto la piel que ni rastro quedaba ya de aquel pálido americano que hacía más de un mes destacaba entre todos sus pacientes.

Inspiró con suavidad y levantó las piernas hasta el muro, se las cubrió hasta los tobillos con la falda y apoyó las manos y el mentón en las rodillas. Un arcoíris de colores intensos se perfiló en el horizonte, como si también el cielo se alegrara de verlo.

—En Princeton, junto a la gasolinera de Nassau Street, exactamente bajo el mástil en el que cada día izan la bandera americana, entre cartones vivió durante muchos años un hombre que tenía terror a las tormentas —contó él de pronto con el mismo aire ausente—. Decían que era un excombatiente de la guerra de Vietnam que se volvió loco al regresar a su país y comprobar que no los recibían como a héroes, sino como a desequilibrados asesinos. Y lo pensaban porque su ropa vieja y sucia siempre estaba adornada con vistosas condecoraciones. Nunca hablaba con nadie. Agradecía las limosnas que le daban con algo parecido a una sonrisa, pero ni una palabra, tal vez porque aquella guerra estúpida le había robado la capacidad de comunicarse. Pero cuando había tormenta gritaba sin parar. Gritaba todo el tiempo hasta que dejaban de oírse los truenos, como si temiera que aquel sonido fuera la antesala de algo terrible. Y ni siquiera entonces era capaz de pronunciar ni una palabra para pedir ayuda, ni siquiera para aceptar la que muchos le ofrecían.

—¿Crees que sabía que querían ayudarle?

—Sí, lo sabía. Pero su miedo era más grande que cualquier necesidad que pudiera tener.

—¿Qué fue de él?

—Una mañana de invierno no despertó. La nieve cubría los cartones con los que se protegía del frío. Injusto final para un hombre, fuera o no fuera un héroe condecorado.

—Es una pena que no se dejara ayudar. Es bueno confiar en las personas, abrirse a ellas.

Lo vio afirmar con la cabeza, muy despacio, con la mirada perdida en las montañas.

—Confiar... A veces no es fácil, otras ni siquiera depende de ti.

Ella se abrazó las rodillas, sin dejar de observar su hermoso perfil.

—Ya no estamos hablando de ese veterano de Vietnam, ¿verdad?

Matthew asintió levemente.

—Me gustaría ser sincero contigo —confesó volviéndose hacia ella—. Te juro que quisiera aclarar todas tus dudas. Mereces mi sinceridad y deseo dártela. Pero no

puedo.

La brisa húmeda le revolvió los cabellos, y se lo sujetó tras las orejas mientras él se mantenía inmóvil.

—No has venido para hacer turismo ni para ayudar a ninguna ONG, ¿verdad?

Él negó lentamente, sin moverse, como si esperara que ella pudiera leer en sus ojos lo que no le estaba diciendo. ¡Pero qué podía leer ella, cuando de pronto sólo le preocupaba una posibilidad aterradora!

—¿Los hombres armados que entraron en el hospital te buscaban a ti? —preguntó con un susurro.

—Así es, Claudia. Vinieron a buscarme y me escondí de la única forma que pude. Sé que mi comportamiento es difícil de entender. Que si ahora faltara algo o hasta si ocurriera un accidente, todo me culparía. Pero te aseguro que las cosas no son lo que parecen. No he venido a este país a ayudar, es cierto, pero tampoco a robarte.

—Pero lo que has venido a hacer no es nada bueno, ¿verdad?

—Depende de para quién. No sé qué pensarías tú si pudiera contártelo.

—¿Te puede poner en peligro?

—Espero que no. De cualquier modo, y pase lo que pase, te prometo que no te causaré problemas.

—Ya me lo prometiste una vez.

Las libélulas que le eclosionaron en el estómago cuando él había llegado se revolucionaron agitando las alas cuando lo vio esbozar aquella sonrisa ladeada que la seguía dejando sin aliento.

—Sí, y puedes confiar en que lo cumpliré. Por eso no puedo hablarte de algunas cosas por mucho que me gustaría confiártelo todo. Tengo miedo de hablar, como el viejo excombatiente. Miedo por mí, porque las cosas no salgan como las he previsto. Miedo por ti, porque si algo falla no quiero que te veas implicada. Nunca me lo perdonaría.

—Te creo —dijo mirándolo con fijeza.

—¿Cómo se puede confiar en alguien como yo después de lo que estoy contando?

—Mi madre siempre dice que los ojos son el espejo del alma.

—Es fácil leer en los tuyos.

Le costaba respirar. Estaban demasiado cerca, y él más que hablar susurraba.

—¿Y qué lees? —musitó dejándose llevar—. ¿Que te aprecio como amigo o que estoy loca por ti?

No tuvo tiempo de arrepentirse. Notó que a él le había gustado su arranque de sinceridad, que su confesión no le hacía sentir incómodo.

—Ambas cosas, supongo.

—Me alegra que lo sepas, así no tendré que andar disimulando cada vez que quiera mirarte —soltó sin pararse ni para respirar, y al terminar los nervios la hicieron reír con aquel sonido claro y contagioso que llevó a Matthew a reír con ella.

En el horizonte, el arcoíris ya no estaba solo. Sobre él se reflejaba otro idéntico,

aunque de colores más apagados.

—¿Habías visto alguna vez algo así? —preguntó feliz pero nerviosa.

—¿Doble arcoíris o todo lo demás? —Ella volvió a reír—. Dobles arcoíris sí, pero ninguno tan grande y espectacular.

Suspiró emocionada. No quería olvidar que aquello que le resultaba tan especial e íntimo tan sólo era la confesión de Matthew de que sus sospechas eran fundadas, que ocultaba algo que no era bueno, pero que no podía contárselo.

—Entiendo que has venido a hacer algo de lo que no puedes hablarme, pero ¿por qué te fuiste de esa manera?

—Porque no entraba en mis planes pasar tanto tiempo en Katmandú, menos aún subir aquí. Y por miedo a que lo que siento desvíe mi atención y me lleve a fracasar. Por eso lo mejor era alejarme.

Quiso creer que hablaba de ella. Que de haber sido un simple turista sin problemas se hubiera dejado llevar por los sentimientos.

—Te entiendo. Yo también he sentido esa necesidad a veces.

—Ir en contra de lo que se desea es difícil, pero a veces no queda otro remedio.

—Katmandú nos espera —algo se le rompió por dentro al decirlo—. Ya está despejado el camino. Hace días que lo sé.

—Yo también lo sé; me lo dijo Gordon.

Lo observó de soslayo mientras él contemplaba el arcoíris.

—Yo todavía tardaré un par de días en hacer todo lo que teníamos programado. Adelántate tú.

No le respondió, como si no hubiera escuchado sus palabras mientras ella seguía pensando en las que él había pronunciado. Las que le habían provocado un hormigueo bajo la piel. El mismo hormigueo que seguía sintiendo al pensar en el motivo que podía haberlo mantenido allí cuando tenía plena libertad para marcharse.

Pudo haberse ido, pensaba Claudia mientras metía sus últimas cosas en la mochila. Había tenido el camino libre y ninguna obligación con nadie. Ni siquiera con ella. Y, sin embargo, se había quedado hasta el final, esperándola para bajar juntos a la mal llamada «civilización». Eso no había agradado a Gordon, que había hecho todo lo posible por pasar los dos últimos días con ella a solas. Como si no supiera ya que su problema no era la presencia de él, sino que ella lo llevara permanentemente en el pensamiento.

Cada una de las dos últimas noches, cuando regresaba a la casa tras horas de difíciles intervenciones quirúrgicas, lo encontró en la cocina, conversando con Kayla por medio de sonrisas y gestos, o con las niñas, preparando los platos y las tazas para la cena. Igual que si no tuviera prisa. Como si aquel reloj que le había dado la anciana Shyam hubiera vuelto a pararse y no tuviera la menor intención de ponerlo en marcha hasta que ella terminara su labor allí y juntos iniciaran el descenso.

Lo pensaba cada vez que lo miraba, cada vez que al alzar los ojos era a él a quien encontraba mirándola. Aquel sentimiento dulce que le provocaba hasta el menor de sus gestos se le hubiera desbocado de haber tenido la seguridad de que él seguía estando allí por ella; porque la había echado de menos todo el tiempo que la notó distante. Porque quería estar cerca de ella esos últimos días, disfrutando de su conversación y de su risa clara ahora que volvía a tenerlas. Aunque también porque había querido darse tiempo. Las sencillas palabras de la centenaria Shyam le habían mostrado que no debía precipitarse, que todo ocurriría en su momento preciso. Que era estúpido jugárselo todo por la ansiedad de conseguirlo, a no ser que ésa fuera la última y desesperada opción.

Capítulo 27

Bhawati. No sabía si aquella palabra extraña tenía algún significado en el idioma nepalí, pero a él le sonaba a liberación y a pérdida al mismo tiempo. Ya estaban en aquel pequeño pueblo en el que pasarían la noche después de haber tardado el día entero en descender de la montaña, para tomar por la mañana el autobús que los llevaría a Katmandú. Encontrarse de nuevo en aquella vieja cocina con olor a las verduras frescas que se conservaban en cestas de esparto, mirando a la muchacha que les preparaba unos momos para la cena, le resultaba estimulante, porque significaba que pronto habría localizado a Ramesh Shrestha. Aunque también significaba perderla a ella. Porque en cuanto descendieran del autobús en la ruidosa estación de la ciudad se alejaría de Claudia sabiendo que no volvería a verla. Después buscaría un hotel discreto en el que alojarse, haría lo que debía hacer y desaparecería, a poder ser de toda la faz de la tierra.

—Dice que son de queso y verduras.

La dulce voz de Claudia le devolvió a aquella cocina, al suelo en el que estaban sentados. La joven cocinera se les había acercado para dejarles el plato de momos, bien ordenados en torno al pequeño cuenco de *acchar*.

—Huelen delicioso —reconoció, y correspondió al *namaste* con el que se despidió la chica antes de dejarlos solos.

—Tienen más sabor que los rellenos de espinacas que comimos a la ida.

Matthew sujetó uno entre los dedos, lo hundió en la salsa de tomate picante y lo mordió sin titubear. Gimió de placer cuando la masa se rompió en el interior de su boca y le estalló la cremosidad del queso fundido junto a las verduras.

—Te lo dije. Es increíble.

La vio achinar los ojos al reír de aquella manera controlada. No los entrecerraba cuando la risa le surgía desbocada y fresca; natural como lo era ella cuando no se contenía. Nadie que él conociera reía de aquella forma.

—En Manhattan, en la quinta con la 43, hay un restaurante que sirve una especie de raviolis similares a éstos. Están rellenos de carne y llevan una salsa agrídulce de manzana. Me encantan, pero creo que me quedo con los momos.

—Así que Manhattan. Me parece que viajas mucho.

Matthew miró el chisporroteo del fuego y siguió el ascenso del humo hasta el techo ennegrecido, donde se amontonaba asemejándose a las nubes oscuras que cubrían el cielo los días de tormenta.

—Mi trabajo me lleva... Quiero decir «me llevaba» a muchos sitios, siempre viajes cortos. Pero en Manhattan tengo mi casa.

—Aseguraría que dijiste que vivías en Princeton.

—Allí está la casa de mis padres, que también sigue siendo la mía. Me gusta decir que vivo allí, porque cuando lo hago me siento el mismo chico corriente de Princeton.

Claudia cogió otro momo de la bandeja, impregnando un extremo en la salsa de tomate.

—Un chico corriente de Princeton que vive en la cosmopolita Manhattan. —Se entretuvo en saborear el primer bocado antes de tragarlo—. Ahora entiendo que no termines de acostumbrarte a esto.

—No creas. Empiezo a sentirme como en casa.

Lo miró de soslayo durante unos segundos.

—¿No estás siendo un poco mentiroso?

—De verdad, me gusta esto —aseguró en tono bajo y confidencial—. Me ha encantado el tiempo que hemos pasado en la montaña... —«Juntos», iba a decir, pero prefirió callarse mientras ella se encajaba las gafas empujándolas con el dedo, tal vez adivinándolo.

—¿Vives en un rascacielos? —preguntó mientras parecía apartarse el misterioso flequillo.

Matthew terminó el último bocado de momo.

—Sí, vivo en un rascacielos. —Se limpió los dedos y apoyó la espalda contra la pared—. ¿Puedo hacerte una pregunta que no tiene nada que ver con esto?

—Puedes.

La miró comer otro momo a pequeños mordiscos, cuidando de que no se le derramara el queso fundido que ya le impregnaba los labios.

—¿Has tenido flequillo alguna vez?

Claudia rió de aquella forma contenida, achinando ligeramente los ojos. Desde que se sincerara con ella la tarde de la última tormenta, se mostraba más relajada, más amable, y también más opaca con sus sentimientos, tal vez por haberse atrevido a confesarlos.

—Es increíble que todavía hoy siga haciendo el gesto de apartarlo, ¿verdad? —Suspiró al tiempo que se acomodaba doblando las piernas al estilo Buda—. Durante muchos años lucí un precioso flequillo rizado, y también un tic nervioso que me llevaba a apartármelo todo el tiempo, aunque no me molestara. Me lo quité allá por la Edad Media para acabar con el tic, y lo conseguí. Pero vuelve a aparecer cuando me pongo nerviosa. Me da rabia no ser capaz de controlarlo.

—No importa. Estás graciosa cuando lo haces.

—¡Oh, gracias! —ironizó arqueando las cejas—. Me dejas mucho más tranquila.

Deseó que así fuera, que él pudiera hacerla sentir como cuando la risa le brotaba clara y libre y no disimulaba sus emociones. Y lamentó no disponer de tiempo para conseguirlo, o tal vez únicamente para ser mero testigo del cambio. Porque tan sólo les quedaba aquella noche, y después el viaje en autobús y la despedida para siempre.

—Pensé que estarías triste al abandonar Namrhung.

—Y lo estoy, pero lo compenso con la felicidad que siento porque voy a ver a mi gente de Katmandú.

Matthew meció la cabeza, esbozando media sonrisa.

—Tienes el corazón dividido.

—Lo tengo, sí, y en tantos pedacitos que a veces me pregunto cómo consigue latir.

Se quedó silenciosa de pronto. Encogió las piernas, cubiertas por unos flojos pantalones azules en lugar de la larga falda tamang que había vestido durante las últimas semanas, se las abrazó y apoyó el mentón sobre las rodillas. El chisporroteo del fuego le doraba a mechones su pelo castaño y hacía brillar el marrón dulce de sus ojos. Estaba hermosa.

—Deberíamos irnos a dormir —propuso ella tras largos minutos de mudez compartida—. Mañana madrugaremos para coger el autobús.

Pero ninguno de los dos se movió. Él porque le gustaba aquella sensación de estar en algún lugar suspendido en un tiempo pasado, alumbrados por la luz del fuego y de la parpadeante llama del candil, escuchando la voz tranquila y dulce de ella, y a ratos tan sólo el silencio. Como si nada más existiera tras aquellas rústicas paredes de ladrillo que encerraban el olor a humo, a delicioso momo hervido y a verduras frescas.

—¿Crees que también aquí destilarán *raksi*?

Claudia no respondió. Se puso en pie con rapidez y salió a la oscuridad que reinaba fuera de la cocina. Él aprovechó aquel tiempo muerto para acercarse al fuego y alimentarlo con dos leños, los más gruesos que encontró entre los apilados en el suelo. Y cuando estos ardían con llamas que doblaban su tamaño, la vio aparecer de entre las sombras, sujetando una botella de licor en una mano mientras en su boca se adivinaba el amago de una preciosa sonrisa de complicidad.

Capítulo 28

El buen ánimo de Claudia fue debilitándose a medida que el autobús se acercaba a Katmandú. Y de algún modo también el suyo. Hablaban poco, y cuando lo hacían ponían menos entusiasmo en las palabras con las que comentaban la magia de lo que iban viendo tras los cristales. Aquellas siete horas que el autobús tardó en recorrer los doscientos kilómetros les parecieron un suspiro que la mayor parte del tiempo ella hizo con los ojos cerrados y callada, dedujo él que triste porque intuía que la despedida estaba cerca. Él, sin embargo, sabía con certeza que todo acabaría en la vieja estación de Katmandú, cuando descendieran del autobús y se fueran cada uno por su lado. Por eso la había imitado a ratos, cerrando los ojos y fingiendo dormir para soportar el dolor en silencio. Otros se había asegurado de que era ella la que no dormía para después buscar conversación hablando de cualquier simpleza. Así descubrió que desde niña había estudiado en un colegio americano en su país, que cada año la enviaban a campamentos de verano en California para perfeccionar su inglés, y que finalmente cursó una buena parte de su carrera de Medicina en la Universidad Estatal de San Diego.

Mirando su bonito perfil dibujado en el cristal de la ventana tras la que pasaba sin cesar el verde intenso de los campos, se dio cuenta de que, una vez más, en lugar de dormir fingía que lo hacía.

Suspiró hondo y trató de estirar las piernas, entumecidas por la falta de movilidad. El pasillo estaba invadido por viajeros de pie o sentados en el suelo, algunos llevando gallinas atadas por las patas. Las dirigió hacia el espacio destinado a Claudia, y aunque no mejoró demasiado su situación, notó como si la sangre volviera a circular por sus piernas. Ya no se le gangrenarían, pensó irónico mientras se fijaba en que apoyaba la derecha en la izquierda de ella. No hizo nada para remediarlo. Realmente necesitaba robarle un poco de espacio, y además le agradaba sentir su muslo rozando el suyo mientras la veía con la cabeza ladeada contra el cristal, respirando con suavidad, serena y pensativa.

—¿¡Qué es eso!?

Ella abrió los ojos al escucharle, pero lo que él había visto ya había quedado atrás, en el milenarismo pueblo de Thankot.

—¡Colores! —le explicó todavía sorprendido—. Era gente pintada de cientos de colores.

Claudia sonrió, achinando los ojos.

—Así es el último día de la festividad de Holi, que celebra la llegada de la primavera y que el duro trabajo ha terminado y se han recogido las cosechas. Es una

de las fiestas más importantes del calendario hindú, la más divertida y alegre; un juego que reúne en la calle a hombres y mujeres de todas las edades, que sólo una vez al año se mezclan de forma totalmente libre, se pueden tocar. Tampoco importan las castas, pues dicen que durante esta fiesta todos nos volvemos de colores.

—¿Has participado alguna vez?

—Siempre, desde que estoy aquí. Sólo hay que estar pendiente de una cosa para divertirse durante todo el día, y es no aceptar nada de comer o de beber. Hoy abunda el *bhang*, la bebida oficial de la fiesta, que es un preparado extraído de las hojas y de los brotes de cannabis. Es potente y embriaga con una rapidez asombrosa —aclaró con palabras atropelladas, tal vez porque él ni se apartaba ni dejaba de mirarla—. Es el único día del año en el que el consumo está permitido. Por eso lo ponen en la bebida, en la comida, en los pastelitos... En todo. Así que es mejor no aceptar nada.

—Me gustaría ver la fiesta de cerca.

—La verás. No te quepa duda de que cuando lleguemos a Katmandú la verás y la vivirás aunque no quieras.

Entendió lo que quería decir en cuanto el autobús se internó en la ciudad y comenzó a recorrer las calles. Polvos de colores lanzados por la gente se esparcían por el aire cubriéndolo todo; también las ventanas cerradas del autobús. Cada calleja y cada rincón era una algarabía de hombres, mujeres y niños cubiertos de los colores más intensos que había visto jamás. Rojo, verde, azul, fucsia... Eran los colores de la alegría y la diversión, de las sonrisas de los nepalíes, algunos de los cuales sólo llevaban libres de pinturas el interior de los ojos.

Descendieron aprovechando una de las numerosas paradas que el conductor se vio obligado a hacer frente al gentío y la fiesta. Parecía que toda la ciudad había salido a la calle, y quienes por edad o por impedimentos físicos no lo habían hecho lo observaban asomados a sus vetustas ventanas de madera tallada con laberínticos y fascinantes dibujos.

—Sígueme y no te pierdas —le dijo Claudia, con su mochila al hombro, al tiempo que se internaba entre las gentes pintadas de sonrisas como la que ella misma llevaba en el rostro.

Pero él a ratos se cegaba con los polvos que daban color al aire o se atrasaba sorteando a hombres y mujeres que bailaban juntos. Se sentía incapaz de seguirla, y ella, que se abría paso con sorprendente habilidad, avanzaba sin mirar atrás.

Cuando consiguió acortar distancia alargó el brazo y la tomó de la mano. Ella se detuvo y se volvió a mirarlo. Tenía la sorpresa en los ojos y en el modo en el que sin ser consciente iba separando los labios.

—No quiero perderte —se justificó.

Ella ni asintió ni pronunció palabra alguna. Tan sólo dejó que su hermosa sonrisa le iluminara una vez más el rostro y reinició el camino tirando de él, que se dejó arrastrar. Le gustó aquel tacto suave pero firme con el que su pequeña mano se aferraba a la suya mientras polvos de todos los colores llenaban el aire y se les iban

pegando a la piel y al cabello.

A medida que avanzaban le iban faltando ojos para captarlo todo y sentidos para discernir los olores, sonidos y desconocidas sensaciones que le asaltaban a cada segundo. Y de pronto, tras cientos de aquellos colores le pareció reconocer un sencillo sari verde sin adornos y una larga y brillante trenza de pelo negro.

—¿No es esa Aishwarya? —preguntó a gritos para que Claudia lo oyera.

Ella se detuvo, y en su graciosa expresión de sorpresa, desplegando los ojos como los de un búho en plena noche de luna nueva, pudo ver que no se había equivocado.

—Es Aishwarya, sí. Y por lo que veo han cambiado algunas cosas en estas dos semanas —dijo con innegable felicidad.

Él no supo si se refería a que era una novedad que ella, o cualquier otra viuda, se divirtiera en la fiesta de Holi, pero estaba claro que sí era nuevo que estuviera riendo junto a un hombre que, imaginó, era Rajiv de los ojos verdes. Y mientras los miraba tuvo la extraña sensación de que también a él lo había visto antes. Trató de imaginar cómo sería su rostro sin toda aquella pintura, de rebuscar en su memoria. Pero Claudia volvió a tirar de él y no le quedó otro remedio que seguirla hasta que ella decidió detenerse, al inicio de Durbar Square, junto a la imagen tallada de Kal Bhairava, la representación más terrorífica de Shiva, que pisoteaba un cadáver simbolizando así la ignorancia humana.

—Quería que lo vivieras en esta plaza —dijo con emoción—. Aquí la llaman «el bosque de los templos», y es uno de los mejores lugares para compartir esta fiesta.

Miró alrededor. Las pirámides escalonadas sobre las que estaban edificados los templos se veían atestadas de gente que lanzaba polvos al aire que después el viento desplazaba en pos de las blancas palomas, que volaban de tejado en tejado de palacios y templos porque en el suelo no encontraban ni un pequeño espacio libre en el que posarse. La gente bailaba, reía y bebía aquella bebida llamada «bhang». Y de pronto Claudia, que seguía mirándolo a los ojos, comenzó a cantar en voz baja, siguiendo el ritmo de la música que les llegaba a los oídos. Su voz era tan dulce como su sonrisa, como el brillo de sus ojos cuando lo miraban a él como lo estaba haciendo.

No pidió permiso para tomarla de ambas manos y hacerla bailar, ni lo hizo después, cuando le pasó el brazo por la espalda y bailó con ella, ni cuando muertos ambos de risa posó la frente en la suya. Era tan natural, tan atrayente y mágico estar allí con ella que llegó a creer que era cierto que durante aquel día todos se volvían de colores.

Fue entonces cuando reparó en que no se oía el molesto concierto de cláxones de siempre. Tan sólo música, voces, gritos y risas de felicidad. La propia Claudia gritó cuando le alcanzó en pleno rostro una polvareda azul por la derecha y otra amarilla por su izquierda. Él se echó a reír cuando la vio apretar fuertemente los labios. Intuía que tras los cristales de las gafas, opacos ya con colores brillantes, cerraba con la misma resistencia los ojos.

Le tomó el rostro entre las manos para que no se moviera, y deslizó los pulgares

como pequeños limpiaparabrisas que le despejaron los cristales. Se quedó inmóvil al encontrarse con sus grandes y despiertos ojos mirándolo fijamente, a tan corta distancia que pudo apreciar que el color marrón caramelo tenía pequeños puntos dorados, como los del agua del lago Carnegie cuando al atardecer penetraban en ella los rayos del sol.

Le acarició las mejillas con las palmas abiertas, y ayudado por los pulgares colocados bajo la barbilla le alzó hacia él el rostro.

—Me gustan tus ojos.

Se lo confesó de cerca, con un susurro tierno que la dejó inmóvil hasta que consiguió reaccionar echándose a reír.

—No deberías decir eso aquí —trató de bromear, sofocada y nerviosa—. Se asegura que mentir ante esta imagen de Kal Bhairava causa la muerte instantánea, y que en épocas pasadas la utilizó el gobierno como instrumento de prueba en los juicios.

—Y tu risa. —Le pasó los pulgares por los labios, suavemente, impregnándoselos de fucsia y de azul—. Adoro tu risa.

Podía sentirla temblar bajo sus dedos, podía imaginarla temblar bajo su cuerpo desnudo, y podía sentir cómo ese cuerpo suyo reaccionaba ante aquel pensamiento acercándose, buscando con osadía su contacto.

Intentó mirarla de nuevo a los ojos, escapar de la dulce tentación que le provocaba contemplar su boca entreabierta y temblorosa. Polvos de colores seguían derramándose sobre ellos, pero ya ninguno de los dos lo veían. Él porque deseaba besarla y ella porque estaba deseando que lo hiciera aunque aquél no fuera ni el momento ni el lugar apropiado.

Se acercó a su rostro despacio, consciente de cada fracción de segundo que lo separaba de aquellos preciosos labios que en un instante haría suyos, y le robó un beso suave, lento y tierno. Fue tan dulce y suave como había imaginado, y también más adictivo, porque apenas se apartó ya estaba deseando volver a besarla.

Todo se interrumpió mientras se miraban: los gritos, la fiesta, el vuelo rasante de las palomas. Hasta que de pronto ella lo abrazó del cuello y él la tomó por la cintura, alzándola en el aire y dando vueltas, con los polvos de colores llegando de todas partes para compartir con ellos su locura. Volvió a oler aquella suave mezcla de madera e incienso.

Casi lamentó cuando todo dejó de girar a su alrededor. Miró extasiado el dibujo de su sonrisa y aflojó el abrazo con el que la mantenía en el aire. La dejó deslizarse con suavidad, pegada a su cuerpo, y volvió a ceñirla con fuerza al notar que ya tocaba con los pies el suelo.

Bajó la cabeza para besarla, y apenas le rozó los labios ella se apartó, riendo nerviosa. No sintió que lo rechazara. Veía felicidad y emoción en sus ojos, en su risa, en el modo en el que de pronto le tomó de la mano invitándolo a correr entre el gentío y la lluvia de colores. Y lo hizo, siguiéndola sin ver otra cosa que no fuera su melena

pigmentada de fucsia y verde meciéndose al viento.

Hasta que llegaron a aquel edificio de terracota que tenía sujeto a su fachada un tremendo nido de cables y se vio dentro del portal, con Claudia dando la espalda a la escalera y mirándolo en silencio. Ni una sola vez se había preguntado a dónde lo conducía con sus pasos ligeros. Tan sólo se había dejado llevar, demasiado ocupado en contemplarla, en especial cada vez que ella se volvía, con su sonriente rostro pintado de arcoíris, y caminaba hacia atrás comiéndoselo con los ojos.

No necesitaron decirse nada. Ella lo esperaba allí, junto a la escalera, y los dos eran conscientes de lo que querían y hasta dónde pensaban llegar para conseguirlo. Se le acercó despacio, volvió a tomar aquel precioso rostro multicolor entre las manos y la besó en la boca.

La deseaba. Su cuerpo y su mente deseaban hacerle el amor mientras los colores de la fiesta de Holi siguieran pintando de sonrisas la ciudad de Katmandú.

Capítulo 29

Trató de no hacer ruido al vestirse. Los vaqueros, la camiseta, las botas de montaña que Jaman Singh insistió en que se llevara. Todo lo manejó con cuidado para no despertarla. Estaba hermosa, con su pelo castaño esparcido sobre la almohada, el rostro relajado y sereno, la espalda y los hombros desnudos que no cubrían las mantas. Nada, en toda aquella dulzura, hacía suponer que ella pudiera estallar en la salvaje sensualidad con la que se habían amado durante gran parte de la noche. Y eso le gustaba. Le excitaba verla dormir como la dulce chica inexperta que siempre le pareció, sabiendo ya que sólo con rozarla en la curvatura que unía su cuello a su hombro podía encenderla. Apenas si le había dado tregua esa noche aquel cuerpo pequeño y bien formado que entremezclaba amor y pasión de tal manera que lo había vuelto loco.

Inspiró hondo mientras apartaba los ojos de ella y metía las últimas prendas en la mochila. El visillo blanco se agitaba con suavidad con el aire que entraba por la ventana entreabierta. Comenzaba a amanecer, y pronto el barullo de la vida de la ciudad y el ruido de los cláxones lo invadirían todo. Debía marcharse, abandonar la sencilla calidez de aquel cuarto de paredes blancas, muebles de madera oscura y alfombras, cojines y mantas de colores que sólo ahora veía porque por la noche tan sólo pudo mirarla a ella.

Se había mostrado tímida al principio. La incitó entre besos y risas a que se ducharan juntos, y dejó que fuera el agua quien les borrara las pinturas mientras él la acariciaba y descubría cuáles eran sus puntos sensibles. Y su respuesta le había desbordado. Jamás olvidaría el placer que habían compartido bajo aquella lluvia de agua caliente que llegaba tras dos semanas de lavarse con el agua gélida del deshielo.

Y después habían hecho arder las sábanas. Como si ninguno de los dos hubiera tenido sexo en años y necesitara resarcirse del tiempo perdido. Ella porque llevaba deseándolo largo tiempo, él porque el tiempo que llevaba deseándola se le había hecho eterno.

Inspiró de nuevo, hondo y con lentitud, colgándose la mochila al hombro y dándole definitivamente la espalda. Le agujijoneaban los celos al pensar que un extraño, algún día, volvería a revolver con ella aquellas sábanas; que sus manos la acariciarían, borrando las huellas que él le había dejado en la piel.

El frescor de la mañana terminó de despejarle, pero no le apartó de la mente lo vivido y sentido aquella noche. La calle seguía vestida de polvos de colores, y con cada pisada que daba sobre el azul, el verde o el naranja, volvía a verlos pegados al cristal de las gafas de Claudia, coloreando su nariz, tiñéndole los labios. Porque

aunque ella no lo supo, ni nunca lo sabría, aquellas horas habían sido mucho más importantes de lo que podría imaginar. Y no sólo por el placer en el que habían estallado.

—En este país no puedes besar a una mujer en la calle —le había dicho, con la cabeza apoyada en su hombro mientras ambos recuperaban a la vez el aliento.

—No quiero besar a ninguna mujer. —Había buscado su rostro para morderle la boca—. Quiero besarte a ti.

Claudia rió al devolverle el beso, apasionado y a la vez tierno.

—Pues tampoco puedes besarme a mí en lugares públicos. Las demostraciones de amor no están bien vistas.

—Es una lástima.

—Según se mire —susurró a la vez que le acariciaba con los dedos el torso, recorriendo con suavidad el contorno de cada músculo—. ¿No has reparado en que cuando beso a mis niños, lo mismo en la montaña que aquí en el valle, ninguno me devuelve el beso? Ellos me abrazan, rozan mis manos con sus dedos, me dibujan el óvalo de la cara o la dirección de mis cabellos. Porque en este país se usan las manos para querer igual que se usan para comer, para rezar, para saludar...

—Oyéndote parece bonito.

—Porque lo es. Porque eso ha dotado a los nepalíes de una magia especial en las manos, y con cada roce transmiten timidez, atrevimiento, ternura o incluso pasión sin necesidad de palabras, ni siquiera de miradas.

—Yo prefiero el método tradicional —aseguró al tiempo que se giraba llevándosela consigo, colocándola de espaldas en el cochón y él sobre su cuerpo.

Fue en aquel momento cuando ella se quedó silenciosa, mirando lo que pendía de la cadena de pequeñas bolas de acero que él llevaba al cuello. No le pasó como otras veces, que le molestaba que las mujeres con las que se había acostado manosearan lo que para él era tan importante. Ella atrapó una de las dos placas militares entre los dedos, rozando las palabras estampadas en relieve que la poca claridad no le permitía leer.

—De tu hermano.

—Sí —dijo con ronquera—. Es lo único que nos devolvieron de él, junto a la bandera que mi padre iza cada día ante nuestra casa.

La vio rozar con calma cada lado recto, cada extremo redondeado, y después sujetar el anillo y girarlo buscando alguna inscripción, como si no supiera ya que no conseguiría leerla.

—Parece de mujer —opinó colocándolo sobre la palma de su mano.

—Es de mi hermana Sharon. También ella nos abandonó, durante una preciosa noche de primavera.

—Oh. Lo siento. No debí...

—No podías saberlo.

Dejó que el anillo pendiera de la cadena, quedando de nuevo escoltado por las dos

chapas con las que se balanceó en el aire.

—¿Qué le pasó?

—Era demasiado buena para este mundo.

Claudia se había quedado en silencio, volviendo a rozar con la yema de los dedos las dos chapas identificativas del valeroso soldado John Sellers y el sencillo anillo de una preciosa chica de Princeton que nunca fue a la universidad. Fue él quien rompió aquel silencio triste volviendo a besarla. No quería pensar en nada que no fuera ella durante aquella noche que, estaba seguro, sería la primera y la última que compartirían.

Y así había sido, pensó al detenerse frente a la puerta de Rainbow House. Aquellas horas de pasión no se repetirían, y no lo harían porque pondría medios para no volver a verla. Esa noche su miedo a que por ella podría flaquear se había convertido en certeza. Por eso poner distancia ya no era un opción, sino lo único que podía y debía hacer.

No le había preocupado encontrarse con Ruth, pero no lo había hecho, y debía reconocer que eso facilitaba las cosas. Podía recoger la ropa que se había dejado unas semanas atrás, cuando salió como un loco hacia la estación de autobuses, y largarse sin haber dado explicaciones a nadie. Al fin y al cabo, eso era lo que Claudia le pidió que hiciera en cuanto descendieran de la montaña.

Dobló los vaqueros y los metió en la mochila, presionándolos para hacer sitio a la ropa gastada que le había conseguido Bhim. Le iba a hacer falta para pasar desapercibido, ahora que no sabía dónde acabaría quedándose. Un hotel no era un buen lugar. Allí tendría que dar sus datos, mostrar sus documentos, y cabía la posibilidad de que eso volviera a disparar las alarmas y Ramesh se enterara de que nunca se había ido.

Miró con rapidez alrededor para asegurarse de que no dejaba nada olvidado. El tiempo apremiaba. Había oído la puerta de la calle. Ruth estaría subiendo las compras a la cocina, y él todavía estaba a tiempo de desaparecer sin explicar nada.

—¿Qué haces?

Cerró los ojos con fuerza al oír la pregunta. No podía verla. A ella no. Ya se había despedido aquella mañana, en silencio, mirándola dormir.

—¿Qué estás haciendo? —repitió Claudia desde la puerta.

Se volvió a mirarla, y durante un instante tuvo que bajar de nuevo los párpados, pero siguió viendo el brillo de sus ojos, el temblor que trataba de contener abrazándose el cuerpo, el cabello revuelto que hacía tan sólo un rato él había acariciado sobre la almohada.

—Me voy. No puedo seguir aquí.

La vio fruncir las cejas mostrando asombro.

—¿De verdad tienes tanta prisa que no te ha sobrado ni un minuto para

despedirte?

—Me pareció lo mejor. Lo siento. Tal vez debí esperar a que despertaras.

—Sí, seguro que sí. Pero sigo sin entender por qué te vas. —Lo miró cerrar la mochila con cuidado de que ningún tejido se enganchara con la cremallera—. Si es por lo que te dije en Namrhung, no lo hagas. Entonces estaba enfadada.

—Justificadamente enfadada —aclaró sonriéndole con ternura—. Pero no es por eso. Debo alejarme, Claudia. Debo ir... —Se humedeció los labios, que repentinamente advertía resecos—. Debo centrarme en lo que he venido a hacer y evitar cualquier cosa que pueda distraerme o llevarme a bajar la guardia.

—¿A dónde vas a ir? —preguntó ella a pesar de todo.

—No lo sé aún, pero daré con un lugar seguro.

—No cometas la locura de irte antes de que lo encuentres. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Sabes bien que Ruth estará encantada.

Él negó con la cabeza a la vez que levantaba la mochila y se la colgaba al hombro.

—Ahora menos que nunca, Claudia. No puedo arriesgarme a que pienses que lo de esta noche ha sido para que me dejaras quedarme.

—¿Y te importaría?

—Más de lo que imaginas. Mi intención nunca ha sido ni mentirte ni utilizarte ni hacerte daño.

—Lo sé. Creo que siempre lo he sabido. —Arrugó la nariz, pero cuando trató de sonreír no pudo hacerlo—. Quédate al menos hasta que encuentres ese lugar seguro.

Él volvió a negar con la cabeza.

—Me las arreglaré.

—¡No seas tan testarudo, por Dios! —gritó más preocupada que furiosa—. Aquí sigue habiendo un sitio para ti. Úsalo hasta que encuentres otro. —Tomó aire con la boca abierta al sentir que se ahogaba—. Por favor.

—No entiendes que...

—Por favor.

Inspiró el aroma de su vaso de té negro con los ojos cerrados, escuchando el silencio de la ciudad dormida y la voz de Ruth en aquella azotea adornada con plantas en tiestos y cómodos cojines de colores. Estaba de nuevo allí. Claudia y su insistencia le habían vencido, pero sólo porque utilizó argumentos que ni siquiera él pudo rebatir. Ante su intención de no ceder, ella había razonado con que si él llegó buscando un sitio como Rainbow House para lo que fuera que tenía que hacer, seguramente todo se le iría al traste si acababa hospedándose en el primer lugar que encontrara. Y en eso tenía razón. No era sensato precipitarse y dejar la casa sin tener a dónde ir. Y había terminado aceptando a pesar de que eso también tenía su riesgo. Porque, aunque ahora ella no quisiera ni pensarlo, viéndolo allí un día tras otro podía

terminar creyendo que la había utilizado para quedarse. Y no quería que pensara mal de él. Por eso debía irse cuanto antes a otro sitio seguro. Por eso, y porque seguir allí supondría verla por mucho que tratara de evitarlo. Y no era aconsejable. No, sobre todo desde que se había acostado con ella y había tenido que rendirse a lo que llevaba tiempo negándose que sentía.

Si a Ruth le extrañó que Claudia no compartiera aquella noche el rato de té en la azotea, ni se lo dijo ni se lo dejó ver. Se mostró animada contándole las novedades que habían acontecido en la casa durante su ausencia. La pequeña Savitri los había echado de menos, especialmente a él. Aunque eso lo notó por sí mismo, pues nada más verlo aparecer se pegó a él y ya no quiso soltarlo. Dos veces tuvo que leerle el cuento para que se durmiera a pesar del agotamiento que le había provocado la emoción. De Maya le contó que llevaba un tiempo que aparecía mucho por allí, pero que apenas se sentaba a la mesa y daba tres bocados, salía otra vez corriendo, al parecer con los bolsillos llenos de comida. Le reconoció que eso, aunque no era lo mejor para la niña, la alegraba porque al menos así sabía que se estaba alimentando bien. También le habló de Aishwarya. De que al fin había aceptado las invitaciones de Rajiv para pasear y tomar té, siempre en sitios públicos y concurridos.

—¿Quién ha conseguido ese milagro?

—El propio Rajiv de los ojos verdes —sonrió satisfecha—. Es un caballero. Amable, seductor, buena gente. Y desprende amor cada vez que mira a Aishwarya.

—Le inspira la seguridad que ella necesita.

—Así es, muchacho. A veces he tenido la tentación de hablar con él y contarle cosas que le ayudarían. Pero me he dado cuenta de que con la sensibilidad con la que la trata es más que suficiente.

Una estrella fugaz cruzó el firmamento. Ruth se la señaló con rapidez para que la viera, y le aconsejó que cerrara los ojos y pidiera un deseo. Los cerró durante largos segundos, pero él hubiera necesitado más de una estrella, mucho más que un solo deseo.

Se incorporó para dar un sorbo a su té y volvió a mirar el cielo. Esa mañana, después de que decidiera quedarse en Rainbow House, había salido en busca de Bhim, ansioso por saber qué había averiguado en las últimas semanas. Le había emocionado el cariñoso y efusivo recibimiento, como si en lugar de haberse ausentado quince días lo hubiera hecho durante quince años enteros. Después se sentaron en el *rickshaw* y compartieron novedades. Las esperas de Bhim ante la fábrica de tejidos habían dado resultado. Le contó que una mañana apareció el familiar de Ramesh, y él lo siguió pedaleando con esfuerzo hasta un reconocido bazar de tejidos de Indra Chowk. Después, varias veces había esperado a que cerrara el comercio y lo había espiado por la ciudad. Pero dejó de hacerlo al caer en que no conocía el aspecto del tal Ramesh, con lo que no conseguiría nada aunque llegara a tenerlo delante. Le había notado frustrado, y le tranquilizó diciéndole que eso era lo de menos. Que lo importante ya se lo había conseguido. Ahora él tomaba el relevo.

Cuidaría los pasos de aquel hombre con la certeza de que no tardaría en conducirlo hasta Ramesh Shrestha.

Capítulo 30

Esa mañana se apostó cerca del bazar cuando la luz del amanecer simplemente se adivinaba, y había visto el despertar de la ciudad y el modo en el que la calma milenaria de sus calles se transformaba en bullicio, en colores, en polución y en ruido. Se había vestido con las gastadas ropas nepalíes, que junto con su barba y su piel curtida le ayudaban a pasar inadvertido aun siendo un extranjero. Un extranjero que pasaba horas sentado en aquel pequeño muro de piedra junto al que afeitaba y cortaba el pelo un barbero, como cualquier otro hombre local, aunque él lo hiciera mirando en una única dirección y buscando todo el tiempo a la misma persona.

La repentina aparición de una preciosa jovencita que llevaba agarradas a su sari a dos niñas pequeñas con ropas limpias y raídas desvió su atención. Con una simpática sonrisa y en un perfecto inglés, trató de venderle una bolsita de tela para guardar el pasaporte. Llevaba más colgadas del brazo, todas de colores diferentes, aseguraba que cosidas a mano por ella misma. Sus asombrosos ojos negros no sonreían como lo hacía su boca, y mirándolos tuvo la certeza de que tras aquellos pocos años había toda una vida de experiencias difíciles. No pudo resistirse. Pagó lo que la chica le pidió por tres bolsas sin saber qué haría con ellas.

Miró marchar a la pequeña familia en dirección a la plaza, donde ya callejeaban los turistas, y después le costó concentrar su atención en la puerta del bazar. Confiaba en poder seguir ese mismo día al familiar de Ramesh, porque eso de dejar pasar el tiempo sin hacer otra cosa que esperar a que su suerte cambiara comenzaba a quemarlo por dentro. En especial cuando le daba por temer que esa situación pudiera alargarse. Y porque, además, seguía estando en Rainbow House. Había pedido a Bhim que le buscara una habitación como las que las chicas encontraban en alquiler para las viudas necesitadas. Pero se había negado. Decía que no podía llevarlo a un cuartucho en el que apenas entraba luz, en el que debería usar un incómodo retrete que era común para todos los habitantes del edificio, y en el que no hallaría ni un mal camastro. Cuando Ruth y Claudia daban con un cuarto de aquéllos, eran ellas quienes llevaban un colchón, mantas y un infiernillo de queroseno para cocinar. Y aunque él insistió en que un lugar así le serviría, Bhim también repitió que encontraría algo más digno de un americano.

Pero a veces las cosas cambiaban en un instante. Como ocurrió esa mañana, cuando de pronto vio salir del bazar a Aishwarya acompañada de Ruth. No las había visto entrar. Probablemente lo hicieron mientras él compraba las bolsitas de tela, pensó. Y cuando se recriminaba el no haber estado más atento, advirtió que no estaban solas. Un hombre salía con ellas hasta la acera y se despedía con cariñosa

corrección mientras Aishwarya sonreía con timidez y enrojecía. Sin duda aquél era el Rajiv de los ojos verdes del que siempre hablaban, pero también el Rajiv Shrestha que él estaba buscando. El familiar de Ramesh. El mismo al que vio embadurnado de colores durante la fiesta de Holi y al que sólo ahora reconocía.

Resopló despacio a la vez que trataba de razonar. El Matthew de antes de subir a la montaña lo hubiera seguido esperando que lo condujera a cualquier lugar en el que estuviera Ramesh. El de ahora sabía que lo mejor que podía hacer era ganarse su confianza. Aunque no podría hacerlo sin aprovecharse de la amistad y la buena fe de las chicas. De abusar de su confianza de nuevo.

Primero la esperó bajo el nido de cables de la fachada. Estuvo nervioso. No la había visto desde la apasionada noche de Holi que habían compartido, aunque deseó ir a buscarla cada maldito segundo que había transcurrido desde entonces. Impaciencia. Ansiedad. Deseo. Fue lo que sintió en aquella calle estrecha que olía a incienso y a cera, y lo que no le permitió aguardarla con una actitud tranquila que no llamara la atención. Por eso acabó esperándola en el interior del portal, donde sus pasos errantes e inquietos no los veía nadie.

Se quedó sin aliento al verla entrar, sorprendida y cansada, más hermosa que nunca a pesar de que llevaba el cabello apartado del rostro y recogido con una goma. Deseó soltárselo, hundir los dedos en él y besarla una vez más en la boca. Había comenzado a atardecer. La claridad que entraba desde la calle era perezosa y leve. Y entonces reparó en que durante todo el tiempo que la había esperado no se había decidido por qué decirle, por cómo comenzar.

La recibió con la mejor de sus sonrisas, la que le brotaba con sólo mirarla.

—¡Sorpresa! —se le ocurrió bromear, alzando las manos—. He notado que me evitas, y he decidido ser yo quien se acerque para romper el hielo.

Advirtió que ella aguantaba la sonrisa.

—Tú también me evitas a mí, y diría que hasta con más empeño que yo. Lo que me induce a pensar que estás aquí porque quieres algo. ¿Qué es?

—¿No puede ser verte?

—Sí, podría ser. Pero no lo es.

Segura de sí misma, como siempre, y a pesar de los nervios. Y eso le gustaba. Caminó hasta ella y la miró directamente a los ojos. La agitación les sentaba bien. Los hacía brillar con destellos amarillos; un amarillo dorado.

—Siempre quiero verte —susurró—. Pero a pesar de eso tienes razón. Vengo a pedir tu ayuda.

Al fin permitió ella que le asomara la sonrisa.

—Deberías saber que no necesitas dar rodeos para pedirme lo que sea. —Otra vez aquel gesto de empujarse las gafas y apartarse su flequillo de la adolescencia, y otra vez a él se le aceleró el corazón mirándola.

—Prometo recordarlo la próxima vez.

—Más te vale. —Fingió enfado sin dejar de sonreír.

Él hundió las manos en los bolsillos y echó un fugaz vistazo hacia la calle.

—Necesito que me presentes a alguien.

Claudia ladeó la cabeza y frunció graciosamente el ceño.

—Disculpa mi extrañeza. Me cuesta creer que yo conozca a alguien que te resulte interesante.

—Te equivocas. Toda la gente con la que tratas me parece interesante. Pero ahora necesito a alguien muy concreto. —Inspiró hondo—. ¿Qué sabes de Rajiv?

—¿Rajiv? ¿Te refieres a Rajiv de los ojos verdes?

—No es un simple empleado del bazar, ¿verdad?

—¿Pero cómo sabes que...? —Se acercó a la escalera y se sentó en el segundo peldaño, despacio—. En realidad es el hijo menor del dueño. Se lo ha confesado a Aishwarya esta mañana. Y eso supone un problema, porque las diferencias sociales entre ellos son aún mayores de las que ya existían cuando pensábamos que era un humilde trabajador. —Volvió a fruncir el ceño—. Lo que no entiendo es por qué eso te interesa a ti.

—Necesito entablar relación con él.

Advirtió la lucha interna en la que ella se debatía. Podía ver en sus ojos el deseo sincero de ayudarlo a él, pero también la obligada honestidad de proteger a Rajiv, aunque no supiera de qué.

—¿Para qué le quieres? —preguntó confundida—. Es un buen hombre. Es uno de los herederos de una familia de adinerados comerciantes del valle. Podría casarse con quien quisiera, pero se ha enamorado de una viuda. Y en lugar de intentar conseguir sus favores a cualquier precio, la está rondando con el mayor de los respetos, como un verdadero hombre haría con la mujer de su vida. Sólo tengo motivos para confiar en él.

—Sin embargo, yo sólo te he dado motivos para desconfiar.

—No digas eso. Sabes que confío en ti. Pero no sé en qué andas metido ni en qué podrías involucrar a Rajiv.

—En nada, Claudia. —Se agachó, posando una rodilla en el primer escalón para poder mirarla de frente—. Te prometí que no te implicaría en nada, y eso incluye a las personas de las que te rodeas. Sólo quiero hablar con él, ganarme su confianza y que me diga algo que necesito saber y que sólo él puede contarme. Tan sólo eso.

—Si le ocurre cualquier cosa por mi culpa...

—Eso no sucederá. No voy a hacerle nada malo.

Posó la mano sobre la que ella mantenía en el regazo. Creyó que la apartaría, pero en lugar de eso la vio voltearla con lentitud hasta que su palma abierta quedó en contacto con la suya. Sólo un roce, leve y cálido, mientras ninguno de los dos se atrevía a mirarse. Durante unos segundos sólo pudo ver aquella mano pequeña bajo la suya, entregada y dulce, deliciosamente temblorosa. Hasta que se obligó a recordar

dónde estaban y para qué. Entonces fue él quien se apartó, irguiéndose y retrocediendo un poco para dejarle a ella espacio.

La oyó suspirar, para después alzar la cabeza y mirarlo una vez más a los ojos, de nuevo serena.

Ella lo haría, estaba seguro. De alguna manera le presentaría a Rajiv. Aunque no le hubiera contado toda la verdad, aunque no terminara de confesarle sus planes, le ayudaría también esta vez.

Capítulo 31

Tener contacto con Rajiv para ganarse su confianza entrañaba un gran riesgo que tenía que correr. El que nunca se hubieran visto no le aseguraba que no lo reconociera. Era más que probable que lo hubiera visto en más de una fotografía. Tal vez no antes, pero sí después de que Ramesh lo descubriera en Patan. Su esperanza estaba en los cambios significativos que había sufrido su aspecto. A él mismo le costaba descubrirse en el espejo cada mañana, cuando al no encontrar ya al hombre capaz de seducir a cualquier mujer con una simple mirada, se preguntaba de qué se había enamorado Claudia.

Ella había movido con rapidez los hilos. Apenas si había pasado día y medio desde que le pidiera el favor, y allí estaba, en Rainbow House, tomando té con ella, la tierna Ruth, Aishwarya y su enamorado, Rajiv.

Desde que lo vio llegar estuvo pendiente de mirarlo, atento a cualquier movimiento que denotara que lo hubiese reconocido, o incluso a la simpleza de que creyera haberlo visto en alguna parte. Hasta que Ruth le presentó como a un voluntario americano que se ocupaba de arreglar todo cuanto se estropeaba en Rainbow House. Entonces Rajiv le saludó al estilo occidental, estrechándole la mano, y en un perfecto inglés alabó la importante labor que hacían en aquella pequeña casa de acogida. Pero él advirtió el cambio, tan sutil que le hubiera pasado desapercibido de no haber estado tan pendiente de sus gestos. Porque el interés de Rajiv cambió en cuanto oyó pronunciar la palabra «americano».

—¿Cómo os habéis conocido? —preguntó a Ruth sin dejar de mirarlo a él.

Y el instinto de conservación le instó a que se adelantara porque sólo él podía dar la respuesta correcta.

—Conocí a Claudia hace unos cuantos años, en California, cuando ella estudiaba en la Universidad de San Diego. —La miró con una sonrisa dulce—. Fuimos medio novios, ¿verdad?

Por un segundo creyó que el estupor de Claudia resultaría revelador, pero ella reaccionó con rapidez, cerrando su asombrada boca y asintiendo a la vez que sonreía.

Nadie reparó en Ruth, que se quedó con el vaso de té pegado a los labios, inmóvil y con una sonrisa tonta mientras miraba a Claudia y a Matthew a través del vidrio preguntándose qué ocurría allí. Por qué su amiga nunca le habló de aquel amor de juventud con un chico tan guapo, y por qué continuaba sin hacerlo.

Pero Rajiv no pareció quedarse satisfecho, y siguió interesándose en él.

—¿Siempre has vivido en California?

—Tan sólo un corto espacio de tiempo —inventó sobre la marcha, consciente de

la importancia de parecer alguien totalmente distinto a quien era—. He pasado media vida en Europa. Mi padre era arquitecto, y nos arrastró a mi madre y a mí de un lugar a otro, como a gitanos trashumantes, con todo el mundo por hogar, pero sin echar raíces en ninguna parte. —Rió a pesar de lo complicado de la situación—. Tampoco aquí estaré mucho tiempo. Es difícil cambiar cuando se ha crecido de esa forma.

—¿Y de qué vives?

—De lo que la vida me da. Soy un paria de la tierra, siempre con la mochila al hombro.

No quiso mirar a Claudia, menos aún a Ruth. Porque Claudia al menos podía entender que tratara de parecer alguien que no era, pero la buena de Ruth estaría alucinando con aquella locura de historia que no encajaba con nada de lo que él le había contado. Y cuando comenzaba a creer que había superado lo peor, entendió que Rajiv continuaba alerta, probándole esta vez con algo más directo.

—Debes de tener muchas historias interesantes, con esa vida nómada que llevas. Creo que a mi primo Ramesh le gustaría conocerte.

Lo comentó mirándolo con fijeza a los ojos, sin duda para no perderse su reacción. Una prueba en la que se hubiera mostrado nervioso si no se hubiera preparado mentalmente para cualquier tipo de obstáculo.

—Tengo tantas historias que cuando se las cuente a ese primo tuyo, *Las mil y una noches* le parecerá un cuento corto —bromeó con simulada tranquilidad.

Y la calma externa que ocultaba un mar revuelto de emociones y miedos pareció relajar a Rajiv, que no tardó en volver al estado en el que había llegado, cuando apenas si podía apartar los ojos de su amada Aishwarya. Y volvió a hacerlo durante la hora larga que duró la fluida conversación sobre cooperantes y las necesidades más básicas que existían en barrios como aquél, llamado 18. Eso le bastó a Matthew para aquella primera toma de contacto en la que la ansiedad por descubrir podía estropearlo todo. Su único objetivo esa tarde fue caerle bien y ganarse la misma confianza que al parecer le inspiraban las chicas.

Por eso, entre frase y frase no pudo evitar analizarlo. Tenía los mismos ojos verdes y el mismo pelo negro azabache que su primo Ramesh. También la misma altura y anchos hombros, su misma seductora sonrisa, su exótico magnetismo, pero nada más coincidía en los dos hombres. Todo lo que en Ramesh era jactancia y autosuficiencia en Rajiv parecía humildad y cercanía. Y eso le hizo presentir que le iba a resultar fácil ganarse su confianza.

No fue consciente del celo con el que todo el tiempo lo había controlado Claudia; a él, a sus reacciones y a cada palabra que salió de su boca, hasta que Rajiv se fue y Aishwarya y Ruth los dejaron, llevándose la bandeja con la tetera y los vasos vacíos. Él acababa de despedirse diciendo que había quedado con Bhim, pero a medio levantarse de aquel suelo plagado de cojines, se detuvo y se volvió hacia ella.

—Gracias por todo esto. Y disculpa mis muchas mentiras. Fui inventando sobre la marcha... Ya sabes...

—No. No lo sé, y tampoco sé si quiero saberlo. —Se apartó el pelo sujetándolo tras la oreja—. De todos modos, creí que le preguntarías más cosas. Ya no sé qué pensar.

—No era necesario saber más por hoy. Todo ha ido bien. Perfecto, diría yo. Y todo gracias a ti.

—Es con su primo, ¿verdad? Lo que sea que tienes que solucionar aquí es con él, ¿no? Porque no suelo olvidar un nombre, y cuando te conocí Ramesh era lo único que pronunciabas, aunque fuera en sueños.

No respondió. La miró encajarse las gafas con el índice, y casi al instante adelantarse a ponerse en pie, pensó que tal vez cansada de que nunca le respondiera a sus preguntas, incluso a las que no le hacía. Se quedó mirándola hasta que desapareció por el pasillo tras los pasos de Ruth y Aishwarya.

Un rato después todavía podía ver sus pies descalzos hundiéndose en la sucesión de mullidas alfombras, alejándose de él. Estaba con Bhim, en aquella zona de Thamel en la que se reunían los *rickshaws* para conseguir clientes extranjeros, disfrutando de dos cervezas frías en el cómodo asiento de cuero del *rickshaw*. La recordaba a ella mientras contaba al chico su encuentro con el comerciante.

—¿Cuándo conocer Rajiv Shrestha?

Su gracioso gesto de misterio le hizo reír.

—En realidad no lo conozco. Lo vi en unas fotografías de Ramesh. Aparecían juntos, y quien me las enseñaba me contó que era su primo, y que estudiaba y trabajaba en Atlanta, en Estados Unidos.

—Doctora Claudia decir que mundo ser pequeño pequeño —dijo acercando el índice y el pulgar hasta casi rozarlos.

—No imaginas lo cierto que es eso.

Apoyó los codos en las rodillas, y pensativo miró el botellín de cerveza mientras lo hacía girar entre los dedos.

—Ya no necesitar hacer guardia en bazar —sonreía con los ojos al decirlo—. Él llevarnos hasta casa de Ramesh Shrestha.

Le hizo gracia que hablara en plural, como si el problema fuera realmente de los dos.

—Sin duda. Por eso voy a ganarme su confianza.

El chico parecía satisfecho mientras daba otro trago a su botellín de cerveza.

—Ahora tener más tiempo. Poder jugar partido béisbol.

Matthew rió a la vez que le palmeaba con afecto en el hombro.

—No creas que lo he olvidado, amigo mío.

—Bhim tampoco olvidado, amigo mío —repitió con expresión radiante.

Capítulo 32

Nunca imaginó que se vería arreglando una máquina de coser, menos aún una más antigua que la que usaba su madre para confeccionarles la ropa a él y a sus hermanos cuando eran pequeños. Aquel pedal único que había visto a Aishwarya manejar con los dos pies, uno llevándolo hacia adelante y el otro haciéndolo retroceder para volver a coger impulso, se había atascado, y la solución de echar aceite en los engranajes no les funcionaba esta vez. Observó la simplicidad del mecanismo antes de arriesgarse a soltar una sola pieza sin saber dónde volvería a colocarlas. Dedujo que cada movimiento del pedal hacía girar a la rueda grande, rodeada por una correa de cuero enganchada a otra rueda más pequeña que estaba en un costado de la propia máquina. Era ésta la que al girar hacía bajar y subir la aguja. No tenía ni idea de cuál era el problema, pero desarmar y volver a montar aquel sencillo mecanismo no le pareció difícil. Soltó cada pieza, poniendo especial cuidado en ordenarlas en el suelo para no cambiar después el orden, las limpió con un trapo y un cepillo que le había dado Ruth, y engrasó cada unión y cada ranura antes de volver a colocar cada elemento en su lugar.

La sonrisa de satisfacción en el rostro de Aishwarya cuando se acomodó frente a la máquina y probó a pedalear no fue nada comparada con el alivio que él sintió al ver que funcionaba.

—Eres nuestro mecánico favorito —bromeó Ruth mientras Aishwarya colocaba la seda roja bajo la aguja y comenzaba a coser—. Y el más raro. ¿Qué es eso que constaste de tu vida nómada por Europa?

—Es una parte de la que no te he hablado. Tú mereces conocer el lado más íntimo y familiar, que por otro lado es el que me gusta recordar.

Ruth meció la cabeza.

—Definitivamente, muchacho, cada día me sorprendes más. En lugar de una vida parece que tengas siete, como los gatos callejeros.

Tras reír, tal vez de su propia ocurrencia, le explicó que Aishwarya andaba muy justa de tiempo para terminar el sari y entregarlo aquella misma tarde. Que para colmo necesitaba un poco más de encaje dorado para completar los bajos, y que ella saldría a comprárselo mientras la joven viuda adelantaba con la costura. Él se ofreció con rapidez a ir hasta el bazar. Desaprovechar una ocasión como aquélla hubiera sido estúpido. Los detalles eran importantes, y no podía encontrar un motivo mejor para ganarse a Rajiv que ir con un encargo de la mujer a la que él amaba.

—Voy a serte sincero —le dijo mientras le miraba medir la pieza—. He utilizado esta necesidad de Aishwarya para verte y saber si tus intenciones con ella son serias.

Es una chica dulce y sensible a la que se le puede herir con demasiada facilidad.

Rajiv lo miró, visiblemente interesado.

—Podéis estar tranquilos en cuanto a mis intenciones. La amo, y pretendo casarme con ella. —Sonrió, marcando el punto del bordado por el que debía cortar—. Es muy reservada. Me habla de quién es, de su pasado, del presente esperanzador que está viviendo. Pero siempre evita entrar en detalles.

—Le han hecho mucho daño. Desconfía de los hombres. Aunque al parecer tú te estás ganado su confianza. Y eso ya es un gran avance para ella.

El semblante de Rajiv le dijo que había acertado. Aunque no había sido difícil prever que el mejor modo de captar su interés estaría en contarle cosas de Aishwarya. Por eso no le sorprendió que, al terminar, le invitara a tomar una cerveza en la plaza, en un pequeño local junto al templo de Akash Bhairav. Sin duda para que siguiera hablándole de ella.

—Lo siento, amigo. Tengo que volver a casa, porque a Aishwarya le urge el bordado para terminar de coser el encargo.

—Entonces date prisa en llevárselo. Pero pasa otro día por aquí. Me encantará volver a conversar contigo mientras nos tomamos esas cervezas.

—Será un placer.

No le dijo que pensaba hacerlo al día siguiente. Y tampoco se lo contó a Claudia cuando aquella misma noche, y por primera vez desde que habían regresado de Namrhung, los acompañó en la reunión de la azotea. No hubiera tenido ningún problema en hablarle de todo aquello, pero ni se quedaron en ningún momento a solas ni ella se permitió mirarlo ni una sola vez a los ojos. Y lo entendía. Porque a él le turbaba verla allí, con la parpadeante y cálida luz de las velas y la claridad plateada de la luna. Y cuando se empeñaba en no mirarla le turbaba oírle hablar, oírle reír.

Ruth actuaba como si no captara la tensión y el deseo que a él le espesaban el aire, y hablaba sin parar del huerto que estaban preparando en la parte trasera de la casa, de los niños, de Aishwarya y de Rajiv. Sobre todo de Aishwarya y de Rajiv.

—Está muy ilusionada, aunque insiste en que para casarse necesitan la bendición de la familia Shrestha.

—¿Crees que la conseguirán? —le preguntó él.

—Shrestha es un apellido newar, que pertenece a la poderosa casta de los comerciantes. Por lo que sé, todas las ramas de la familia de Rajiv son ricos comerciantes de telas, y dan una importancia extrema a casar a los hijos con quienes deben y no con quienes quieren. Pero pienso que él tiene carácter suficiente como para terminar imponiéndose a todos ellos, en especial si es cierto eso de su pensamiento occidental.

—Al parecer no hay casta, ni baja ni alta, que se libre de esto.

—Ni siquiera la monarquía. ¿Has oído hablar de los Romeo y Julieta de Nepal?

—Me temo que no.

Lo dijo mirando a Ruth, pero Claudia se adelantó a explicárselo, medio tendida en

los cojines y observando el modo en el que ella misma hacía girar en el interior del vaso el líquido oscuro.

—Él era Dipendra, el príncipe heredero, que se enamoró de la mujer perfecta para cualquier madre, incluso para una reina. Devyani se llamaba, y era una joven bella y elegante procedente de una de las familias más poderosas y aristocráticas de Nepal, hija del parlamentario y exministro Pashupati Rana, nieta de un maharajá indio y descendiente de la poderosa dinastía de los Rana, que gobernó el pequeño reino del Himalaya hasta mediados del siglo xx.

—¿Y dónde estaba el problema? Porque deduzco que lo había.

—A la reina no le gustaba —aclaró Ruth mientras Claudia seguía agitando su té—, y aunque se barajaban diferentes motivos el más firme parecía ser que hubiera nacido en la India, país que no deja de intervenir en asuntos internos de Nepal. La propia reina aseguró que nunca permitiría que sangre india entrara en palacio.

—Pero el principito no dio su brazo a torcer.

La suave y casi inaudible risa de Claudia le llenó los oídos, y se quedó mirándola sin darse cuenta.

—No cedió nunca —confirmó sin apartar los ojos del vaso—. Dicen que solía escaparse de las severidades de palacio cada sábado por la noche, y que iba a buscar a su amada Devyani en su propio coche para llevarla a una pequeña pizzería de paredes desconchadas y sin aire acondicionado de la ciudad, donde comían una pizza y después se iban a bailar como cualquier pareja. La familia real lo envió a estudiar al prestigioso colegio británico de Eton esperando que la olvidara. Después a Japón, a Australia. Pero estaba tan locamente enamorado de Devyani que nada conseguían alejándolos. Ellos siempre daban con el modo de encontrarse, de vivir su vida, y al atreverse a romper las normas establecidas se convirtieron en los novios de Nepal a los que todos querían. Después de años de duros enfrentamientos familiares, en 2001 el príncipe comenzó a preparar la boda a pesar de que la reina le advirtió que sólo se casaría con Devyani pasando por encima de su cadáver.

—Muy dramático y shakesperiano —musitó mirando su hermoso perfil.

—Sí, como toda la historia —prosiguió Ruth—. La reina comenzó a intrigar para que el rey Birendra rompiera las reglas de sucesión y nombrara nuevo heredero del trono al hijo menor. Creía que así obligaría a Dipendra a elegir entre la Corona y su amor. Pero él no podía elegir, ya que aseguraba que tenía dos únicos amores en la vida, y éstos eran Devyani y Nepal. Una noche, cuando toda la familia real cenaba en la intimidad como cada viernes, se dice que inusualmente con pocos sirvientes y sin guardaespaldas, Dipendra llegó tarde porque había estado bebiendo con amigos en un hotel de la zona de Thamel. Se comentó que llegó borracho, y que tras pasar por su habitación entró al comedor real vestido con uniforme de camuflaje y armado con dos armas automáticas y una pistola. Sólo unos pocos miembros de la familia se salvaron de la masacre lanzándose por las ventanas o escondiéndose tras los muebles. Pero allí cayeron sus padres y sus dos hermanos; la reina con cuarenta balas en el cuerpo.

Dijeron que Dipendra salió entonces al jardín y se pegó un tiro en la sien.

—¿Qué fue de Devyani?

—Huyó a la India —contó en voz baja Claudia, sin haberlo mirado ni una sola vez—. Allí intentó quitarse la vida con una sobredosis de calmantes el mismo día en el que Dipendra moría en el hospital tras haber sido coronado rey mientras estaba en coma.

Ruth suspiró teatralmente, colocándose las manos sobre el pecho.

—¡El amor puede llevarte a hacer locuras en cualquier parte del mundo!

Él no respondió. Miró a Claudia, que se llevaba el vaso a los labios mientras mantenía los ojos clavados en algún punto indeterminado entre ellos y el templo de Swayambhunath, que aparecía dorado y vestido de luz sobre la colina.

Capítulo 33

A pesar de las notables diferencias entre los dos hombres, cuando hablaba con Rajiv había instantes en los que le parecía estar haciéndolo con Ramesh. Resultaba innegable que llevaban la misma sangre, los mismos genes. Se lo recordaba en cosas como el gesto de echarse hacia atrás la camisa para que la tela no le rozara el cuello o en el modo de ladear la cabeza cada vez que sonreía. Y era bueno que viera a Ramesh cuando lo miraba a él, porque así no dejaba de tener presente el motivo por el que estaban conversando.

Habían atravesado la plaza de Indra Chowk en su camino hacia el pequeño local en el que tomaban las cervezas, y Rajiv le había hablado de la importancia que aquella zona de mercado vibrante tuvo para sus antepasados cuando era la ruta de las caravanas comerciales que salían desde Asan Tole hacia la India y el Tíbet. Ahora, tal vez como entonces, los puestos de telas y mantas se colocaban sobre las plataformas de los templos sagrados de Mahadev y de Shiva con la normalidad con la que en aquel país convivía lo divino con lo humano. El mismo bar en el que estaban, a unos pocos metros del templo de Akash Bhairav, era una pequeña y exótica joya medieval de paredes de madera pintadas en azul, probablemente hacía ya unas cuantas eternidades, donde llevaban tanto tiempo hablando de Aishwarya que poco más le quedaba por contarle.

—Hay un sujeto que la ronda.

Advirtió que se tensaba.

—¿Un pretendiente?

—Más bien un proxeneta del barrio. Le asegura que tendrá una vida de comodidades si acepta trabajar para él. —Rajiv murmuró algo en nepalí; como una maldición—. Ella lo rechaza siempre, pero pasado un tiempo él vuelve a insistir con nuevas promesas.

—¿Quién es ese tipo?

—Alguna vez he oído decir su nombre a Ruth. —Trató de hacer memoria—. Algo como Bikunta, o Bakunta.

—Seguramente es Baikhuntha. ¿Y dices que frecuenta el barrio 18?

—Eso comentaron.

—Bien. Gracias por decírmelo. Me ocuparé de que no la vuelva a molestar.

—Entiendo que quieras hacerlo, pero te habrás dado cuenta de que Aishwarya es orgullosa. Puede verlo como una intromisión, o llevarla a creer que la consideras alguien indefensa que no sobreviviría sin la protección de un hombre. Y ella lleva prácticamente toda la vida valiéndose por sí misma.

—Y en condiciones extremas, es cierto. Pero no seré yo quien lo haga. Mi primo Ramesh, al que le han ido muy bien las cosas...

—¿Mejor que a ti?

Rajiv rió con suavidad.

—Infinitamente mejor. Yo atiendo sus asuntos personales. Él no confía en nadie. Quería tener a alguien de su misma sangre ocupándose de las cosas importantes, y a mí me gustó la idea de dedicarme a algo más que al bazar de tejidos de mi padre. Así que me ocupo de cosas como contratar al chófer que lleve a sus hijos al colegio o a los hombres que se ocupan de su seguridad.

Matthew se arrellanó en la silla, incómodo pero interesado.

—¿Vas a utilizarlos para alejar a ese tipejo?

—No. Yo no los dirijo ni les doy órdenes, y tampoco sabría hacerlo. Sólo los contrato o los despido, pacto con ellos su sueldo y cosas de ese tipo. Pero uno de esos hombres es de mi plena confianza. Se podría decir que trabaja para mí. Me mantiene informado de todo lo que ocurre. Si observa que alguno de ellos no es lo que parecía cuando lo contraté y no debe seguir ahí, me lo hace saber. Cosas que consiguen que todo funcione a la perfección. —Asintió con la cabeza, como reafirmandose—. Él será quien se ocupe de advertir a esa escoria que no se atreva a volver a mirar a Aishwarya, ni siquiera de lejos.

No le gustó el plan, aunque fingió todo lo contrario. Aquel hombre de confianza de Rajiv iba a frecuentar el barrio hasta dar con el proxeneta, y nada le garantizaba que no fuera uno de los que lo conocían.

Tomó un trago de cerveza, despacio y pensando qué decir.

—¿Sabías que ésta es la primera vez que Aishwarya se enamora?

Rajiv sonrió, claramente halagado.

—Confieso que me agrada. Aunque no me importaría que se hubiera enamorado antes de ahora. Yo lo hice, en Estados Unidos. Fueron muchos los años que pasé allí, estudiando y después trabajando. Y al final conocí a la mujer más maravillosa que puedas imaginar. —Chasqueó los labios con frustración—. Pero ella eligió a otro.

—Lo siento.

—Yo lo sentiré eternamente. Pero no quiero que pienses que por eso amo menos a Aishwarya. La vida me ha enseñado que hay diferentes clases de amor. Yo hubiera dado todo por aquella mujer, ahora también lo daría todo por Aishwarya.

—¿Te hubieras quedado en América de haberte correspondido ella?

—No lo sé. Le hubiera dado a elegir entre vivir en su país o en el mío. Sabes, no es fácil para un nepalí enamorarse de una extranjera.

—Sí, algo de eso me han contado Claudia y Ruth.

—Me gusta mi país, me gusta su gente, me gusta la espiritualidad que se respira en todas partes. Pero de América me enamoraron muchas cosas. En especial la libertad que cada uno tiene para vivir a su manera, para acertar o para equivocarse, para amar a quien quiera y unirse a él sin necesidad de bendiciones de nadie. Aquí es

distinto. Aquí mandan las castas y las tradiciones, y es tu familia la que te elige esposa. Por eso es un riesgo enamorarte de la persona equivocada.

—Pero tú lo hiciste, igual que lo has vuelto a hacer con Aishwarya.

Rajiv afirmó moviendo arriba y abajo la cabeza, como un occidental.

—Acabará convirtiéndome a Aishwarya en mi esposa. Aunque me hubiera casado con mi preciosa americana si ella me hubiera correspondido. Pero no como hacen muchos, que se casan allí con la mujer que aman y después lo hacen aquí con la elegida por sus padres, para después llevar una doble vida y esforzarse en conseguir que nadie se entere y que cada una de sus mujeres crea ser la única. —Chasqueó la lengua—. No apruebo ese modo cobarde de hacer las cosas. Hace daño a uno mismo y a los demás.

Matthew dejó el botellín sobre la mesa y lo hizo girar con lentitud, observando el círculo húmedo que iba dejando en la madera oscura.

—Por lo poco que me han contado, no debe de ser fácil. Aquí la familia es muy importante.

Vio a Rajiv echarse hacia atrás la camisa, igual que muchas veces vio hacer a Ramesh, incómodo cuando la tela le rozaba la piel del cuello.

—La familia, las tradiciones. Quienes disponen de medios envían a sus hijos a estudiar y prepararse en el extranjero esperando que todo lo que aprendan suponga un beneficio para ellos, pero también para el resto de la familia. No cuentan con que en todo ese tiempo que pasas fuera puedas enamorarte, y cuando ocurre suelen ponerte contra las cuerdas de una manera brutal. Pero no se les puede culpar. Es lo que han visto siempre.

—Ayer me hablaban Ruth y Claudia de la masacre que acabó con la familia real precisamente porque no aceptaban a la mujer elegida por su hijo.

—Ésa es la importancia que todavía se le da aquí a casarse con quien la familia dispone. Pero ¿te dijeron que no está claro que el príncipe Dipendra asesinara a su familia y después se quitara la vida?

—Me temo que olvidaron mencionar esa parte.

—Te contarían la versión oficial sobre cómo ocurrieron los hechos aquella trágica noche. Pero la gran mayoría de los nepalíes cree que todo fue una conspiración de Gyanendra, el hermano del rey. Él y su hijo se salvaron milagrosamente de la masacre, y fue coronado rey en cuanto murió Dipendra.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Qué puedo pensar si el nuevo rey no permitió que se investigara para probar lo contrario! —Sonrió con gesto irónico—. De todos modos, el reinado le duró poco. Nada más sentarse en el trono impuso una monarquía absoluta desoyendo a los partidos políticos. La insurgencia maoísta se encargó de instaurar la República de Nepal y de terminar definitivamente con la monarquía, aunque al precio de una cruda guerra civil.

Matthew alzó su botellín de cerveza, invitándolo a hacer un brindis.

—Por que tus padres no te lo pongan tan difícil con Aishwarya como al príncipe Dipendra se lo pusieron los suyos.

Rajiv lo imitó, levantando su botella y haciendo entrecochar los vidrios.

—Y por Aishwarya, para que si mis padres no entran en razón lo haga al menos ella y se case conmigo, con o sin las bendiciones familiares.

Brindó también por eso. Le parecía un buen hombre para Aishwarya a pesar de que fuera un Shrestha. Ella había cambiado desde que andaba enamorada. Seguía mirando a los hombres con recelo. Pero tenía otra luz en los ojos y una preciosa curvatura en los labios. Y ésas eran la ilusión y la esperanza que se le rompieron el día en el que se convirtió en una desventurada viuda. O tal vez las que le arrebataron al entregarla en matrimonio a un anciano.

A él le sonrió por primera vez aquella misma tarde, cuando llegó a Rainbow House llevando consigo a la muchacha que vendía bolsitas de tela y a sus dos pequeñas. En realidad fue una sonrisa tímida y tan breve como su mirada de medio soslayo. Pero viniendo de Aishwarya eso era todo un reconocimiento por lo que acababa de hacer por una viuda como ella. Aunque él sabía que no había hecho nada.

La había visto pasar por Indra Chowk mientras se tomaba la cerveza con Rajiv, y tras despedirse de él recorrió las calles aledañas a la plaza buscándola. La encontró en la recta calleja de Raki Bazar y sus numerosas tiendas de perlas de vidrio de todos los colores imaginables. Sus dos niñas tiraban de su sari, entorpeciéndole cada paso que daba, y aun así no perdía su hermosa sonrisa ni dejaba de ofrecer su mercancía a cuanto turista se cruzaba en su camino.

Le costó convencerla para que lo acompañara. Era natural, tratándose de un extraño, y además extranjero, al que una vez vendió unas bolsitas y al que sin duda ya ni reconocía. Pero la posibilidad de una vida mejor para ella y sus hijas la llevó a seguirlo, recelosa y desconfiada, llevando a las niñas tan pegadas a ella que casi le costaba caminar. Incluso equivocó sus intenciones. Lo notó en sus preciosos ojos negros tras los que se vislumbraba el equipaje de severas y precoces experiencias vividas. Era joven y hermosa, y probablemente no estaba acostumbrada a que cualquier hombre le ofreciera ayuda si no era a cambio de otros favores a los que, también probablemente, alguna vez se vio obligada a acceder para alimentar a sus niñas. Porque su gesto receloso no desapareció ni siquiera al descubrir que su destino era aquella casa de colores con un letrero sobre la puerta en el que se leía Rainbow House. El alivio apareció en su rostro al comprobar que estaba entre mujeres mientras le llegaba el sonido de las risas y los juegos de los niños.

Mirándola tuvo claro que la repentina decisión que tomó al verla en la calle había sido la correcta aunque hubiera actuado sin consultarlo con Claudia y con Ruth. Se sintió bien. Y a pesar de ello no entendió el verdadero alcance de su acción hasta la mañana siguiente.

Desayunaron todos juntos, niños incluidos. Ruth había vuelto pronto de Asan Tole, con un buen paquete de *sel-roti* para dar la bienvenida a Ishu y sus niñas. Al

instante de olerlos recordó aquellos que Claudia había comprado, hacía ya una eternidad, para celebrar la llegada de él. Y mientras volvía a saborearlos fue advirtiendo la felicidad con la que Ishu miraba comer a sus niñas aquel pan dulce de arroz que remojaban a placer en el tazón de leche. Sólo entonces pensó con detenimiento en lo que suponía para ellas el que acabaran de pasar la noche bajo un techo, en un mullido colchón y abrigadas por sábanas y mantas limpias, que se hubieran lavado sus caritas en un débil chorro de agua corriente y que ahora pudieran llenar sus estómagos con un buen desayuno.

Había sentido lo que Claudia le contó sobre el modo en el que los nepalíes usaban las manos para querer igual que las usaban para comer, para rezar o para saludar uniéndolas sobre el pecho. Lo había percibido en la ternura con la que la más pequeña de las niñas le rozó la mano, que posaba en el borde de la mesa, a la vez que le sonreía mirándolo a los ojos. Y entendió lo que gentes como Claudia o Ruth encontraban en todo aquello, y cómo la simple sonrisa de una pequeña podía dar sentido a toda una vida, incluso para personas que, como él, nunca estarían preparadas para dedicar su existencia a ir haciendo el bien a desconocidos.

De pronto la risa de la pequeña Maya llamó su atención, y se detuvo a observarla. No recordaba haberla oído reír, ni siquiera cuando pusieron su nombre a una de las estrellas que contemplaban desde la azotea. Y desde entonces tampoco la había visto despertar en la casa y por lo tanto tampoco desayunar. Aunque había coincidido con ella las veces suficientes como para saber algo en lo que sólo ahora reparaba, al verla reír con Ishu y con sus dos niñas. Y era que no se comportaba igual con todos. Era cariñosa y dulce con Claudia, también con Ruth. Pero ahí acababan sus apegos. Disfrutaba hablando y jugando con el resto de los niños aunque, al parecer, no lo suficiente como para seguir con ellos después de que su plato quedaba vacío. En las niñas de Ishu, incluso en la propia Ishu, parecía haber encontrado algo que le gustaba y que no quería perderse. Sólo así podía explicarse que ella, que acostumbraba a parar poco por la casa, se hubiera quedado a dormir después de conocerlas durante la cena, y que todavía siguiera estando allí tras haber devorado su desayuno.

Capítulo 34

Cada vuelta con la que se ajustaba la venda elástica a la pierna y a la rodilla le iba tensando también el resto del cuerpo. Y es que estaba experimentando emociones tan contrapuestas como lo eran la noche y el día. Lo había retrasado todo cuanto había podido, pero ya no encontraba más motivos para negarse. En menos de una hora estaría en el descampado de tierra, jugando con Bhim y sus amigos un partido de béisbol. Su último partido de béisbol.

Habría preferido no jugarlo nunca. Dejar que el último siguiera siendo aquel en el que ganaron a Los Medias Rojas de Boston, en su propio estadio de Fenway Park; y que celebraron después en Manhattan con una fiesta loca que duró toda la noche. Entonces se sentía el rey que jugaría una temporada tras otra como si nunca fuera a perder facultades ni a hacerse viejo. Sí, aquél debió ser su último partido, y no éste, que jugaría con plena conciencia de que jamás volvería a pisar un terreno de juego. Pero, por otra parte, agradecía aquella inesperada oportunidad de sujetar entre las manos un bate mientras sentía la arena bajo los pies, dispuesto a iniciar la carrera en cuanto interceptara la bola.

Unos golpecitos en la puerta le distrajeron, y echó un rápido vistazo a su alrededor. El cuarto tenía un aceptable orden, y en la cama, sobre la que estaba sentado para mantener la rodilla flexionada, apenas si se apreciaba la colcha un poco revuelta. Era él quien estaba poco presentable, en slips, ciñéndose la rodilla con la venda elástica y, seguramente, con el dolor y la tristeza reflejados en el rostro y en los ojos. Lo primero lo solucionó con rapidez, poniéndose la camisa antes de invitar a pasar a quien fuera que estaba llamando; lo segundo trató de ocultarlo forzando una sonrisa.

Le sorprendió verla allí, abriendo levemente la puerta de su cuarto, encajándose las gafas con el índice y apartándose el flequillo que no tenía.

—Perdona. No imaginaba que eras tú.

—No importa. ¿Puedo pasar? —Él asintió y ella abrió del todo—. Pensé que debía advertirte que cualquier movimiento brusco podría agravar tu lesión de rodilla y provocarte...

—Lo sé bien, doctora —la interrumpió con fingido ánimo—. Pero no te preocupes porque no ocurrirá. Soy el más interesado en mantenerla como mínimo tal y como la tengo. La necesito en forma.

—Eres el peor paciente de toda mi historia médica —aseguró en tono de broma.

Se lo habían dicho más veces, sobre todo por aquel temor irracional que tenía a los pinchazos y a la sangre. Pero también porque era incapaz de permanecer inactivo

y guardar reposo aunque estuviera consumiéndose en fiebre o afectado por cualquier problema que requiriera inmovilidad.

—Por suerte para mí, tú eres la mejor doctora de toda mi historia de paciente.

La risa de Claudia vibró nerviosa, la de él distraída y tensa.

Retornó la atención al vendaje, a que se pareciera al que su médico deportivo le colocaba para entrenar tras recuperarse de una lesión como la que ahora tenía. No le preocupaba agravarla y quedarse con la rodilla inestable para el resto de su vida. Esa posibilidad ya le preocupó en otras ocasiones, ante lo frustrante que sería no volver a jugar por haberla fastidiado con un mal movimiento. Pero ahora que tenía la seguridad de que su vida de jugador estaba acabada, en lugar de frustración sentía tristeza porque era algo que él había evaluado y finalmente había decidido. Se protegía la rodilla porque no sabía hasta qué punto necesitaría forzarla para salir de aquel país.

—Bhim está entusiasmado —señaló tratando de aparentar que también él lo estaba, pero de nuevo sintió aquella opresión en el pecho. Suspiró hondo. No necesitaba mirarla para saber que no la estaba engañando, que su amargura era tan palpable que seguramente la había percibido desde el momento en el que entreabrió la puerta—. Además, esto es importante para mí, Claudia.

Alzó los ojos, manteniendo baja la cabeza, y la vio atravesar el pequeño cuarto y arrimarse a la ventana para quedarse allí, guardando silencio. Él sabía que estaba contemplando el descampado.

Terminó de ajustarse la venda, y antes de levantarse se puso el pantalón, se abotonó la camisa y se aseguró de tener bien amarradas las deportivas. Fue hacia ella, mirando en el leve reflejo del cristal su gesto preocupado. Y en cuanto se detuvo a su espalda aquella indefinida imagen dio paso al exterior, al lamentable estado del terreno de juego.

—¿Sabes lo que yo veo ahí en este momento? —Claudia negó con la cabeza—. Césped verde. El más verde que te puedas imaginar. Y tierra en la que el bateador afianza sus zapatos preparándose para el bateo y que después levantará en el aire al iniciar la carrera, fina y dorada como la del estadio de los Yankees en Nueva York. No veo piedras amontonadas, sino gradas repletas de hinchas dispuestos a desgarrarse la garganta alentando a su equipo. Veo animadoras...

—¿Por qué, si vas a irte, sigues estrechando lazos como si fueras uno más?

—Porque hay cosas inevitables que no se pueden controlar —murmuró en voz baja, y ella se abrazó a sí misma, sin volverse.

—¿Por qué tengo la sensación de que hoy estás muy afectado, tan afectado como no te había visto nunca?

—Tal vez porque es así —reconoció con sinceridad a pesar de saber que eso terminaría de confundirla.

Callaron, y el silencio en el que estaba sumida la casa, con los niños haciendo sus tareas escolares, se hizo más palpable mientras tras el cristal podían ver a los chicos

reunidos ya en el descampado. Ella se volvió a mirarlo, y él pudo apreciar en sus ojos desconcierto, pero también aquel amor firme que no pedía nada a cambio. Y deseó besarla. Tan sólo besarla y después irse, y sin embargo agradeció tener un motivo para no seguir allí, frente a la tentación de hacerlo.

—Me están esperando.

Ella, silenciosa y pensativa, lo miró marchar hasta que en el último instante se lanzó a hacerle una pregunta. La más simple y sencilla de todas cuantas tenía esperando respuesta.

—¿Por qué vas a bajar ahí a jugar? ¿Por qué te importa tanto?

Se giró, y al ver que continuaba inmóvil junto a la ventana quiso pensar que lo hacía para contemplar tras el cristal el que sería su último partido. Sin duda el más difícil que había jugado nunca.

—Porque el béisbol ha sido mi sueño, mi vida.

Durante aquella última jugada que les dio la carrera y la victoria, volvió a sentirse en el estadio de los Yankees. Bateó la bola con precisión haciéndola volar sobre la cabeza del exterior central del equipo contrario sin que éste lograra atraparla. Fue un limpio *home run*, y durante el cómodo recorrido por todas las bases fue sintiendo bajo los pies la fina tierra dorada en lugar de aquella reseca y sembrada de guijarros.

Había sido un buen partido. Lo había disfrutado a pesar de todo. En especial después de descubrir a Claudia en un extremo del campo, sentada en uno de los montículos de piedra cuando más de una vez había mirado hacia la ventana de su cuarto esperando que siguiera pegada al cristal. Le había sorprendido verla allí, sola y atenta a un juego que sin duda conocía. Aunque más que del juego había estado pendiente de él. O ésa era la impresión que le había ido quedando cada vez que se había vuelto a mirarla y se había encontrado con sus ojos. Y lo había agradecido. Porque, en medio de aquel torbellino de encontradas emociones y de la adrenalina que una vez más sentía galopar por su torrente sanguíneo, ella era como el bálsamo dulce que lo compensaba todo. Por eso le gustó que, tiempo después de que hubiera acabado el encuentro, siguiera estando en el mismo lugar, sin duda esperándolo mientras él se despedía de todos en el terreno de juego y los vencidos retaban a un nuevo partido que él, aunque no lo dijo, ya no jugaría.

Se acercó a ella y se sentó a su lado, en las piedras amontonadas. La noche se iba haciendo más presente, comenzando a pintar de estrellas el firmamento. Los dos se quedaron mirándolas, como si no tuvieran otra cosa que hacer que ver cómo aparecían una tras otra.

—Me llaman Ray —contó de pronto Matthew sin que ninguno de los dos se hubiera movido—. Comenzó a llamarme así mi abuelo, porque decía que yo era como un rayo inquieto que estaba en todas partes. Tenía mucha fe en mí, y siempre decía que el mundo se me quedaría pequeño, y que estaba destinado a hacer algo

grande, algo realmente importante.

Sonrió ante los recuerdos, y cuando se volvió hacia ella se encontró con que lo estaba mirando.

—Mi sueño siempre fue jugar al béisbol —continuó—. Era muy pequeño cuando mi padre y mi abuelo me llevaron a un partido en el estadio de los Philadelphia Phillies, y al ver toda aquella majestuosidad, a la hinchada animando enfebrecida y a los jugadores en aquel extenso terreno de juego que me parecía de ficción, supe que yo quería estar allí, bateando. Y que haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

Claudia le sonrió, animándolo a que continuara. Él apoyó los antebrazos en las rodillas y durante unos segundos tan sólo miró al suelo.

—El principal motivo por el que decidí estudiar en la Universidad de Princeton fue porque tenían un equipo de béisbol, Los Tigres de Princeton. Dediqué más horas a jugar y a entrenarme que a estudiar, y copiaba en los exámenes para no suspender porque si lo hacía estaría instantáneamente fuera del equipo.

Los dos sonrieron a un tiempo, con suavidad.

—Aunque ahora parezca exagerado, era mi único y gran sueño —aseguró recuperando seriedad—. Por eso, en cuanto un ojeador de un equipo modesto me propuso que fichara con ellos, lo dejé todo: casa, familia, amigos, estudios. Tiempo después conseguí formar parte de Los Yankees de Nueva York. —Dejó escapar una risa corta al verla asentir como aceptando su torpeza por no deducirlo cuando tuvo señales suficientes para hacerlo—. Soy bateador y exterior central. Y cada vez que piso el terreno de juego y miro hacia las gradas me veo allí, pequeño y fascinado, sujetando con fuerza las manos de mi padre y de mi abuelo. Y entonces me siento el hombre más afortunado del mundo.

—Con todas las cosas que he ido imaginando que serías, ni se me pasó por la cabeza que fueras un jugador famoso.

—Por eso temía que lo supierais y acabarais reconociéndome.

—¿Me has mentado también con tu nombre? Porque reconozco que lo he buscado esperando encontrar algún perfil tuyo con el que saber algo más de ti.

—Mi nombre real es Bryan Sellers, y te habría bastado con introducirlo en internet para descubrir quién soy. Aunque en realidad me sigan llamando Ray. Curiosamente, la prensa me apodó así por mi forma de batear y de correr. Todavía guardo los periódicos de aquel día, por mi abuelo. Él se hubiera sentido orgulloso de ser el primero que me llamó de esa manera, como si hubiera sido un visionario. —Sus labios dibujaron una amplia sonrisa mientras sus ojos brillaban de emoción—. Conociéndolo, seguro que se las ha ingeniado para verlos desde la primera fila.

Miró al cielo, buscando la grada desde la que le observaría con orgullo. Claudia se encogió en aquel gesto tan suyo de posar los pies en el asiento y abrazarse las rodillas, y miró directamente a la de él.

—Ahora entiendo mucho menos todo esto. No comprendo que no te preocupe tu lesión, si eres una estrella...

—Eso ya no va conmigo —se sinceró—. Tenía que elegir y lo hice. Si todo sale bien aquí, buscaré un lugar tranquilo en el que pueda llevar una vida anónima.

La notó quedarse tensa, pensativa, tal vez preguntándose qué cosa terrible iba a hacer en aquel país para que después tuviera que cambiar de vida y esconderse, cuánto arriesgaba además de eso. Pero a pesar de todo confiaba en él; hacía tiempo que podía verlo en sus ojos.

—Un dólar a que adivino tus pensamientos —exclamó, sorprendiéndola.

—Dos a que no lo haces.

Extendió las piernas sobre la tierra seca y colocó un pie sobre otro.

—Estás pensando que, de haber sabido que yo era otro de esos engreídos jugadores de béisbol, hubieras evitado enamorarte de mí.

La risa de Claudia sonó triste, apagada.

—¿Puedo pagarte al cambio en rupias?

—No lo sé. Dame tiempo para pensarlo —bromeó, seguro de que mentía—. ¿Te quedas a cenar y a tomar el té en la azotea? —Señaló con un gesto la casa amarilla y azul—. Seguro que a Ruth le encantaría.

Le encantaría a Ruth y le encantaría también a él. Volver a tenerla cerca en aquella azotea en la que, a medida que la oscuridad se hacía más cerrada, las estrellas llegaban a agruparse de tal modo que parecía que el cielo acabaría incendiándose. Deseaba escucharla hablar y reír mientras la observaba a la luz de las velas, aun sabiendo que lo más inteligente seguía siendo aquella primera decisión que tomó de no acercarse demasiado a ella.

—No puedo. Mañana madrugo más que nunca y quiero acostarme temprano.

—¿Trabajo duro?

—Comenzamos pronto con una campaña de vacunación en Jagriti, pero antes quiero ver a algunos pacientes en el hospital.

Estuvo a punto de preguntarle por qué soportaba tanto trabajo a cambio de nada. Pero sabía bien cuál hubiera vuelto a ser la respuesta: que lo que recibía era mucho más de lo que daba, que aquello era su vida y que no sabría vivirla en ningún otro sitio ni de ninguna otra manera. Y, en lugar de preguntar algo que resultaba tan obvio, le pidió que le permitiera acompañarla a casa; que le aguardara unos minutos a que se quitara el sudor de encima y se cambiara de ropa. Y ella accedió con rapidez, como si lo hubiera estado esperando.

Fue la ducha más rápida que se había dado nunca, sobre todo teniendo en cuenta la mísera cantidad de agua que se derramaba sobre su cabeza. Mientras se afanaba en deshacerse de los restos de espuma, pensó que era lógico que, la mayor parte de los días, las mujeres de la casa llevaran a los niños en fila india hasta la fuente pública del barrio para bañarlos sin ninguna escasez.

Se lo comentó a Claudia apenas pisaron de nuevo la calle, él vestido con las gastadas y cómodas ropas nepalíes, con el pelo todavía húmedo y con la agradable sensación de haber sustituido el olor a sudor por el del suave y limpio del modesto

jabón.

—¡Pues claro que nos hemos bañado ahí Ruth y yo! —respondió a su curiosidad—. Y también hemos lavado nuestras ropas. En Occidente sería impensable la libre utilización de fuentes milenarias que son auténticos tesoros, pero aquí son la vida de la gente, igual que lo son templos o pagodas en los que hasta los monos, los perros o las vacas andan a sus anchas y duermen estupendas siestas.

—Aunque sean lugares declarados Patrimonios de la Humanidad.

—¡Todo Katmandú es Patrimonio de la Humanidad! —puntualizó extendiendo con teatralidad los brazos mientras continuaba avanzando—. ¿Dónde viviríamos si no pudiéramos tocarla?

Él emitió una risa relajada.

—Me sigue sorprendiendo cómo has asimilado todo esto, desde las tradiciones más duras e injustas hasta la simpleza de alimentarte con *dal bath* tres veces al día.

—Lo primero no tengo otro remedio que aceptarlo, pero trato de aliviarlo en la medida en la que puedo. En lo de la comida, reconozco que a veces hago trampa.

—¿Trampas tú? —preguntó mirándola reír.

—Alguna vez voy a un pequeño y acogedor restaurante de comida española llamado La Casita de Boudhanath. Tiene unas vistas impresionantes a la gran *stupa* y a las montañas. Siempre ocupo una mesa en la terraza y pido tortilla de patatas y un vaso de buen vino, y para terminar una ración de pastel de chocolate. A veces doble.

—No lo puedo creer.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo. De repente una felicidad casi infantil le brillaba en los ojos.

—Lo peor de todo es que cuando lo hago no siento remordimientos. De todos modos, el *dal bath* también me gusta. No resulta aburrido comerlo casi de continuo. Una vez que te acostumbras apetece repetir y repetir.

Durante unos segundos no le respondió. Sólo caminó junto a ella, pensativo, hasta que el apolonizado nido de cables bajo el que se despedirían apareció ante sus ojos.

—Me gustaría tener tu capacidad de adaptación —confesó de pronto.

—Ya la tienes. Mírate. —La miró a ella—. Vistes como un nepalí y a veces hasta pareces uno de ellos, ya utilizas con habilidad la mano para comer, has dejado de sorprenderte por todo este crisol de razas y de religiones que nos rodea...

—Eso no va a bastarme.

Ella se detuvo y él se volvió a mirarla. La endeble luz que convertía la calle en transitable y la que medio alumbraba el portal, tras ella, le bastó para ver que la preocupación había regresado a su rostro.

—Tienes miedo.

Fue una afirmación tan cariñosa como rotunda.

—Estoy aterrado. Si todo sale bien deberé adaptarme a un lugar y a una vida que desconozco y que no sé si sabré llevar —le confesó, callando que su mayor miedo estaba en lo que ocurriría si todo salía mal.

—Cuando conocí a Bhim y me contó su historia, le pregunté que cómo había conseguido sobrevivir en esta ciudad caótica sin nada que comer la mayoría de los días y sin haber robado ni un simple mendrugo de pan. Me respondió que descubrió lo que era el mundo cuando abandonó el monasterio budista en el que había crecido, y que como no sabía vivir, pues improvisaba un día tras otro confiando siempre en la ayuda de los dioses. —Sonrió, pensó él que recordando al chico—. Tal vez tú deberías hacer lo mismo. Improvisar cada día, y todo irá bien.

—¿Me lo dices tú, que tienes rotundamente claro dónde y cómo quieres vivir hasta el final de tus días?

Ella rió de aquel modo limpio y transparente de las primeras veces en la azotea, en las altas montañas de Namrhung desde las que casi podían tocar el cielo con los dedos. En la fiesta de Holi, cuando bailaba para él bajo aquella lluvia de colores...

—En realidad, yo también pasé por ese proceso de improvisación, de búsqueda interior, de adaptación. No soy tan centrada como crees.

—Alguna debilidad tenías que tener. —Avanzó otro paso sin darse cuenta de que lo hacía—. Pero eres fuerte. Lo sé. Detrás de tu aspecto frágil y dulce que provoca deseos de abrazarte y protegerte, se esconde una mujer muy fuerte. —Creyó advertir que suspiraba—. Envidio al afortunado que antes o después acabará siendo parte de tu vida.

Le acarició con suavidad la mejilla, y ella cerró los ojos con tanta dulzura que ya no pudo resistirse.

Introdujo los dedos por entre sus cabellos hasta alcanzarle la nuca. Y allí, al amparo de aquella exigua luz la besó en la boca olvidando que estaban en el país en el que se besaba con las manos y con los ojos. También ella pareció olvidarlo, tal vez por vez primera en todos los años que llevaba mimetizándose respetuosamente con aquellas gentes y sus pudorosas costumbres, porque le correspondió al beso con una dulzura y una pasión que lo dejaron sin aliento, despertándole las ganas de continuar, de entrar con ella en el portal y acompañarla escaleras arriba...

Pero más fuerte que el deseo fue el inoportuno fogonazo de cordura que de pronto le atravesó la mente. Y a pesar de todo le costó apartarse. Interrumpió el beso, pero durante unos segundos continuó con los labios rozando los suyos, resistiéndose a dejarla. Hasta que advirtió que ella daba un inseguro paso atrás que le obligó a él a abrir los ojos.

—Lo siento —balbuceó de modo casi ininteligible, sin mirarla—. No debí hacerlo.

—Sí, tienes razón. No debiste hacerlo y yo no debí dejarme llevar.

También ella le escondió la mirada. Se despidió con torpeza diciendo que se le había hecho tarde y desapareció presurosa en el portal por el que él hubiera deseado acompañarla. Estaba claro que los dos se conocían lo bastante como para saber que ninguno había sabido mentir con efectividad aquella noche.

Capítulo 35

Comenzó contento aquella reunión en la casa de acogida, sin sospechar que todo acabaría torciéndose antes de que hubiera terminado su primer té.

Rajiv había pasado a recoger a Aishwarya para llevarla a dar un paseo por Ratna Park, que era algo así como el Central Park de los neoyorkinos. Y nadie que entrara en Rainbow House estando Ruth presente salía sin haber tomado uno o dos vasitos de su delicioso té negro. Sobre todo si ese alguien era un hombre que pretendía a una de sus queridas viudas, porque entonces usaba aquella bonachona indiscreción para enterarse de detalles que consideraba importantes. Sólo faltaba Claudia para que el improvisado encuentro fuera como aquel otro que ella había organizado para presentarle a Rajiv. En su lugar estaba Savitri, abrazada a él y a la sencilla muñeca de trapo que le regaló. Desde que había regresado de la montaña, el lugar preferido de la pequeña parecía ser su regazo, y eso a él le gustaba. Aunque a veces sus juegos le dificultaran tomar con comodidad un simple vasito de té o prestar la debida atención a las conversaciones.

—Tranquila, Ruth —comentaba en aquel momento Rajiv—. Mi madre empieza a entender que quiera casarme por amor, y convencerla a ella es el primer paso para convencer a mi padre.

—Me alegra saberlo, porque no sé si la terquedad de Aishwarya le permitiría casarse si no es con sus bendiciones.

La viuda sonrió al oír que se pronunciaba su nombre, y una vez más Rajiv le tradujo lo que habían dicho en inglés por deferencia a Matthew.

Él no lo veía como otras veces a pesar de que sí estaba atento y amoroso con la viuda y correcto y amable con Ruth y con él, y hasta miraba y sonreía a la niña. Lo encontraba como más ausente, y hasta nervioso. Y ese cambio de actitud le inquietaba. Por eso lo observó con extremada atención, por eso le pareció advertir una leve expresión de alivio cuando de pronto le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Sé que esto es de mala educación, pero es importante —se disculpó con el teléfono en la mano—. Sólo será un momento.

La buena de Ruth le sonrió indulgente.

—Tranquilo. Puedes atender la llamada ahí, en el cuarto de los muchachos.

Tanto el nerviosismo que creyó captar en Rajiv como aquella llamada podían deberse a mil motivos diferentes, a mil asuntos familiares que nada tuvieran que ver con él. Pero no podía evitar preocuparse, cuando siempre lo había visto tan centrado y sereno como si estuviera a punto de alcanzar el karma.

Tomó a la pequeña en brazos y salió de aquel salón de alfombras y cojines diciendo a Ruth que volverían en un minuto.

Mientras se dirigían a la habitación de las niñas, separada de la de los niños por un delgado tabique, se colocó un dedo contra los labios indicando a Savitri que debían guardar silencio. La pequeña le imitó, aunque colocando morritos como si estuviera dándose un beso en el dedo índice. Para ella era como un juego de a ver quién aguantaba más sin emitir ni el más leve sonido. Para él la garantía de que podría escuchar a Rajiv sin que los descubriera.

No necesitó entrar en el alegre cuarto rosa. Pudo oírlo mientras caminaba por el pasillo, porque Rajiv hablaba en voz baja pero con la puerta abierta.

—¿Estás seguro de que no está ahí? Hace más de dos meses todo parecía indicar que había vuelto.

¿Estaba hablando de él? ¿Alguien, en Estados Unidos, estaba tratando de localizarlo? El corazón comenzó a golpear con tanta fuerza que los latidos le resonaban en la cabeza. Savitri continuaba con el dedito sobre los labios, mirándolo con expresión misteriosa y divertida mientras él trataba de pensar.

—Asegúrate de eso —murmuró de nuevo Rajiv—. Busca su nombre en vuelos, busca lo que sea, pero quiero saber si sigue estando aquí. Y quiero saberlo cuanto antes.

Regresó con rapidez al salón y se sentó en el suelo a la vez que Savitri estallaba en risas. Y disimuló como pudo su angustia. Se preguntó cómo había llegado a aquella situación; cómo había perdido el precioso tiempo que consiguió haciéndoles creer que había salido del país. Aún no había localizado a Ramesh pero ya no podía seguir contando con que Rajiv lo ayudara sin saberlo. Tenía que acelerarlo todo y evitarlo como a la peste, pues no tardarían en comenzar a buscarlo de nuevo. Y cuando eso ocurriera no podía seguir allí, confiando en que cuando volviera a mirarlo a los ojos siguiera sin reconocerlo.

No imaginó, aquel amanecer, que antes de que cayera el sol por fin estaría observando los movimientos de Ramesh Shrestha. Menos aún que presenciar la ceremonia de cremación de un cuerpo junto a las aguas sagradas del Bagmati iba a ser lo que le llevara hasta él.

El día había comenzado como todos, aunque la macabra maquinaria acababa de ponerse en marcha sin él saberlo. Un día más había madrugado para acechar el bazar de Rajiv desde primera hora. Esta vez lo hizo pensando que, por una simple cuestión de probabilidades, cuantos más días pasaban sin que se viera con su primo, más cerca estaban de que lo hiciera. Pero aquella jornada la consumió esperando sin que nadie que no fuera empleado del bazar, comprador o simple curioso apareciera por allí durante todo el día. No se hubiera preocupado de haber sabido que en alguna parte estaba escrito que antes de que cayera el sol encontraría a Ramesh Shrestha tras la

densa humareda de una pira funeraria.

Comenzó a entenderlo al llegar a Rainbow House, tras la novedad de encontrar allí tan temprano a Claudia, ayudando a Nirmala a lavar las verduras que prepararía para la cena.

—El hermano de Rajiv ha muerto —le contó como tratando de justificar su presencia al tiempo que se secaba las manos—. Voy a acompañar a Aishwarya a ver la cremación.

Claudia no había terminado de hablar cuando él ya imaginaba una reunión familiar en torno al cadáver. Y si eso ocurría tenía que estar cerca. Porque si aquella era la explicación de la ausencia de Rajiv, también era la oportunidad única para dar al fin con el escurridizo Ramesh.

Se ofreció a acompañarlas, y al instante una repentina inquietud terminó de ensombrecer los hermosos ojos de Claudia. Sin duda, ella tenía claro que su interés no estaba en dar el pésame a Rajiv, al que seguramente se había dado cuenta de que evitaba, o en contemplar el exótico ritual de cremación de un difunto. Y aunque sabía que el temor de no entenderlo ya le provocaba inquietud, estaba seguro de que su preocupación sería aún mayor si supiera con qué intención buscaba a Ramesh.

Hervía en excitación cuando llegaron a Pashupatinath. Con el arma bien pegada a la espalda. Se notaba tenso, expectante, con todos sus sentidos en continuo estado de alerta. El desconocimiento del lugar y el no saber aún ni siquiera hacia dónde debía mirar aumentaban su sensación de inseguridad, de peligro.

«La orilla de los infieles», llamó Claudia a aquel espacio alto desde el que se veía con claridad la orilla de las cremaciones. Era como una gran colina edificada en piedra, con un buen número de escalones que llevaban al río y con amplios asentamientos a los costados desde los que nepalíes y turistas contemplaban arder los cuerpos en sus piras funerarias, al otro lado de las aguas sucias y poco profundas del Bagmati. No pasarían a la otra orilla, pues sólo los fieles hindúes podían acceder al recinto sagrado. No imaginó ella que eso no le decepcionaría, porque estaba allí para observar la llegada de los Shrestha desde la distancia, minimizando en la medida de lo posible el riesgo de ser descubierto.

—Si no os importa, yo me quedo aquí.

Claudia se volvió mientras la desconsolada Aishwarya comenzaba a descender los escalones para sentarse a menor distancia del lugar de la cremación.

—Como quieras.

Él asintió con la cabeza, demasiado centrado en lo que tenía que hacer como para percibir la preocupación con la que ella lo miraba. Ni siquiera la observó alejarse. Miró alrededor buscando con prisa el punto más apropiado. Toda la enorme base de piedra era igual de desangelada y sin nada donde ocultarse. Pero sí servía para sus fines la hilera de pequeños templos de piedra con los tejados blancos que estaba tras él, contruidos en recuerdo de las mujeres que en el pasado fueron obligadas a dejarlo todo al quedarse viudas. Y todo incluía también la vida, a la que pusieron fin

ardiendo en la pira funeraria del esposo, unas veces por voluntad propia, otras por la presión social a la que se vieron sometidas y la mayor parte de ellas asesinadas por quienes las obligaron a subir a la pira sin permitirles escapar de las llamas.

Se colocó en el espacio entre dos de aquellas pequeñas construcciones, observando cómo los cuerpos de dos ancianos se consumían al otro lado del río, en los *ghats* o escalones del templo que conducían al borde de las aguas sagradas. En otro de aquellos *ghats*, un hombre descalzo terminaba de formar un lecho de maderas y hierba seca para algún otro difunto. Mientras lo veía apilar leños pensó con impaciencia en el hermano muerto de Rajiv, preguntándose cuánto tardaría en aparecer.

Sabía, porque se lo había explicado Claudia durante el camino, que allí se hacían las cremaciones de las castas más altas, los que usaban carísimas maderas olorosas, normalmente de sándalo, que llenaban el aire de humo blanco y perfumado. En la misma orilla, pero tras la línea divisoria que marcaba el puente, había otros *ghats* más envejecidos y sucios en los que la gente pobre quemaba a los suyos con bambú o con maderas que desprendían un olor rancio y lo atestaban todo de vapores negros.

Pero también de allí, de los pies del templo principal donde se incineraron reyes, a ratos ascendía un aire irrespirable y complejo de definir. Resultaba como dulzón, no sabía si por el efecto de las maderas caras. Dulzón y denso que, sin embargo, no enmascaraba el penetrante olor a cabellos chamuscados y a carne quemada.

Su cultura occidental consideraría macabro, y hasta obsceno, quemar un cuerpo al aire libre, ante la vista de todos. Pero, tal y como le habían explicado, en aquel país la muerte se aceptaba como el paso natural y necesario en el ciclo de la reencarnación. El alma abandonaba el cuerpo, que pasaba a formar parte del transcurso sagrado del río, volviendo al ciclo de la vida y la muerte, a la que recibían con tal normalidad que no les importaba que la orilla opuesta se llenara de curiosos, incluso de turistas asombrados perpetuando el momento con sus cámaras fotográficas, siempre que lo hicieran con respeto.

Miró con impaciencia a unos monos de los miles de los que estaba poblado el templo y a un grupo de chiquillos desnudos que rebuscaban entre la basura estancada en las aguas poco profundas las posesiones personales de los difuntos. Al parecer, niños y adolescentes bajaban cada día en busca de cosas como dentaduras, anillos o con un poco de suerte hasta quizá alguna joya importante. También la madera que no había terminado de quemarse les resultaba valiosa. Pero no tardó en comprobar que una cosa era escuchárselo contar a Bhim y otra bien distinta contemplarlo con los propios ojos mientras sentía que se le revolvía el estómago.

Resopló despacio y se apoyó en la pared milenaria de uno de los santuarios a la memoria de las viudas quemadas junto a sus esposos muertos. Le fascinaba todo aquello: las grandes diferencias culturales, el misticismo. La espiritualidad, que ejercía de poder calmante ante la pérdida de seres queridos. Toda aquella estructura de templos medievales. Hasta la miseria de hombres y niños buscando entre los restos

de la muerte algo que les ayudara a sobrellevar la vida, o aquella paz que se sentía incluso cuando el aire olía a cuerpos quemados con madera de sándalo.

Hasta que vio aparecer a Rajiv.

Puso toda su atención en el nutrido grupo de hombres que llegaban con él. Primero en los cinco que le ayudaban a transportar el cadáver en una parihuela. Y su impaciente agitación fue tan rápida como su descubrimiento.

Justo cuando pasaban tras la columna de humo blanco y perfumado que desprendía la pira funeraria de uno de los ancianos, descubrió entre ellos a Ramesh Shrestha. Lo hubiera reconocido incluso detrás de un humo espeso y negro. Y estaba seguro de que a él le ocurriría lo mismo si sus ojos llegaran a cruzarse con los suyos. Por eso se alegró de ir vestido con las viejas ropas nepalíes, de haberse quedado arriba. Y por eso se pegó más a la pared del templo cuando los vio descender los peldaños cargando con el cadáver para colocarlo en la superficie lisa que acababa sumergida en el río para hundir en él los pies descalzos del muerto.

Vio a Ramesh apartar levemente el sudario blanco que envolvía al difunto y lavarle los pies y el rostro con el agua sagrada. Después ayudó a Rajiv a despojarlo de sus ropas y pertenencias mundanas, que tiraron al río, y sobre el sudario colocaron otra mortaja de color naranja intenso, ocultando ya el rostro, para terminar llenándolo de largas guirnaldas de las frescas flores naranjas de las caléndulas. Lo veía afectado, serio, y sintió satisfacción al pensar que de haber sabido que él estaba allí, observándolo y dispuesto a no perderlo ya de vista, en lugar de honrando al difunto estaría maldiciéndolo a él.

Un gesto cariñoso de Ramesh hacia dos niños hizo que reparara en ellos. Estaban allí, inmóviles en uno de los escalones y observando el ritual en silencio. Imaginó que eran los pequeños que Claudia le había dicho que quedaban huérfanos, los hijos del difunto, que se comportaban como pequeños y fuertes hombrecitos. Las mujeres de la familia lo observaban todo desde la distancia, reunidas bajo los arcos de madera tallada y dándose unas a otras consuelo y esforzándose en no llorar, ya que al parecer eso generaría un apego en el alma del difunto y no conseguiría liberarse por completo.

Sin atreverse casi ni a respirar siguió hasta el más leve movimiento de Ramesh mientras éste ayudaba a llevar en la parihuela el cadáver al *ghat*, y una vez allí daba tres vueltas con él sobre la pira funeraria, en el sentido de las agujas del reloj, antes de acomodarlo definitivamente sobre los leños. Entonces sacó un cuchillo grande y se lo entregó a su primo Rajiv. Éste se acercó al primogénito del fallecido, al que vistió con un *dhoti* blanco, y esperó a que agachara sumisamente la cabeza para rasurársela. Después fue él quien, vestido también de riguroso luto níveo, se inclinó ante su primo Ramesh para que hiciera desaparecer su brillante pelo negro bajo el mismo afilado borde. Y ese detalle, que se le antojó íntimo, le hizo pensar que entre ellos había un lazo mucho más estrecho del que siempre supuso.

El niño mayor, que no sobrepasaba los ocho años, fue el encargado de prender

fuego a la pira con una antorcha. La primera llama en una vela de mantequilla que le habían introducido al cadáver en la boca —tras haberle dado el último sorbo de agua del río sagrado—, para que lo primero que se borrara fuera el rostro de una vida mundana y que no quedara en el recuerdo. Luego el oficiante fue incendiando las diferentes partes en las que iba introduciendo pequeñas maderas de buen arder y manojos de hierba seca. Ramesh y Rajiv avivaron el fuego repartiendo por la pira y junto al cadáver trozos de mantequilla. Un artículo excesivamente caro para las gentes pobres, que debían conformarse con humedecer la madera para que ardiera durante más tiempo y así consumiera el cadáver, cosa que no siempre conseguían.

La simple idea le obligó a contener otro estremecimiento. Pero siempre sin desviar la atención de cada leve gesto de Ramesh, de su charla aparentemente relajada y hasta de sus sonrisas con el grupo de hombres, que ya miraban arder la pira sólo a ratos y desde la distancia. Porque tras el largo ritual, y quedando sólo la conversión del cuerpo en polvo para lanzarlo después a las aguas sagradas, los minutos se fueron haciendo eternos y convirtiéndose en horas. Entre dos y tres tardaba en consumirse un cuerpo y liberarse el alma, según le habían contado. Y el momento lo anunciaba una pequeña explosión con la que el calor hacía estallar el cráneo.

Y así fue también entonces. Tras aquel sonido seco que le provocó un escalofrío, el hombre descalzo, que se había encargado de atizar el fuego y de cuidar que todo lo humano se consumiera, empujó los restos calcinados con un palo hasta arrojarlos directamente a las aguas, donde varios niños y algunos adultos aguardaban en busca de tesoros de vida.

Después todo se precipitó, pero no del modo en el que llevaba horas esperando.

El grupo que formaba el cortejo fúnebre comenzó a moverse y él se preparó para seguir con precaución a Ramesh. Pero apenas salió del resguardo de aquellos pequeños templos, la suerte volvió a cambiarle.

Uno de los escoltas que él conocía estaba allí, sobre el puente. Avanzaba desde la orilla del templo sagrado hacia la que Claudia llamó «de los infieles». Oteando alrededor para proteger la integridad de su amo.

También él examinó con rapidez el espacio buscando más miembros de la seguridad de Ramesh. En la zona de cremación los familiares de Rajiv se despedían. El tiempo se le acababa. Su hombre iba a largarse sin que él tuviera la menor oportunidad de seguirlo.

Y entonces se fijó en ella.

Descendió despacio los escalones que llevaban al río. Con la cabeza gacha, tratando de no destacar entre los fieles y los curiosos que contemplaban arder a los difuntos, pero sin perder detalle de los movimientos de Ramesh. Y tampoco del escolta, que al llegar a la orilla volvía sobre sus pasos sin abandonar aquel lugar perfecto desde el que lo dominaba todo.

Se sentó guardando una muy prudente distancia con Claudia.

—No me mires —no había terminado de decirlo cuando ella comenzó a volver la cabeza—. ¡No me mires! Actúa como si no me conocieras.

La oyó tomar aire. De soslayo pudo ver cómo se petrificaba, tensa y mirando con fijación al frente.

—Me estás asustando.

—Mira bien al hombre que se despide de Rajiv. —Aguardó con impaciencia—. Pensaba seguirlo para averiguar a dónde va. Pero no puedo hacerlo. Sus escoltas están aquí, vigilándolo todo, y no deben verme.

—¿Qué está pasando, Mathew?

Le temblaba la voz. Deseó tomarle la mano para tranquilizarla. Pero ni Ramesh ni sus hombres podían verlo con ella.

—Responderé a todas las preguntas que quieras hacerme después, Claudia. Ahora no hay tiempo. Necesito que sigas a ese hombre por mí.

—¡Pero qué...!

—¡No me mires! —Inspiró hondo para tranquilizarse—. Esto es importante, Claudia. No te lo pediría si tuviera otra opción. Pero no la tengo.

Vio que junto a la orilla Ramesh se apartaba ya de Rajiv. El tiempo terminaba.

—Es tomar un taxi y pedir al conductor que siga al coche en el que veas que él se marcha. Sólo eso. No queda tiempo, Claudia. Por favor, dime que sí lo harás.

Ella inspiró y expelió el aire, lentamente y sin apartar los ojos del hombre al que debía seguir y que parecía a punto de irse. Y él no necesitó más respuesta.

Se levantó despacio, y con la misma obligada calma ascendió la escalera, pendiente de lo peligroso que podía ser llamar la atención.

Capítulo 36

Había entrado al portal mirando con miedo a su alrededor a pesar de estar seguro de que nadie le seguía. Pero ninguna precaución le parecía excesiva cuando se trataba de no conducirlos a aquel barrio marginal, de no llevarlos jamás hasta Claudia. Tal vez por eso, por la importancia extrema que tenía seguir manteniendo a salvo su zona segura, y a ella, ni su cuerpo ni su mente conseguían abandonar el estado de alerta. Y al parecer ella tampoco.

—¿Qué está pasando? —le había preguntado en voz baja y asustada en cuanto abrió la puerta, y enmudeció al fijarse en la pistola que él llevaba en la mano.

Entró con rapidez y cerrando con prisa y sin haberle dicho ni una palabra. Sin recordar siquiera que para entrar debía descalzarse.

—¿Qué está pasando? —volvió a preguntar mientras lo seguía por el pasillo. Y lo hizo una vez más cuando él se paró en la cocina, iluminada tan sólo por el resplandor de una vela de mantequilla formada en un cuenco, que estaba sobre la mesa y junto a la tetera y un vaso vacío.

—¿Lo seguiste como te pedí y sin que te vieran? —preguntó él como si no la hubiera oído—. ¿A dónde fue?

—Llevo horas esperándote, Matthew. Ignoro la urgencia que tienes por conocer lo que he averiguado, pero yo necesito saber qué significa todo esto. Por favor. Dijiste que responderías a todas mis preguntas. Y esta vez quiero toda la verdad. No podré seguir confiando si no me lo cuentas.

Él resopló despacio y se acercó a la ventana. Apartó ligeramente el visillo y miró al exterior. El resplandor de la luna llena compensaba aquella noche otro de los habituales cortes de electricidad. La calle estaba tranquila. Un frágil muchacho arrastraba con cansancio un *rickshaw* sin pasajeros, inquietando al silencio con el sonido de los viejos pedales sin engrasar.

—¿Te han seguido hasta aquí?!

La angustia con la que ella le hizo la pregunta le obligó a reaccionar. Estaban a salvo. No sabía durante cuánto tiempo, pero lo estaban.

Soltó el visillo, dejó la pistola en la repisa del fregadero y se volvió hacia ella. La claridad azulada de la luna le bañaba el rostro, tenso por la preocupación soportada durante horas. Notó que hacía esfuerzos para no mirar el arma, igual que llevaba haciendo desde que él entró. Debía de estar asustada, confundida al ver que el hombre en el que había estado confiando empuñaba una pistola.

—Es sólo para defenderme si lo necesito —le aclaró—. Por el resto, también puedes estar tranquila. No me habría ni acercado a esta casa si no estuviera

totalmente seguro de que nadie me seguía.

—¿Y a quién he seguido yo y para qué?

A punto de responderle, apretó los labios y caminó hasta la mesa. Arrastró una silla y se sentó, apoyando los antebrazos en la madera. Durante unos segundos tan sólo observó el parpadeo brillante con el que la vela se consumía frente a sus ojos.

—El hombre al que has seguido se llama Ramesh Shrestha. Necesito saber dónde vive porque voy a secuestrar a su hija.

Podía haber elegido cualquier otro modo de confesarle el motivo por el que estaba en aquel país. Incluso haber comenzado con alguna larga explicación que la hubiera ido preparando para la verdad. Pero las palabras habían salido de su boca sin haberlas pensado siquiera.

La miró sentarse en la silla de al lado, despacio y sin apartar de él ni por un instante sus grandes ojos marrones.

—¡Qué estás diciendo! —balbuceó incrédula.

—Que estoy aquí para llevarme a esa niña lejos, donde ni Ramesh ni nadie que le sirva pueda encontrarnos.

—Pero... ¿por qué quieres llevarte a su hija? ¿Por qué quieres hacer algo así?

—Porque es mi sobrina. —La notó retener el aliento—. Esa niña es la hija de mi hermana Sharon.

—Te juro que no estoy entendiendo nada. Creo que la cabeza va a estallarme.

Tocó la tetera y sintió el calor en la mano. Llenó de té negro el vaso de cristal y lo colocó frente a ella.

—Sé que es difícil asimilar algo así, Claudia. Pero creo que lo entenderás cuando te cuente toda la historia. No soy una mala persona.

Claudia lo miraba preguntándose quién era realmente la persona que estaba sentada frente a ella. Lo que acababa de escuchar no le encajaba con el buen hombre que veía siempre que lo miraba a los ojos. Los buenos hombres no iban por el mundo secuestrando niñas, pensaba sin dejar de observarlo.

Y toda esa confusión la entendía él, que se mantuvo en silencio el tiempo que ella se tomó para mirarlo, para pensar, para beber un pequeño sorbo de té y volver a dejar el vaso sobre la mesa.

—Pero ¿ese hombre es el padre de esa niña? ¿De tu sobrina?

Él asintió.

—Estuvo casado con mi hermana. Se conocieron cuando él estudiaba en Estados Unidos y ella estaba a punto de ingresar en la universidad. Perdió la cabeza por él. Decía que era un hombre muy inteligente, con una gran visión para los negocios y altos valores humanos. Ni mis padres ni yo pudimos evitar que se precipitara. De la noche a la mañana cambió la universidad por el matrimonio, Princeton por Atlanta. Pero lo cierto es que la veíamos feliz. Y la seguíamos viendo inmensamente feliz cuando tuvo a Amanda, una niña tan dulce y preciosa como ella. Pero unos años después llegaron los problemas. —Se frotó el espacio entre los ojos—. No nos dijo

nada entonces, supongo que porque no le resultaba fácil reconocer que se había equivocado. A veces me pregunto si todo hubiera sido diferente si se hubiera confiado a nosotros desde el principio. —Con los antebrazos sobre la mesa, cerró las manos, una cubriendo la otra, y la miró de frente—. Te estoy contando todo esto porque quiero que entiendas las razones por las que estoy aquí.

—Y yo te lo agradezco.

Respiró hondo, peinándose hacia atrás con los dedos antes de continuar.

—Ramesh hacía frecuentes viajes a este país, decía que para ayudar a su padre, que era comerciante mayorista de tejidos y cosas de ésas. Vivían en un barrio tranquilo de Patan. Siempre prometía a Sharon que la traería para que conociera a su familia, a su gente. Pero nunca era el momento adecuado. Ella no sospechaba que el problema era otro. Hasta que él cometió un error en uno de esos viajes, cuando Amanda tenía ya seis años, olvidando la americana en el taxi que lo llevaba al aeropuerto. Después de algunas vueltas, ésta acabó en manos de Sharon. También el móvil que llevaba en el bolsillo y que no era el que ella conocía. Ramesh tenía dos vidas.

—Él estaba casado también aquí.

—Exacto —confirmó con la cabeza—. Ahí comenzaron los conflictos. En cuanto regresó de aquel viaje ella se le enfrentó y le pidió explicaciones. Entonces supo que él jamás habló de ella a sus padres, que no sabían que se había casado en América ni que tenía una hija. Ramesh le juró que la otra no significaba nada, que tan sólo era la mujer que sus padres eligieron para él. Que la única mujer de su vida era ella y su única hija Amanda. Pero Sharon no estaba dispuesta a pasar por aquella humillación. Aunque a pesar de eso su matrimonio duró casi un año más.

—¿Después de saber que la engañaba? ¿Pero qué motivos podía tener para seguir con él?

—Tan sólo uno. Su hija. Él la amenazaba con llevársela lejos si ella lo abandonaba. ¡Aquéllos eran los malditos valores humanos de los que se enamoró! —precisó con rabia—. Ramesh dejó de viajar durante un tiempo, las discusiones se hicieron más frecuentes y más graves. Hasta que Amanda presenció una de las peores y se pasó la noche llorando asustada y sin querer dormirse. Aquello la hizo reaccionar y decir basta. Aunque tampoco entonces nos lo contó. Lo hizo cuando su abogado tuvo preparada la demanda de divorcio. Le aterraba la posibilidad de que cuando Ramesh la recibiera cumpliera su amenaza de llevarse a la niña. Así que me trasladé a Atlanta y estuve con ellas durante todo el proceso. Él reaccionó bien, firmando todo lo que el abogado de mi hermana le presentó. Incluso le pidió perdón por cómo había actuado. Sharon me contó que después trató de reconquistarla volviendo a ser el amoroso y atento hombre del que se enamoró. Pero que tras soportar tantas peleas y tanto sufrimiento, él ya sólo le provocaba rechazo. Y que en el fondo él lo sabía.

—Y al final lo hizo. Se llevó a la niña.

Captó la tristeza en su tono de voz. En el modo en el que lo miró esperando a que

continuara. En el silencioso ánimo que le transmitió cuando él tardó en hacerlo.

—No pudo soportar verla recuperarse y comenzar una nueva vida en la que él ya no pintaba nada. Fue su venganza. Llevársela un sábado por la tarde, cuando le tocaba verla, y además hacerlo delante de ella. Estaban los tres sentados en una terraza. Mi hermana entró a comprar unos helados, y cuando salió ya no había rastro de ellos. Se volvió loca buscándolos. —Comprimió con fuerza la mandíbula—. El muy desgraciado la mató allí, robándole a su hija. Y yo voy a hacer lo mismo con él.

La palidez se hizo más intensa en el rostro de Claudia, medio iluminado por el resplandor de la vela en la oscuridad que reinaba en el resto de la cocina.

—Ramesh cometió un delito. No cometas tu otro, por favor. Hay formas legales de hacer las cosas.

—Créeme, Claudia, que lo hemos intentado todo. En cuanto Ramesh llamó a Sharon diciéndole que tenía a la niña aquí, con él, y que no dejaría que volviera a verla, contratamos a los mejores abogados para traerla de vuelta a casa. Recurrimos a las amistades con más influencias. Pero sólo recibíamos malas noticias. Las leyes nepalíes reconocían a Ramesh su derecho de padre, y él a su vez negaba a Sharon el de madre que las leyes americanas le concedían. Mi hermana le llamaba un día tras otro para rogarle que llegaran a un acuerdo, para pedirle que le permitiera verla o simplemente que la pusiera al teléfono para oír su voz. Pero sólo obtenía negativas y recriminaciones por que hubiera acabado con todo. —Murmuró entre dientes una maldición—. Así pasaron cerca de dos años en los que ella sobrevivió a base de tranquilizantes, de ansiolíticos y de pastillas para dormir mientras iba quedándose sin esperanzas. Yo estaba ocupado en plena temporada de las Grandes Ligas, disfrutando de mi sueño. Mis padres hacían su vida en Princeton, sufriendo pero confiando en que los recursos legales le devolvieran a su nieta. Pero ¿sabes lo que pueden ser dos años en esas condiciones? Una eternidad.

—No puedo ni imaginarlo. Pero supongo que debió de ser una agonía.

—Una agonía, sí. Y aún le quedaba lo peor. De pronto me llamó una mañana diciéndome que venía a este país para recuperarla. Intenté convencerla de que era una locura, pero fue inútil. Poco después estaba en la dirección que conocía de Patan, sacando valor de donde no tenía para presentarse ante su familia. Fue una acción desesperada. ¿Qué otra opción le quedaba ya? —Meció con lentitud la cabeza—. Su abogado me iba informando cada noche de cómo estaban las cosas. ¡Yo tenía tanto miedo de que tampoco ella saliera ya de aquí! Hasta que una noche me llamó. Estaba de nuevo en su apartamento de Atlanta, con más desánimo del que yo le había notado nunca. Seguramente Ramesh la arrastró hasta el avión, imagino que con amenazas. Me hizo prometer que recuperaría a la niña. Le dije que lo haría, que se tranquilizara porque encontraríamos la forma de lograrlo. Se lo juré y le pedí que tratara de dormir. —Se frotó los párpados con los dedos—. Tomó un frasco entero de somníferos. O tal vez ya se lo había tomado cuando me llamó. Se durmió y no volvió a despertarse. Dijeron que había sido un suicidio. Pero yo sé que no. Ella sólo quería dormir durante

mucho tiempo, y despertar cuando yo hubiera cumplido la promesa de devolverle a su hija. Pobre Sharon... —Inspiró hondo—. No sabía qué más hacer. ¿Y ahora tú dices que hay otras maneras de lograrlo? ¡Por Dios, Claudia, las hemos intentado todas! Por eso ya sólo me queda jugar tan sucio como jugó él.

La vio enjugarse las lágrimas con las yemas de los dedos y abrazarse después a sí misma, como si tuviera frío.

—¿No te has parado a pensar en la niña? También ella ha debido de sufrir mucho, y ya que ha perdido a su madre es muy posible que quiera seguir viviendo con su padre.

—Amanda está deseando que me la lleve lejos de aquí —dijo con suavidad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Hace años que no la ves. Puede haber cambiado de opinión.

—Hablé con ella dos días después del funeral de Sharon. Yo aún seguía en su apartamento, poniendo en orden mis emociones cuando ella llamó. Acababan de decirle que su madre había muerto, que dejara de pedir que la llevaran con ella. — Durante unos segundos sólo miró la parpadeante llama de la vela de mantequilla, que se fundía hasta volverse cristalina en el interior del cuenco—. No imaginas lo doloroso que fue decirle que era verdad. Me suplicó que viniera a buscarla, que la sacara de aquí. Le prometí que lo haría, igual que unas noches atrás se lo prometí a su madre. Ramesh interrumpió la llamada. Pude oír cómo la reprendía justo antes de que se cortara la comunicación. Tardé semanas en dejar el apartamento. No me alejaba de aquel teléfono ni de noche ni de día. Pero Amanda no volvió a llamar. —La miró en silencio—. Entonces entendí que no tenía más salida que ésta. Ni siquiera la de contratar a alguien que lo hiciera por mí. Y no me digas que aquél era un momento difícil para ella, que podía estar confundida, porque créeme que no se acuesta ni una sola noche sin esperar que a la mañana siguiente llegue yo a buscarla. Lo sé, porque hace poco la vi y volvió a pedírmelo.

—¿La has visto? ¿Aquí?

—En Patan. ¡Está tan mayor y tan preciosa! Pensé en su madre, en lo orgullosa que se sentiría si pudiera verla.

—¿Qué pasó allí? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Imagino que nunca creíste ninguna de mis historias sobre cómo fui a parar al hospital. —Sonrió al verla arrugar la nariz de aquella forma graciosa, tierna y casi infantil—. Lo ocurrido en Patan me llevó a accidentarme después en Katmandú.

—¿Acaso intentaste llevártela?

Él asintió lentamente con la cabeza.

—Pero cometí el error de no controlar bien mis emociones. La tuve tan cerca... —murmuró casi para sí—. Llevaba días haciendo guardia junto a la casa de los padres de Ramesh, esperando a que apareciera. No sabía en qué otro sitio buscarlo, y preguntando me enteré de que los visitaba con frecuencia. Y así fue también entonces. Vi que Amanda jugaba en un parque infantil que había junto a la casa; era

el momento perfecto. En cuanto la tuve a escasos metros la emoción me paralizó y ella me vio. No conté con eso. Me reconoció de inmediato y comenzó a gritar mi nombre y a correr a mi encuentro. La retuvieron mientras me gritaba que no me fuera sin ella. Pero tuve que salir corriendo para que los tres tipos que se lanzaron a por mí, pistola en mano, no me alcanzaran. Si no me hubiera detenido a mirarla ahora estaríamos lejos de aquí.

—¿Y esos hombres son los mismos que estaban hoy en Pashupatinath? ¿Los mismos que te buscaban en el hospital?

—Hoy sólo he visto a uno de ellos; el que vigilaba desde el puente. Los otros dos fueron quienes entraron al hospital. Y los tres juntos fueron quienes frustraron nuestra huida en Patan, sí. Son los únicos que podrían reconocerme, además de Ramesh, porque son los únicos que me han visto. Aunque con otro aspecto.

—No lo entiendo. Si te vieron en Patán, ¿cómo podían saber que estabas en Katmandú?

—Porque seguí buscando a Ramesh. No estaba seguro de que estuviera viviendo aquí, pero me parecía posible porque siempre le gustaron las grandes ciudades. Siguiéndolo en Patán descubrí que frecuentaba casas de juegos y burdeles caros de mujeres occidentales, imagino que porque le recuerdan a mi hermana. Por ahí comencé a indagar y ahí cometí mi segundo error. Seguramente llegó a sus oídos que andaba preguntando por él. Dieron conmigo. Los mismos tres hombres me acorralaron en una calleja a la que me llevó el joven conductor de *rickshaw* que se suponía que me trasladaba al hotel. Te juro que creí que allí acababa todo, porque mientras el que hoy vigilaba desde el puente durante la cremación tan sólo miraba, los otros dos se pusieron a golpearme. Pero logré zafarme y correr entre el tráfico para que no me atraparan, lo que acabó llevándome a tu hospital.

—Por suerte.

Él asintió con la cabeza y una sonrisa triste.

—El resto ya lo conoces, exceptuando los detalles más importantes. Quería localizar el domicilio de Ramesh, aunque ya contaba con que estaría muy vigilado. Pero era la única forma de observar los lugares que frecuenta Amanda para ver dónde y cómo resultaría más sencillo llevármela. Pero cuando dejé el hospital me encontré con que habían entrado a la habitación en la que me hospedaba y habían revuelto mis cosas. Necesitaba desesperadamente un lugar seguro en el que esconderme. Y nada podía ser mejor que una casa como aquella de la que tú me habías hablado, y que estaba en un barrio marginal.

—Así que hemos sido tu escondite todo este tiempo.

—Habéis sido mi salvación, Claudia. Porque además de haberme dado un sitio seguro donde dormir, y desde luego también fuerzas, la casualidad quiso que me acercarais a Rajiv.

—¿Puedo preguntarte qué tiene que ver él con todo esto? Es un buen hombre.

—Sí, yo también creo que es un buen hombre. Pero también es primo de Ramesh,

y el único que podía conducirme a él, lo que me facilitaba mucho la búsqueda. Además contaba con la ventaja de que no me conocía.

—¿Y por qué lo conocías tú?

—Por unas fotos. Me resultó familiar cuando lo vimos con Aishwarya en la fiesta de Holi. Después vigilé su bazar porque había averiguado que pertenecía a un pariente de Ramesh. Y allí lo reconocí. Recordé haberlo visto en unas fotografías que me enseñó Sharon. Al parecer Ramesh compartía apartamento con él antes de casarse.

Claudia volvió a coger el vaso de té. Notó que se había quedado frío y a pesar de ello dio un pequeño sorbo. Después lo dejó sobre la mesa y se quedó rozando el borde de cristal con los dedos.

—A diario veo tantas cosas que ya nada me sorprende, pero esta historia increíble...

—Estoy cerca de lograrlo, Claudia. Y esta vez nada me detendrá. No imaginas el infierno por el que he pasado durante este tiempo. Cada vez que veía sufrir a la pequeña Savitri esperando a que llegara su hermana, me recordaba a Amanda, porque imaginaba que también ella sufría esperando a que yo llegara a buscarla. —Tragó saliva cuando ella volvió a mirarlo—. Menos mal que estabas tú...

... tú con tu dulzura, con tu sonrisa, con tu amor desinteresado, siguió diciéndole con el pensamiento mientras los dos se miraban en silencio, iluminados por aquella poca luz dorada.

Pero ella rompió el hechizo antes de que hubiera terminado de crearse. Se puso en pie, arrastrando la silla, y se alejó hasta perderse en la oscuridad para regresar con un papel doblado que sacó del cajón que estaba junto al fogón de queroseno.

Se lo tendió a la vez que volvía a sentarse.

—Anoté el lugar en el que desapareció el coche y otras indicaciones que te ayudarán a localizar el sitio. No está demasiado lejos.

—Gracias —murmuró pasando los dedos por las dobleces—. No sé si te das cuenta de lo importante que es esto que has hecho por mí.

—Creo que sí. Pero ahora mismo estoy muy confundida. Necesito asimilar lo que me has contado. —Suspiró bajito—. Y encajarlo, no sé todavía dónde.

—Lo entiendo.

Le acarició la mano que ella tenía sobre la mesa, de pronto y sin pensar, después de todo el tiempo que llevaba deseando la simpleza de rozarla y temiendo hacerlo. La notó temblar, y la cubrió con la suya, consciente de pronto de que no había dejado de hacerlo desde que él había llegado. O tal vez incluso antes. Tal vez ya temblaba mientras perseguía por la ciudad a Ramesh, sin saber siquiera por qué. Tal vez llevaba temblando desde que él le dijo que las acompañaría a Pashupatinath, a contemplar la cremación.

—Siento haberte implicado en un problema que no es tuyo. Y siento haberte ocultado todo esto. Pero no podía...

Ella apartó la mano y se llevó las dos hasta el regazo.

—No te preocupes. Ahora lo entiendo.

Miró el papel. Era una hoja arrancada del cuaderno que ella utilizaba como agenda. O más bien como recordatorio de las cosas que iban necesitando quienes tenía cerca y que ella debía conseguirles.

—Debo irme. —Se puso en pie con tanta rapidez como si en verdad estuviera deseando alejarse—. Ya te he robado demasiado tiempo hoy. Y también tranquilidad.

—¿Y si no lo logras?

Lo había dicho sin mirarlo. Sin apartar los ojos de la mesa y sin moverse del asiento.

—Si no lo logro lo intentaré una y otra vez hasta conseguirlo. No puedo fallarle.

Entonces sí alzó ella la cabeza, y el resplandor tembloroso de la vela encendida brilló en la humedad de sus ojos y de sus pestañas.

—¿Y si acabas en una de estas cárceles inhumanas o..., o algo todavía peor?

—Trato de no pensar en esa posibilidad. Y tú deberías hacer lo mismo. —Le rozó con levedad el cabello—. Por favor, Claudia, no quiero que te preocupes por mí.

—No puedo evitarlo.

—Eres el ser más maravilloso que he conocido. Ojalá existiera más gente como tú. El mundo sería sin duda un lugar mejor.

En aquel último instante deseó confesarle que nunca había sentido por nadie lo que sentía por ella. Pero él, que siempre había evitado comprometer sus emociones con mujer alguna, no estaba preparado para asimilar lo que estaba sintiendo. No allí. No entonces. Aunque de ningún modo hubiera podido hacerlo, cuando estaba a punto de coger su mochila y marcharse de aquel país para no volver.

Capítulo 37

La dirección escrita en aquel papel le había ardido entre las manos desde el momento en el que salió de la casa de Claudia. Al ir leyendo las detalladas indicaciones fue imaginando a su sobrina al otro lado de aquel muro alto tras el que al parecer sólo se veían copas de grandes árboles, y había tenido la tentación de ir a buscarla. Pero no lo había hecho; no volvería a precipitarse.

Una vez más, Bhim no había hecho preguntas. Sólo respondió con un sí a su petición de que vigilara aquella casa y siguiera con su *rickshaw* al coche negro o a quien saliera llevándose a tres niños. Más concretamente a una niña de nueve años con rasgos occidentales y peinada con una corta trenza de sedoso pelo negro. Que averiguara qué lugares frecuentaba, en cuáles se divertía con otros niños o en qué colegio la dejaban. Sin detenerse. Sin interferir. Sin dejarse notar más de lo que lo hacía cada día buscando y trasladando clientes por las calles.

Lo que había averiguado se lo contó por la tarde. En aquel punto en el que los conductores de *rickshaws* alineaban sus coloridos vehículos esperando llamar la atención de los extranjeros. Él había ido a buscarlo con más precaución que otras veces, vestido con sus gastadas ropas nepalíes, y hasta con uno de aquellos topis de tela con coloridos dibujos cubriéndole la cabeza. Mientras se tomaban unas cervezas frías bajo el toldo de cuero, Bhim le había hablado de los lugares públicos en los que jugaba la niña, siempre vigilada, y le había indicado con precisión el lugar en el que se hallaba el colegio al que asistía. Hasta le había señalado qué calles, estrechas y sinuosas, le servirían de atajos desde el barrio 18.

Al menos ya tenía la dirección, porque el que Ramesh estuviera a punto de descubrir que seguía estando en Katmandú convertía en urgente su necesidad de abandonar Rainbow House y acelerarlo todo antes de que fuera demasiado tarde. Pero entonces Bhim volvió a decirle que no había encontrado lo que desde hacía días buscaba para él.

—¡No puedo esperar ni un minuto más! Esta noche dormiré en uno de esos cuartos que dices que no son para mí, o en la calle.

—Hotel barato cerca...

—Ningún hotel, ni cerca ni lejos, amigo. Necesito una habitación. Da igual cómo sea. Me basta con que tenga cuatro paredes, un techo y un suelo en el que tumbarme a pasar la noche.

El siempre risueño Bhim resopló, y aceptó ceñudo a llevarlo a uno de los muchos cuartos de alquiler que había ojeado. Que no era lugar para un americano, volvió a decir, pero que no había encontrado nada mejor en los barrios pobres de los que él

insistía en no alejarse.

—Seguro que es perfecto —dijo tras escuchar la dirección.

—Perfecto para Bhim, no perfecto para americano.

Rió y lo empujó con el hombro antes de descender del *rickshaw* y alejarse en dirección al hospital, alerta a todo lo que se movía a su alrededor. Estaba contento. Había encontrado un sitio en el que dormir fuera de Rainbow a la vez que el mejor lugar en el que podía localizar a Amanda. Ya sólo quedaba buscar el momento y la forma de hacerse con ella.

No preguntó por Claudia al llegar al hospital. Entró directamente a buscarla por la consulta, por las habitaciones de los ingresados. Una a una y sin éxito.

Todas las camas estaban ocupadas, como cuando él pasó allí una interminable semana. La mayoría de los ingresados eran hombres mayores, casi ancianos. Y los ojos se le fueron hacia un par de ellos que, en aquel momento, recibían la visita de jovencitas que apenas habrían alcanzado la adolescencia. Las dos vestidas con vistosos saris, las dos con la raya del cabello pintada de un rojo brillante.

—No está —le sorprendió a su espalda la voz de la doctora Jekyll.

—He podido comprobarlo por mí mismo.

—Aunque yo puedo atenderlo. ¿Qué le ha ocurrido esta vez?

Por un instante fue como volver a los días en los que estuvo postrado en una cama de aquella habitación, que al parecer seguía siendo dominio de la voluble enfermera.

—Estoy perfectamente.

Ella alzó las cejas mostrando incredulidad.

—Puedo llamar a un doctor, si eso va a hacer que se sienta más seguro.

—Gracias, pero sólo quería hablar con ella.

—Mentiría si dijera que lamento el que haya dado el paseo en balde.

Iba a responderle cuando un lastimero grito de llamada llegó desde la cama del fondo. La irónica sonrisa de la enfermera se transformó en una línea recta y apretada al tiempo que alzaba los ojos al techo, poniéndolos en blanco durante unos segundos.

—Lleva así tres días —murmuró entre dientes—. Va a volverme loca.

Pero no se movió. Ignoró el lamento del enfermo, igual que la vio hacer muchas otras veces.

—Me alegra comprobar que sigue siendo la misma enfermera simpática y cariñosa de siempre. Hace que uno se sienta como en casa.

Hundió las manos en los bolsillos y miró alrededor, acción que a ella pareció molestarle.

—No me gusta usted. Nunca me he fiado de sus intenciones.

—Me alegra saberlo. Siempre es necesario alguien así para proteger lo que es de uno. Sobre todo en un lugar como éste, en el que todos parecen fiarse de todos.

La vio fruncir el gesto con sarcasmo. Era evidente que seguía siendo la misma, y

él pensó que si regresara en unos años probablemente tampoco la encontraría cambiada. Aunque estaba claro que él nunca volvería para comprobar si la doctor Jekyll envejecía siendo igual de irónica y voluble o si la ciudad, de exótica y milenaria belleza, se modernizaba y perdía su magia. Pensaba que no tendría ocasión de saber si las vidas de quienes le importaban se tornaban diferentes después de que se hubiera ido.

Inspiró hondo cuando volvió a pisar la calle. No podía evitar que con el pensamiento de irse le invadiera la misma nostalgia como si ya lo hubiera hecho. Nostalgia de su buen amigo Bhim; de los buenos momentos que pasaba con Ruth en la casa de acogida; de las noches en la azotea contemplando el mar de tejados y sobre ellos el firmamento de estrellas; de la dulce y pequeña Savitri y su rostro expectante cada vez que le leía el cuento, siempre el mismo. Pero sobre todo nostalgia de los hermosos ojos marrones de Claudia, de su peculiar gesto de achinarlos al reír. Recordó que muchas veces, al anochecer de aquellos lejanos días de verano a la orilla del lago Carnegie, el abuelo solía decirles que la nostalgia era la alegría de la tristeza. Ni sus hermanos ni él entendieron entonces la contradicción. Él lo comprendió años después, al quedarse solo y añorarlos un día tras otro. Y ahora, cuando estaba a punto de conseguir lo que había llegado buscando, comprendía también que en toda felicidad quedaba rastro de penas y que toda tristeza se alimentaba de nostalgias.

Salió de allí sin haber visto a Claudia, pero dispuesto a dar con ella en Rainbow House. Aunque conociéndola también pensaba que podría estar en algún barrio marginal como Jagriti, visitando a enfermos en sus casas o ayudando en el lugar más insospechado. Mientras recorría la calleja la imaginó en una de las fiestas exclusivas que él frecuentaba desde que se convirtió en estrella de los Yankees, y la sola idea le hizo sonreír. Ella no aguantaría ni un minuto entre aquel esplendor innecesario, entre tanta superficialidad. Y después de conocerla probablemente él tampoco.

Llegaba a Rainbow House cuando de pronto bajó la cabeza y aceleró el paso para no ser reconocido. Allí estaba Rajiv, con la cabeza rapada como la de un monje y vestido de immaculado luto blanco. En el espacio abierto, entre las casas, en el que el barbero del barrio acostumbraba a acicalar a sus clientes. Junto a él estaba Ruth, sentados los dos bajo el árbol central, por fortuna demasiado absortos en su conversación como para reparar en nadie. Y mientras pasaba de largo no pudo evitar fijarse en que la piel siempre aceitunada de Rajiv se veía pálida y que bajo los ojos se le apreciaban unas oscuras y profundas ojeras.

Le extrañó verlo allí, tan cerca de Aishwarya. Por lo poco que sabía sobre el luto hindú, suponía que presentarse a cortejar a una mujer a las pocas horas de la cremación sería poco menos que un sacrilegio. Le habían contado que el duelo duraba once días en los que nadie podía tocar a los parientes más próximos al difunto, que tenían prohibido comer carne, incluso ciertas verduras, y no podían usar zapatos o

cinturones de cuero por considerarlo material impuro. Y se preguntó si era eso. Si Rajiv estaba comentando a Ruth lo que quería que ésta le transmitiera a su amada. Y también si Claudia estaba arriba, consolando a la joven viuda.

Se decepcionó al encontrar la casa en silencio. Los niños terminando de hacer los deberes; también su pequeña Savitri. Nirmala en la cocina, ocupada con la cena. Y la viuda enamorada pedaleando la vieja máquina de coser en el cuarto de costura.

Con cuidado, tratando de no molestar a nadie, dejó la llave en el mueble que había junto a la puerta para que Ruth la viera al llegar y la guardara. Él ya no iba a necesitarla. Como tampoco volvería a necesitar aquel sencillo cuarto azul que había sido mucho más que un lugar en el que ocultarse.

Colocó la mochila abierta sobre la cama y abrió el armario en el que guardaba la ropa. Intentaba no mirar hacia la ventana para no ver el descampado en el que había jugado su último partido. No se había asomado desde entonces, ni siquiera para ver jugar a Bhim y a sus amigos. Y no iba a hacerlo ahora, cuando el sentido común le decía que recogiera con rapidez sus cosas y se marchara.

Y fue doblando ropa sin demasiado cuidado y colocándola en la mochila. En el fondo las botas de montaña que le regaló Jaman Singh. Después, y sobre unas cuantas camisetas mal dobladas, lo más importante. Lo sacó del fondo del cajón en el que guardaba la ropa interior y los calcetines. Las tres bolsas de tela cosidas por Ishu. Comprobó, más por obsesión que porque fuera necesario, que en la bolsita más abultada estaban sus documentos y los de la pequeña, y sólo después los metió en la mochila.

Dos golpes suaves en la puerta le sobresaltaron. Y al instante esta se abrió y Ruth asomaba la cabeza.

—¿Molesto?

Se apresuró a esconder el arma en la mochila mientras le decía que no, que ella no molestaba nunca. Y arrebujando con las manos una camisa la colocó ocultándolo todo. No reparó en el divertido asombro con el que Ruth contempló su extraña forma de arrugar lo que estaba cuidadosamente planchado.

—Te he visto pasar —aclaró tras sentarse en el borde de la cama—. Estaba ahí afuera, hablando con Rajiv.

—¿Cómo está?

—Triste. Pero los hindúes están más preparados para la muerte que los occidentales. La consideran un paso necesario para completar el ciclo de reencarnaciones. Ahora su mayor preocupación es Aishwarya. Ha estado un rato hablando con ella aquí, en el cuarto de costura. No ha esperado a que terminara el luto porque quería que supiera que jamás se casará con la viuda de su hermano por mucho que lo ordene la tradición o lo quieran sus padres.

—¿Y qué ha dicho Aishwarya?

—Ya la conoces. Es terca. Ahora más que nunca quiere la bendición de la familia de Rajiv.

Él dobló los vaqueros y los puso sobre la camisa.

—¿Crees que lo conseguirán? Casarse, quiero decir.

—Rajiv tiene las cosas muy claras. Dice que sólo se casará por amor, y que su amor es Aishwarya. Que si ella no lo acepta renunciará a la herencia y a todo lo que esté relacionado con su familia y se irá lejos para no volver. Probablemente a Estados Unidos.

Como si la distancia sirviera para olvidar a quien se ama, murmuró para sus adentros a la vez que empujaba el pantalón para hacer más sitio.

—¿Te ha pedido que intercedas?

—Sí. Nos ruega que hagamos entrar en razón a esa tozuda mujer a la que adora. Debemos hacerle entender que no se casará con su cuñada aunque ella lo rechace. Y que si de verdad quiere que sea feliz, que sepa que sólo lo será con ella.

—Es un buen hombre.

—Sí. Lo es. Pero Aishwarya no merece menos.

—Ninguna mujer merece menos —aseguró mal plegando la última camiseta.

Ruth le observó meterla en la mochila, cerrar la cremallera y ajustar las correas.

—Y tú, hombre que nos entiendes, ¿te vas ya? —Abrió la palma de la mano y le mostro la llave. Él sonrió.

—Algún día tenía que ser. Esto no es lo mío.

—Pues para no ser lo tuyo se te da bastante bien. Y si no que se lo pregunten a Savitri. —Cerró los ojos al oírse la nombrar—. O a Claudia. ¿Qué pasa con ella?

—Nuestros mundos son demasiado distintos.

—Vaya, tenía la sensación de que eso estaba cambiando.

—Las cosas no siempre salen como nos gustaría.

—Eso es muy cierto, muchacho. —Se puso en pie, sonriente y medio nerviosa—. ¿Puedo despedirte con un abrazo?

—Sí, por favor.

Ella se le colgó del cuello, él le rodeó con los brazos la espalda y la apretó contra sí.

—Gracias —dijo sin soltarla—. No te olvidaré nunca. Y tampoco a tus niños y a tus viudas. Di a Savitri que encontraré un momento para venir a despedirme de ella.

Ruth abrió los ojos como si fuera un búho en plena noche para contener las lágrimas que comenzaban a amontonársele. Inspiró hondo y se apartó, dejándole aún las manos sobre los hombros.

—¿Volverás algún día?

Él tragó saliva.

—Nada me gustaría más. Te lo aseguro.

La habitación alquilada era un agujero inmundo con un ventanuco que daba a una estrecha calle a la que apenas llegaba la luz. Mientras él observaba las desconchadas

paredes, Bhim se apresuró a cubrir el viejo colchón, que estaba en el suelo, con sábanas y mantas limpias. Él le ayudó a extenderlas.

—Cambia la cara, amigo. El cuarto no está tan mal. Seguro que no es mucho peor que el tuyo.

—Pero yo ser Bhim.

—Bhim merece mucho más que esto. —Dejó caer la mochila al suelo mientras el chico se sentaba en lo que ya había tomado aspecto de cómodo lecho.

—Ya saber que Bhim ser dalit.

—¿Y qué? Yo no creo en las castas ni en las clases sociales. Creo en las personas, y tú vales más que todos esos de casta de comerciantes, de sacerdotes o de gobernantes.

El rostro del chico volvió a iluminarse.

—*Dhanya baad* —juntó las palmas de las manos al pronunciarlo, igual que cuando saludaba con un *namaste*.

—Gracias por nada. Soy yo quien te debe tantas que me harían falta unas cuantas reencarnaciones para pagártelas. —Los dos rieron, pero antes de que se apagaran las risas caminó hacia el ventanuco.

Fingió interesarse por la reducida vista exterior mientras pensaba en lo mucho que le gustaría llevar a Bhim a Estados Unidos, presentárselo a gentes del béisbol que se quedarían asombrados con su natural forma de jugar. Gentes siempre deseosas de encontrar diamantes en bruto para intentar pulirlos, aunque no siempre lo consiguieran. Pero no estaba en condiciones de hacerlo, cuando ni siquiera él podría regresar a su país ni ponerse en contacto con quienes hasta entonces lo habían conocido.

—¿Qué pensar Matthew?

Se volvió hacia él, que lo miraba con curiosidad desde el viejo colchón.

—Pensaba en Ruth y en Claudia, y en las veces que han debido alquilar habitaciones como ésta para convertirlas en los hogares de quienes de otro modo nunca tendrían nada.

—Ellas ser diosas.

Algo debió de despertar la palabra «diosa» en la mente del joven conductor de *rickshaw*, porque sus labios dibujaron una sonrisa dulce y casi bobalicona.

—¿Y qué pensar Bhim ahora?

El chico se echó a reír. Y con su básico inglés pasó a contarle que su encargo de vigilar la casa de Ramesh le había servido para llevar a una preciosa jovencita newar en su *rickshaw*. Que nunca había estado sentada en aquel viejo asiento de cuero una mujer tan elegante y hermosa.

—Y te has enamorado.

—¡Ella ser newar! —explicó como si creyera que no lo había oído la primera vez—. Bhim ser dalit, y un día enamorar de una guapa chica dalit, y darle primer beso el día de boda...

—¡Espera, espera! ¿He entendido bien? ¿Dices que no la besarás hasta que estéis casados?

—Ella tampoco besar a mí. No besar a nadie hasta día boda.

—Así que nunca has besado a una chica.

El muchacho fingió no haber notado su gesto divertido y asintió con una mezcla de felicidad y de orgullo.

Matthew le contó que había besado en la boca a más mujeres de las que podía recordar, y el joven conductor se echó a reír, entre escandalizado y nervioso, igual que hacía él siendo un chaval cada vez que su hermano le hablaba de chicas y de sexo.

Capítulo 38

La oscuridad era total, y al verlo allí cualquiera hubiera pensado que se resistía a encerrarse en su habitación alquilada para pasar la primera noche. Pero no era eso. Cómo iba a preocuparle el lugar en el que pasaría sus últimos días en aquel país, cuando antes de irse se enfrentaría a lo más peligroso e importante que había hecho en su vida. Estaba allí porque sentía la peligrosa respiración de Ramesh pegada a la nuca y el aire de la libertad llegándole de frente.

Le temblaron los dedos al pulsar el timbre en el rellano a oscuras. ¿Cuándo había temblado él al ir en busca de una mujer? Nunca. Tal vez porque nunca había sentido por ninguna nada parecido a lo que sentía por Claudia.

Volvió a pulsar el timbre. Y entonces reparó en que en el interior no se oía el sonido. Una noche más fallaba la luz eléctrica, y no sólo en la calle. Golpeó la madera con los nudillos y la imaginó recorriendo con los pies descalzos el pasillo en penumbra. Pero cuando la puerta se abrió la encontró con una pequeña vela encendida en las manos. Y mientras ella se quedaba inmóvil, mirándolo sin atisbo de sorpresa, él lo hacía paralizado por la emoción de contemplarla arrebatadoramente hermosa, con el rostro acariciado por el parpadeo dorado y brillante de la llama, con sus grandes ojos abiertos de par en par, expectantes. Enamorados.

—Espero que no te moleste que venga a estas horas.

—Te estaba esperando. Pero pasa, no te quedes ahí.

Sin más palabras comenzó a alejarse por el pasillo llevándose la brillante claridad consigo. Cerró con el pie y fue tras ella, absorto en la cálida sensación que le provocó ver su silueta a contraluz, con el resplandor de la llama filtrándose por entre sus cabellos como pequeños rayos de sol entre las nubes de un día oscuro.

En el salón otra luz iluminaba la esquina entre cojines, en la que sin duda ella estaba cuando él llamó a la puerta. Procedía de la pantalla de un viejo ordenador portátil, que estaba en el suelo, junto a un vaso de té humeante. Claudia se agachó a cerrarlo, y todo quedó sumido en penumbra mientras a ellos dos los iluminaba el parpadeo dorado de la vela. Ella le pidió que se sentara mientras le traía un té. Él lo hizo en el suelo, apoyando la espalda en la pared mientras la miraba salir de allí a oscuras para, al cabo de unos segundos, regresar acompañada de la pequeña llama encendida de otra vela más gruesa.

La vio dejar el vaso junto al suyo, todavía humeante.

—No me negarás que ésta es la ciudad más romántica del mundo —se esforzó en bromear al tiempo que se recogía la falda y tomaba asiento frente a él, entre cojines—. Dudo que ni en París ni en Venecia se converse a la luz de las velas con la

frecuencia con la que lo hacemos aquí.

—Siempre le buscas el lado bueno a todo.

—¿Tú no?

Se dejó contagiado por su hermosa sonrisa mientras seguía admirando el parpadeo de luz en sus ojos marrones.

—Estoy descubriendo que lo hago cada vez más a menudo.

—Te dije que este país cambia a las personas.

Meció la cabeza.

—No sé si tendrá ese poder. Yo pienso que son los acontecimientos de la vida los que te cambian. Lo que sí puedo asegurarte es que es un país que no olvidaré jamás.

No lo decía por Amanda o por lo que iba a hacer para llevársela, sino por la huella imborrable que esa ciudad, y las personas que allí había conocido, le habían dejado ya para el resto de su vida.

—¿Por qué has dejado Rainbow House?

La notó retener el aire.

—Ya imaginaba que no tardarías en enterarte.

—Bhim estaba preocupado. Vino a pedirme que tratara de convencerte. Dice que eres un cabezota, que por más que te ha dicho que ése no es un buen lugar no has atendido a razones. Hasta Ruth ha venido a contarme con inquietud que te habías ido. No tenías que hacerlo. Menos ahora que el final está tan cerca. No necesitabas añadir preocupaciones a las que ya tienes.

—Lo prometí, Claudia.

—¿No puedes olvidar esa estúpida promesa?

—Es mi forma de demostrar...

—No tienes que demostrar nada —le interrumpió, temiendo casi tanto lo que iba a decir como no contenerse si lo escuchaba.

—Es lo mejor para todos. No quise involucraros y, ya ves, he acabado metiéndote en esto. Si todo sale mal no deben relacionarnos para evitaros problemas.

—¡Shh, calla! —Se detuvo justo a punto de posar los dedos en sus labios—. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Él bajó los ojos a su vaso durante unos segundos.

—Ésa era la frase favorita de mi abuelo —dijo al fin—. Fuera cual fuera el problema, siempre acababa diciéndola. Parecía capaz de solucionarlo todo con sólo pronunciarla, así que oírse la nos daba tranquilidad, y tal vez por eso al final todo acababa arreglándose. Aún recuerdo cuando me lesioné por primera vez. Estaba comenzando a despuntar en el equipo y, ¡zas!, sufrí mi primera lesión de ligamentos que me relegó al banquillo. El que me sustituyó se dejaba la piel en cada jugada. Comenzó haciendo tan buenas marcas que pensé que la maldita rodilla había acabado con lo que prometía ser mi brillante carrera. Pero me lo dijo de nuevo, y por última vez —aclaró pensativo—. «Todo va a salir bien, ya lo verás». Y así fue. La competencia con aquel chico que se estaba ganando mi puesto me llevó a esforzarme

al límite, y en mi primer partido tras mi lesión hice un *home run* que puso en pie a las gradas. Al día siguiente estaba en todos los periódicos.

Dieron rienda suelta a esa risa provocada más por el nerviosismo de no saber cómo mirarse que por la gracia que encontraron en la anécdota. Y ninguno quiso romper aquel momento de ojos alegres y empapados, de sonrisas nostálgicas, de esa emoción compartida de miradas que se encontraban sin querer y que después titubeaban temiendo volver a equivocarse.

Fue ella quien acabó con aquella agonía dulce. Y a él no le sorprendió, pues hacía tiempo que sabía que a pesar de su aspecto vulnerable era la que tenía mayor fortaleza. Una fortaleza delicada capaz de conseguirlo todo.

—¿Qué sientes cuando piensas en el béisbol, cuando oyes hablar de él o lo ves practicar ahora que sabes que se acabó para ti?

Él se acomodó contra la pared, extendió las piernas y cruzó un pie sobre el otro.

—Me sigo sintiendo afortunado. Cumplí mi sueño. Conseguí llegar hasta lo más alto. Tuve el mundo a mis pies y mujeres espectaculares en mis brazos. Me invitaban a las fiestas más exclusivas y lujosas. Me adoraban los hinchas, los fans. Equipos poderosos me tentaban con ofertas millonarias. Me sentía importante, realizado. Y ahora me queda el orgullo de saber que todo lo conseguí con mi esfuerzo. —La miró de soslayo a la vez que tomaba su vaso del suelo y daba un trago—. Aunque creo que voy a tener que aficionarme a otro deporte, porque voy a echarlo terriblemente de menos.

—Creo que el baloncesto es mucho más entretenido.

Ella rió y él se dejó contagiar por su sonido, por su gesto de achinar con felicidad los ojos. Se sentía bien después de hablarle del lado más positivo de su carrera truncada. Lo recordaría en los peores momentos. Recordaría que al menos él había logrado su gran sueño cuando muchos se pasaban la vida corriendo tras ellos sin alcanzarlos.

Saboreó despacio el exquisito amargor que el té negro le había dejado en el paladar.

—¿Y tú?

—Lo mío no son los deportes.

—No. Me refiero a que si tú has cumplido tu sueño.

Durante unos segundos Claudia no supo qué decir. Dio unos pequeños sorbos a su té, mirando los enrevesados dibujos de la alfombra, antes de volver a dejar el vaso en el suelo.

—Supongo que quieres la verdad.

—Lo preferiría, sí.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? Tienes un sueño y sabes si lo has cumplido o no. Es así de fácil.

—Nadie me lo había preguntado hasta hoy, ni siquiera yo misma. —Sonrió

desconcertada—. Y ahora tú me haces caer en que hace mucho que me he olvidado de mis sueños. ¡No me mires así! —Arrugó la nariz de aquel modo infantil y delicado—. La vida me trajo aquí por casualidad, y ya no cambiaría esto por nada del mundo. Me llena el alma. Pero nunca lo soñé, si es eso lo que te preguntas tras esa mirada. Aunque ahora sueño con tantas cosas para este pueblo y su gente maravillosa que es imposible que llegue a verlas todas cumplidas. A no ser que de repente el mundo se vuelva loco y deje de ser tal y como lo conocemos. Así que no. No soñé lo que ahora soy por más que ya no sabría vivir de otra manera.

—Bueno, pero algún sueño tendrías cuando eras una adolescente. Todo el mundo tiene alguno.

—El mío era un sueño imposible.

—No hay sueños imposibles.

—Sí que los hay.

Su terquedad lo desconcertó. Volvió a tomar el vaso entre los dedos, y a punto de llevárselo a los labios lo dejó de nuevo junto al de ella.

—¿Tan difícil era para que lo abandonaras y lo olvidaras? Una mujer que ama la vida como lo haces tú tiene que tener algún sueño.

—Yo nunca he soñado a lo grande como tú. —Sonrieron a un tiempo—. Algunos consideramos importantes las cosas más simples. —Pensativa, dobló las rodillas y se cubrió las piernas con la falda, dejando que los bordes descansaran en el suelo—. Siempre soñé con formar una familia numerosa, experimentar lo que es ser madre, sentir a una criatura formándose dentro de mí. Pero la vida me negó esa posibilidad. Así que sí hay sueños imposibles. —Frunció graciosamente el gesto—. Y cambia esa cara de lástima, porque es algo que ya superé gracias a esta gente. A esos niños a los que cuido a la vez que de alguna manera ellos cuidan de mí.

—¿Cuándo lo supiste?

—Poco antes de llegar aquí para quedarme. Fue la decisión más importante que he tomado en la vida. Esto me curó. Llegaba herida, porque mi imposibilidad de ser madre terminó también con mi relación.

—¿Ése fue el motivo?

—Sí, y no le culpo. Para él era importante tener hijos propios. O al menos así lo creyó hasta que se vio casado con otra que sí podía dárselos. No me sirvió su intento de volver atrás. Yo me había sentido hundida, inútil. Hasta que me refugié aquí y entendí que no engendraría hijos porque mi destino era cuidar a los de otras madres que no podían hacerlo. —Le brilló la felicidad en los ojos—. Esto había vuelto a darle sentido a mi vida, un motivo por el que levantarme cada día y luchar.

Él meció con lentitud la cabeza.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—¿De lo que hago aquí? ¿Que tuviera vocación no te parecía motivo suficiente?

—Me refiero a tus miedos.

Ella suspiró y apoyó el mentón en las rodillas. El parpadeo de las velas doraba su

frente y sus ojos, dejándole a media luz el resto del rostro.

—Los miedos no se pueden controlar. Ni siquiera esta ciudad puede cambiarlos. O los superas o te paralizan.

—Te lo dije; en el fondo no somos tan distintos. Cuesta arriesgarse y dejar atrás lo que nos hace sentir seguros. Pero a veces merece la pena correr el riesgo a equivocarse, a encontrarse solo...

—Tú nunca estarás solo.

Lo dijo con tanta ternura, mirándole con el brillo preocupado de sus ojos marrones, que él se sintió flaquear. El ruidoso ventilador del ordenador, en el que hasta entonces no había reparado, cesó de pronto. Y el silencio inmóvil en el que se observaban se volvió más callado, más íntimo.

—¡Adiós, batería! —exclamó en un nervioso acto de autodefensa—. Lo que fuera en lo que estabas trabajando deberá esperar a que vuelva la electricidad.

—No era trabajo. Miraba el mar. —Emitió una sonrisa tímida—. Antes de venir aquí lo hacía desde la ventana de mi cuarto, oyendo el sonido de las olas. Vivía en un pequeño pueblo de la costa vasca. Adoro el mar, me provoca calma. Por eso muchas noches acompañe el té con imágenes de costas hermosas o vídeos con el sonido del mar. Me relaja.

—Lo echas de menos.

—A veces. Cuando algo me pone nostálgica. Entonces añoro los paseos al amanecer, recogiendo conchas en la arena alisada por el agua. Es mi pequeña-gran debilidad —se justificó—. ¿A dónde irás tú ahora que puedes elegir tu destino?

—Pues voy a sorprenderte —aseguró—. No lo sé.

Ella exageró un gesto de sorpresa.

—¿Cómo que un chico como tú, valiente y arriesgado, no tiene un plan de escape?

—No tengo preferencias. Después de vivir en la ciudad más cosmopolita del mundo, cualquier otra me parecerá de lo más tranquila y acogedora.

—¿Qué tal una casa a orillas de una playa de arena blanca, en un pueblo pequeño y encantador?

—¿Recogiendo conchas al amanecer? —Sonrió pensativo—. Apetecible. ¿Sabes que las conchas más raras que he visto las encontré en una playa de la costa oeste de Canadá? En un pueblecito, casi un barrio, llamado Tofino. Son circulares, casi blancas, con una especie de flor de cinco pétalos que parecen cinceladas a mano. Todas diferentes y asombrosas. Después nos contaron que eran las conchas de los llamativos erizos llamados «dólar de arena». O «galleta de mar».

—¿Y qué hacías tú allí, recogiendo dólares de arena?

—Avistar ballenas con mis dos amigos más locos. —Medio sonrió al recordarlos—. Eso en verano. Al parecer en invierno acuden surfistas insensatos a pillar olas de ocho metros generadas por las grandes tormentas de agua. Dicen que hay quienes viajan allí tan sólo para contemplarlas.

Claudia ladeó la cabeza sobre las rodillas, y en su gesto pudo ver que imaginaba con claridad las hermosas conchas de erizos, las espectaculares tormentas de agua. Se habían abierto el uno al otro más allá de las palabras que habían pronunciado. Porque los dos tenían miedo a acabar solos, a no volver a ser importantes para otra persona, a no sentir jamás por nadie lo que ahora estaban sintiendo. Pero no habían dejado que las emociones contradictorias que se les agitaban por dentro los dominaran. Rieron nombrando lugares recónditos y hermosos en los que él podría refugiarse hasta que el mundo le olvidara y su sobrina se hiciera mayor. Destinos tan dispares como los marcados por conchas en la arena o por las flores azules de las nomeolvides de las montañas. Pero siempre con un deseo oculto detrás de cada comentario y de cada risa. Los dos el mismo. Que el mundo se volviera loco y los llevara al mismo lugar, sin importarles en qué punto de la tierra estuviera.

—Quiero llevarte a un sitio —dijo Claudia cuando ya casi habían consumido la noche entre conversación y miradas de soslayo a la luz de las velas.

—¿A dónde?

Sonrió misteriosa.

—No voy a dejar que te vayas sin que entiendas a esta ciudad. Quiero que me acompañes a un lugar especial y a una hora especial, para que veas cómo despierta y comienza a latir el corazón de Katmandú.

Capítulo 39

—Así despierta cada día la magia de Katmandú —comentó Claudia.

Él miró la plaza desde aquella altura, cuando en el horizonte comenzaba a verse el primer fulgor del amanecer y todavía era la luna la que aportaba una claridad azulada.

Había recorrido con ella sombrías callejas milenarias sin preguntar a dónde se dirigían. Le había sorprendido encontrarse de pronto en Durvar Square, o en «el bosque de los templos», como ella llamó a aquel lugar durante la fiesta de Holi. Y necesitó apenas unos segundos para comprobar que tenía razón. Era mágico pasear por aquella plaza medieval a una hora tan temprana, cuando el día se desperezaba despacio, las calles despertaban y las mujeres comenzaban a vestirlas con los colores de saris y de sus puestos de frutas y verduras frescas, y los hombres con los de artesanías y utensilios de latón, máscaras y demás objetos sorprendentes. Reparó en que era entonces cuando brotaba aquel aroma fuerte y a la vez dulce de la ruidosa Katmandú, cuando los fieles hacían las primeras pujas a sus dioses con flores, manjares y humo de incienso que impregnaba de misterio el aire.

Y ahora estaban allí, en el Maju Deval, en la última de las nueve alturas de ladrillo rojo sobre las que había sido construido, y que estaba cubierta de cálida madera oscura. Estaban sentados junto a una de las columnas que partían del primero de los tres tejados, dejando que sus piernas colgaran hacia el exterior. A su lado dos viejos *sadhus*, con los cuerpos semidesnudos y embadurnados ya de cenizas sagradas, se teñían los rostros con las pinturas rituales, y unos escalones más abajo un anciano y un perro dormitaban, no sabía si finalizando su noche allí o aguardando al sol de la mañana.

—Tenías razón. No podía irme sin ver esto. Es la ciudad más exótica y sorprendente que he visto nunca. Si mi vida fuera otra no vería el momento de regresar.

La miró a los ojos.

Claudia sonrió. No quería hablar de lo que nunca podría ser.

—Allí vive la niña Kumari —dijo señalando hacia el Kumari Bahal, construido frente al antiguo palacio real, con ladrillo rojo y puertas y ventanas de madera oscura tan intrincadamente talladas que no parecían hechas por la mano del hombre.

—La niña diosa.

—Exacto, aunque *kumari* significa virgen. Hay más niñas diosas en todo Nepal, pero ella es la más importante, considerada la reencarnación de la diosa Taleju y venerada tanto por hinduistas como por budistas nepalíes. La que ahora vive en ese palacio tiene seis años.

Frunció la frente con asombro.

—¿Con cuántos las elijen?

—De los tres a los cuatro años, de entre niñas de la casta shakya, de la comunidad newar. Hacen un examen preliminar del que surgen sólo niñas que poseen las treinta y dos perfecciones.

—Éste es un país extraño.

—Y fascinante, ¿no?

Rió al verla arrugar la nariz. Se la rozó con la yema del índice cuando lo que deseaba era besarla.

—Fascinante, sí, y si además se pudiera abrazar y besar en público ya sería perfecto.

—¿Y perdernos la emoción de besar con los ojos?

Asintió pensativo.

—Los hermosos ojos y las eternas sonrisas de los nepalíes. —Volvió a mirar hacia el palacio—. Imagino que están entre esas perfecciones de la pequeña.

—Ella nunca sonríe en público. Y entre sus perfecciones están cosas tan sorprendentes como un horóscopo compatible con el del rey, una dentadura perfecta, no haber estado nunca enferma, el cabello y los ojos de un negro intenso, el cuello como una concha de caracol o la voz suave y clara como la de un pato. —Sonrió, recogiendo las piernas y rodeándolas con los brazos—. La prueba definitiva consiste en no mostrar miedo durante toda una noche, a la luz de las velas, junto a las cabezas de ciento ocho búfalos sacrificados a la diosa Kali mientras una procesión de bailarines bailan y lanzan espeluznantes gritos a su alrededor.

Soltó un bufido de admiración y la miró a ella. Sus preciosos ojos marrones brillaban tras el cristal de las gafas, y su corta melena castaña se agitaba jugando con el aire, que danzaba a placer a aquella altura.

—Imagino que cuando se convierten en mujeres escogen a una nueva diosa.

Ella alzó la mirada hacia las palomas al tiempo que suspiraba.

—En realidad un poco antes. El reinado de la niña Kumari termina cuando se acerca su primera menstruación, que es cuando se supone que la diosa abandona su cuerpo para reencarnarse en el de otra niña. O antes, si se lastima y de cualquier zona de su piel brota sangre. Entonces ella recupera su vida mientras se busca a la nueva pequeña que demuestre que en ella habita ya la diosa Taleju.

Un característico olor fuerte y seco le hizo mirar a los *sadhus*, que, con sus rostros pintados ya de colores y con su largo pelo creciendo en rastas que no se cortaban nunca, fumaban en una especie de pipa algo que Bhim llamó una vez *ganja*. Le explicó que era una variante de la marihuana, de consumo prohibido, pero al parecer no para aquellos que en la última etapa de su vida habían renunciado a todos los placeres mundanos para prepararse para la muerte y hacerse merecedores de alcanzar el nirvana.

Volvió a contemplarla a ella, lo más hermoso que había en aquella plaza plagada

de templos, pagodas y ricos palacios medievales. Tras unos segundos desvió la mirada hacia los dos fieros leones de piedra que custodiaban el hogar de la Kumari.

—Demasiado complicado para una simple niña.

Claudia asintió.

—Sólo sale de ahí en las fiestas de Indra Jatra, en septiembre. No puede tocar con sus pies el suelo, así que, ricamente vestida de rojo y enjoyada, viaja a través de la parte más antigua de la ciudad en un carro con techo de oro y adornado con flores que arrastran los fieles.

Le señaló las ventanas del piso superior, talladas con una acumulación de dioses y demonios protectores, diciéndole que correspondían a las habitaciones de la pequeña elegida, y que en las que daban al patio se asomaba varias veces al día durante unos segundos, maquillado el rostro y vestida con espectacular riqueza a la vieja usanza. Mientras oía sus explicaciones se preguntó qué ocurría después con aquella niña formada como una verdadera princesa, educada por los más sabios, encerrada en su templo palacio para que no se contaminara y que incluso recibía una alimentación ritual a la que Claudia dijo que denominaban «pura». Cómo sería el resto de su niñez, su juventud, su vida adulta.

—Imagino que los hombres harán cola para conseguir casarse con una mujer que de niña fue diosa.

El vuelo rasante de otra bandada de madrugadoras palomas se interpuso en la visión del palacio mientras ella le explicaba que era todo lo contrario. Que se aseguraba que casarse con ellas atraía a la mala suerte y que quienes lo hacían morían jóvenes. Ella lo consideraba una estupidez. Aseguraba que los pocos que se habían atrevido a casarse con alguna de ellas habían comprobado que eran mujeres cultas, inteligentes y con una gran riqueza espiritual, además de infinitamente hermosas.

La escuchaba sintiendo la caricia de su voz, suave y delicada como ella misma; como su risa. Y se preguntó si el amanecer en aquella plaza le hubiera parecido tan especial de no haberlo visto en su compañía, o si la historia de la niña Kumari le hubiera impactado de la misma manera si hubiera sido otra boca y otra voz las que se la hubieran contado.

La miró, esta vez de soslayo, pensando que jamás encontraría a nadie como ella, que había irrumpido en su mundo sin avisar, adueñándose primero de su mente para terminar haciéndolo hasta de su alma. No tenía dudas. Ella era la mujer de su vida, y él de la suya, pero en algún punto se había desviado el destino llevándoles a conocerse en el lugar y en el momento equivocados.

Capítulo 40

Inspiró para soportar el dolor casi físico mientras marcaba el número de teléfono. Despedirse de los niños había sido difícil, hacerlo de Savitri había sido desgarrador. La pequeña se había abrazado a él y había llorado con la amargura con la que solía despedirse de su hermana, la que además llevaba tiempo sin aparecer por Rainbow House. El llanto de la pequeña le había roto por dentro, y había deseado poder llevársela consigo. Pero, aunque él había conseguido alcanzar deseos imposibles, sabía bien que aquél era humanamente inalcanzable. Además, allí la niña estaría bien, arropada por el amor de Ruth y de Claudia, que la querían como a una hija. Aunque esa absoluta certeza no terminaba de darle consuelo.

Respiró hondo cuando oyó el sonido de llamada, y contó los tonos hasta que advirtió que descolgaban.

—Todo está a punto —dijo sin preámbulos—. Esta vez va a salir bien. Puedes dejar de preocuparte.

Pero a sus palabras las contradecían los pasos rápidos que lo llevaban una y otra vez de un extremo a otro de la pequeña y lúgubre habitación alquilada.

—Oír al fin tu voz me ha aliviado, Bryan. Pero deja que siga preocupándome hasta el final —respondió una adormilada voz femenina desde el otro lado.

Él soltó una corta risa al tiempo que se frotaba la nuca.

—¿Has pasado por mi apartamento?

—Todavía no. No quiero adelantarme y provocar que todo se estropee.

Nicole y sus eternas supersticiones, pensó con cariño. Pero no dijo nada. Le intranquilizaba extender de modo innecesario aquella conversación.

—Ya sabes, he dejado los documentos en un sobre grande, en la mesa de cristal del salón. Comprobé como cien veces que estuviera todo. Así que sólo tienes que llevártelo y ponerlo todo en marcha.

—Yo también he repasado como cien veces los pasos que debo dar. —Los dos sonrieron, separados por más de doce mil kilómetros—. ¿De verdad estás seguro de que no hay otra solución?

—Es lo mejor, si quiero que a partir de ahora ella viva tranquila y en paz. Y también para dedicarle el tiempo que me robaría el béisbol.

—Sabes que no estoy de acuerdo, pero es tu decisión y la respeto. Todo se hará como lo planeamos.

—Gracias, Nicole. Y perdóneme por haberte fallado.

—Sabes que te quiero. Y después de comprobar que era imposible hacerte desistir de esta locura, la decisión estaba clara. ¿Quién iba a ayudarte mejor que la preciosa,

fiel y discreta Nicole?

—Nadie, aunque con esto lo único que tú haces es perder. —La oyó suspirar al otro lado—. Pero he encontrado un modo de compensarte.

—¡Ni lo sueñes! Estarás eternamente en deuda conmigo.

Rió imaginándola levantar con orgullo la barbilla y haciendo mecer su atractiva cabellera rubia, feliz de que al final fuera él quien acabara debiéndole, y que además fuera algo tan trascendental como la propia vida.

—Tienes razón. Pero de todos modos hay una cosa que todavía puedo hacer por ti. Si no te debiera tanto diría que es un regalo de despedida. —La oyó reír—. Te llamará alguien de parte de Matthew.

—¿Matthew? ¿Ése es el nombre que estás usando?

—Es alguien que te gustará. Estoy seguro. Y también de que te compensará por mi desaparición.

—Nada compensará tu desaparición. A mí menos que a nadie.

—Encontrarás en él lo mismo que viste en mí. Créeme.

—No insistas. Hay cosas que sólo ocurren una vez en la vida.

Una vez en la vida...

Resopló y se acercó a la ventana. Apartó la raída cortina, pero ni siquiera entonces entró con eficacia la luz desde el callejón.

—Tengo que colgar. Me preocupa que alguien pueda localizarme a través del teléfono. ¡No, no me lo digas! Sé que es paranoico, pero prefiero comportarme como un loco irracional a estropearlo todo por una maldita llamada.

Ruido de sábanas arrugándose seguido de pasos sobre la madera le indicaron que vagaba nerviosa, imaginó que buscando un cigarrillo. Después le llegó el familiar chasquido con el que solía encenderse su mechero dorado.

—Es que hay algo que no me gusta nada. Han vuelto a llamar preguntando por ti, aunque no era la misma persona de la otra vez.

—Lo imaginaba, y no es nada que deba preocuparnos. Todo va bien, créeme.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro, de verdad. Y ahora debería colgar.

—De acuerdo. Pero te ruego que no me digas adiós.

—Tan sólo gracias por todo lo que has hecho y sigues haciendo por mí. —Respiraba hondo cuando algún recuerdo le iluminó los ojos—. Y también jurarte que no volverá a haber más rubias en mi vida; sólo tú.

La fingida risa de satisfacción de Nicole le llegó con claridad.

—Más te vale.

—Anda, vuelve a la cama y trata de dormir. Ahí aún deben de faltar unas horas para el amanecer.

Otra pausa en la que la imaginó soltando una bocanada de humo blanco.

—¿De verdad está todo bien? Te noto...

—Tranquila. Es sólo que no pensaba que me afectaría tanto dejar a algunas

personas aquí.

La oyó suspirar.

—No sé de quién hablas, pero ahora sólo importa una cosa. Piensa únicamente en ti y en Amanda. Y cuídate mucho.

—Prometido.

No hubo más palabras. Tan sólo un silencio de unos segundos antes de colgar definitivamente, y él apagar el teléfono. Pero como si eso no le bastara, lo abrió, le desencajó la batería y volvió a armarlo y guardarlo en la mochila. Después se sentó en el viejo colchón. Con los codos sobre las rodillas bajó la cabeza y entrecruzó las manos sobre la nuca. Tenía miedo. No era un James Bond ni cualquier otro tipo de héroe. Se le daban bien las mujeres, batear, correr para alcanzar la pelota. Esbozó una sonrisa al pensar en que ahora, con su nuevo aspecto y su lesión, esas tres habilidades quedaban reducidas a una. En cuanto a su miedo, trató de controlarlo diciéndose que sólo era la tensión que le provocaba la proximidad del final.

En las escalinatas de aquel pequeño templo encontró el lugar idóneo para vigilar la entrada del colegio, que estaba en la acera contraria, lo bastante lejos como para que nadie reparara en él y lo suficientemente cerca como para que él pudiera ver a su sobrina y a quienes la acompañaran. Aunque no era la distancia lo que le provocaba sensación de seguridad, sino el estar rodeado de decenas de nepalíes ociosos que durante horas no hacían otra cosa que conversar y mirar desde lo alto el devenir de la gente y de la vida. Porque, ¿quién esperaría encontrar entre ellos a un americano de piel curtida que vestía como un nepalí de casta baja y que cubría su cabeza con un gastado topi de colores?

Y así, con aquella tranquilidad pero cuidando siempre de no quedar al descubierto, observó la llegada del coche oscuro y descender de él a la pequeña. Vestida de uniforme y con libros en la mano, llevaba el mismo semblante triste que le vio en Patan incluso cuando jugaba en los columpios del parque.

Maldijo a Ramesh para sus adentros mientras mentalmente anotaba todo cuanto veía. Nadie descendió del coche para acompañar a Amanda. Ella se mezcló con otros niños en la acera, y en el momento en el que cruzó la verja de acceso al espacio verde que estaba tras el muro, el coche continuó su camino por la misma calle, amplia y saturada de tráfico. Nadie vigiló a la pequeña mientras avanzaba bajo los frondosos árboles y llegaba a la entrada del edificio, tal vez porque daban por hecho que una vez en el recinto escolar estaba segura. Y probablemente era cierto. Había que estar loco para esperarla allí, tras el muro, cuando era extremadamente sencillo bloquearlo al salir. Loco o sin más opciones que jugárselo todo a cara o cruz. Por eso, la mañana siguiente lo haría. Pero no jugándosela a lo que saliera en la moneda que nunca lanzaría al aire, sino dispuesto a cualquier cosa para evitar que nada ni nadie les detuviera.

Volvió a mirar su viejo reloj de muñeca. Deseaba quedarse allí, esperando la llegada de la tarde para contemplar unos segundos más a su sobrina. Pero no era prudente que merodeara más de lo imprescindible por la zona. Los hechos le habían convencido de que no había mejor escondite para él que la pobreza casi extrema del barrio 18, aunque hubiera cambiado la colorida casa de acogida por una triste habitación alquilada. Además, quería despedirse de Bhim.

Lo encontró en la vibrante calle comercial de Makhan Tole, descargando de su *rickshaw* un número increíble de botellas de agua de cinco litros y trasladándolas al interior de un comercio. Por su lado cruzó uno de aquellos porteadores de cargas imposibles, llevando sobre su espalda un enorme frigorífico sujeto con una correa que mantenía tensa en la frente. No dejaba de sorprenderle la vida cotidiana en aquella ciudad. Y tenía la sensación de que no dejaría de hacerlo ni aunque pasara allí toda una vida centenaria.

Inspeccionó con atención a su alrededor antes de acercársele.

—Llévame a un sitio tranquilo —le pidió pagándole con un billete de cien rupias.

—Esto servir para llevar hasta luna en cielo.

—Hoy no tengo tiempo para ir tan lejos —bromeó, y los dos rieron mientras las flacas piernas del chico comenzaban a pedalear y el *rickshaw* se ponía en marcha.

A pesar de su prudencia ni él ni Bhim repararon en el hombre que se apresuró a detener otro *rickshaw* ni en que éste les fue siguiendo desde una más que prudente distancia. Ellos iban centrados en su conversación, aunque él llevaba la espalda bien pegada al respaldo y el rostro medio oculto por la sombra de la capota echada. Por suerte, y aunque ninguno de los dos supo entonces la importancia de ese hecho, Bhim se dirigió en dirección contraria al barrio 18.

—¿Éste te parece un lugar tranquilo? —preguntó al ver que se detenían junto a Dew Drop Cafe y frente a una de las entradas a la plaza tibetana de Boudhanath y su gran *stupa*. Visitar un lugar tan concurrido el último día era tentar a la suerte, pensó mientras oteaba rogando por no encontrarse con rostros conocidos.

—Esperar y ver —pidió descendiendo de la bici e indicándole que le siguiera.

La plaza, con sus comercios, talleres artesanos y restaurantes en aquellos cuidados edificios de colores, estaba tan cuajada de gente como cualquier otra calle comercial de la ciudad. Perros dormitando en cualquier esquina, vacas dificultando el paso, grupos de monjes con sus vestimentas doradas y púrpuras, y hasta un chamán que provocaba a una cobra para que le mordiera en la mano y demostrar así la eficacia del antídoto que trataba de vender. Una vez más los fieles y los turistas rodeaban la *stupa*, un mínimo de tres vueltas, mientras hacían rodar los molinillos de oración y repetían el mantra «Om Mani Padme Hum», algunos en voz alta y otros en silencio. Al parecer, en los días cercanos a la luna llena, los fieles se multiplicaban y los monjes que cantaban el mantra se podían contar a cientos.

No tardó en descubrir que Bhim tenía razón, aunque eso no terminó de tranquilizarlo. El barullo estaba abajo, en la plaza y alrededor de la base circular que

representaba la tierra. Allí donde olía al dulzón humo de los pequeños montoncitos de hierba seca que algunos monjes quemaban lentamente y sin llama. Más arriba, en las tres explanadas sobre las que se elevaba la *stupa* blanca y los ojos de Buda, sólo unos pocos caminaban mientras otros observaban la vida del barrio sentados en sus bordes. Ellos lo hicieron en la última plataforma, la más pequeña y desierta, en el centro de la cual estaba la *stupa* blanca que representaba el agua. Sobre ella una pirámide de siete escalones de metal dorado, representación del aire, y al final una especie de paraguas dorado que simbolizaba el cielo.

—Imagino que conoces bien este pequeño Tíbet.

—Bhim visitar mucho amigo Samdhong —contó orgulloso—. Mujer cocinar rica comida tibetana. Ella decir que Bhim estar muy flaco y querer engordar.

El muchacho rió a la vez que se pasaba la mano por el estómago, tan plano como el de los hambrientos perros callejeros.

—Eso está bien —comentó con descuido, mirando una vez más alrededor—. ¿Has hecho lo que te pedí?

Bhim meció la cabeza de un lado a otro a la vez que introducía la mano en un bolsillo del pantalón.

—Y conseguir más barato. Sobrar dinero.

Se apresuró a detenerlo.

—No, no me lo devuelvas. Quédatelo, por favor. La ganga la has conseguido tú.

—Bhim no poder aceptar.

—Sé muy poco de las costumbres de este país, pero en el mío no se rechaza el regalo de un amigo.

El chico sonrió con satisfacción a la vez que le daba las gracias, y él supo bien que no era por el regalo, sino porque una vez más lo hubiera llamado amigo.

—¿Funciona bien? No me dará ningún problema, ¿verdad?

—Bhim asegurarse que ser fuerte y rápido como un rayo.

Rió al oírle decir aquella palabra. De haber estado allí la supersticiosa Nicole, seguramente hubiera dicho que la coincidencia de que lo llamara como a él lo llamó su abuelo y lo apodaban en el béisbol era un claro indicio de buena suerte. Una prueba irrefutable de que todo iba a salir bien. Aunque él sabía que ni siquiera eso le hubiera relajado lo bastante como para que dejara de observar todo cuanto se movía a su alrededor.

—Sabía que podía confiar en ti.

—Bhim dejarlo en sitio que tú decir —le contó entregándole unas llaves—. Tú irte ya, ¿no verdad?

—Mañana.

—Bhim echar de menos. Mucho de menos.

Lo dijo mirando sin ver las montañas nevadas en la lejanía, sobre el horizonte de tejados de la ciudad. Mientras tanto, él lo miraba fijamente, esperando no sabía bien qué.

—¿Por qué nunca me preguntas nada? Me has ayudado cada vez que te lo he pedido, siempre sin reclamar explicaciones, y ahora te digo que me voy y sigues sin hacerlo.

—Ver en ojos que ser buen hombre. No necesitar saber más. Americano necesitar ayuda y Bhim confiar en americano.

Respiró hondo y miró hacia los lados. Seguían estando solos, aunque hasta ellos llegara el sonido de los mantras cantados en la plaza por los monjes, y hasta el leve tintineo con el que hacían sonar las campanillas.

—¿Tener problemas? —preguntó el chico—. Mirar todo tiempo todos lados como ratón en jaula.

Negó con la cabeza, sonriente y pensativo.

—Me estoy despidiendo de todo esto —la disculpa sonó a verdad—. Yo también voy a echarme de menos.

Guardó las llaves en un bolsillo del pantalón a la vez que lo miraba con afecto. Notó que sus grandes ojos negros, siempre limpios y avispados, le observaron con curiosidad sacar la pequeña tarjeta de visita y tendérsela.

—¿Qué ser?

—Son los datos de mi agente deportivo.

—Bhim no entender.

—Si tuvieras la posibilidad de ir a América para intentar jugar al béisbol, ¿irías?

—Bhim no saber cómo ir América.

—Ya, pero si alguien te explicara cómo hacerlo, te entregara el billete de avión y te estuviera esperando en el aeropuerto de Nueva York para ayudarte en todo, ¿te irías?

Lo vio ponerse serio y tragar con dificultad.

—Bhim costar marchar aquí.

—Te entiendo. Quizás mejor de lo que te hubiera entendido hace unos meses. Pero lo cierto es que en esta vida siempre hay que renunciar a unas cosas para conseguir otras. Estoy convencido, por cómo te he visto jugar, de que puedes lograr grandes cosas, Bhim. Y te las mereces. Ella tiene un gran olfato para los buenos jugadores, y sobre todo es buena persona. Si decides intentarlo, cambiar de vida, estará esperándote. Confía en ella como lo has hecho conmigo. Es mi modo de agradecerte todo lo que has hecho por mí, amigo mío.

El joven conductor de *rickshaw* miró largamente el texto de la tarjeta. Le temblaban ligeramente los dedos, largos y flacos.

—¿Ella ayudar de verdad?

—De verdad. En todo lo que necesites —le confirmó—. Sólo tienes que decirle que llamas de parte de Matthew. Después ella se encargará de todo.

No había visto el convencimiento que le hubiera gustado en el gesto de Bhim, pensaba aun cuando regresaba al barrio atravesando Ratna Park. Pero lo entendía. El chico tan sólo conocía el monasterio de los monjes y el valle de Katmandú, además

del largo camino entre un lugar y otro. Era probable que su miedo al resto del inmenso y desconocido mundo ganara la partida a su sueño de ser jugador de béisbol.

Emocionado aún por la despedida, le asaltó un mal presentimiento. Como un frío que le recorrió de arriba abajo la espalda. Pero no quiso volverse a mirar atrás. Si aquella sensación de que lo seguían era cierta, y no producto de creer que ya lo estarían buscando, lo mejor era fingir que no había reparado en ello y jugar al escondite. Alargar y enredar su camino hasta tener la seguridad de que a quien hubiera intentado seguirlo lo había perdido en cualquiera de los mil recodos.

Capítulo 41

Estaba allí para despedirse, seguro de que, imaginaciones suyas o no, tampoco esta vez habría podido seguirlo nadie. Unas horas después de que amaneciera estaría junto al colegio de Amanda, preparado para llevársela. Todo estaba meditado y calculado hasta el cansancio. Ahora sólo le quedaba confiar en que nada se torciera. O incluso rezar, si hubiera recordado cómo hacerlo. Mirándola allí, sentada junto a la mesa de la cocina y ante el ineludible vaso de té, se resistía a pensar que no volvería a verla. Porque hacerlo le provocaba la misma opresión que le ahogaba recordar que si algo salía mal acabaría sus días en una prisión. Estaba loco por ella, la amaba como nunca había amado a mujer alguna; como probablemente jamás conseguiría volver a amar.

Tomó otro sorbo de té y apoyó los antebrazos en el borde de la mesa. Le costaba mirarla esa noche. Estaba hermosa a pesar de la tristeza y de los ojos brillantes. Ella estaba hermosa siempre. Aunque cuando sonreía tenía una luz especial que aquella noche no brillaba ni cuando conseguía curvar ligeramente los labios. Igual que hacía en aquel instante, mientras contemplaba su vaso y lo hacía girar despacio con los dedos.

—Sabía que llegaría este momento —revelaba en voz baja—. Que cualquier día vendrías diciendo que te vas. Pensaba que me encontrarías preparada. Pero no ha sido así. Aún no he conseguido hacerme a la idea de que... —meció de un lado a otro la cabeza—, ¡te vas! Te vas, y tengo la sensación de estar perdiendo a alguien a quien he tenido siempre.

—Me ocurre lo mismo. Tal vez porque hemos compartido muchas cosas en poco tiempo o... No sé. Lo siento, Claudia. Nunca se me han dado bien las despedidas.

Ella apartó el té y entrecruzó las manos sobre la mesa.

—Pues no nos despedamos. Pensemos que es un hasta pronto, ¿no? Siempre he oído decir que todo final es siempre un principio, sólo que no nos damos cuenta.

—Buen momento para empezar a creer eso.

Los dos sonrieron, nostálgicos y apagados.

—¿Puedes aguardar un poco? —preguntó de pronto Claudia—. Tengo algo que me gustaría darte.

Asintió y se quedó esperándola en aquella cocina alumbrada, una noche más, por el parpadeo de velas encendidas. Le gustaba la sensación que aquel lugar sencillo le provocaba siempre. Le recordaba a ella, sin adornos superfluos, sin nada ostentoso o innecesario. Acogedora y cálida hasta cuando la luz fallaba o a las sonrisas había que forzarlas.

Inspiró hondo al verla regresar, llevando un pequeño envoltorio en las manos, y

sentarse de nuevo a su lado. Tampoco él estaba preparado para despedirse, pero menos aún para tenerla tan turbadoramente cerca.

Durante unos segundos sólo se oyó el delicado crujir del papel al desplegarse. Le pareció ver que a ella le temblaban los dedos al sujetar la pequeña obra de arte que él reconoció. Había visto aquellos menudos saquitos de tela que pendían de cordeles para ser llevados a modo de colgantes. Algunas mujeres los vendían en la calle a los turistas, que se los llevaban como coloridos y exóticos recuerdos aun sin saber si tenían algún significado oculto.

Claudia se lo descubrió a él esa noche.

—Es un *butti*. Se cosen a mano y se rellenan de semillas, hojas, flores o maderas con poderes especiales que ahuyentan a los malos espíritus y atraen a las buenas energías. Pedí a una mujer tamang del barrio que lo confeccionara con todo lo necesario para que te protegiera.

Acercó el rostro al saquito, sin tocarlo, e inspiró hondo.

—Huele a ti.

La vio enrojecer.

—También lleva incienso y esquirlas de madera —confesó a media voz—. Para que no me olvides.

—No necesito ninguna bolsita de tela rellena con tu olor para recordarte.

—Pero lo necesitarás para que te proteja.

Desenrolló con cuidado el cordel y se movió hasta el borde de la silla, arrimándose más a él, que adivinó su intención y se inclinó para que le resultara más fácil introducirse por la cabeza.

—Debe ir por debajo de la ropa —aclaró Claudia a la vez que le soltaba los botones superiores de la camisa.

Él tomó aire y lo expulsó despacio al percibir el roce de sus dedos en el torso, cálidos y suaves, con movimientos torpes que le fueron erizando la piel.

—Debes llevarlo siempre aquí, sobre tu corazón.

Junto al corazón llevaba él las dos chapas militares de John, y abrigado entre ambas el anillo de Sharon. Y ahora Claudia añadía una medalla de suave algodón naranja que contenía su aroma.

Carraspeó con suavidad.

—Es el lugar perfecto.

—No debes lavarlo nunca —le temblaba la voz—. Cuando se manche o se estropee quémalo, para que los deseos que lleva dentro y todo lo que el *butti* haya absorbido de ti se conviertan en humo y vuelen hasta los dioses.

—Entonces quedaré desprotegido —trató de bromear.

Ella frunció graciosamente la nariz.

—Seguro que para entonces no necesitarás ni *butti* ni ningún otro objeto mágico, porque todo te irá bien.

—Eso espero.

Durante un leve instante cerró los ojos, como si más que una esperanza hubiera expresado un deseo o estuviera experimentando una sensación. Y envolvió con la mano el *butti*, pegado a la piel, en la que seguía sintiendo el roce tembloroso de sus dedos. Después resopló con suavidad y se abotonó la camisa con movimientos inusitadamente ineptos. Alcanzó la mochila, que al entrar había dejado sobre la mesa, y del interior sacó un sobre amarillento. Miró largamente y en silencio la palabra que él mismo había escrito.

—He dudado mucho si hacer esto. Todavía lo hago, pero... —Volvió los ojos hacia ella—. Pero no confío en nadie más que en ti. Necesito que guardes esta carta, para que puedan entregársela a Amanda si le fallo.

Claudia la tomó entre las manos, reacia, como si temiera que aceptarla significara dar por hecho que todo saldría mal.

—¿Por qué?

—Tan sólo porque la posibilidad está ahí. Pero no debes preocuparte.

—¡No! —se rebeló con impotencia, con enfado—. No debería existir esa posibilidad, y probablemente no existiría si no estuvieras haciendo esta locura tú solo. —Le devolvió la carta. Tragó saliva tratando de arrastrar con ella sus malos pensamientos, y relajó el tono—. Deja que te ayude. Lo he estado pensando y puede funcionar si...

Arrojó el sobre a la mesa y la sujetó por los brazos.

—¡Ni lo digas, Claudia! —Comprimió con fuerza los párpados, y con lentitud inclinó la cabeza hasta apoyar la frente en la suya—. Ni lo digas. No vas a implicarte más en esto. Sólo guarda la carta, porque si algo sale mal me enviarán al mejor abogado. Tú sólo tendrás que entregársela y él se ocupará del resto. —Angustiado por la idea de que pudiera ocurrirle algo, le acarició con los dedos el pelo a la vez que robaba milímetros a la casi inexistente distancia que le apartaba de ella—. Pero antes de dártela necesito tu promesa de que no te precipitarás si las cosas se tuercen. Que no harás ninguna tontería.

—¡Pero si eso pasa alguien debería hablar con ese Ramesh...!

—La gente aquí te necesita, Claudia. Y no sé si Ramesh te pondría las cosas difíciles si llegara a enterarse de que me has ayudado. —Distinguió la férrea voluntad en su rostro—. Por favor. Necesito que me lo prometas.

Repentinas lágrimas se agolparon en los ojos de Claudia, que correspondió a sus caricias rozándole tímidamente las mejillas.

—No me hagas eso. No me obligues a prometértelo. —De pronto, apartó las manos y forzó una sonrisa, rehuyéndole la mirada—. ¡Además, no quiero hablar de algo que no va a ocurrir! No voy a preocuparme. Tú mismo lo dijiste. Todo va a salir bien. No será necesario entregarle nada a Amanda. Lo que sea que hayas escrito ahí podrás decírselo cuando ya estéis lejos.

Él le colocó los dedos bajo la barbilla y la obligó a mirarlo de nuevo.

—Necesito esa tranquilidad, Claudia. Dime que pase lo que pase no vas a

intervenir. Por favor, necesito tener la certeza de que vas a estar bien.

—Pero...

—Te lo ruego. Concédeme esa tranquilidad.

Claudia suspiró derrotada. Y le sujetó con ambas manos la camisa igual que por dentro se aferraba al millón de exóticos dioses de aquel país rogándoles que lo protegieran.

—Sólo a cambio de que tú me prometas que acudirás a mí si necesitas ayuda. Porque eres un hombre de palabra, ¿verdad? —Arrugó con comicidad la nariz, sonriendo con la sombra latente de la tristeza y la intranquilidad.

Le hizo la promesa, aunque del mismo modo silencioso con el que cada mirada y cada gesto revelaban lo que el uno sentía por el otro.

Y la abrazó, estrechándola contra su pecho. Suspiró al sentir los brazos de ella rodeándole el cuello y apretando fuerte contra sí, acariciándole con dedos ansiosos la cabeza, la nuca. Él encerraba entre los suyos su cuerpo mientras se iba llenando con el olor dulce que conservaría en un pequeño *butti* de algodón por un tiempo y en la memoria para siempre.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, por confiar hasta cuando era difícil hacerlo —musitó emocionado junto a su oído—. No lo olvidaré nunca.

Sintió vacío al soltarla, y un frío gélido cuando las manos de Claudia dejaron de rozarle la piel.

—Cuídate, Claudia.

—Tú también.

Quería quedarse. Quedarse arrimado a ella sin decir más palabras. O escuchándola hablar y mirándola sonreír hasta que su último amanecer en Katmandú comenzara a colarse por la ventana.

Pero no debía hacerlo.

Y decidido se giró hacia la mesa.

El sobre con el nombre de Amanda seguía allí. No lo tocó. Cerró la mochila, se la colgó al hombro y dudó si mirarla una vez más. La última.

—¡Espera!

—Es mejor así —dijo dándole la espalda.

—¿Por qué? ¿Qué puede importar ya, si de todos modos vas a irte!

Su voz quebrada lo inmovilizó. Apretó los puños y buscó razones para marcharse en ese momento. No encontró ninguna. La tristeza no sería mayor para ninguno de los dos si se concedían un último instante.

Dejó caer la mochila y corrió hacia ella para abrazarla de nuevo, sintió que con más fuerza y desesperación con las que lo había hecho nunca.

—¡No te vayas! Quédate —suplicó vencida ya por lágrimas calladas.

—No es una buena idea.

—No tiene por qué pasar nada.

—¿Y si pasa?

—Pues que pase lo que tenga que pasar.

La miró a los ojos. Sus matices amarillos brillaban como lo hacían los fulgores del sol del atardecer en el interior de las aguas verdes del lago Carnegie.

Y la besó en la boca como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que besarla; como si no hubiera albergado más temor que el de que llegara el instante en el que la besaría por última vez.

Iba a hacerle el amor hasta la madrugada con el deseo y la pasión en las que los dos se consumían desde aquella lejana y ardiente noche de Holi. Seguían teniendo el mismo miedo a no poder desprenderse de las caricias del otro si volvían a amarse. Pero ya no importaba. Compartirse durante toda esa última noche bien valía el tormento de añorarse después una vida entera.

Capítulo 42

Apenas amanecía cuando Rajiv llamó a la puerta de Rainbow House. Quería disculparse con ella porque no podría recogerla para el habitual paseo de la tarde. Le esperaba un día difícil. Los hombres de Ramesh habían observado que el joven que ya pasó días frente al colegio de su hija había dejado aparcado un viejo coche en la calle adyacente. Justo en la vía idónea si alguien quisiera salir con prisa hacia el aeropuerto. Y habían saltado las alarmas. Ramesh les había ordenado que encontraran al chico y que se mantuvieran alerta por si el americano había regresado.

Y si ése era el día en el que aquel hombre pensaba actuar, y el colegio el sitio, él tenía que estar allí.

Fue Ruth quien le abrió, y en voz baja, para no despertar a los niños, le dijo que Aishwarya no había llegado aún.

—Me urge verla.

—No tardará. Es siempre muy puntual, y además hoy empieza con un nuevo encargo que la tiene muy emocionada.

Miró hacia la calleja por la que ella debía aparecer. No encontró ni rastro y el tiempo avanzaba.

—No sé si...

—¿Acaso son malas noticias las que le traes?

La repentina inquietud de Ruth le hizo consciente de que se estaba dejando dominar por su propia preocupación, por su propio miedo a que todo se precipitara y se le fuera de las manos. Pero lo cierto era que aún disponía de algunos minutos.

—Claro que no. Necesito decirle que es muy posible que no pueda pasar a buscarla para el paseo de esta tarde.

—Lamento oír eso, pero a la vez me alivia. Me había preocupado verte tan inquieto. Aunque eso se soluciona tomando un té negro en la cocina mientras la esperamos juntos, ¿no te parece?

No pudo negarse, aunque ya arriba se arrepintió de no haber inventado cualquier disculpa por absurda que hubiera parecido. Esperarla entre aquellas cuatro paredes, aguantando la necesidad de tratar de divisarla a través de la ventana, convirtió cada segundo en eterno.

—Aishwarya se llevará una decepción —opinó Ruth sentada frente a su vaso de té—. Le gustan mucho vuestros paseos de las tardes. Le brillan los ojos mientras te espera, y más todavía cuando vuelve.

Él sonrió inquieto, ansioso por escuchar el sonido de la puerta y los leves pasos de su amada acercándose por el pasillo.

—Yo también lamento las complicaciones de hoy. —Dejó el vaso de té en la mesa sin haberle dado ni un sorbo—. Pero es algo puntual que no se repetirá.

La pequeña Savitri apareció de pronto, somnolienta, arrastrando los pies y abrazada a la muñeca de trapo, y se subió con graciosa torpeza al regazo de Ruth.

—¿La más madrugadora?

Ella la cobijó contra su pecho.

—Últimamente sí, desde que Matthew dejó la casa. Estaba muy apegada a él.

—¿Se ha ido? Me hubiera gustado despedirme.

—Tal vez todavía estés a tiempo. Creo que tenía que hacer algo en la ciudad antes de marcharse.

La pequeña gimió medio adormilada.

—Es preciosa —comentó Rajiv frotándose con impaciencia las manos—. Me recuerda mucho a la hija de mi primo.

—Es muy dulce. A Matthew le recordaba a su sobrina.

Todo en él se paralizó, excepto su mente. De pronto lo concerniente al americano adquiriría un nuevo sentido. Sus encuentros, sus conversaciones, y hasta su aspecto, absurdamente más de nepalí que el de muchos extranjeros que llevaban allí media vida.

Había sido un estúpido. Tanto tiempo buscándolo y lo había tenido delante. Y no una vez, sino muchas.

Tomó una bocanada de aire y se puso en pie con celeridad.

—Lo siento, Ruth. No puedo seguir esperando. Por favor, no olvides darle mi recado a Aishwarya.

—Un hombre muy guapo acaba de llegar preguntando por ti —le dijo la enfermera aguantando la sonrisa—. Deberías llevarle algún tranquilizante, porque se le ve nervioso. Aunque puede que sólo sea la impaciencia por verte.

Claudia consiguió mantener las formas, para no disfrazar la angustia en sus ojos, sombreados por profundas ojeras, signos indiscutibles de que había pasado despierta gran parte de la noche. Mirándolo dormir o con la cabeza apoyada en su pecho, oyéndolo respirar al mismo ritmo pausado con el que latía su corazón, había experimentado sentimientos tan opuestos como la felicidad de estar en sus brazos, el dolor porque fuera a ser la última vez y el miedo, cada vez mayor, a que algo saliera mal.

Y mientras colocaba una tirita en el pequeño corte de la ceja de Bhim, se preguntó dónde estaba. Qué le había pasado. Quién la buscaba a ella y por qué.

Llegó a la sala de espera encogida de miedo, faltándole el aire en los pulmones y no encontrándolo a lo largo de aquel inacabable pasillo...

... y al verlo todos los músculos del cuerpo dejaron de responderle.

—Creo que sabes por qué estoy aquí.

Sintió que las piernas no la sostenían y se sujetó al marco de la puerta. Bhim, que la había seguido sin preguntar, se detuvo a su espalda.

—¿Qué le ha pasado?!

Con la misma ansiosa rapidez con la que preguntó se arrepintió de haberlo hecho. Porque nunca aquellos ojos verdes de Rajiv le parecieron tan fríos y observadores como en aquel instante, ni su rostro tan grave y poco tranquilizador.

—Nada, todavía —aseguró él tras mirar fugazmente al chico—. Y nada le pasará si me ayudas a evitarlo.

Soltó el aire con alivio y echó un rápido vistazo a su alrededor, hacia los pacientes que esperaban sentados en aquellas viejas sillas de plástico. Contó cuatro hombres, que además de estar conversando entre ellos no entendían ni una palabra del inglés en el que le había hablado Rajiv.

—Perdona, Rajiv, pero no te entiendo. Si buscas a Aishwarya seguramente estará ya en Rainbow House, comenzando a cortar la colección de saris que le ha encargado...

—Acabo de estar allí. Pero Ruth sólo ha podido decirme que ha dejado la casa. Sólo me quedaba venir aquí y preguntártelo.

Pensó en el pómulo magullado y la ceja abierta de Bhim, en la expresión preocupada con la que lo había encontrado esperándola en la entrada al hospital. En la prisa con la que le aclaró, sin haberle dado tiempo a que preguntara, que había metido la pata, pero que no les había dicho nada del americano, que creía haberlos convencido de que lo consideraba tan sólo un loco turista que el día anterior le pagó bien para que le enseñara Boudhanath y le hablara de cómo habían fundado el barrio los huidos de la ocupación del Tíbet. Mirando ahora a Rajiv se preguntó si él estuvo entre los hombres que trataron de amedrentar al pobre muchacho para que les dijera dónde se escondía el americano con el que lo habían visto hablar y reír tan amigablemente.

Tragó saliva, inquieta.

—Lo siento. Tampoco yo sé nada. Puede que se haya cansado de todo esto y haya regresado a su país.

—¿Sin llevarse lo que ha venido a buscar?

Claudia sintió un escalofrío. Sujetó los dos lados de su bata blanca, que llevaba abierta, y se los cruzó sobre el pecho.

—No consigo entenderte.

—¿Estás segura? No tiene ningún sentido que mientas. Lo sé todo. Sé quién es él y a qué ha venido.

—Sigo sin saber a qué te refieres.

La mueca de Rajiv se asemejó levemente a una sonrisa.

—Tengo la sensación de que no te descubro nada si te digo que su verdadero nombre es Bryan Sellers, hermano de Sharon Sellers, tío de la hija mayor de mi primo Ramesh, a la que pretende llevarse a Estados Unidos.

El estupor y el miedo la llevaron a bajar la guardia de nuevo y a balbucear en voz baja lo que no debía.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—¿Que él y el Bryan Sellers, que intenta secuestrar a la hija de mi primo, son la misma persona? Por desgracia sólo desde hace un rato. Debo de ser el más estúpido de los hombres, porque llevo meses buscándolo y lo tenía delante de mis ojos.

Claudia soltó los lados de la bata al darse cuenta de que aún los mantenía cruzados con fuerza sobre el pecho, y dejándolos caer hacia los lados hundió las manos en los bolsillos.

—Si la locura que me cuentas es verdad, has venido al lugar equivocado porque sabes mucho más que yo. No termino de entender qué quieres de mí.

—Que me ayudes a parar esto antes de que sea demasiado tarde. Que me digas dónde puedo encontrarlo.

—No sé dónde está. No podría localizarlo aunque me fuera la vida en ello. Me gustaría ayudarte, pero no puedo. Además, tendría que volver ya a la consulta.

Pero la pregunta de Rajiv interrumpió la que iba a ser su huida.

—¿Lo va a intentar hoy? —Claudia palideció—. ¿Hoy es el día?

Suspiró con extrema suavidad para que él no lo advirtiera.

—Para mí él ya está lejos de este país. Y ahora, si me disculpas, no puedo seguir haciendo esperar a mis pacientes.

—Lo entiendo. Pero éste se viene conmigo.

El muchacho y ella se sobresaltaron a un tiempo.

—¡Déjalo tranquilo! No sé qué líos te traes con el americano, pero tampoco Bhim sabe nada. Trabaja con turistas para ganarse la vida. No lo mezcles en esto.

El movimiento de cabeza de Rajiv la llevó a entender que aceptaba. Y sólo entonces comenzó a alejarse, inquieta por la sensación de llevar su mirada clavada en la espalda.

—¿Y él? —le oyó preguntar de pronto—. ¿Te espera él en algún sitio? ¿Hasta dónde estás metida en esto, doctora?

Se detuvo, cerró los ojos y respiró hondo antes de volverse y enfrentarle la mirada.

—¿Hasta dónde estás metido tú?

—Hasta el fondo.

Capítulo 43

Ya estaba allí. El momento crucial había llegado y todo estaba listo. El coche que los alejaría con rapidez, los billetes de avión, y él, aunque le sudaran las manos cuando vio llegar el coche negro. Lo había calculado con exactitud. Pasaban cuarenta segundos desde que Amanda bajaba, se dirigía hacia la verja de entrada y el vehículo se ponía de nuevo en marcha. Cinco más hasta que doblaba la calle y desaparecía. El tiempo exacto que tardaría en llegar hasta ella si caminaba despacio, sin llamar la atención.

La puerta trasera se abrió y Amanda puso los pies en el suelo. Él se levantó y comenzó a contar segundos a la vez que descendía la escalinata del templo sorteando hombres ociosos y perros adormilados. Tenso pero seguro. Y cuando atravesaba la carretera advirtió que algo no iba bien. Algo no estaba encajando en la escena.

Amanda había dejado la puerta del coche abierta. Y unos segundos después alguien a quien conocía bien salió tras ella.

¡Ramesh!

Echó un fugaz vistazo alrededor. Todo aquel transitar de adultos y niños cargados con sus mochilas que la mañana anterior no le había preocupado de pronto le agobiaba. Se quedó inmóvil, sin saber si avanzar o retroceder. Amanda accedía ya a la zona verde. Hiciera lo que hiciera, la oportunidad de llevársela se esfumaba y tendría que buscar otra.

Y de pronto ya no fue libre ni para decidir.

Otro coche frenó con brusquedad tras el que mantenía arrancado el escolta. Rajiv descendió del asiento del copiloto y con la misma celeridad abrió la puerta trasera. Todo acabó de desmoronársele al ver asomar aquellas reconocibles piernas larguiruchas y flacas, que avanzaron hasta detenerse frente al todopoderoso Ramesh. El desconcierto le paralizó mientras observaba desde la distancia el rostro magullado de Bhim, y el modo en el que hablaba gesticulando con los brazos pero con la mirada fija en el suelo. Sin osar mirar a los ojos. Como se esperaba que hiciera cualquier insignificante dalit ante alguien de casta superior.

No podía irse dejándolo allí. El problema no se solucionaría cambiando de casa y de barrio por si conseguían hacerlo hablar. Ignoraba las consecuencias que aquello podía acarrear al pobre chico. Sólo encontraba una opción, ahora que ni rastro quedaba ya de su sobrina. Y de pronto le llegó a la cabeza aquella frase medio olvidada de la centenaria Shyam. «Sólo los dioses saben por qué hacen las cosas». Y se preguntó qué simple humano podía saber lo que el millón de dioses de aquel país suspendido en el tiempo podían hacer. Porque quizás era eso; quizás lo que evitó a

toda costa desde un principio era lo que debía hacer ahora: enfrentarse cara a cara con Ramesh, como estaba seguro de que él buscaba desde que lo descubrieron en Patan. Y aunque no lo fuera tampoco le quedaba otra opción.

Avanzó con paso firme, abriéndose camino entre las madres y padres que despedían a sus hijos hasta la tarde. Los ojos clavados en Ramesh, demasiado centrado en interrogar al chico como para fijarse en él. Pero no así Rajiv, que advirtió con rapidez su presencia. Se preguntó qué estaría pensando al descubrir que era él; cuánta sería su frustración por haber estado buscándolo mientras lo tenía delante todo el tiempo. Los últimos pasos los hizo mirando a Ramesh de frente, conteniendo su hostilidad a la vez que él dominaba la suya.

—Bhim sentir mucho. Bhim no decir nada —se apresuró a disculparse el joven conductor de *rickshaw*, nervioso y con las manos unidas en el pecho, igual que cuando saludaba o se despedía con un *namaste*.

—Tranquilo. Si son listos se habrán dado cuenta de que nada dices porque nada conoces —aseguró sin quitar la mirada de Ramesh—. Además, ya estoy aquí. Es lo que querías, ¿no? Deja que el muchacho se vaya.

Ramesh no respondió. Se ajustó el corto chaleco oscuro que llevaba sobre la amplia camisa blanca, pulcra y sin una arruga. Estaba tan impecable y perfecto como cada vez que lo vio en el pasado, vestido con ropa occidental de buenas firmas, con aquella enigmática y seductora corrección que enamoró a Sharon y que a él siempre le pareció egocentrismo, prepotencia. Después dijo algo a Rajiv, y en unos segundos Bhim se marchaba mirando hacia atrás con gesto de preocupación y ellos cruzaban la carretera seguidos de cerca por el escolta, y algo más atrás por el hombre de confianza de Rajiv, que había conducido el coche. Nadie habló hasta que estuvieron en el interior de aquel bar de columnas de madera intrincadamente tallada. Se sentaron en torno a una mesa del fondo, donde los débiles rayos de sol de la mañana que entraban por la puerta abierta y a través de los cristales de las ventanas todavía no alcanzaban a iluminar. Rajiv en la misma mesa pero ligeramente apartado. El escolta de pie, protegiendo la espalda de su amo. El otro guardando más distancia.

—Perfecto disfraz. Incluso ahora me cuesta reconocerte. Te felicito —fue lo primero que Ramesh pronunció mirándolo de arriba abajo, bien apoyada la espalda en el respaldo de la silla—. Y ahora dime. ¿A qué ha venido todo este juego estúpido?

—Lo sabes muy bien. Tú te la llevaste así.

—No te confundas. Yo tenía derechos.

La rabia le hizo apretar los puños bajo la mesa, obligándose a mantenerse pegado al asiento para no lanzarse contra él. En aquel momento se les acercó el tabernero, servicial y amable. Rajiv lo detuvo. Apenas le dirigió un par de palabras. Le dio un billete de quinientas rupias y el hombre se apresuró a dejarlos solos.

Respiró hondo.

—Nunca me gustaste. Y ahora creo...

—Nunca te gusté porque no soy como vosotros —aseguró mordaz—. Provengo

de un mundo muy diferente.

—Madura de una maldita vez y deja de buscar a alguien a quien culpar. Lo que te hace diferente es lo que tú llevas dentro, lo que tú le hiciste a Sharon.

—¿Lo que yo le hice? —Chasqueó con fastidio la lengua—. Ella fue quien lo estropeó todo.

—Sólo un miserable hablaría así, sobre todo después de haberla matado.

Ramesh estrelló el puño cerrado contra la mesa con la misma rapidez con la que su moreno rostro palidecía.

—¡Yo no hice eso! Y no te atrevas a repetirlo porque te juro que... —Se arrellanó en la silla, tomándose tiempo para reponerse de un sentimiento que no quería mostrar—. La hubiera dejado verla, pero tu hermana no quiso darme otra oportunidad. Seguía queriéndome y a pesar de eso no aceptó que empezáramos de nuevo dejando atrás los errores cometidos. Yo la amaba.

—Tú no quieres a nadie. No le habrías hecho lo que le hiciste si la hubieras querido aunque sólo fuera un poco. Y desde luego tampoco a tu hija.

—¡No les hice nada malo! —Se encendió de ira—. Sólo quería que estuviéramos los tres juntos. Los amaba. Eran mi vida.

—¡Pues una parte de tu vida ya no está! —le aclaró hiriente—. Y lo último que me pidió esa parte de tu vida, la misma noche en la que murió, fue que me llevara a Amanda de regreso a casa. Y voy a hacerlo.

—Kalyani —corrigió tajante—. Aquí se llama Kalyani. Tu hermana lo sabía, y estoy seguro de que tú también.

—Amanda no quiere estar aquí y estoy seguro de que tú lo sabes.

Ramesh se apartó el cuello de la camisa hacia atrás, para que la tela dejara de rozarle la piel, y se apoyó en la mesa, tan sólo los codos mientras el mentón le descansaba sobre los nudillos, tensos y blanquecinos.

—¿Y qué propones?

—Que me permitas llevármela, y a cambio yo dejaré que la veas cada vez que quieras.

—¿Qué tipo de padre sería yo si accediera al capricho de una niña de abandonar su casa y a su familia? —Volvió a echarse contra el respaldo—. Una hija debe estar con su padre. Es menor de edad. Hará lo que yo diga. Y yo digo que se queda aquí, conmigo.

Ya no pudo controlarse. Intentó hacerlo, frotándose con dedos rígidos la barba mientras se repetía que era mejor mantener la serenidad. Pero pensar en Amanda era pensar en su hermana, volver a sufrir por ella.

—¿Se queda aquí para que le arruines la vida en un lugar en el que no quiere estar, con malditas costumbres milenarias que la estigmatizan por ser mujer?! ¿Le elegirás a un viejo como marido? ¿Eso es lo que quieres para ella?

La rabia no le dejó advertir que el primer escolta se tensaba ni que Rajiv se removía en la silla con inquietud.

—No voy a escucharte más —le advirtió Ramesh señalándole con el índice—. No voy a permitir que cuestiones nuestras costumbres que no conoces ni a mí como padre, cuando tampoco tienes ni idea de lo que quiero para mi hija. Te digo lo mismo que le dije a su madre. Vete porque no conseguirás verla. Por si no te has dado cuenta, aquí todo está de mi parte.

Resopló con suavidad antes de llevarse la mano a la espalda. Por debajo de la cazadora. Rozar la frialdad de la empuñadura le dejó sin aliento. Y no lo pensó. Sacó con rapidez el arma y sujetándola con las dos manos acercó el cañón a Ramesh hasta casi tocarle la frente.

Sólo entonces se dio cuenta de que Rajiv y el escolta se habían precipitado hacia él. El gesto tranquilo con el que Ramesh alzó una mano los había detenido.

—Conseguirás matarla de tristeza igual que mataste a su madre —le increpó furioso—. Porque tú la mataste, sí. Tú la fuiste matando un poco cada día desde que le robaste a su hija. La matabas no dejándole verla, no dejándole ni oír su voz. Y terminaste de hacerlo cuando la echaste de aquí mostrándole que hiciera lo que hiciera no la vería jamás. ¡Qué madre lo soportaría!

—¡No vuelvas a acusarme de eso! Aunque no lo creas, daría cualquier cosa por que siguiera viva.

—¿Para seguir haciéndole pagar el que te abandonara? Tu maldita venganza acabó con su vida. Y ten la seguridad de que eso no lo olvidaré nunca.

Lo vio separar los brazos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba como signo de indefensión.

—Entonces hazlo. Mátame. Pero sólo lograrás empeorar las cosas. Tú acabarás en una cárcel y Kalyani seguirá aquí, y además sin la protección de un padre. Pero hay otra opción: tú me dejas tranquilo y yo te dejo tranquilo. Así de fácil. No quiero que mi hija sufra más.

Resopló con lentitud. El dedo le temblaba en el gatillo.

—Me llevaré a Amanda —aseguró con los ojos clavados en los de Ramesh—. No sé cómo ni cuándo, pero te juro que me la llevaré. Cumpliré la promesa que le hice a mi hermana, y también la que le hice a Amanda cuando me descubristeis en Patan. Lo cumpliré aunque me lleve la vida entera hacerlo.

Ramesh aún le mantuvo la mirada unos segundos. Fría, indescifrable. Después envió un mensaje silencioso a sus hombres y se puso en pie.

—¡Todavía no hemos terminado! —le increpó levantándose a la vez que bajaba el arma.

No vio acercarse al hombre que llegó con Rajiv. Reparó en él cuando le sujetó del brazo derecho con brusquedad y lo inmovilizó desde la espalda.

—No lo compliques más —murmuró de pronto el propio Rajiv, casi pegado a su oído, mientras Ramesh y su escolta se alejaban—. Ahora toca hacer las cosas a mi manera.

Capítulo 44

—Hecho. No volverá a molestarte.

Ramesh dejó el vaso de té en la pequeña mesa de mimbre y, colocándose la mano a modo de visera para evitar en los ojos la intensa claridad de aquel despejado cielo de media mañana, observó al recién llegado.

—Eso espero. ¿Tienes prisa?

Negó con la cabeza y se sentó en otra de las cómodas sillas de madera oscura con suaves cojines blancos. A un gesto de Ramesh apareció como de la nada una chica joven que él había contratado unos meses atrás. Vestida con un impecable uniforme azul celeste, tomó la tetera, que ya estaba sobre la mesa, sirvió té en uno de los vasos de la bandeja y lo colocó frente a él. Después se alejó para quedarse inmóvil junto a los setos meticulosamente recortados, aguardando a que su señor volviera a necesitarla.

—¿Has solucionado también lo de esos ineptos que no supieron sacarle información a un ignorante conductor de *rickshaw* que espiaba mi casa y el colegio de mi hija?

—No quiero despedirlos. Son jóvenes y están aprendiendo. Necesitan un poco más de preparación. —Lo miró, extrañado de que nada objetara—. ¿Te encuentras bien? Te noto cansado.

—Son sólo recuerdos.

Después calló, y Rajiv respetó su silencio. Dio un sorbo a su té y se quedó saboreando el regusto amargo en el paladar. Una suave brisa mecía las hojas de los árboles, llenando el aire con el olor de las flores moradas de las jacarandas y poniendo música a aquel edén verde y azul que revolucionarían los niños cuando volvieran del colegio. O más bien los dos pequeños, porque la tímida Kalyani era siempre silenciosa. Hasta cuando se bañaba en la piscina los días calurosos tenía aquel gesto triste y ausente, cuando no de profundo enfado. Pensó en las veces que la había hecho sonreír tomándola en brazos y cantándole canciones infantiles, siempre en inglés.

—¿Te he contado alguna vez cómo la conocí? —dijo de pronto Ramesh.

No necesitó preguntar de quién hablaba.

—Alguna que otra vez, pero lo cierto es que lo tengo confuso.

Vio cómo Ramesh se arrellanaba en el asiento y miraba el cielo azul, que aparecía y desaparecía entre el mecer de las hojas del gran ficus. Y él se preparó para escuchar de nuevo la lejana pero nunca olvidada historia de la que pudo haber sido testigo de no haberse interpuesto aquella entrevista de trabajo.

—No pensaba ir a aquella exposición. La sola idea de pasar unas horas viendo fotografías de fenómenos naturales ya me aburría. Pero al final otro inesperado fenómeno natural consiguió meterme allí. Una espectacular tormenta de verano que frustró nuestros planes de pasar la tarde en el lago.

—Y ella entró empapada. Eso sí lo recuerdo.

Lo miró cerrar los ojos y sonreír como si la estuviera viendo.

—Empapada de la cabeza a los pies. El vestido, de un ligero tejido verde, se le adhería a las piernas, largas y esbeltas. Su pelo negro chorreaba. Y su rostro estaba perlado de brillantes gotas de agua que daban luz a sus hermosos ojos azules. Me enamoré al instante. Nuestros amigos se rieron de la cara de tonto con la que al parecer la miraba. Pero no me importó. Sólo podía pensar en la forma de conseguir que se enamorara de mí. —Inspiró hondo antes de abrir los ojos—. Cualquiera hubiera matado por conseguirla. Yo lo habría hecho. Después la perseguí como un loco romántico por los pasillos hasta lograr que me diera una cita, en la que me dio plantón. La había perdido. Pero un buen día apareció, hermosa hasta lo inimaginable, entre las invitadas de la novia en la boda de aquel amigo nuestro. Sonrió al verme. Había pensado, igual que pensé yo, que tan inesperada casualidad sólo podía deberse a que estábamos predestinados. —Meció con frustración la cabeza—. Por eso no entiendo por qué quiso alejarse de mí. Por qué destruyó lo que teníamos.

—La engañaste.

—Ella debió escucharme y entender las razones por las que lo hice.

—No las hubiera entendido aunque se las hubieras explicado durante siglos. Si la querías tenías que haberte apartado de ella.

—¿Y si ella me quería a mí por qué no aceptó mi arrepentimiento cuando le pedí perdón por haberle mentado?

Su súbita reacción de hombre ofendido, y hasta traicionado, no sorprendió a Rajiv. Ni lo llevó a ser menos sincero.

—Sigues sin entenderlo después de todo lo que ha pasado. Porque el verdadero problema no es si le mentiste o no, sino que tú no ibas a renunciar a esto.

Ramesh se frotó los párpados cerrados, le pareció a Rajiv que con pesar, tal vez recordando momentos difíciles vividos con Sharon mientras se enfrentaban a la ruptura.

—Éste es mi mundo y ésa era mi obligación. Le juré mil veces que no sentía nada por la esposa que me destinaron. Que ella era la única mujer a la que amaba y amaría siempre, pero que nunca estaría preparado para defraudar a mi padre.

—Por eso debiste renunciar a ella y darle la oportunidad de que rehiciera su vida con otro que la...

—¿Amándola como la amaba? —Chasqueó la lengua como una negación—. Tan sólo con pensar en perderla me volvía loco. Por eso no soporto que ese jugadorcillo me acuse. —Negó con la cabeza, frustrado y durante unos segundos silencioso—. ¿Por qué tuvo que hacer Sharon algo así?

—Aunque no fue tu intención, era una mujer hundida y desesperada. Tú la viste. Ramesh frunció el entrecejo.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que quizás no actuaste bien.

—¿Tú también me crees responsable?

—Yo no soy nadie para juzgar eso.

—Te conozco, primo, y sé bien lo que estás pensando. Crees que debí devolvérsela. Pero no podía hacerlo. Se trataba de mi hija. Además, entregársela hubiera acabado con mi última esperanza de recuperarla a ella.

—¿Y ahora que esa posibilidad ya no existe?

—Kalyani es lo único de Sharon que queda en el mundo. Y me pertenece. — Suspiró al tiempo que volvía a mirar el cielo azul entre las hojas verdes—. Y ahora déjame solo.

En su repentina aspereza Rajiv encontró una vez más el agobio que le provocaban los remordimientos. La expiación de la culpa que siempre padecía a solas porque a nadie quería mostrar el ser amargado en el que se había convertido. Tampoco a él a pesar de la confianza.

—Sí, será lo mejor. Descansa, Ramesh. Te va a venir bien.

Una pareja de mirlos revoloteaba y trinaba entre las ramas más bajas del árbol cuando se puso en pie.

—¿Le has visto montar al avión?

Lo miró a los ojos durante un segundo, asintiendo levemente.

Y lo dejó allí, a la sombra del ficus más grande del jardín, el *pippal* sagrado que servía de abrigo a los dioses. En su grueso tronco seguía estando el cuenco de barro que su esposa había colgado meses después de su boda. Rajiv siempre lo imaginaba lleno aún de las pequeñas efigies de dioses a través de las cuales las fuerzas naturales debían favorecer su fertilidad. Nunca preguntó, pero suponía que el cuenco continuaba allí en agradecimiento por los dos hijos varones y sanos que al final los dioses le permitieron engendrar.

Capítulo 45

A ratos el silencio llenaba el pequeño interior del coche. Silencios en los que ninguno necesitaba hablar porque los dos sabían qué estaba pensando y sintiendo el otro. Tan sólo miraban, a través del parabrisas, el amplio camino de tierra y piedras en el que estaban parados, a la orilla del Bagmati. Él, además, consultaba casi con obsesión la hora en su viejo reloj.

Lo hizo de nuevo y después volvió a mirar al frente. Hacia la carretera que cruzaba el río y conducía al aeropuerto.

—¿Y si no viene?

Los labios de Claudia esbozaron una sonrisa. Estaba tan asustada como él, pero se esforzaba en no demostrarlo.

—Vendrá. Estoy segura.

No se tranquilizó a pesar de que había perdido la cuenta de las veces que ella le había respondido lo mismo y con idéntica aparente tranquilidad. Y volvió a mirar el reloj, consciente hasta la impotencia de que lo hacía cada pocos segundos y de que eso no le estaba ayudando.

Advirtió que el segundero no se movía. El reloj, regalo de la sabia Shyam, había vuelto a pararse. Y precisamente cuando más deseaba empujar cada uno de los segundos para que todo acabara. En realidad, tenía motivos para pensar que la anciana podía tener razón en aquello de que allí los dioses sabían por qué hacían las cosas y que éstas llegaban a su debido tiempo; ni antes ni después. Deseó con todas sus fuerzas que fuera verdad, que el momento hubiera llegado al fin y que hasta el viejo reloj lo sabía. Y que incluso la vieja Shyam pudo saber en qué minuto exacto ocurriría lo que tanto ansiaba, y por eso sonrió cada vez que lo vio impacientarse.

—Si no hubieras pensado que Bhim correría a contarme que te habían pillado, no habrías ido al hospital, ¿verdad?

Se volvió a mirarla.

—Tenía que tranquilizarte. En cuanto vi allí a Bhim tuve claro que te preocuparías.

—Creí que me moría de angustia. Necesitaba saber qué te estaba pasando.

Él sonrió al tiempo que le rozaba la mejilla con el dorso de los dedos. Advirtió su temblor.

—Ahora me alegro de que estés aquí, conmigo. No sé cómo hubiera soportado esta angustiada espera solo.

—Pero lo hubieras hecho a pesar de que me prometiste que me buscarías si me necesitabas.

—Porque también te prometí que no te implicaría. Sólo quiero que estés bien.

—Lo estoy. —Sonrió con dulzura—. Y tú también lo estarás dentro de unos minutos. Porque él va a venir. Ya lo verás.

Asintió en silencio y contuvo las ganas de volver a comprobar la hora en aquel reloj parado. Se acomodó en el respaldo y apoyó la cabeza. La tensión le tenía agarrotado y dolorido el cuello.

—¿Irás a Namrhung a montar ese hospital con Gordon?

La miró suspirar, apoyar los codos en el volante y el mentón en las manos cerradas y mirar al frente. Imaginarla en aquellas montañas, viviendo un día tras otro cerca de aquel médico que probablemente seguiría estando loco por ella, le mataba de celos. Pero no iba a decírselo. Y tampoco a dejar que lo viera.

—Son muchas las aldeas desperdigadas por esas montañas, muchas las gentes que enferman y mueren porque tardan días en descender hasta Pokhara o hasta Katmandú. No puedo ignorar eso. Sé que será duro, que tendremos que trabajar mucho y sin medios tan básicos como una unidad de rayos X o un...

—No creo que las dificultades te asusten. —Ella sonrió mientras él seguía contemplando su hermoso perfil y envidiando a Gordon.

La vio volverse, despacio. Los rayos del sol de la tarde traspasaban el cristal de la ventana delantera, dorándole el rostro y el cabello mal peinado.

—Creo que tienes una visión distorsionada de mí. No soy tan fuerte como piensas. Soy una mujer como las demás, con mis debilidades, que son muchas, y con mis fracasos, que también son unos cuantos. Me apoyo en la fortaleza de los que no tienen nada y a pesar de ello sonríen y son felices desde que abren los ojos cada nuevo amanecer...

Él siseó con suavidad. Y cuando ella se quedó callada le acarició con las yemas de los dedos el rostro pintado de sol.

—Lo más fascinante de ti es que no eres consciente de la gran persona que llevas dentro.

Pero no llegó ni a rozarle los labios. El sonido del motor de un coche que dejaba la carretera y se acercaba lo paralizó. Miró al exterior. Hacia la nube de polvo que se levantaba en el camino sin asfaltar.

—¡Ya está aquí! —La euforia le duró un instante—. ¿Y si el que llega es...? —Tragó saliva y miró a Claudia—. Arranca el motor. Y si ves que no es él, lárgate lejos todo lo aprisa que puedas.

Por un momento le pareció que se rebelaría.

—Está bien. Esperaré con la puerta abierta para que tú...

Miró fugazmente a la polvareda, cada vez mayor y a menor distancia.

—Nada de puertas abiertas y nada de esperarme. Presta mucha atención, y a la menor cosa extraña sales corriendo de aquí. Júrame que lo harás.

—Te lo prometo. Pero creo que sí...

La boca de él se fundió con la suya, cálida y firme. Apasionada y posesiva a pesar

de la rapidez con la que volvió a apartarse para mirarla a los ojos.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Volvió a besarla, salió del coche y cerró la puerta tras de sí dejándola a salvo. Todo en un último y desesperado segundo.

Y cuando sintió bajo los pies la tierra áspera y seca y vio que el coche iba perdiendo velocidad hasta detenerse, inspiró y resopló despacio, preparado ya para enfrentarse a lo que fuera.

Las dos puertas delanteras se abrieron a un tiempo. Algo se movió con rapidez tras la del copiloto. Pero el sol bajo de aquella hora de la tarde le cegaba y eso le ponía en desventaja, aumentando la indefensión a la que por voluntad propia se había expuesto.

—¡Tío Bryan! ¡Tío Bryan! ¡Tío Bryan!

Se le escapó un gemido al escucharla y verla correr hacia él, difuminada en el resplandor dorado que el sol proyectaba tras ella, haciendo brillar los millones de partículas de polvo que moteaban el aire y dibujaban su frágil y pequeña figura. Se dejó caer de rodillas al suelo para recibirla. Y cuando la sintió entre los brazos apenas pudo contener las lágrimas.

—¿Me vas a llevar contigo, tío Bryan, me vas a llevar contigo?

—Sí, mi vida. Te llevaré conmigo y nadie conseguirá apartarte de mi lado. Nadie.

—Siento interrumpiros, pero no queda tiempo para eso.

Abrió los ojos al oír la voz de Rajiv. Se puso en pie, llevando consigo a Amanda, que se aferraba con fuerza a su cuello.

—Has cumplido tu promesa.

—Cómo no iba a cumplirla. Llevamos meses buscándote para esto —señaló con un gesto al escolta, que le aguardaba junto al coche.

—Gracias. También en nombre de Sharon. Pero sigo sin entender por qué nos ayudas.

Tardó en responder unos segundos en los que sólo miró al cielo.

—Porque yo también la amaba.

—¿A Sharon?! ¿Ella era la mujer de quien tú...?

—De quien me enamoré como un loco. Sí, era ella. Y aunque eligió al que para mí era como un hermano, nunca dejé de amarla.

—Todo hubiera sido tan distinto si te hubiera correspondido.

Rajiv apretó con fuerza los párpados, como si las palabras tuvieran la facultad de golpear físicamente.

—Me duele pensarlo. Me duele mirar a Kalyani y pensar que pudo haber sido mía. Y me culpo por lo que le ocurrió a Sharon.

—Tú no eres culpable de eso.

—Fui yo quien le pidió que se fuera cuando vino buscando a su hija. Le dije que iba a ayudarla, pero que si seguía aquí, presionando a Ramesh, me iba a resultar más difícil. —Comprimió los labios, y una especie de gemido brotó de su garganta—. Me

culpo porque no debí subirla a aquel avión. Seguramente creyó que sólo se la quitaba de encima a mi primo con una promesa cruel que no pensaba cumplir. Pero yo la amaba, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Cualquier cosa.

—Incluso ésta. —Estrechó con fuerza a su sobrina—. Sé lo que esta traición a alguien de tu misma sangre supone para ti.

—Mejor traicionarlo a él que de nuevo a mí mismo. Pero date prisa o no habrá servido de nada. Los escoltas ya la estarán echando en falta. Darán la voz de alarma y, aunque no llegarán ni a sospechar que te he ayudado, ya no podré seguir haciéndolo.

—Lo sé, y lo entiendo. Te agradeceré esto siempre.

—Si consigues sacarla del país usará todos los medios a su alcance para encontrarte. Intentará recuperarla. Eso también lo sabes, ¿verdad?

Asintió en silencio y le tendió la mano. Rajiv se la estrechó con energía a la vez que le deseaba suerte en el control de aduanas y le rogaba que cuidara mucho de Kalyani. De Amanda, corrigió con un gesto de complicidad. Y también de preocupación antes de besarla y sonreírle por última vez.

Capítulo 46

Ella nunca había conducido un coche con aquella presión, con aquel miedo. Apenas cinco insignificantes minutos que los separaban del aeropuerto y en los que se mantuvo más pendiente del espejo retrovisor que de la carretera y del tráfico, rogando para que no apareciera ningún coche oscuro de cristales tintados.

Él también volteaba la cabeza con frecuencia desde el asiento trasero. Vistazos rápidos mientras explicaba a su sobrina cómo tenía que comportarse en el aeropuerto para que todo saliera bien. Lo que tenía que decir, y sólo si algún policía le preguntaba de modo directo, porque de otro modo sería él quien respondería siempre.

A ratos se sentía una intrusa observando en el espejo la tierna firmeza con la que él hablaba a la niña y la sonrisa de infantil admiración con la que la pequeña lo miraba a él. Igual que cuando la vio cerrar los ojitos para que su tío, con una camiseta limpia que sacó de la mochila, le borrara la marca de *tika* de la frente para que pareciera por completo una niña occidental.

Mientras esperaban la aparición de Rajiv en aquel camino polvoriento, él le había hablado de su miedo a no saber cuidar de una niña tan pequeña. Ella le había recordado el consejo de Bhim de ir viviendo cada día y dejar que los dioses, o la propia vida, hicieran el resto. Pero ahora, viendo la cariñosa firmeza con la que la preparaba para el paso decisivo hacia la libertad, estaba segura de que todo les iría bien. Fueran a donde fueran.

—¿Cuánto falta? —preguntó él al tiempo que sacaba de la mochila una de las coloridas bolsitas de tela que Ishu cosía para los turistas.

—Ya estamos en terreno del aeropuerto —le respondió con los ojos clavados en el punto del espejo en el que se reflejaban los suyos.

«Bien», le pareció leerle en el movimiento de los labios, que aun en medio de toda aquella tensión le sonreían. Ella le arrugó la nariz antes de prestar atención a la carretera y al tráfico, abundante a aquella hora de la tarde. Lo que la obligaba a estar más atenta a cada nuevo coche que aparecía en su área de visión, sobresaltándose cada vez que uno oscuro se les acercaba demasiado.

El tiempo apremiaba. Lo que según Rajiv era bueno. Cuantos menos minutos pasaran desde que tuvieron en su poder a la niña hasta que abandonaran el país, menor margen de reacción tendría Ramesh, y por lo tanto menor posibilidad de alcanzarlos. Aunque todo se invertiría de un solo golpe si no subían a tiempo a aquel avión.

—¿Los recuerdas? —le oyó decir, y volvió a mirarlo en el retrovisor.

Hablaba a su sobrina, enseñándole dos pasadores verdes con forma de tortugas.

La pequeña lanzó un grito de sorpresa a la vez que se cubría la boca con los deditos de ambas manos.

—¡Me los compró mamá cuando me llevó al acuario! ¡Andábamos por un tubo debajo del agua, y las ballenas y los tiburones nos pasaban por encima!

—Un sitio fantástico, ¡eh! —Amanda asintió silenciosa—. Tu mamá los guardaba como tesoros, en una caja en su cuarto, con muchas otras cosas que ahora tengo yo para darte. También las fotos que te hizo ese día, después de ponerte los pasadores en el pelo. Estabas preciosa. —Le mostró la foto del pasaporte para demostrárselo.

—¿Y el vestido? —Lo señaló con el índice—. ¿Y todos los vestidos que me compraba mamá?

—También los guardó. Pero compraremos otros, cariño. Has crecido mucho. Te quedarán pequeños.

La emoción debió de superar a Amanda, que continuó contemplando en silencio la imagen que le mostraba.

—Voy a peinarte como en la foto del pasaporte, ¿de acuerdo?

La vio consentir con la cabecita y voltearse de espaldas para que le deshiciera la trenza.

Y ella volvió a prestar atención a la carretera.

—En un minuto habremos llegado —advirtió para que él se diera prisa.

Ya no volvió a mirarlos ni siquiera en los vistazos rápidos con los que controló que nadie los siguiera. Velocidad y ojos empañados por las lágrimas no eran una buena combinación.

El cambio en la pequeña Amanda lo vio al detener el coche y abrir la puerta trasera para ayudarla a bajar con celeridad mientras él descendía raudo por el otro lado. No parecía la misma niña que les acababa de entregar Rajiv. Con el cabello suelto y sujeto a los lados con los llamativos pasadores verdes, parecía más pequeña. Probablemente más parecida a la imagen del pasaporte.

La notó tensa al tomarla de la mano. Y sin detenerse en la carrera hacia la terminal le dijo que estaba preciosa con aquellas tortugas de colores. De soslayo pudo ver que sonreía ante el halago. Suspiró mirando hacia atrás, justo a la vez que lo hacía él. Sus ojos se encontraron compartiendo la misma inquietud, el mismo miedo. Él más agitado, con la mandíbula contraída como si pretendiera partirse los dientes. Y pensó que nadie más lo notaría. Tan sólo ella, que había aprendido a ver más allá de su aire de seguridad, de su aplomo, del magnetismo y del misterio que descubrió en él nada más verlo en el hospital, con la rodilla destrozada y desesperado por irse.

Junto a la entrada de la pequeña terminal, pasando junto a nepalíes con numerosos bultos que se dirigían a vuelos internos, y turistas y jóvenes montañeros con maletas y grandes mochilas directos a la de internacionales, lo vio mirar otra vez a su espalda. Ella no. Sin detenerse observó a la niña. La presión con la que se había aferrado a su mano al bajar del coche había ido aumentando con cada nuevo y apresurado paso para terminar casi clavándole sus pequeños dedos al entrar en aquel espacio atestado

de gente y con un primitivo pero intimidatorio control policial.

Capítulo 47

La hora de la verdad había llegado y no tenía tiempo ni para repasar con Amanda lo que podía y no podía decir si algún agente le preguntaba. Su única ventaja era que no necesitaba observar el proceso de inspección de pasaportes y visados necesario para abandonar el país. Ya lo había hecho al entrar. Cuando se acomodó en el suelo, apoyado en una de aquellas columnas de madera adornadas con trabajados espejos, para contemplar la salida de los pasajeros de un vuelo con destino a Europa. Le había parecido un proceso lento. Peligrosamente lento para cualquiera que tratara de hacerlo con documentos falsos. Y ahora, mientras se acercaban al control policial, por primera vez dudó de que las falsificaciones con las que pretendía sacar del país a Amanda fueran lo bastante perfectas.

—Suerte.

Se detuvo y resopló al escucharla. La cariñosa voz de Claudia le devolvió a otra realidad diferente a la de la prisa y la tensión en la que había estado sumido. El control estaba a tan sólo unos pasos. Ella se quedaba allí. Y al volverse la encontró sofocada por la carrera. Sonriendo. Con los ojos brillantes por efecto de las lágrimas que seguramente derramaría cuando él ya no pudiera verla.

—No sé qué decir.

—Nada —se apresuró a responder—. Ya no queda tiempo para más despedidas. Y hemos tenido unas cuantas para lo poco que te gustan.

Volvió a respirar hondo sin dejar de mirarla. Demasiado poco tiempo para todo lo que ya nunca podría decirle, para recorrer su hermoso rostro por última vez. Le sonrió, empapado de la nostalgia de la que tanto les había hablado el abuelo.

—Espero que no me olvides del todo.

—No podría hacerlo aunque quisiera. —Se alzó de puntillas y le dio un beso rápido en los labios a la vez que con las manos le empujaba por el torso—. Y ahora corre. Por lo que más quieras, corre y no te vuelvas a mirar atrás.

Pero miró rápida y fugazmente hacia la puerta que en cualquier momento podían cruzar Ramesh y sus hombres. Después corrió arrastrando a Amanda de una mano y con los documentos en la otra para ganar tiempo.

Dejó los pasaportes sobre el mostrador y comprobó la hora en su reloj. Ya estarían embarcando para su vuelo. Eso sí no lo habían hecho ya y se disponían a cerrar puertas. Entre los pocos extranjeros que veía acercarse a los controles, nadie salvo ellos aparentaba tener prisa.

Comprimió con fuerza la pequeña mano de Amanda y bajó la cabeza para mirarla. La notó nerviosa y sonrió para infundirle tranquilidad. Entonces ella apretó

con fuerza los labios, no supo si para decirle que no le sacarían ni una palabra o para obligarse a sí misma a guardar silencio. Hubiera reído de no haber estado tan tenso, suspendido en la fina línea que separaba la libertad del infierno de una prisión.

El proceso de inspección fue como se esperaba. Lento. Dramáticamente lento. Aunque lo peor no fue las muchas veces que el agente le miró a la cara para comprobar que a pesar de la barba era el mismo de la fotografía del pasaporte. Lo peor fue saber que todo ese escrutinio se repetiría al comprobar el de Amanda; lo peor fue pensar que aunque les dieran paso libre estarían perdidos si no llegaban a tiempo al avión. Por eso cuando el agente selló al fin su documentación y se centró en la falsificada de Amanda, el miedo le secó la boca.

No quería mirar hacia la puerta. Si entraban prefería no verlos. Sólo así tendría una oportunidad de que el agente acabara, le devolviera el pasaporte y entraran antes de tenerlos encima.

El policía se apoyó en el mostrador para mirar de cerca a la niña y compararla una vez más con la de la fotografía.

—¿Cómo llamar tú?

La vio dudar. Y contuvo la respiración temiendo que de sus labios saliera el nombre de Kalyani al que llevaba respondiendo demasiado tiempo. O que se echara a temblar y no le saliera ninguno.

—Amanda —respondió con voz entrecortada y los ojos desmesuradamente abiertos.

El agente volvió a mirar la fotografía. Volvió a leer los datos. Y después a repasar el falso visado de entrada, que seguía grapado a una de las hojas del pasaporte. Él lo miraba ansioso por que lo cerrara al fin y les diera paso. Pero por el movimiento de sus ojos entendió que de nuevo estaba leyendo los datos. Y por el gesto hubiera jurado que desconfiaba.

Se humedeció los labios con impaciencia.

—Amanda ser nombre raro —dijo de pronto el agente—. Nombre bonito.

Arrancó la hoja del visado, y mirando sonriente a la niña le dijo que una señorita tan preciosa como ella debería volver a visitar Nepal alguna otra vez.

Él le dio las gracias, y con los pasaportes ya en su poder comenzó a recorrer los últimos metros que le separaban de la libertad...

Pero de pronto se paralizó.

Ni siquiera fue consciente de que su sobrina tiraba de su mano y lo miraba constreñida de preocupación. Como Claudia. Que lo contemplaba sin entender qué estaba ocurriendo. Nerviosa, volteó la cabeza hacia la entrada. Después de nuevo a la espalda todavía inmóvil de él. Y se contuvo para no gritarle a pleno pulmón que corriera. No imaginaba que lo que lo había paralizado era ella. Que tras el instante en el que respiró aliviado no se vio dirigiéndose hacia la libertad, sino alejándose de ella para siempre.

Y se volvió a mirarla.

En los ojos de Claudia vio preocupación. Miedo por verlo utilizar un tiempo que ya no tenía. Un tiempo que valía la libertad de una vida entera.

Pero qué valía una vida sin ella.

—No puedo perderte —dijo en voz alta—. Te amo.

Ella negó con la cabeza, angustiada.

—¡Corre a ese avión!

—Ven conmigo.

No había tiempo para sutilezas ni para declaraciones apasionadas. Tampoco para reparar en que quienes estaban a su alrededor los miraban sonriendo. Claudia volvió a negar, paralizada de emoción. Aterrada ante la idea de que el pago a aquella hermosa y precipitada declaración de amor fuera a ser verlo el resto de su vida tras las rejas de una sucia prisión nepalí. Por eso negaba con la cabeza. Y él lo sabía. Sabía que tenía que haber corrido como un loco en cuanto le devolvieron los pasaportes. Pero ella estaba allí, más cerca de lo que volvería a tenerla nunca.

Y corrió.

Pero a su encuentro.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó en la boca. Un solo beso tan fugaz como apasionado con el sabor de los muchos besos que no se dieron, con el de todos los que ya jamás podrían darse. Un beso con la pasión arrebatada de quien quería decir todo lo que hasta entonces había callado. Y ella lo entendió. Lo vio en sus ojos al apartarse para tomar aliento.

—Ven conmigo.

—Por favor, no me pidas eso ahora. —Se le descontrolaron las lágrimas. Él se las enjugó con los dedos.

—Te amo como jamás pensé que llegaría a amar a nadie.

Ella inspiró hondo para que la emoción no la ahogara.

—¡Por Dios, corre a ese avión!

Pero él aún se tomó una fracción de segundo para sonreírle al tiempo que comenzaba a alejarse caminando hacia atrás.

—Voy a esperarte. No importa lo que tardes en llegar; yo siempre te estaré esperando.

Y corrió como no lo había hecho nunca. Como en la mejor de sus carreras del partido más importante de su vida. Tomó en brazos a Amanda y corrió con las zancadas veloces de un rayo. De una estrella del béisbol que había elegido dejar de brillar. Y mientras lo hacía Claudia controlaba la entrada a la terminal y rezaba al millón de dioses para que le ayudaran a salir del país, segura de que si eso ocurría ya no volvería a verlo nunca.

Cuando el grupo de hombres llegó, arrollando sin miramientos a quienes se cruzaban en su camino, ya estaba todo hecho. El avión estaba despegando. Y entre la impotencia de los escoltas y la rabia desesperada con la que Ramesh voceó dirigiéndose a los policías, captó la disimulada y fugaz mirada cómplice que Rajiv le

dedicó a ella.

Él había dejado marchar a su pequeña prima. Ella acababa de perder al hombre al que amaría hasta que se extinguiera la eternidad.

Seis meses después

Un tenue rayo de sol se colaba por la ventana de la cocina. Iba a hacer un buen día. Frío y corto, típico de aquellos finales de noviembre, pero con algunas horas de un tímido sol que reanimaría el jardín del frío pasado durante la noche. Eso iba a permitir que por la tarde, cuando su sobrina regresara del colegio, pudieran podar las hortensias y preparar la tierra para las nuevas plantas que comprarían en la floristería de Nora, pensó mientras ojeaba la prensa estadounidense en el ordenador.

—Desayuna —pidió de nuevo a la niña al verla con los codos en la mesa y las palmas de las manos a ambos lados de las mejillas, mirando hacia el plato.

—Se te han quemado un poco las tortitas, tío Bryan.

Al instante se cubrió la boquita con las manos, como si así pudiera desdecir lo que había dicho.

En el ordenador apareció la portada del periódico neoyorkino *Daily News*. Pero él prestó atención a la pequeña.

—No me llames así. Es más importante de lo que parece, cariño. No lo sería tanto si este pueblo no nos encantara a los dos. Porque a ti te gusta, ¿verdad?

La pequeña asintió mientras comenzaba a arrancar con los dedos los bordes más chamuscados de la tortita.

—Tengo muchos amigos.

—Pues si queremos quedarnos a vivir aquí, debemos olvidarnos de quiénes éramos antes. Si algo se nos escapa tendremos que marcharnos. Y eso sería un desastre, ¿no crees?

—Sí, «papá Matthew». —Sonrió orgullosa—. Además hemos elegido nombres muy bonitos. Me gusta mucho llamarme Abbie.

—También esos tendríamos que cambiarlos —le aseguró, y miró el reloj de pared—. Tómate al menos la leche. El autobús estará a punto de llegar.

La pequeña sujetó el vaso entre las manos y él se centró en las páginas del diario hasta encontrar lo mismo que buscaba cada mañana. Esta vez se topó con media página y unas fotografías en color, lo cual era mucho menos que cuando recién llegados allí saltó la noticia del hallazgo, del que se hicieron eco todos los medios de información. Ahora el *Daily News* volvía a hablar de aquellos meses en los que todos se preguntaron dónde estaba el famoso bateador y con quién. De las conjeturas descabelladas que se hicieron. Del impacto que supuso la aparición, en las costas de Staten Island, de restos del velero en el que el deportista había navegado con las mujeres más hermosas y deseadas de Estados Unidos. Terminaba diciendo que casi nueve meses después de su desaparición seguía sin encontrarse su cuerpo, y

preguntándose si tal vez las aguas del Atlántico, a las que cada día se acercaban fans para arrojar flores y poemas escritos, era el mejor lugar en el que podían descansar los restos de una estrella a la que un día todos apodaron Ray.

Le emocionaban los gestos de cariño que le seguía mostrando gente que un día admiró su modo de juego y celebró sus victorias. Y le emocionaba doblemente porque debía verlo como si homenajearan a otro, sin ninguna posibilidad de agradecerles tan prolongada fidelidad. Ya nunca respondería al nombre de Ray, aunque jamás dejaría de ser aquel joven bateador que se atrevió a soñar con la gloria antes de alcanzarla.

Se frotó la nuca, como siempre que pensaba en aquel mundo al que había renunciado, y de soslayo le pareció notar que su sobrina le observaba con atención.

—Mi amiga Charlotte dice que a su madre le gustas.

Apartó el ordenador y la miró divertido. Tras lanzar la confidencia había dejado de analizarlo, y remojaba en la leche una tortita con los bordes raídos y se la llevaba a la boca con cuidado de no manchar su vestido nuevo. Él añadió un azucarillo a su café y lo removió despacio con la cuchara.

—Ahora no caigo en quién es la madre de Charlotte.

—Es la que la acompaña a los partidos de baloncesto. Has hablado muchas veces con ella. Es muy guapa. Tiene el pelo muy largo y rubio. Parece una princesa.

Le costó mantenerse serio.

—Puede que lo sea.

La pequeña tomó la servilleta que él le ofreció y entrecerró los ojos, pensativa de pronto.

—¿Los padres no pueden tener novias?

—Por supuesto que pueden. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque ahora tú eres mi padre y no tienes novia.

—¿Te gustaría que la tuviera?

La pequeña meció la cabeza y sacó del vaso lo que quedaba de tortita remojada, llenándose con ella la boca.

—No sé. Creo que sí —hablaba y masticaba a la vez—. ¿Por qué no tienes novia? ¿No quieres tener novia? La madre de mi amiga Charlotte tampoco tiene novio, y es muy guapa.

—Seguro que es preciosa, cariño. Pero yo estoy esperando a una mujer muy especial. No sé cuánto tardará en venir, pero cuando lo haga le pediré que se case conmigo. Y seguro que aceptará.

El claxon del autobús sonó en el exterior. La niña apartó su desayuno y se limpió la cara con la servilleta.

—¿Sabrá hacer tortitas sin quemar?

Él se levantó y le colocó apresuradamente el abrigo.

—Seguro que sí —opinó enredándole en el cuello una bufanda de colores—. Es una chica muy lista que sabe hacer como un millón de cosas. Sé que te encantará en

cuanto la veas.

Le puso la mochila sobre los hombros y la acompañó hasta la puerta. Un abrazo y un beso rápido, como cada mañana, y el deseo de los dos de que el otro tuviera un buen día, y la niña enfiló el camino empedrado que conducía a la carretera. Pero esta vez se detuvo a mitad del trayecto, junto a los pequeños rosales de invierno, y se volvió hacia su tío.

—¿Puedo decirle a Charlotte que estás esperando a que venga una mujer muy especial que sabe hacer tortitas sin quemar?

—Imagino que no habrá problema con eso.

—¿Y a los abuelos? ¿Puedo decírselo a los abuelos cuando vengan otra vez a vernos? Creo que la abuela quiere que tengas novia.

—Eso mejor lo hablamos cuando vuelvas del colegio, ¿te parece?

La pequeña asintió satisfecha y corrió los últimos metros hasta el autobús. Él aún se quedó en la puerta, sonriendo mientras la veía marchar. Después volvió al interior, terminó su café y subió al dormitorio.

Tenía tiempo de sobra para quitarse la ropa que se había puesto para correr, ducharse y vestirse de modo correcto para llegar a tiempo a la empresa maderera. Se había presentado a aquel puesto de contable con pocas esperanzas de conseguirlo. Pero lo hizo. Y aunque su única intención fue tener un trabajo para que nadie se preguntara de qué vivían, había descubierto que le gustaba aquello de manejar números. Fue buena su decisión de estudiar la carrera de Económicas. Aunque después su sueño por el béisbol acabara llevándole a abandonarla.

Se acercó a la ventana, carente de visillos que dificultaran la entrada de la luz y de aquel paisaje inspirador que le provocaba calma, y se dejó acariciar por aquellos primeros rayos del sol.

Seis meses sin verla. Seis meses sin saber de ella. Seis meses que habían transcurrido con la lentitud de seis larguísimos años.

Introdujo la mano bajo el cuello de la camisa y tiró del cordón, enredado en la cadena. Cuando el *butti* entró en contacto con la luz, el aire se impregnó de olor a flores, a maderas y a incienso. Lo encerró en su mano y respiró hondo. Olía a ella. Olía a Katmandú. Olía a las gentes que no olvidaría nunca.

Había sabido que Ruth tenía una nueva ayudante en Rainbow House. Una entusiasta chica española a la que nada más llegar la nombró encargada de todo lo que se fuera deteriorando en la casa, comenzando por la vieja máquina de coser de Aishwarya. Aunque al parecer la joven no iba a utilizarla durante mucho tiempo. Finalmente había aceptado a Rajiv. Él había terminado convenciéndola de que ninguno de los dos sería feliz sin el otro. En unos meses se unirían en matrimonio lo aceptara o no la familia. Y se alegraba. Se alegraba por la joven viuda, pero también por él, que le había demostrado con creces que era un buen hombre de principios inquebrantables. Lo que más le sorprendió fue saber que a su adorada Savitri la había adoptado legalmente alguien que, estaba totalmente seguro, sería para ella la mejor de

las madres. La pequeña Maya, que tanto le emocionó, había encontrado una familia que al parecer le gustaba más que la libertad que le daba la calle. Y eso le proporcionaba una doble satisfacción, porque era Ishu, la joven vendedora de bolsitas de tela que él llevo a la casa de acogida, la que la había cautivado. Lo más curioso de aquella historia era que, al parecer, sólo la niña mayor era suya y a la pequeña la encontró una noche, acurrucada entre cartones. Y que después de comprobar su abandono no dudó en hacerla suya. Igual que al final hizo con Maya. Si algo le había enseñado aquel exótico país, y le seguía enseñando a pesar de la distancia, era que los más pobres eran también los más dispuestos a tender la mano y a compartir lo poco o nada que tenían. Comenzando por una sonrisa.

Como Bhim.

No le sorprendió en absoluto saber que había utilizado la tarjeta que le dio y que había llamado a su agente deportivo. En el fondo siempre pensó que su pasión por el béisbol era más poderosa que sus raíces, igual que un día su propia pasión fue más fuerte que las suyas. Podía decir, aunque en realidad fuera un secreto, que lo había vuelto a ver en la América con la que tanto soñó el muchacho criado por monjes. Lo vio emocionado y con los ojos desmesuradamente abiertos contemplándolo todo como si acabara de llegar, cuando ya llevaba tres semanas viviendo en el apartamento que le había conseguido Nicole. A ella, el entusiasmo y las ganas de Bhim de convertirse en un gran jugador le recordaban a las que vio en él cuando fue a pedirle que se convirtiera en su agente. Y a él le recordaba lo mismo. Por eso estaba seguro de que su joven amigo alcanzaría algún día lo que soñó mientras bateaba con una estaca de madera en un terreno de piedras y tierra de un barrio pobre de la ciudad de Katmandú. Estaba seguro de eso.

En cuanto a Claudia, no necesitaba que nadie le contara dónde estaba o qué hacía. Conocía lo bastante de ella como para saber que llevaría tiempo viviendo en las montañas, intentando alcanzar uno de los sueños que tenía para aquellas gentes que sonreían siempre, que siempre eran felices. Seis meses atrás ella le había dicho que no tenía sueños grandes. Pero lo cierto era que tenía el sueño más ambicioso de todos: cambiar el mundo.

Miró su viejo reloj, regalo de la anciana Shyam del que ya se negaba a deshacerse, para calcular la diferencia horaria. No pudo hacerlo. El caprichoso reloj se había detenido de nuevo. Sonrió mientras escuchaba a aquella joven tamang traducirle las palabras con las que la anciana sabia le había dicho que todo llegaba a su debido tiempo, que tan sólo debía ser paciente. Y una vez más quiso creer que era verdad.

Suspiró hondo, calculando que pronto anochecería en Namrhung, a pesar de la altura. Claudia habría terminado de atender enfermos y estaría a punto de cenar, tal vez en la casa de Jaman Singh. Era posible que tomara una taza del *raksi* destilado por Kayla y después jugara un rato con las niñas antes de retirarse a descansar. Le gustaba imaginarla dormida y con la respiración sosegada mientras él pasaba el día en

aquel lugar al que ya casi se había acostumbrado.

Claudia, en cambio, no sabía si dormían a la vez ni si eran miles o sólo cientos los kilómetros que los separaban. Para ella, él podía estar en cualquier rincón del mundo. Por eso, cuando esa vez conversaba con Kayla preparando la cena, no pudo ni sospechar que mientras ella se acercaba al final de su día él comenzaba el suyo, y que además lo hacía comprimiendo en la mano el *butti* y cerrando los ojos para recordarla. Aunque sí que pensaba en él cuando alguien golpeó la puerta con tan desesperada insistencia que ella y Kayla lo soltaron todo y corrieron a abrir.

La tonta sonrisa de felicidad extrema de Gordon las tranquilizó de golpe.

—¡No lo vas a creer! —dijo medio asfixiado—. Es lo más importante que ha ocurrido desde que preparamos esa explanada en el cerro para que aterrizaran las avionetas.

—¿Qué es?

—Tienes que verlo con tus ojos y sentir lo que yo he sentido.

Kayla insistió en que se fuera. Que ella terminaría de preparar la cena, aseguró, y también que la esperarían. A ella y a Gordon, para que les contaran con detalle qué era eso tan fantástico que había llegado del cielo.

—¡Del cielo, sí, tú lo has dicho! —exclamó Gordon añadiendo más misterio.

Claudia entró en la casa para abrigarse con el grueso anorak de plumas comprado en una tienda para montañeros en Thamel. Se subía la cremallera cuando miró a su pequeña Savitri, que junto a Meme y Meena hacía los deberes en la cocina, ayudadas por la claridad parpadeante de un par de velas. «Vuelvo enseguida, cariño», le dijo en su idioma nepalí. La niña le sonrió levantando levemente la cabeza, y al instante volvió a ensimismarse con lo que escribía en su cuaderno.

Salió de nuevo a encontrarse con Gordon, y éste apenas le dejó tiempo para que se enrollara la bufanda en el cuello. Estaba demasiado emocionado, y su único empeño estuvo en tomarla de la mano para casi arrastrarla ladera arriba.

Allí los esperaban los dos ayudantes, casi convertidos ya en expertos enfermeros, y el joven médico francés que se les había unido en la aventura de poner en funcionamiento el hospital. Y niños. Un montón de niños cantando y bailando alrededor, probablemente sin saber qué celebraban. Y por supuesto algunos hombres tamang terminando de descargar la avioneta. La misma avioneta que cada poco tiempo les traía suministros desde la ciudad de Katmandú. Porque eran pocos los pilotos que se atrevían a volar esquivando montañas y riscos para aterrizar en lo que más bien parecía un estrecho y corto camino de cabras.

—¡Mira dentro!

Le pidió Gordon cuando la tuvo ante una de las cajas grandes que estaban abiertas.

Lo hizo, apartando las abundantes y estrechas tiras de papel que habían protegido el contenido de las peripecias del viaje. Al verla pensó en las vidas que hubieran salvado de haber contado con ella meses atrás, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Una incubadora! —pronunció tras tomar aire—. ¿Has visto que es una incubadora?

—Y también hay una cuna térmica. Y un aparato de rayos X.

Un viento helador le revolvía el pelo y lo alzaba por el aire. Se lo sujetó tras las orejas y se subió el cuello del anorak.

—Puede que haya un listado en algún sitio —opinó frotándose las manos heladas—. Algo que nos diga de dónde viene todo esto. No sé...

Gordon se golpeó con la palma abierta la frente y buscó con rapidez en el bolsillo de su cazadora.

—Grapado al justificante que he firmado venía este sobre. Con la emoción y las prisas por ir a buscarte lo había olvidado —se disculpó al tiempo que sacaba y desdoblaba el contenido. Era una lista detallada de los objetos y una corta nota de la ONG que hacía la entrega—. Dicen que el donante quiere permanecer en el anonimato —contó casi al tiempo que leía—. Que es material conseguido y pagado en un hospital que ha renovado sus instalaciones. Que todo funciona a la perfección...

Claudia lo escuchaba absorta, acariciando la incubadora como si no hubiera visto otra en su vida.

—Es curioso —comentó Gordon—. Dicen que por petición expresa del donante todo debe ir para el hospital de la aldea de Namrhung. —La miró perplejo—. ¿No te resulta extraño? No somos nadie, y casi nadie sabe de nosotros.

Sonrió pensativa, mirando a través del vaho blanquecino en el que se convertía su respiración nada más rozar el aire.

—Cuando una bendición como esta llega, uno no se hace preguntas. Tan sólo lo celebra.

Gordon le dio la razón sin que ella lo escuchara.

Igual que tampoco oía ya los alegres cánticos de los niños que, sin embargo, le seguían llegando con claridad. Como la risa del joven médico francés o las alegres voces de los hombres tamang, que comenzaban a trasladarlo todo al centro médico. Ella siguió arrodillada en el suelo, recorriendo con los ojos cada caja, cada expresión con la que los dos jóvenes médicos y los ayudantes celebraban los hallazgos. El cuidado con el que los tamang volvían a cerrar los bultos para bajarlos a la aldea. O el modo en el que los niños ejecutaban alrededor una danza sin cánticos. Sin sonidos más allá del que le provocaban a ella sus propios pensamientos.

Y entonces lo tuvo claro.

Se levantó y corrió a mirar las cajas que unos y otros abrían entregados a la emoción y la impaciencia por descubrir el contenido. Ella lo hacía buscando algo impreciso cuando ni siquiera tenía la certeza de que fuera a estar allí.

—¡Esto te va a encantar! —gritó Gordon señalando un paquete que acababa de abrir.

Se acercó corriendo y se lanzó de rodillas al suelo. Estaba ante un bulto más

pequeño que el resto, que contenía delicado material quirúrgico. Un sueño para cualquier cirujano acostumbrado a operar con pocos y rudimentarios medios. Inspiró y expiró para contener la emoción con cada pequeño tesoro que fue descubriendo, todos bien protegidos, sin duda por un profesional médico que conocía el valor y la delicadeza de cada objeto. Desenvolvió y envolvió de nuevo tres afilados bisturís, tres tijeras de disección, escalpelos, separadores manuales...

Hasta que de pronto se quedó inmóvil.

Había llegado al fondo de la caja. Y sus ojos se habían clavado en una pequeña bolsita de tela de colores como las que Ishu cosía para los turistas.

Durante unos segundos contuvo la respiración. El frío parecía cortarle la cara y los dedos. Le temblaban cuando trató de soltar el botón de la bolsita.

—¡Un cardiodesfibrilador! —gritó el médico francés cuando ella volvía a pelearse con el botón rojo.

—¡Y un generador de electricidad! —le siguió Gordon.

Todos jalearon los hallazgos a la vez que el ojal cedía y se abría la bolsa.

Y cuando miró en su interior lloró y rió a un tiempo.

Desapareció el frío, el dolor de dedos. La tristeza de meses. Porque allí había tres conchas blanquecinas, cada una de ellas con una flor de cinco pétalos en el centro. Y parecían haber sido cinceladas por la mano del hombre.

Apretó la bolsa contra el pecho y cerró los ojos. Tantos meses imaginándolo en lugares diferentes. Tantos meses preguntándose dónde habría encontrado refugio. Tantos meses... Y de todos los lugares de la tierra entre los que él podía haber elegido para vivir, había escogido el único que ella le había contado que amaba, que echaba de menos y que le provocaba paz. Y se lo decía. Con unas preciosas conchas de erizos de mar le indicaba el lugar exacto en el que la estaba esperando. En el que la esperaría todo lo que ella quisiera tardar en llegar. Tal vez caminando por la arena y recogiendo conchas al amanecer.

Agradecimientos

Tenía preparada una larga lista de agradecimientos a personas muy importantes para mí y para esta historia, pero sé que ellas entienden que esta vez aquí sólo deben aparecer dos nombres.

Gracias, Siscu, mi editor de Booket, por haber creído en mí incluso antes de conocerme y por seguir haciéndolo con el paso de los años. Sin aquella conversación frente al Guggenheim nunca hubiera encontrado las ganas que necesitaba para lanzarme a vivir esta aventura. Ya sabes que me gusta la vida tranquila y sin sobresaltos.

Gracias, Raquel, mi nueva editora en Planeta, por darme la oportunidad de vivir otra inesperada aventura, esta de tu mano. La vida nunca deja de sorprendernos poniendo en nuestro camino a personas sorprendentes que nos hacen la existencia más azarosa, pero también más divertida.

Notas

[1] Cuando el bateador hace contacto con la pelota de forma que le permite recorrer las bases y anotar una carrera, a la vez que lo hacen el resto de los corredores en base, sin que se registre ningún *out* ni error de la defensa. La forma más común es cuando el bateador golpea la pelota sacándola del campo de juego sobre la barda del *outfield*, con lo que resulta un *home run* automático. <<

[2] Perdón, lo siento. <<

[3] No entiendo. <<